ANNE
STERN
LUCES Y
SOMBRAS
EN BERLÍN
Una valiente comadrona
en la década de 1920
MAEVA

ANNE
STERN

LUCES Y SOMBRAS EN BERLÍN

Una valiente comadrona en la década de 1920

Traducción de:
Susana de Andrés

MAEVA

Índice

Portada
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Epílogo
Postfacio
Agradecimientos
Créditos

—Qué extraño —dijo Wolfgang—, fuera reina un silencio espectral, la luna brilla y aquí dentro interpreta usted una vida aparente. Y nosotros llegamos, no sabemos nada de las circunstancias del primer acto y permanecemos serios.

Rheinsberg
Kurt Tucholsky, 1912

Prólogo

Miércoles, 24 de mayo de 1922

El oso estaba erguido, parecía bailar. A su lado, el ciervo inclinaba hacia el suelo su poderosa cornamenta como si se rindiera. Rita acarició con los dedos el frío cobre de las feroces cabezas de león, que también estaban grabadas en la barandilla de hierro del puente y destellaban la luz amarillenta de las farolas. Alzó la cabeza y vio pasar el tren por la vía elevada, recortándose en el cielo de Berlín como la cola de un cometa, para desaparecer en la incipiente oscuridad nocturna en dirección a la Potsdamer Platz. Los faros se reflejaron en la negrura del agua, a sus pies.

Había sido un día cálido en el que ya se insinuaba el verano, y durante el cual habían caído un par de chaparrones. El tiempo propio de abril en mayo. Un ligero viento se levantó en ese momento, empezó a jugar con las pequeñas hojas de las hayas y los tilos, acarició los troncos de un gris plateado que brillaban en el crepúsculo, y Rita se estremeció. Se agarró a la barandilla y bajó la vista hacia el agua que corría por el Landwehrkanal. La atracción del abismo.

En los primeros años de su matrimonio, ella y Konrad solían ir a bañarse, preferentemente en el Wannsee, donde la playa de arena se adentraba con suavidad en las pequeñas olas y el agua les bañaba los pies mientras la cabeza de Konrad subía y bajaba como una boya en el lago. Como ella no sabía nadar, se quedaba allí a contemplar el margen verde de la orilla, a los niños que jugaban. Sonrió al recordarlo. ¡Qué bañadores se llevaban entonces —le vino a la cabeza —, sobre todo las mujeres! Unos bombachos largos, encima un vestido y hasta un gorro. Eso era antes de la guerra.

Con un suspiro Rita repasó su indumentaria. Llevaba un vestido finísimo, casi trasparente de tanto lavarlo, que dejaba al descubierto los brazos y el marchito escote, y unos zapatos de tacón alto. Se había envuelto los huesudos hombros con un pañuelo de lana porque las noches de mayo todavía eran frías. Notaba en la cara el maquillaje, reseco en las arrugas de la piel. Nada quedaba de la muchacha de aquellos tiempos. Ni siquiera su cuerpo le pertenecía, lo vendía cada noche por un par de marcos.

Las otras mujeres le habían entregado un sobrecito que había dejado para ella un admirador. «Admirador.» Así llamaba Rita para sus

adentros a los hombres con los que dormía por dinero, aunque era una palabra que, a su pesar, había pasado de moda. Y además una mentira. Pero la ayudaba a soportar algo mejor la miseria.

«Ese misterioso desconocido solo quería a Rita la Rápida», había murmurado Marie entre labios, cubiertos de una espesa capa de carmín, y todas las demás habían soltado una risita despectiva. Pero ella no se había dejado intimidar, pese a que aborrecía ese apodo, y había leído la carta. Alguien le pedía que lo esperase esa noche en el puente de Köthen. Encogiéndose de hombros, se había guardado el sobrecito en el escote y, entretanto, había salido en busca de algún transeúnte sediento de amor a quien no le importaran ni su cabello ralo ni sus arrugas, siempre que le prestara el servicio por el que pagaba.

Otro tren se alejaba con su traqueteo en la distancia, por encima de su cabeza, y Rita sintió que la invadía una extraña inquietud. ¿Dónde se habría metido su cliente? Ahí estaba desperdiciando el tiempo, dejando a las otras su clientela de Bülowbogen mientras esperaba en vano.

En el cielo, las estrellas titilaban levemente, las hojas de los árboles susurraban una canción conocida. «Qué lugar tan hermoso», pensó, sin embargo.

De repente, alguien la agarró por detrás. Con firmeza. No tuvo tiempo de gritar porque una mano le tapó la boca. Pero en su interior sí gritó, luchó contra el miedo a la muerte que la poseyó cuando vio el centelleo negro en el fondo. No oyó nada, solo un jadeo. Vio una sombra vaga e indeterminada que se proyectaba sobre la barandilla. Entonces levantaron su flaco cuerpo y lo arrojaron sobre el pasamanos de hierro, y, mientras caía, todo en ella se convirtió en frío y vacío. Rita pensó que tal vez nadar fuera como volar, o al revés, y que en adelante sería un pájaro, un pez o algo distinto, pero ya no Rita la Rápida.

Eso fue lo último que pensó antes de que las aguas negras del canal se cerraran sobre su cabeza y ella abriera bien la boca para darle la bienvenida a la muerte.

1

Sábado, 27 de mayo

«HULDA GOLD NO es una chica como las demás», pensó Bert mientras la miraba desde su kiosco, un pequeño pabellón. El modo en que cruzaba la Winterfeldtplatz, en el que no caminaba, sino que la surcaba, impresionaba a todo el que la veía. Una figura delgada y alta, quizá demasiado alta, por lo que encorvaba un poco los hombros, con la falda larga hasta las rodillas, una blusa azul y una gorra de fieltro roja sobre la melena bob. Se abrió camino entre los puestecillos y tenderetes, cambió de repente de dirección, giró alrededor de una amplia maceta de la parada de Erika Grünmeier y se detuvo justo frente a la ventana del kiosquero.

Bert se enderezó la pajarita de seda y sonrió ante su propia conducta. ¿Tanto lo impresionaba una jovencita como Hulda? Podría ser su padre, incluso su abuelo. Pero ¿acaso no estaban todos un poco enamorados de ella allí, en la plaza?

—Buenos días, señorita Hulda —la saludó con un deje de solemnidad en la voz. Hizo una pequeña inclinación. Le pareció que tenía aspecto de estar cansada, unas sombras le rodeaban los ojos azul grisáceo. Y, como siempre, el ojo izquierdo de la joven se desvió un poco de él, como si Hulda no acabara de decidir hacia dónde quería mirar en realidad.

—Buenos días, Bert —respondió ella sin aliento—. ¿Cómo andamos?

—No puedo quejarme. —Señaló las vitrinas en las que se amontonaban pilas de diarios y revistas, los soportes de alambre donde estos colgaban con pinzas y donde las letras y titulares competían por ser los primeros en atraer la atención—. La gente quiere leer cada día las novedades sobre el divorcio de la actriz Greta Schröder, cuál será el precio del pan y cuándo estará madura la fresa este año, y esto antes que nadie. Ni que los diarios se agriaran como la leche cuando no se bebe. Desde las seis de la mañana, medio Schöneberg me está dando la paliza.

Miró a su alrededor.

—Pero, por el momento, todo el mundo parece servido. No hay bocas ávidas de letra impresa a las que alimentar.

Hulda asintió y esbozó una sonrisa. A Bert le pareció distraída y sintió una pizca de enojo. Los ojos claros y algo estrábicos de la joven

exploraron la plaza y acariciaron los arbustos de espino albar con las florecillas blancas alrededor antes de tomar de forma distraída un diario y leer los titulares. Durante semanas, las portadas de los periódicos se habían visto dominadas por el tratado germanosoviético que el ministro de Exteriores del Imperio, Rathenau, y el comisario del pueblo, Chicherin, habían firmado en la ciudad italiana de Rapallo. La izquierda había celebrado el acuerdo con los soviéticos, mientras que la derecha bramaba enfurecida en su contra. Eso había ocurrido en abril. Entretanto, la primavera se había extendido en Berlín, las lilas habían florecido y la estación se acercaba a su fin. El verano estaba a la vuelta de la esquina.

«El año de 1922 ha sido hasta el momento relativamente tranquilo», pensó Bert mientras cerraba un momento los ojos a causa de un rayo de sol que se había extraviado bajo la marquesina del kiosco. Pero él ya había sufrido lo suficiente en su larga vida para percibir que, bajo aquella superficie, la joven República hervía a borbotones. «Las apariencias engañan, no se ha perdonado ni olvidado nada. Todos los muertos en la Gran Guerra…», recordó, pasándose la mano por el magnífico bigote. Años y años de penuria. Los asesinatos políticos que desde el final del conflicto constituían el orden del día en Alemania. Luego, un par de meses de calma aparente y, a continuación, como respuesta necesaria a una pregunta sin plantear, el golpe militar cuando la Brigada Ehrhardt ocupó, dos años atrás, el distrito gubernamental.

BERT OBSERVÓ A Hulda, el ceño fruncido bajo la gorra y los labios algo abiertos mientras leía los titulares. ¿Recordaría el golpe de Estado? La democracia apenas tenía un año, todavía era una niña inocente a quien ya se le agredía. De nuevo había habido muertos y muchos heridos, los golpistas habían ocasionado un baño de sangre. Pero los berlineses sabían defenderse; también ahí, en Schöneberg, habían hecho huelgas y paralizado el tráfico de la calle mayor hasta que los nacionalistas salieron como ratas del ayuntamiento. En un principio eliminar vuelto a una paz incierta, pero, bajo la superficie, el resentimiento de la población se alzaba en contra de un acuerdo draconiano según el cual Alemania era la única perdedora de la guerra, y tenía que cargar con unas exorbitantes indemnizaciones económicas. Muchos calificaron el tratado de Versalles de paz humillante. Desde hacía algún tiempo, unas fuerzas invisibles se concentraban para alzarse contra al honor perdido, contra la misma democracia. ¿Qué sería lo próximo que ocurriría?

Hulda levantó la vista.

—No hay noticias aterradoras —confirmó, como si le pudiera leer el

pensamiento.

—Todo está en calma —farfulló Bert. ¿Por qué, entonces, se atormentaba con temores y quimeras cuando el sol brillaba sobre los techos de Schöneberg y las peonías de Grünmeier competían en esplendor con los alhelíes encarnados? Tras tanta colorida magnificencia se erigía mayestática en la plaza la alta torre de la iglesia de san Matías, el guardián infatigable.

—¿Tiene libre la señorita este soleado día?

—Sí, no más visitas por hoy. Y hasta ahora tampoco ha llegado nadie corriendo para que atienda a una mujer con contracciones. Qué suerte. La noche pasada fue demasiado corta. —Hulda bostezó y se olvidó de taparse la boca con la mano—. Ayer por la tarde una mujer rompió aguas y no volví a casa hasta el amanecer.

—Espero que todo fuera bien.

—Sí, un varón sano. El cuarto, por cierto. No tendrá respiro. El marido trabaja por turnos de tornero y ahora tiene seis bocas que alimentar.

Bert asintió. Pese a todo lo colorida y alegre que era la plaza del mercado, el día a día de la gente modesta en las viviendas de alquiler de Schöneberg era duro y lóbrego. Se estremeció al pensar en que también él provenía de esa miseria, de ese tufo a ropa húmeda y váteres exteriores, a cuerpos sin lavar y a miedo ante la próxima factura de gas impagada. Se pasó la mano por el chaleco recamado, agarró como un talismán la cadena de oro del reloj que le colgaba del bolsillo del pectoral y respiró hondo. Observó a Hulda. ¿Se habría dado cuenta? No le gustaba recordar ese pasado tan lejano y nunca hablaba de él.

Sus temores eran injustificados. Los ojos de Hulda se apartaron de nuevo de él para dirigirse a la plaza, deslizarse por la abundante selección de quesos del granjero Peter, cuya fragancia llegaba hasta el kiosco, y pasar de largo por el organillero. La nostálgica melodía de la conocida canción, en opinión de Bert interpretada en exceso, inundó la atmósfera. «Fue en Schöneberg, en el mes de mayo…» Pero Hulda no parecía prestar atención. En lugar de ello observaba con los ojos entrecerrados el café Winter, donde el hijo del dueño colocaba en ese momento las sillas en la acera. El aroma del café molido se aproximaba y flotaba en el ambiente. Bert sonrió entendedor cuando advirtió la mirada de la joven. Así que esa era la causa de que la señorita Hulda estuviera tan dispersa.

—¿Cómo le va a nuestro querido Felix?

Hulda se estremeció con disimulo. Lo miró y rio indecisa.

—¿Cómo voy a saberlo yo?

—Señorita Hulda —dijo Bert con un amistoso tono de reproche—. ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Es que no soy un buen amigo?

Conmigo no tiene que hacer ningún teatro. De todos modos, sería una mala actriz, siempre la traicionan los ojos.

El rubor cubrió las mejillas de Hulda. Removió las piedras con la punta de las botas.

—¿Cómo le debe de ir? Supongo que bien. El local es un hervidero, los clientes hacen cola y la caja no deja de sonar.

—Me refería a su corazón.

—Eso no lo puedo juzgar yo, Bert. Ya hace tiempo que no tengo nada que ver.

El kiosquero contuvo una risita.

—Seguro que el corazón del chico tiene otra opinión. Pero no pasa nada, no voy a atormentarla más. Me doy por enterado y, si alguien me pregunta, transmitiré esa versión oficial de la historia: la señorita Hulda, comadrona ambulante de la Winterfeldtplatz, no tiene nada que ver con el corazón del joven señor Winter.

—Gracias, muy amable —respondió Hulda con un tonillo cáustico.

Bert prosiguió en voz baja:

—Pero ¿en qué estado se encuentra, si me permite pese a todo una última pregunta, el corazón de la señorita?

—Cumple con sus obligaciones. —Hulda le apuntó al pecho con un ejemplar del periódico enrollado como si fuera un arma—. ¿Cuánto le debo?

Bert aceptó con un suspiro las tintineantes monedas, movió la cabeza y se quedó mirando a Hulda, quien, con un gesto altivo, se marchó rumbo a la panadería Wiese, donde con toda probabilidad iba a comprar, como la mayoría de la gente, los típicos panecillos berlineses, un *Schrippe* de harina trigo y un *Schusterjungen*, también de harina y centeno. El golpeteo de sus tacones sobre los adoquines tenía un tono tan lleno de reproche que el kiosquero se preguntó si no había llevado la broma demasiado lejos. Pero hacía años que la joven era un misterio para él. La conocía desde que andaba de niña por la plaza con las medias resbalándole por las piernas y esa mezcla de orgullo y vulnerabilidad que todavía hoy veía en su rostro. De vez en cuando le daba a la pequeña un par de *drops* o algo de regaliz, aunque percibía por su expresión que esas chucherías no le aliviaban el hambre. Más tarde había caído en la cuenta de que el hijo de los Winter se había enamorado de Hulda, y durante unos años todos, allí en la plaza, habían supuesto que el dulce joven de ojos castaños se casaría con la vivaracha Hulda, y que ambos fundarían una familia. Pero entonces la guerra había arrasado sus vidas, y todo había cambiado.

Un cliente hizo su aparición, un hombre con un traje color arena y un sombrero plano Pork Pie en la cabeza. Bert no lo conocía, pero le molestaron las nubes de humo que surgían entre sus labios y el cigarro, y que quedaban suspendidas como espectros bajo la

marquesina. Un trozo de ceniza cayó sobre un periódico y emitió un fuerte siseo. El desconocido sonrió a modo de disculpa y tiró el puro.

—Perdón. Ahora tendré que comprarlo.

Bert no respondió con una negativa. Se limitó a hacer una educada inclinación y a tender la mano para recoger las monedas.

El hombre sacudió la ceniza del papel y se colocó el ejemplar enrollado bajo el brazo. Luego deslizó la mirada por los titulares de los diarios *B.Z.*, *Voßische*, *Mottenpost*… Parecía decepcionado.

—¿No sale nada sobre el cadáver del canal?

—¿Cómo dice?

—Ahí, en el canal. ¿No se ha enterado? Han sacado a una mujer del agua. Muerta. Llevaba un tiempo dentro. Supongo que no debe de haber sido una escena muy agradable.

Bert negó con la cabeza.

—No, no sabía nada de eso. ¿Se ha ahogado?

—Se debe de haber suicidado —respondió el desconocido con un gesto de impotencia.

—Pobre mujer…

El hombre no parecía muy preocupado. Una sonrisa ávida de escándalos se le dibujó en los labios.

—Quién sabe, lo mismo un asesino de mujeres vuelve a cometer sus fechorías en Berlín. No sería la primera vez. Y aquí no nos faltan criminales. Sangre, dinero, venganza y esas cosas, ya han perdido muchos la vida por eso. Sobre todo en ese entorno, ya sabe.

—¿Qué quiere decir?

—Esa era una pelandusca —dijo el hombre a la ligera, se dio un golpecito en el sombrero y se marchó.

Bert se quedó consternado. Pero las duras palabras del extraño se disiparon en el cielo azul de la primavera. Contempló atentamente la plaza del mercado para poder asimilar de forma consciente todo lo que veía, como si tuviera que asegurarse de que aquella era su realidad. Los abundantes y multicolores ramos de flores, tulipanes, hortensias, claveles. Los niños que jugaban a empujar con unas varas los aros de hierro sobre los adoquines y gritaban alegres. Quesos cremosos en tinas de madera. Mocosos harapientos y pedigüeños que iban de parada en parada mientras levantaban sus manitas sucias. Y en medio de todo ello, la gorra de Hulda, que había concluido su charla con la panadera y ahora surcaba la plaza y obligaba a un par de palomas a alzar vacilantes el vuelo.

Se detuvo en el café. Bert la vio sentarse en una de las sillas y exponer su rostro al sol. Observó que Felix, con una gorra con visera de cuero, salía, titubeaba un momento y luego enderezaba la espalda y se acercaba a la mesa de la joven. El vendedor de diarios no alcanzaba a comprender ninguna palabra, solo distinguía la sonrisa de Hulda, en

la que parecía aflorar una disculpa, y la mueca forzada de Felix. El joven asintió, giró sobre sus talones y se internó en el local para ir a buscar el pedido. Poco después colocaba una taza de café delante de Hulda. Ella lo cogió por el brazo y Bert percibió el breve inmovilismo de Felix, la duda, antes de liberarse de la mano de la chica y dejarla sola a la mesa. Para Bert se trataba de una especie de huida. Luego apartó la vista, se puso las gafas y se sumergió en la novela de Tucholsky, que leía cuando la clientela no se amontonaba en el kiosco. Trataba de una relación entre dos enamorados en Rheinsberger. El texto era entretenido, escrito con aparente ligereza y de lectura rápida, pero bajo los intranscendentes desatinos de Wölfchen y su amada se vislumbraba a veces el dolor. Bert suspiró de nuevo y se sorprendió de sí mismo. ¿Por qué estaba hoy, con ese día tan soleado, así de melancólico?

2

Domingo, 28 de mayo

HULDA SOLTÓ UN improperio. La bicicleta tenía un pinchazo y ella iba ya con retraso. «Qué incordio», pensó. Tendría que ir a pie hasta la casa de la mujer que iba a dar a luz en el barrio vecino. No eran más de diez minutos caminando, pero como había vuelto a dormirse, Lilo Schmidt, una joven con mucho miedo al parto, se pondría nerviosa en caso de que su comadrona no se presentara a la hora convenida. Hulda odiaba decepcionar a las personas que creían en ella. Recordó el dulce rostro de Lilo, los ojos castaños de muñeca, que suplicaban mudos que la ayudara, y sintió unos remordimientos tan fuertes como un dolor de muelas. Sin embargo, no tenía por qué tener mala conciencia, siguió pensando, porque ni siquiera le pagaban por aquellas visitas preventivas. Los seguros médicos no abonaban nada por prestar la polémica asistencia a la maternidad, sino solo por la ayuda en el parto propiamente dicho, cuando las mujeres daban a luz. También, menos mal, por los posteriores cuidados al recién nacido con los que las comadronas ayudaban a las jóvenes madres en los primeros días después del alumbramiento. Y eso porque la gran mortandad infantil parecía preocupar al Estado, pues cada niño muerto debilitaba de forma innecesaria el Cuerpo Nacional. Con el fin de mejorar esa situación insostenible, sobre todo en las ciudades, se habían establecido por todas partes centros de información maternal que asesoraban sobre la higiene y la alimentación. Sin embargo, nadie respondía a las preguntas y urgencias de las embarazadas antes de dar a luz.

Hulda sabía por propia experiencia que un parto se realizaba con más calma cuando las personas que participaban en él se conocían, así que renunciaba a sus honorarios y visitaba a las familias por cuenta propia. Sentía que su función como comadrona era determinante, que de verdad podía marcar la diferencia, y aquello le daba la sensación de hacer algo útil.

No obstante, los problemas cotidianos se cruzaban en su camino con demasiada frecuencia, como en ese momento el neumático deshinchado.

Malhumorada, agarró el maletín de piel en el que llevaba su instrumental y lanzó a un rincón la bicicleta. Esta cayó contra un cubo

de la basura, y un ruido estridente resonó por el silencioso patio. Hulda se mordió el labio y levantó la vista por la pared del edificio mientras enderezaba a toda prisa la bicicleta.

Por la ventana abierta del primer piso, que daba al cuidado patio de la calle, no tardó en aparecer la cabeza de la patrona, con su espléndido cabello blanco enrollado en un sinnúmero de bigudíes.

—¿Señorita Hulda? Por el amor de Dios, ¿se puede saber a qué se debe este estruendo?

Las mejillas le relucían como manzanas, y la indignación le colgaba de la nariz como una bandera. Margret Wunderlich no era una mujer que permitiera hacer ruidos en su querida casa antes de las ocho de la mañana.

Hulda puso a escondidas los ojos en blanco y gritó hacia arriba:

—Le ruego que me disculpe, señora Wunderlich. Se me ha pinchado la rueda de la bicicleta.

—Esa no es razón para armar un escándalo. Y menos aún en domingo —replicó la patrona mientras se ceñía con premura la bata sobre el abundante pecho. En un principio había levantado las cejas en un gesto reprobatorio, pero luego sus labios dibujaron una leve sonrisa.

—Por esta vez la perdono, señorita Hulda, aunque haya asustado a mi *Mohrchen*. —Señaló un gordo gato negro que estaba sentado junto a ella, impasible, en el pretil de la ventana.

Hulda pensó que no le daba ninguna pena esa bestia que cada dos por tres metía ratas en la casa.

—Por cierto —siguió hablando la señora Wunderlich—, me preocupan sus acrobacias en la bicicleta, querida señorita Hulda. En mi época habría sido inconcebible que nosotras, las mujeres, nos subiéramos a un aparato como ese. Desde el punto de vista médico no es saludable para una joven como usted ir tan abierta de piernas sobre ese duro sillín… Piense en el futuro, cuando… bueno, ya sabe.

Hulda sintió que la invadía la rabia. ¡Como si su patrona, que no había hecho otra cosa en la vida que freír huevos y hacer camas, supiera algo de medicina! Ella sí que podía calificarse, con todo el derecho del mundo, de especialista en la salud de las mujeres, pero a los ojos de la señora Wunderlich no era más que una soltera de profesión dudosa. Y además sin hijos. Se tragó una respuesta mordaz y deslizó de nuevo la cadena de seguridad por el armazón de la rueda, luego por un aro en la pared de la casa, y sacó la llave.

Vivía en la buhardilla desde hacía casi cuatro años y la conocía lo bastante bien como para saber que todavía se le podía soltar más la lengua si se le replicaba. Y no tenía tiempo para discusiones, Lilo la estaba esperando.

—Le alegrará escuchar entonces que hoy voy a ir a pie —dijo, y

dirigió una sonrisa encantadora al perplejo rostro de la señora Wunderlich. La saludó con la mano y salió a paso ligero por el acceso del patio a la calle, donde ya no podía alcanzarla la voz de la patrona.

No obstante, Hulda debía admitir que, pese a lo mucho que la molestaba que fuese tan entrometida, la casera cuidaba de ella. Quizá fuera la única persona del mundo, tal vez a excepción de Bert, el vendedor de periódicos, que estaba interesada en su bienestar. El recuerdo de las acogedoras tardes junto a la estufa de carbón de la cocina de Margret Wunderlich, con un *grog* caliente en la mano y el parloteo de la patrona en el oído, arrancaron una pequeña sonrisa de los labios de la joven.

AUNQUE NO DURÓ mucho, seguía de mal humor. La bicicleta, que con suerte había podido adquirir de segunda mano, constituía para ella la encarnación de la libertad. Volaba con ella por las calles, incluso le permitía adelantar a los coches cuando se quedaban atascados en la Potsdamer Straße en medio de un concierto de bocinas, y durante un tiempo dejaba sin vigor las leyes del tiempo y el espacio. E incluso las de género, pues, en efecto, eran pocas las muchachas que la utilizaban, y eran sobre todo los varones que trabajaban quienes adquirían una. Le había costado el sueldo de varios meses, pero cada uno de los marcos invertidos en ella había valido la pena. Ahora tendría que volver a ponerle un parche, una tarea que detestaba, sobre todo porque se había esforzado en manejarla. De hecho, había sido Felix quien le había enseñado cómo reparar la cámara de una rueda, y pensar en él no le sirvió en absoluto para levantar los ánimos.

Aligeró el paso, cruzó la Potsdamer Straße con sus tabernas y comercios: barberías, licorerías y tiendas de ropa de mujer. Sorteó hábilmente automóviles, carros de caballo y ómnibus amarillos de dos pisos, y prosiguió la marcha hacia la Dennewitzplatz. Allí se alzaban las altas fachadas de las viviendas obreras, que absorbían la luz del sol de primavera. A la izquierda de Hulda pasó traqueteando el tren elevado de la línea A sobre el trazado de hierro pintado de rojo y gris, y desapareció en la casa de la Bülowstraße 70. Para hacer posible que el tren pudiera circular en línea recta rumbo al centro, se había abierto un boquete en la fachada. El monstruo de los raíles se introducía como una serpiente de metal a través del edificio, casi con garbo en medio de tal abominación. «Que se perfore una vivienda porque se cruza en el camino del progreso solo puede ocurrir en Berlín», pensó sonriendo Hulda.

Delante de las Akademische Bierhallen, a pie de calle, unos hombres descargaban de un carruaje unos toneles procedentes de la fábrica de cerveza Viktoria para que la popular cervecería pudiera servir su jarra

de cerveza más tarde, al salir del trabajo, a los sedientos berlineses. A los obreros se habían unido dos niños de la calle que querían añadir unas monedas a lo que habían obtenido mendigando. Un chico alto y rubio, con rasgos infantiles, se tambaleó bajo un barril, pero consiguió cargarlo hasta la entrada. Se apartó sudoroso un par de mechones de la cara. Hulda pensó que tenía una fuerza sorprendente para su edad. Una niñita con el cabello desgreñado y la ropa tiesa de mugre esperó el momento adecuado para robar un panecillo que había quedado en el coche y escapó con un aullido triunfal, al tiempo que se metía en la boca su botín en plena huida, mientras los trabajadores la amenazaban con el puño sin demasiada convicción.

Hulda se alegró por la pequeña, aunque la imagen de los rostros infantiles hambrientos, que le recordaban a los monitos del zoo berlinés, le encogía el corazón. Apartó la vista y entró en la casa vecinal, una construcción angosta con tres patios de luces en fila en los que se acumulaba la basura y las ratas se deslizaban entre las inmundicias. En uno de los muros cortafuegos alguien había pintado con torpeza en color blanco: «¡Palmadla, judíos!». Y al lado: «¡Judíos del Este, fuera de la tierra alemana!». Apestaba a carbón de leña y a los retretes, situados en los oscuros descansillos y compartidos por varios inquilinos. Hulda sabía que las enfermedades tenían predilección por ese tipo de casas y que asaltaban a los habitantes que vivían apiñados en las húmedas viviendas expuestas a las corrientes de aire. Aquella gente a menudo dejaba que algún extraño durmiera en la cocina a cambio de un pequeño óbolo con el que contribuir al alquiler, y no había ni luz ni aire suficiente para todos. Desde la guerra, la escasez de viviendas en Berlín iba en aumento, y Schöneberg estaba, literalmente, lleno hasta los topes.

Hulda subió los estrechos escalones del ala lateral y tuvo que pasar por encima de un trabajador a turnos que roncaba tendido en un colchón en medio de la escalera. Oyó que unos pasos procedentes de lo alto se acercaban con velocidad, y una niña flaca, con el rostro afilado y unas trenzas de un rubio cobrizo alrededor de la cabeza, había intentado abrirse camino empujándola a un lado. Debía de tener unos quince años. El vestido andrajoso y el pequeño hatillo que apretaba contra sí indicaban que no tenía alojamiento fijo en el edificio, sino que era probable que hubiese pasado esa fría noche de primavera ovillada en el rellano. Por un instante la jovencita la miró a los ojos, y Hulda leyó en ellos el miedo y la rabia de aquella criatura en apuros.

Hulda la agarró del brazo con decisión y notó los huesos puntiagudos, consecuencia de un largo período de desnutrición.

—Despacio, chica —le dijo—. ¿Tienes hambre?

La pelirroja la miró con desconfianza y asintió con cautela. Hulda

rebuscó en el bolsillo del abrigo, donde había metido una manzana al salir de casa con prisa, y se la tendió a la niña, quien miró la fruta con avidez y se la guardó en la mugrienta bata antes de apartar a Hulda sin decir palabra y seguir bajando a toda prisa por la escalera.

La comadrona movió la cabeza. La asistencia a los pobres en la ciudad abarrotada no funcionaba en absoluto. ¡Cuánto la enfurecía eso! El país seguía lamiéndose las heridas de guerra, y el erario público apenas tenía para pagar las reparaciones de la contienda. A ello se añadía la inflación que cada día devaluaba más deprisa la moneda. Veía que día a día aumentaba el número de niños sin techo que holgazaneaban por la calle. Y tenía que reprimirse para no ayudarlos a todos. Pero su tarea consistía en ocuparse de los niños no nacidos que iban a salir a la mortecina luz de aquel mundo tan inseguro.

Apretó el paso escaleras arriba y llamó a casa de los Schmidt. Con el rabillo del ojo vio que la puerta de enfrente estaba sellada con una cinta. Parecía como si la policía hubiese clausurado la vivienda. Se encogió de hombros y esperó a que apareciera el dulce rostro infantil de Lilo por la puerta. Pero en lugar de ella, abrió Wolfgang, el marido. La tez del joven obrero estaba macilenta, y la sombra de la barba le cubría las mejillas y la barbilla.

—Señorita Hulda —dijo con un marcado acento berlinés, y sus ojos fatigados centellearon—. Entre. Lilo está muy nerviosa, tenía miedo de que no viniera.

—Por supuesto que sí, le pido que me disculpe. Por desgracia, esta mañana me ha surgido un problema con la bicicleta y he tenido que venir a pie.

—¿La cámara?

Hulda se encogió de hombros.

—En cualquier caso, está deshinchada.

—Si me la trae después, le echaré un vistazo. Acabo de terminar mi turno y quería echar una cabezada en la cocina. Pero por la tarde, antes de que me vuelva a marchar, le puedo dar un repaso.

Hulda hizo un gesto de rechazo.

—Muy amable por su parte, pero yo misma lo haré. Usted necesita dormir y, cuando disfrute de un poco de tiempo libre, tendrá que echar una mano a su esposa en lugar de reparar la bicicleta de la comadrona.

—Qué va, lo haré encantado —replicó Wolfgang, rascándose avergonzado la cabeza—. Si ni siquiera podemos pagarle como es debido.

Hulda levantó la mano para indicar que no era necesario seguir hablando del tema. Aunque era probable que a Wolfgang le fuera bien escaparse un rato del angosto piso en lugar de estar lavando la ropa en

el pequeño fregadero y soportar la cháchara pusilánime de Lilo. Pero como todo padre en ciernes, tenía que pasar por esa situación, pensó ella, que reprimió una sonrisa. Tener un hijo concernía a toda la familia, no solo a la madre, y había adoptado la costumbre de educar un poco a los hombres y prepararlos ante el hecho de que nada volvía a ser como antes tras la llegada de un recién nacido.

—¿Qué es lo que pasa con el piso de enfrente? —preguntó Hulda para cambiar de tema.

Con cara de preocupación, Wolfgang se llevó el dedo a los labios y movió la cabeza.

—No tengo ni idea. Pero, por favor, no lo mencione delante de Lilo. Ya está de por sí hecha un manojo de nervios. Como no sale de casa, no se ha enterado todavía de que a Rita Schönbrunn le ha ocurrido algo. —Se pasó la mano por el cabello—. Una mujer que vivía sola. Creo que era puta. Con todos mis respetos, señorita. No era precisamente una amistad que yo deseara para mi mujer embarazada, se la tendría que haber prohibido hace tiempo. Pero Lilo le tenía cariño. Espero que todo esté en orden. En cualquier caso, tal como se encuentra, es la última que debería inquietarse por lo sucedido.

Hulda le tuvo que dar la razón, incluso aunque le disgustara que Wolfgang tutelara de aquel modo a su esposa. Una vez más, su propia independencia le pareció una bendición. Pero él estaba en lo cierto, la excitación era veneno para la embarazada.

—No seré yo quien le diga nada —susurró, y Wolfgang asintió agradecido.

La condujo por el estrecho pasillo hacia la cocina, detrás de la cual se hallaba el dormitorio. La casa de los Schmidt no tenía ninguna habitación más. Olía a col y a camas sin airear, pero sobre la mesa de la cocina había un vaso con un par de flores silvestres y, sobre el fogón, la cazuela resplandecía recién pulida. A través de la habitación se extendía en diagonal una cuerda con camisas de un blanco grisáceo y calzoncillos largos tendidos que, con toda probabilidad, se irían secando poco a poco en esa atmósfera asfixiante.

—¿Le apetece un café? —preguntó con amabilidad Wolfgang, encaminándose hacia el fogón con la cabeza gacha.

Pero Hulda hizo un gesto de rechazo.

—Ya me encargo yo. Vaya usted a dormir —le indicó.

Él volvió a asentir agradecido. Se tendió sobre un estrecho banco, debajo de la ventana de la cocina, se tapó con una manta de lana y se quedó dormido al instante.

Hulda colocó la cazuela al fuego, agarró el maletín y se metió en la habitación contigua, donde Lilo todavía estaba acostada. Hulda opinaba que, durante los últimos días del embarazo, la joven presentaba el aspecto de un animal indefenso que se había cobijado en

su madriguera, pero no comentó nada al respecto; sonrió animosa y la saludó.

—Buenos días, querida. Qué guapísima está. —Las mentiras piadosas formaban parte del oficio.

Los grandes ojos castaños de Lilo brillaban vidriosos, como si hubiese llorado, y tenía el cabello desgreñado y sucio. Pese a ello, el rostro redondo, con la tez suave y luminosa y el camisón de color rosa, le daban un aspecto juvenil y en cierto modo conmovedor. Toqueteó turbada el ribete de encaje que adornaba el escote de la prenda.

—Wolfi se burla de mí porque pongo tanto empeño en mi ropa. Pero ¿sabe usted?, cuando una tiene que vivir en este agujero —señaló afligida el pequeño cuarto, ocupado casi en su totalidad por la cama de matrimonio y una cómoda deslucida con las esquinas desportilladas —, una debe esforzarse por mantener al menos un buen aspecto.

Bajó la voz, como si lo que iba a revelarle fuera un secreto.

—Antes, cuando era joven, lo que yo quería ser a toda costa era modista. Claro que mis padres no pudieron enviarme mucho tiempo a la escuela. ¡Y menos aún pagarme una formación, qué va! Y entonces me casé, y ahora ya está el crío en camino. Pero en mis sueños coso vestidos de fiesta y elegantes trajes de gala para las estrellas de cine, como en las películas. ¿Ha ido usted alguna vez al cine, señorita?

Hulda hizo un gesto afirmativo. Acudía con frecuencia a las salas de cine, era su forma de escapar del mundo. Pero no quería alardear ante la muchacha.

—Me la puedo imaginar muy bien con una máquina de coser, Liselotte. Tiene usted talento, lo veo en su camisón y en la preciosa gorrita que tiene ahí arriba.

—Por favor, llámeme Lilo, como hacen todos —respondió la joven con una mueca. Volvió la vista a la gorra blanca de ganchillo que descansaba en una silla y su rostro, todavía infantil, se iluminó—. No la he hecho yo, es un regalo de mi vecina. Para el bebé, ya sabe. ¿A que es preciosa?

Hulda asintió.

—Su hijo pronto la necesitará para salir a la calle, aún hace mucho frío. Los bebés todavía no pueden conservar el calor del cuerpo tanto como los niños mayores y los adultos, por eso siempre han de tener la cabeza cubierta. —Pretendía eludir en lo posible una conversación sobre la vecina—. Y ahora que estamos en ello, ¿cómo va la canastilla?

El rostro de Lilo se ensombreció. Se encogió de hombros.

—Otra vez han vuelto a reducir los sueldos en la fábrica. No nos queda nada para ropa o lana. Ni siquiera podemos comprar un cochecito de segunda mano. Mi pobre hijo se dará cuenta desde el

principio de lo que significa nacer en el mísero Bülowknick.

Hulda sentía pena por la joven. Sabía que no había nada que Lilo deseara más que poder ofrecerle algo a su hijo.

—Puedo ayudarla con el cochecito —señaló con prudencia—. Conozco a una familia que quiere regalar el de su hijo pequeño. Dentro de unos días se lo dejaré abajo, en el patio, ¿de acuerdo?

Por su expresión, era evidente que Lilo pugnaba entre el orgullo herido y la alegría anticipada. Venció la segunda.

—Gracias, señorita Hulda, es usted muy buena. —Asintió con vehemencia—. Quiero mostrar a mi cielito a todo el mundo y pasearlo por la calle. Estando todo el día aquí metido uno se marchita. Pero con este bombo —dijo al señalarse el vientre— ya no me atrevo a bajar.

—No hay nada como la luz y el aire para madre e hijo —confirmó Hulda—. Y en lo que respecta a la ropa —prosiguió—, en un principio tampoco necesitará mucha. Un par de camisolas y dos pares de pantalones de lana bastarán. ¿Hay en el edificio familias con hijos mayores que puedan prestarle algo de ropa?

Lilo asintió.

—Sí, ya me lo han ofrecido dos vecinas. Aunque me apetecía mucho tener algo nuevo para mi bebé. Pero lleva usted razón, no debo ser tan caprichosa. Es lo que siempre me dice Wolfi.

Desde la cocina resonó el ronquido del marido, y Hulda pensó que Lilo haría bien en asumir pronto su mísera situación. No saldría tan pronto del patio trasero con un obrero sin estudios y un hijo al que seguro seguirían otros más. En ese cuarto pronto dormirían tres, pocos años después cuatro y hasta cinco, eso es lo que Hulda veía en muchas otras familias a las que visitaba. Ya no quedaría tiempo para romperse la cabeza por falta de ribetes de encaje o ropa infantil usada. Lilo y Wolfgang lucharían contra las enfermedades, los piojos, el hambre, la ropa desordenada y una pobreza asfixiante. Tendrían que ahorrar y no gastar para poder dar al menos a sus hijos una pequeña formación escolar, y al final era probable que no alcanzaran sus propias pretensiones. Esa era la vida que los esperaba, ineludible y despiadada. Los Schmidt habían nacido en la Bülowstraße y también morirían allí. Con mucha suerte llegarían a la vejez, pero era probable que solo alcanzaran la mitad de la vida. Morirían por enfermedad o en el parto.

Se asustó de sus turbios pensamientos. A veces se preguntaba por qué, pese a la impotencia que sentía, siempre encontraba fuerzas para apoyar a las familias de aquel barrio pobre, a pesar de saber que casi nunca se alcanzaba un final feliz. ¡Porque tenía que ayudarlas, por descontado! Porque aquella era la única vida que esa gente poseía y porque tenían todo el derecho a que fuera lo más digna posible.

Tomó una profunda bocanada de aire. El hervidor del agua silbó en la cocina y ella corrió para que no despertase al marido de Lilo. En el armario que colgaba sobre el fogón encontró las tazas y una lata de té junto a otra con sucedáneo de café. Metió una cucharada de hojas de té en una taza sin asa y vertió el agua caliente por encima. Luego llevó la bebida haciendo equilibrios a la habitación de Lilo y la dejó sobre la cómoda para que se enfriara.

Hulda colocó el maletín en la cabecera de la cama y se frotó las manos para calentárselas.

—Bien, vamos a ver cómo se porta este pillín —anunció con una alegría forzada y reconoció que los ojos de Lilo se iluminaban. Era sorprendente, poco importaba lo pobres que fueran, el nacimiento de un hijo solo significaba para la mayoría una cosa: felicidad.

—Si supiera al menos qué va a ser —musitó Lilo.

Hulda rio y sacó unos cuantos instrumentos del maletín de piel.

—Por desgracia eso no se lo puedo decir con mi estetoscopio, todavía tendrá que esperar un poco. —Levantó el camisón de Lilo y palpó el prominente vientre de la embarazada.

Lilo seguía todos los movimientos con expresión azorada hasta que Hulda terminó la revisión y le acarició el brazo.

—Todo tiene un aspecto estupendo. El niño no se ha vuelto a girar desde mi última visita, es la mar de sensato y está con la cabecita hacia abajo. Es decir, en la recta final. —Colocó la mano de Lilo en el lugar correspondiente del vientre y la condujo por la curvatura—. Su bebé se ha desarrollado bien, es grande y fuerte, y creo que ya está casi listo para nacer.

Apoyó de nuevo el tubo de madera sobre el vientre y escuchó con los ojos cerrados. Ahí estaba: junto al suave y tranquilo sonido de los latidos del corazón de la madre, galopaba el veloz pulso del bebé, regular y con fuerza.

—¿De verdad está todo bien? —preguntó Lilo.

—Todo está perfecto —confirmó Hulda mientras dejaba a un lado el estetoscopio—. El corazoncito trabaja modélicamente. Lleva en el vientre a un niño muy bien educado que sabe a la perfección lo que tiene que hacer.

—Desearía saberlo yo también —contestó Lilo llorosa—. ¡No tengo ni la menor idea! Y el parto me da un miedo horrible. Apenas duermo de noche porque no dejo de pensar en el daño que hace.

Hulda conocía los temores de las primerizas.

—A todas les pasa lo mismo —dijo, y apartó un mechón del cabello del sombrío rostro de Lilo—. Pero, en cuanto empiece, sabrá sin duda lo que tiene que hacer. Su cuerpo la guiará, solo tiene que seguirlo. Y, por supuesto, yo también estaré aquí.

—¿Vendrá en cuanto la mande a buscar? —preguntó Lilo.

Hulda asintió.

—Por supuesto. Envíeme a tiempo a uno de los hijos de los vecinos. Me subiré en la bicicleta y me plantaré aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Se acordó de repente de la rueda pinchada, tendría que darse prisa en repararla. Suspiró, volvió tapar a Lilo y se levantó. Tenía que apresurarse, en la lista de consultas del día todavía quedaban dos mujeres, aunque su embarazo todavía no estaba tan adelantado como el de Lilo. Pero, sin la bicicleta, todo iría más despacio durante esa jornada.

—Ay, ¿tiene que marcharse ya? —preguntó Lilo. Hulda percibió el matiz de decepción en la voz de la joven—. ¿Sabe? —prosiguió—, esto es tan aburrido… Wolfi nunca está, y, cuando está, duerme. Lo entiendo, pero estoy deseando tener compañía. La soledad no está hecha para mí.

—¿No tendrá una vecina con la que se entienda bien? —preguntó Hulda, que en el mismo instante se mordió la lengua. No debía estimular a Lilo para que fuera al otro lado del rellano. ¡Y menos aún mencionar la puerta clausurada!

La cara de la muchacha se iluminó.

—La señora Schönbrunn, la de enfrente, es muy simpática. De vez en cuando charlamos un rato fuera o en su cocina. Pero hace tiempo que no la veo.

—Debe usted descansar —dijo Hulda. Aunque solía aconsejar a las mujeres encinta paseos tranquilos y distracciones suaves, notó que el piso de enfrente provocaba cierta agitación no deseada en Lilo—. Bébase el té, lea un poco. —Señaló la cómoda en la que descansaban, junto a la taza, dos números manoseados de una revista de moda—. No tendrá que esperar mucho, y entonces disfrutará de compañía día y noche.

Pensó para sus adentros que una muchacha con un recién nacido a menudo se sentía tan sola o más que Lilo en ese momento. Los hombres que acababan de ser padres no solían soportar el agobio y el llanto nocturno, y enseguida ponían distancia de por medio. Preferían pasar el poco tiempo libre del que disponían en la taberna en lugar de paseando arriba y abajo de la angosta habitación con un pequeñajo gritón y mojado. Así que las madres se quedaban en casa y debían vencer sin ningún tipo de ayuda el fatigoso día a día a solas con el niño pequeño. Pero ahora lo primero era sacar a ese bebé sano y salvo de su miedosa madre. No faltaba mucho, lo habían visto sus ojos y palpado sus manos de experta.

—¿Ya ha manchado? —preguntó Hulda mientras cerraba el maletín.

Como la joven la miró sin entender, se explicó:

—¿Ha visto en su ropa interior manchas de mucosidad, o tal vez de

sangre?

Lilo enrojeció e hizo un gesto afirmativo con la mirada baja.

Hulda suspiró para sus adentros. Esa pudibundez del guillerminismo, que había imperado durante décadas, todavía impedía a las mujeres que ni siquiera en el presente, en el ocaso del imperio, considerasen como algo natural los procesos de su organismo. De ahí provenían también aquellos miedos. Si una mujer no debía tomar conciencia de lo que sucedía con su cuerpo, ¿cómo iba a intuir lo que era algo tan impresionante como el parto? Le habría gustado sacudir a veces a las mujeres a las que atendía y decirles que abriesen los ojos y se conocieran, que no considerasen su cuerpo como un enemigo, sino como un aliado. Pero sabía que muchas de ellas no entenderían lo que les decía.

—Eso significa —le explicó con delicadeza— que el canal de parto ya no está cerrado. Seguro que el bebé no va a tardar mucho en llegar. Dígale a su marido que se ocupe de tener preparadas suficientes toallas limpias.

Lilo asintió y levantó la mano para despedirla. Hulda vio la alianza que recortaba la tierna piel de su dedo. «Esa mujer todavía no ha cumplido los veinte —pensó—, y ya ha fundado una familia.» Ella, en cambio, no era muy joven, ya había cumplido los veintiséis y… No, decidió, y apartó ese pensamiento de su mente, como hacía siempre que la asaltaba. No tenía sentido pensar en su propia carencia de hijos. Hulda nunca se permitía ni un asomo de tristeza.

«A lo mejor, un día…», pensó todavía, luego se dirigió hacia la puerta con determinación.

—¿Lilo? —Se volvió de nuevo—. Llámeme en cuanto necesite algo.

Saludó a la embarazada para despedirse y recorrió la cocina y el oscuro pasillo.

En el rellano, detuvo la mirada en la puerta de la vivienda cerrada. «Hace tiempo que no la veo.» ¿Qué habría sucedido allí?

Con un gesto de desconocimiento, Hulda bajó los ruidosos escalones y pasó deprisa junto a unos niños pequeños que lloriqueaban entre cubos de basura y unas gallinas que corrían en libertad por el patio. El cielo se iba encapotando. La próxima mujer a la que iba visitar vivía en Friedenau, y tenía que subir a un tranvía eléctrico para llegar con cierta puntualidad.

3

Lunes, 29 de mayo

COMO LE SUCEDÍA siempre, el olor en el depósito de cadáveres casi lo tumbó de espaldas. Consideraba que era capaz de aguantar lo que le echaran, había visto muertos en todo estado de descomposición y se había acostumbrado a leer un cadáver como si se tratara de un libro. Pero ese hedor repugnante y dulzón que quedaba suspendido en las baldosas y que siempre le sentaba como un puñetazo inesperado en la nariz era demasiado, así de sencillo.

Y esa mañana era especialmente pesado.

Malhumorado, Karl pensó que lo mejor habría sido no tener que ver nada en absoluto con aquel caso. Le daba miedo. Pero justo por eso no podía permitir que se le notase. Así que, con paso decidido, se acercó al patólogo que se encontraba junto a la mesa de disección. Fritz Haber comía imperturbable una manzana mientras examinaba pensativo el cadáver de la mujer. La luz eléctrica procedente de la lámpara cenital se le reflejaba en la calva. De la comisura de la boca le resbaló un poco de jugo, y Karl apartó la vista un momento. Haber lo miró burlón.

—¿Qué, comisario North? ¿No se encuentra bien?

Karl intentó insuflar cierto aplomo en sus palabras.

—En absoluto. Estoy bien, ¿qué tenemos aquí?

Haber dio unos pequeños golpes al cuerpo con la mano que tenía libre. Casi parecía como si diera unos empujoncitos a un conocido en el costado.

—Una mujer ya entrada en años. Y los tres días como mínimo que ha estado en el agua no la han rejuvenecido.

Karl contempló el rostro y el cuerpo de la fallecida con una mezcla de rechazo y curiosidad. Los ojos estaban cerrados. La cabellera rubia y rala, veteada de hebras plateadas, le cubría la cabeza de greñas. No se veían heridas externas; como mucho, algunas muy leves excoriaciones en el vientre y en los muslos. La mujer, hinchada y de un color azul grisáceo, tenía en las manos y en los pies la típica piel arrugada de un cadáver hallado en el agua.

El médico agarró la uña del dedo índice de la mano derecha, y entonces Karl también vio que ya se había aflojado. Se le revolvió el estómago. Cogió a toda prisa del bolsillo, debajo de la bata, un

paquete de Juno, sacó un cigarrillo y lo encendió. Inhaló y exhaló con ansia. Tras un par de caladas consiguió volver a aclarar la mente.

—Lo dicho, permaneció un par de días en el canal. La encontraron tres chiquillos que jugaban en la orilla. Seguro que se les fueron las ganas de divertirse por un rato. —El patólogo señaló el rostro del cadáver—. Aquí, mire.

Karl se inclinó de mala gana sobre la muerta. Alrededor de la nariz y de la boca tenía pegados unos copos blanquecinos, como espuma seca. Se adivinó a sí mismo explorando el rostro más tiempo del necesario.

Haber siguió su mirada y asintió, como si Karl hubiese dicho algo.

—Exacto. Restos de hongo de espuma.

El comisario se enderezó y dio un paso atrás. El patólogo no debía percibir su nerviosismo.

—¿Así que todavía vivía cuando cayó al agua?

Haber lanzó las pepitas de la manzana sobre una bandeja de metal.

—Con toda seguridad, murió ahogada. Es probable que no supiese nadar. Una cuestión queda en el aire: ¿por qué demonios se fue a bañar? En primavera. En el Landwehrkanal. La temperatura del agua no pasa de los doce grados.

—¿Suicidio?

—Eso parece. Era una furcia, la vida no le sonreía.

—¿Cómo lo sabe?

El patólogo señaló una mesa que había a sus espaldas sobre la que se hallaba la ropa de la fallecida.

—Llevaba esas típicas cosas brillantes y ligas de encaje barato. Además, tenía heridas vaginales y anales, algunas muy recientes.

Karl sintió un escalofrío. No le cabía en la cabeza a qué cosas se prestaban esas mujeres, pero ya llevaba suficiente tiempo en la policía como para saber que, para muchas de ellas, no había otra salida si querían sobrevivir. En ese caso, le repugnaba saber qué había tenido que hacer antes de su muerte.

—¿Partos? —Apagó la colilla en la bandeja de metal.

—Sí. Es probable que más de uno.

—Así que en algún lugar debe de tener familiares.

Haber asintió de nuevo.

—Esa es su tarea, North —dijo—. Yo preguntaría por la zona al sur del puente de Köthen, es posible que proceda del barrio en torno a la Kurfürstenstraße o de Bülowbogen. Son lugares en los que usted se desenvuelve bien, ¿verdad?

Karl miró sorprendido el rostro de su compañero. ¿A qué se refería? El área de Schöneberg tenía mala fama por aquellas tiendas donde florecía el negocio del alcohol y de las drogas, así como la prostitución. Desde que se había formado el Gran Berlín se

desarrollaba allí, lento pero con determinación, un nuevo barrio de ocio que amenazaba con competir con la Alexanderplatz y Kreuzberg. ¿Qué sabía el patólogo?

Entonces entendió y rio aliviado, quizá demasiado fuerte.

—Por un momento he pensado que me acusaba usted algo.

Haber sonrió enigmático.

—No, no, pobre inocente. Pero, procede usted de esa zona, ¿no es así?

—Crecí cerca, pero no allí mismo —respondió vagamente, y un recuerdo fugaz de los muros oscuros del orfanato, el trato de las monjas protestantes con la vara y la celda en el fondo del sótano le pasó por la cabeza. Apartó veloz esas imágenes de su mente, durante toda su vida adulta había aprendido a sofocarlas en cuanto emergían.

Miró al médico.

—Por cierto, ya sabemos el nombre de la fallecida. La gente de su entorno había comunicado su desaparición. Es una tal Rita Schönbrunn. Llevaba días sin presentarse a trabajar. Ya hemos estado en su casa.

—Ah, ¿sí? —preguntó Haber, sin intentar siquiera disimular su desinterés. De hecho, al patólogo lo que le interesaba era detectar la información que se hallaba prendida en la piel y los huesos del cadáver. Todo lo demás era para él irrelevante.

—Entonces, no se expondrá su foto en la galería —añadió Haber casi decepcionado.

Karl negó con la cabeza. Sabía que su compañero de trabajo se refería a las largas hileras de espantosas fotografías de víctimas no identificadas que colgaban en la jefatura superior de policía en la Alexanderplatz. Todos los días, los visitantes y los agentes que entraban en el edificio de ladrillo rojo pasaban junto a extremidades y cabezas arrancadas, quemaduras y heridas de bala del tamaño de un puño. Un círculo infinito de violencia.

—¿Está usted seguro de que se trata de un suicidio? —preguntó Karl tratando de aparentar la mayor indiferencia posible.

—Lo único seguro es la muerte —respondió Haber—. Con la gentuza que merodea por esa zona, también debería plantearse usted que tal vez se trate de un asesinato. Un cliente insatisfecho, una competidora… Aunque esta pobre mujer parece tan hecha polvo que no debería de representar una gran amenaza para el negocio de sus compañeras. —Dio unos golpecitos compasivos a la muerta en la pierna y luego la cubrió con una lona.

—Ha llegado el momento de tomarse un cafelito —anunció.

Karl asintió ensimismado y siguió con la vista a Haber cuando salió del depósito. Deslizó la mirada una vez más por la lona, bajo la cual se hallaba la muerta. No conseguía marcharse, aunque ansiaba estar bien

lejos. No había nada que deseara más que poder ceder ese caso a otro compañero sobrecargado de tareas del servicio de urgencias de Homicidios. Pero le había tocado a él, y no se le ocurría ninguna razón plausible para desembarazarse de aquella investigación.

En realidad, no podían quejarse de que hubiese poco que hacer. Desde que Karl había empezado a trabajar en la jefatura superior berlinesa, no había día en que él y sus compañeros no anduvieran husmeando por la ciudad como perros acosados, azuzados por su jefe, Ernst el Lleno, como lo apodaban medio en burla, medio cariñosamente, al corpulento Gennat. El consejero se había planteado como cometido poner orden en la Policía Criminal de Berlín, y era famoso por su agudo entendimiento y un inagotable fanatismo por la exactitud, que también exigía a sus subordinados.

«Debéis consideraros Fouché —solía gruñir con su cigarro siempre encendido, al que los compañeros de Karl llamaban divertidos la "luz eterna"—. Y Fouché era un genio, ¡tenedlo en cuenta!»

Karl no se reconocía en absoluto en la figura del director de la policía napoleónica Joseph Fouché. Él había llegado por azar a la profesión de comisario de la Policía Criminal, no porque ese hubiese sido su objetivo. Era un camino que tomaban muchos jóvenes inteligentes que carecían de medios para obtener un título y acceder a unos estudios académicos. La mayoría eran hijos de oficiales con hermanos mayores en quienes ya se había invertido la mayor parte de los ahorros. Karl no era uno de ellos, pero gracias a un benefactor, que concedió un donativo al orfanato, le habían otorgado una beca al concluir la escuela, donde había destacado por su inteligencia. Tras el bachillerato había ingresado primero en el servicio de policía prusiano, luego aprobó el examen de auxiliar de la Policía Criminal y, finalmente, lo habían nombrado comisario. Era consciente de que debía estar agradecido por haber llegado tan lejos. Él, un huérfano fruto de una unión ilegítima, y con ello la «escoria de la sociedad», llevaba hoy una vida burguesa y ejercía una profesión respetable, para la cual incluso se le atribuía cierto talento. El mismo Gennat soltaba en ocasiones un gruñido de aprobación cuando Karl y sus compañeros habían vuelto a resolver un caso complicado.

Sin embargo, había momentos en los que su trabajo le repugnaba. Entonces deseaba ser contable, empleado de banca o soldado profesional. En ese último caso debería esperar que la pasada Gran Guerra hubiera sido la última. Había tenido suerte, lo reclutaron solo en las últimas semanas de la contienda y no sufrió ninguna experiencia en el frente digna de mencionar, a diferencia de una gran parte de la población masculina. Tres años después del final de la guerra, los hospitales militares de la ciudad todavía seguían llenos de inválidos con los cuerpos despedazados y los rostros irreconocibles,

que el fuego de artillería les había, de manera casi literal, arrancado. Karl, al menos, no tenía ese tipo de cicatrices externas. «Esas no», pensó con amargura, y de nuevo alejó de su mente las sombras del calabozo en el que las monjas lo habían encerrado de niño, dejándolo de rodillas durante horas para que se arrepintiese. Fuera lo que fuese aquello de lo que tenía que redimirse, nunca tuvo claro por qué siempre lo sometían a tan duros castigos.

Se desprendió decidido de la bata que le habían prestado y al salir la colgó con descuido de un gancho que había junto a la puerta. El que había sido el Real Depósito de Cadáveres se encontraba en Berlín Mitte, en la Hannoverschen Straße. Volvería a la jefatura de policía de la Alexanderplatz y comprobaría los indicios hallados hasta el momento. Todo debía seguir el curso oficial, no podía cometer ningún error. Una vez cumplidas las tareas pendientes, buscaría un rinconcito para descansar al mediodía.

EN LA OFICINA tropezó con Paul Fabricius, su ayudante. El joven regordete y medio calvo, al que por su obesidad e impaciencia todos llamaban Bala Inquieta, estaba sentado sobre el escritorio y tonteaba con una estenotipista que, al entrar Karl, se apretó entre risitas la carpeta contra el pecho y pasó con rapidez por su lado. Fabricius enseguida se bajó de la mesa y miró a Karl con una expresión entre culpable y triunfal. Pero el comisario hizo un gesto de rechazo, no se interesaba por tales nimiedades. Aunque sí se preguntaba cómo su asistente, pese a ese aspecto tan común y corriente, conseguía engatusar sin hacer nada especial a todas las mujeres y a algún que otro hombre. Siempre había sido así desde que Fabricius llegó, recién salido de la academia de policía, y lo pusieron bajo sus órdenes. Desde un principio, Karl no había estado seguro de si aguantaría al joven. Era alegre, gracioso y trabajador, eso sí, pero había algo que no le permitía confiar a ciegas en él. Era tan, tan diligente…, nada parecía escapar a sus inquietos ojos.

No obstante, Karl había iniciado a Fabricius en todos los secretos del arte de la investigación, si bien él mismo aún no había llegado a descubrir el misterio por el que Fabricius era tan irresistible. Tal vez se tratase tan solo de la seguridad innata que emanaba de un triunfador, pensó Karl rabioso. La de un joven que había crecido en un medio acomodado, protegido y privilegiado, cuya vida no había consistido en un encadenamiento de desgracias y limosnas, sino que destacaba por su seguridad, por el hecho de tener siempre una opción. Fabricius nunca había tenido que esperar la caridad de un benefactor desconocido para progresar, lo tenía todo a sus pies. También el mundo femenino.

—¿Alguna novedad? —preguntó Karl.

Fabricius negó afligido con la cabeza e hincó el diente en un enorme bocadillo de queso. Tenía exactamente tres arrugas en la frente.

—Al parecer nadie ha visto u oído nada.

«Bien —pensó Karl para sí—, muy bien.» Ese caso pronto acabaría archivado.

Recordó que dos días atrás habían registrado la vivienda de la fallecida y no habían encontrado nada fuera de lo normal. Salvo eso, claro está, de lo que nadie excepto él conocía su existencia. Pero pronto echarían tierra de por medio. El caso se archivaría. Aun así, Karl no sabía si en realidad deseaba cerrar los ojos ante aquel presentimiento que con tanta insolencia le mordía los tobillos como un perro callejero, o si debía excavar en busca de la verdad hasta que le sangraran los dedos. «Pues, ¿qué es peor —pensó mientras se mordisqueaba la uña del pulgar—, permanecer ciego o ver la fea cara de la maldad?»

El sábado, dos días atrás, cuando llegaron a Bülowbogen y se bajaron del coche, Karl no puedo evitar sentir un escalofrío. El cielo estaba cubierto, unas nubes se deslizaban por encima de los techos grises. El edificio no parecía muy acogedor, la fachada estaba llena de hollín y, ya antes de entrar en el primer patio, había montones de basura. Por todas partes se veían botellas rotas. Entre ellas corrían unos niños pequeños, como si las montañas de inmundicia fuesen un fabuloso parque donde jugar. Karl y su asistente alcanzaron con grandes zancadas la entrada posterior.

Dados los numerosos registros que había realizado en los barrios pobres de Berlín, el olor que salió a su encuentro en la sombría escalera le resultó muy familiar: excrementos y una mezcla de vapores de comidas y podredumbre. Demasiada gente en poco espacio, y ninguna posibilidad de lavarse o de secar la ropa.

Esa podría haber sido su propia vida, pensó, si no hubiese tenido suerte. Distinguió la expresión de asco en el rostro de Fabricius. Él seguro que no había padecido las necesidades de su propio cuerpo.

En la planta baja, la portera les entregó con un gruñido la copia de la llave del piso de la señora Schönbrunn, y les dijo con un acento cerrado y una voz sepulcral, como si ya hiciera tiempo que lo supiera: «Rita tenía que acabar mal. Y eso que venía de buena familia. Pero llegó el descalabro y no le fue bien. Madre mía, lo que bebía…»

Karl se propuso conversar con tranquilidad con esa señora más tarde. Pero primero quería ver la vivienda de la fallecida.

Los policías se dirigieron de inmediato hacia arriba y llamaron a la puerta. Como nadie contestó, le abrieron con la llave y entraron. El

piso constaba de un espacio que hacía las funciones de cocina, sala de estar y dormitorio. Al fondo había una alacena que albergaba un par de modestas provisiones y vestidos. Ni una sola imagen colgaba de las paredes. Todo estaba sorprendentemente aseado, pensó Karl. Por lo visto la inquilina había sabido mantener su entorno limpio, al menos dentro de las pequeñas posibilidades que tenía.

—Qué raro, ¿no? —preguntó Fabricius mientras señalaba las paredes desnudas, las superficies vacías del aparador de la cocina y la colcha de lana extendida con primor sobre el banco de la cocina—. Ni rastro de vida humana. —Se secó el sudor que le brotaba de la calva.

Karl asintió y recorrió con lentitud la estancia. La primera impresión contaba, lo sabía por experiencia. Siempre intentaba averiguar el carácter de una persona por la atmósfera que desprendían las habitaciones de su casa. Pero ahí no había nada, solo silencio. Era como si en aquel lugar hubiese vivido un espectro que se hubiera deslizado sobre el escaso mobiliario sin dejar huella. Encima de la pequeña mesa de la cocina se hallaba un cesto con ropa para zurcir y unas agujas de tejer. Sobre el fogón, en una caja, había un canto de pan enmohecido.

—Jefe —lo llamó el asistente, que había entrado en la alacena y revuelto la ropa. Asomó la cabeza por la puertecilla y tendió a Karl un cuaderno escolar. Las tapas estaban manoseadas, y las esquinas del papel, desgastadas—. Parece un diario. —Fabricius regresó a la despensa e inspeccionó los tarros y las botellas que estaban sobre una estantería baja.

Karl dobló el cuaderno en la mano y lo hojeó un poco. Su propietaria había escrito con una caligrafía infantil breves episodios que se remontaban hasta los años de la guerra. Pasó las páginas deprisa hasta el final. La entrada más reciente estaba fechada en marzo de 1921, hacía más de un año. La última frase rezaba: «Ahora, también esto ha terminado».

Iba a guardar el cuaderno cuando se le resbaló de las manos y cayó al suelo. De las páginas anteriores salió un documento doblado del que no se había percatado mientras pasaba las hojas. Lo levantó y lo desplegó. De tan viejo, el papel era fino y estaba desgastado. Era el comprobante de un pago.

Los ojos de Karl se deslizaron a través de las cifras, y los párpados empezaron a temblar de inquietud. Junto a la suma y a una firma ilegible aparecía una fecha que él conocía a la perfección. La Casa de la Misericordia había emitido la carta. No podía ser posible. Algo en su corazón no funcionaba, le pareció que había dejado de latir. La sangre se le agolpó en la cabeza y se dirigía hacia sus sienes con un ruido ensordecedor. A toda prisa, antes de que lo viera su asistente, guardó la hoja entre las páginas del cuaderno y lo escondió bajo el

abrigo.

En ese momento, Fabricius se acercó a él sosteniendo en la mano una cajita con algunos objetos personales de la mujer que había vivido allí: jabón, una faja y una pluma estilográfica.

—Nos vamos —indicó lacónico Karl.

—¿No vamos a preguntar a los vecinos si han oído algo? —preguntó Fabricius, que arrugó ligeramente la frente.

Karl hizo un gesto negativo.

—Ya tendremos tiempo de hacerlo más tarde. Llevemos las cosas a la jefatura. Y después necesitaré un plato de sopa de guisantes. Le invito. Vamos a comer.

El rostro del ayudante se iluminó.

—¿En Aschinger? —preguntó mientras salía solícito.

Karl asintió en el vacío. En el restaurante de la Alexanderplatz se comía un plato caliente y sabroso por poco dinero. Bala Inquieta solía zamparse allí dos porciones.

Karl cerró la puerta con llave y pensó que también estaría dispuesto a comer en Marte con tal de salir lo antes posible de esa casa y tener tiempo para reflexionar.

4

EL CUADERNO

Manicomio municipal de Berlín en Dalldorf
27 de octubre de 1912

TODOS DUERMEN, SOLO yo estoy despierta. La penumbra azul se ha transformado en negra, solo el pequeño resplandor amarillo de una lámpara se proyecta sobre el papel. Tengo la sensación de estar yo también durmiendo y soñando.

Durante el día ando como una sonámbula a través del amplio recinto de la clínica. ¿Va a ser este mi lugar de trabajo? Pese a que llevo dos meses trabajando aquí cada día, no me lo puedo creer. Todavía resuena en mi oído la voz de la enfermera jefe cuando me comunicó en un aparte: «Rita, en Dalldorf buscan cuidadora. La he recomendado a usted». Nunca hubiese pensado que iba a responder por mí, era sumamente severa conmigo, incluso dura, como si conociese mi pasado. Como si sospechase que no soy respetable. Pero, a lo mejor, al final le convenció mi sentido del deber, mi voluntad de hierro para hacerlo todo un poco mejor que las otras alumnas de Enfermería, que eran todas mucho más jóvenes que yo. La mayoría son chicas solteras en el umbral de su vida. Y tal vez también sea esa la causa por la que al final he obtenido el empleo. «En Dalldorf no hay que andarse con chiquitas, una no ha de asustarse ante los pacientes difíciles y el trabajo sucio. Eso no es para pollitas», había dicho la enfermera jefe, y ahí fue cuando comprendí que me veía como a una igual y no como una niña.

Enseguida dije que sí.

Al principio, Konrad estaba preocupado por la violencia que se supone que reina en el centro para enfermos mentales a causa de los antiguos presos que salen de la cárcel o del correccional, y que no están todos tras los barrotes en la «casa fortificada», sino que se mueven con libertad por los jardines y los talleres. El pabellón número cinco, con las ventanas enrejadas y el muro, está previsto para pacientes que, debido a la gravedad de su demencia, representan un peligro para sí mismos y para los demás. «Yo ahí no tengo que ir —le aseguré en repetidas ocasiones a Konrad hasta que se tranquilizó—. Ahí solo trabajan cuidadores varones a los que apoya el personal de vigilancia.»

En cuanto al dinero, en eso sí que estábamos de acuerdo, lo necesitamos con urgencia. Para la niña. Hilde tiene que ir a la escuela. Ahora solo tiene cuatro años, pero crece como la mala hierba y los calcetines siempre le quedan cortos; además tiene un apetito enorme, como el de un chico.

Aunque a Konrad no le guste oírlo, no podemos vivir de los remiendos que le hace a los zapatos. La gente dice que he bajado de nivel al casarme, pero en mi situación aquello fue un golpe de suerte. Con Konrad me tocó el primer premio en la tómbola de mi vida que, hasta el momento, no me había tratado bien. Es un buen hombre, un hombre orgulloso. Pero con su orgullo no podemos comprar pan. Y estos son tiempos difíciles.

El establecimiento es moderno. Además de los diez pabellones para enfermos hay una cocina, un edificio para la administración, otro para máquinas, una lavandería y los grandes talleres y jardines en los que trabajan los residentes. También están los campos de cultivo que limitan al norte con la granja y los campos de depuración. Aquí también tenemos un centro de formación, el asilo municipal para discapacitados mentales, al que también pertenece un hogar para niñas.

El director, el señor Sander, ha decidido que a los pacientes aptos para trabajar les conviene dedicarse a una tarea durante el día. De ahí que esto sea casi como un lugar de trabajo o una fábrica con espacios verdes, y solo los gritos raros y los ruidos poco habituales, los gruñidos y los llantos de personas aisladas indican que es un manicomio. A veces suena como un zoo.

Y, sin embargo, nunca antes fui tan feliz.

Los hombres y las mujeres, estrictamente alejados, se alojan en edificios diferentes. Los locos también están separados de los pacientes crónicos, que sufren de idiocia y epilepsia. Todo tiene su sentido, un orden sereno que le hace bien a mi mente. El trabajo es cansado, pero satisfactorio, y admito sin falsa modestia que está hecho para mí. Los pacientes son como animales cuyas peculiaridades se entienden enseguida y cuyos cuidados se realizan de forma previsible. De vez en cuando alguno tiene un arrebato de agresividad, entonces hay que llamar a los vigilantes y sedarlos, o utilizar las camisas de fuerza si es necesario, aunque el director no lo vea con buenos ojos. «La fuerza es negligencia», reza su credo. Quiere que los cuidadores atiendan solícitos a los enfermos. Pero, como es lógico, eso no siempre es posible, como cuando los pacientes sufren una demencia avanzada y pueden dañarse a sí mismos o a lo que los rodea.

«¿No te dan miedo los locos?», me preguntó ayer Hildchen, y yo me reí y moví la cabeza para expresar mi negativa. Dalldorf es como un pequeño mundo aparte en el que me gusta entrar. Cuando el tren se detiene en la estación y bajo con mi vestido viejo, cruzo la puerta, entro en el pabellón de ladrillo de la administración y saco de la taquilla el uniforme de enfermera y la cofia, se produce en mí una metamorfosis especial. Me cambio de ropa y me transformo en otra. Entonces dejo de ser Margarita Schönbrunn, la muchacha perdida de la que, a pesar de todo, al final se compadeció un hombre, pero que siempre piensa con angustia en el pasado. Me convierto en la enfermera Rita, la cuidadora hábil y siempre sonriente, con cuya aparición en el dormitorio hasta el rostro babeante y crispado de

Egon, el idiota con menos esperanzas de este lugar, se ilumina con una mueca de alegría. Pertenezco a Dalldorf como si desde siempre hubiese estado destinada a vivir aquí. En el asilo, en medio de campos floridos y en el hogar que toda mi vida he anhelado para mí.

Guardo el diario en mi taquilla y no me lo llevo a casa, con Hildchen y Konrad. Es parte de mi vida aquí fuera. Parte de mí misma.

5

Miércoles, 31 de mayo

HULDA SUSPIRÓ Y se cubrió hasta la barbilla con la colcha, que parecía pesar una tonelada. Delante de la ventana de la buhardilla todo estaba negro, solo se intuía una diminuta línea de claridad en las paredes de la habitación. Cerró los ojos y se volvió a sumergir en su sueño.

Luces, luces revoloteando y terciopelo rojo. Un techo alto desde el que la esfera de cristal resplandeciente salpica puntos que corretean y se persiguen unos a otros. La palpitante música de jazz, la voz dulce de una cantante negra, los pasos y gestos impetuosos de los bailarines a su alrededor. Con cada giro la rozan manos, brazos y caderas de gente desconocida, y la misma Hulda, que siempre prefiere guardar las distancias, disfruta de esa sensación de formar parte de una masa fluctuante. El champán dulce le corre por los labios, un extraño la besa en ellos y desaparece de nuevo entre la multitud antes de que ella alcance a distinguir su rostro. Una mujer con un vestido plateado corto le hace una señal y se la lleva a un rincón oscuro junto a una mesita en la que hay dos líneas blancas, como dos delicadas patas de araña. Sabe que Hulda paga bien. Hulda se inclina sobre la mesa, ríe, y en su cabeza estallan las estrellas y la luna, todo a su alrededor parece increíblemente nítido y hermoso. Luego se le entumecen los labios y también las manos, pero ella sabe que la sensación pasará y que volverá esa ligereza y esa ausencia de dolor que ella tanto ansía. Alguien la atrae de nuevo entre el gentío, donde impera el ritmo, que se convierte en su pulsación. Sigue bailando, se siente como si ella misma fuera el champán que, burbujeante, se vierte sobre todo. Ella se difumina y ya no siente ningún cansancio…

EL SUEÑO DESAPARECIÓ con el golpe. Hulda abrió de mala gana los pesados párpados. Consultó el reloj de encima de la cómoda. Ni siquiera eran las cinco de la mañana. No había dormido ni dos horas.

Volvieron a llamar a la puerta, esa vez con más insistencia. Hulda se sentó en la cama y gritó:

—Enseguida voy. —Deslizó las piernas por encima del borde de la cama y se sujetó la frente. El dolor de cabeza casi la estaba matando, pero se levantó y cogió la bata que colgaba de un gancho. Mientras se

la estaba poniendo, en la puerta se abrió una rendija. Desde el oscuro pasillo de la casa la miraban dos ojos enormes en un rostro infantil.

—¿Qué quieres? —preguntó Hulda a la niña.

—La Schmidt de Bülowstraße va a tener el hijo —susurró—. Me ha dicho que la venga a buscar.

La pequeña apartó la mirada de Hulda para observar curiosa la habitación. La sencilla pero limpia vivienda le debía de parecer un palacio en comparación con los sucios pisos del barrio de Bülow.

—¡Anda! —Hulda se frotó los ojos—. ¿Ya? Pensaba que todavía tardaría un par de días más.

Reflexionó un instante mientras intentaba aclarar su mente.

—Voy lo más deprisa posible. —Por suerte había puesto un parche en el neumático el día anterior. En pocos minutos estaría en casa de Lilo—. Dile a la señora Schmidt que no se preocupe —gritó a la niña, que ya bajaba haciendo ruido por la escalera. «Y deja de hacer ese escándalo», pensó. Una pelea matinal con la señora Wunderlich era lo que menos le apetecía en ese momento.

Aguzó el oído, pero todo permaneció en silencio. Luego se acercó al fregadero para refrescarse la cara con las manos y se cepilló el rebelde cabello. Al sonarse, la nariz le ardía como si tuviera fuego dentro, y se reprendió a sí misma. ¿Acaso no se había jurado la última vez que mantendría los dedos alejados de aquel condenado polvo blanco?

Con un suspiro se puso la falda y la blusa que todavía colgaban de una silla desde el día anterior, y se colocó la pequeña cofia que para ella era un engorro, pero le proporcionaba a los pacientes la sensación de hallarse en las mejores manos. Hulda sabía que la fe mueve montañas durante un parto. Se sujetó la cofia con unas horquillas. Entretanto, el agua del café ya hervía sobre el pequeño fogón de gas. Bebería al menos dos tazas antes de marcharse, pensó, y se preparó el café vertiendo en la taza el agua caliente, directo sobre una cucharada de café molido. Luego hurgó en el cajón del pan para tomar un desayuno frugal.

Poco después, Hulda bajaba las escaleras con el maletín de comadrona bajo el brazo y se montaba en la bicicleta. A esa hora el ambiente todavía era frío y le rozaba las piernas como un gato que pide comida. Pedaleó con fuerza, le sentaba bien el aire refrescante en la cara. Percibía poco a poco el efecto del café y cómo su mente se iba despejando. Se propuso no volver nunca más al Weißen Maus de Friedrichstad. ¿Cómo había regresado sola a casa en mitad de la noche? Ni siquiera se acordaba. Tambaleándose en la bicicleta, se palpó con una mano el bolsillo de la falda y comprobó que ya no tenía más dinero en él. Soltó un improperio. Era evidente que había gastado en un taxi la última moneda de cinco marcos que le quedaba.

La Potsdamer Straße estaba vacía, las tiendas todavía cerradas. Ni

siquiera estaban las mujeres que se ofrecían a los hombres que pasaban dando tumbos por allí. A Hulda le parecía como si esa hora crepuscular fuera el único momento del día en el que Berlín realmente dormía.

En el barucho de un semisótano vio a una anciana que fregaba con movimientos cansinos el suelo; los taburetes del bar estaban sobre el mostrador vueltos del revés. Por la esquina de la casa escapaba un perro aullando. Hulda siguió pedaleando y guiñó los ojos para ahuyentar la bruma que todavía flotaba en forma de jirones alrededor de su cabeza. ¡En serio, no debía volver a tocar ese diabólico polvo! Si no fuera tan maravilloso a la hora de olvidar todo lo que la oprimía… Incluso desterraba las sombras que no se veían, y regalaba a quien lo consumía un par de horas de fantástica liviandad. ¡Pero ahora estaba en un lío de cuidado! El bebé de Lilo había escogido esa pacífica y diminuta brecha, antes del amanecer, para venir al mundo, y ella, Hulda, tendría que darlo todo para que madre e hijo salieran bien parados, por muy cansada y embotada que se sintiera.

Hulda esperaba que todo fuera bien cuando apoyó la bicicleta en la pared del patio posterior de la Bülowstraße, pues, si surgía la más mínima complicación, estaba obligada a llamar a un médico para que él se ocupara del parto. Y ese día era miércoles, recordó reprimiendo un gemido. El doctor Schneider, que dirigía un consultorio ginecológico, estaba de guardia, y pertenecía a esos dioses de blanco que opinaban que una comadrona no era más que una bruja que preparaba pócimas y cuya actividad representaba un peligro para la salud de la parturienta. Como comadrona, ella estaba subordinada al médico, a diferencia del cual no había estudiado ninguna carrera y no debía utilizar instrumentos como los fórceps. Estos estaban reservados a los cultos doctores. Sin embargo, Hulda tendía a obrar por cuenta propia y no solía consultar demasiado a un médico. Ella y el doctor Schneider se habían peleado con frecuencia porque él le reprochaba cometer errores médicos y confiar en exceso en ella misma. Y si no tenía cuidado, se dijo rechinando los dientes, la discordia con él le costaría la inhabilitación en el distrito de Schöneberg. Ese día, tenía que admitirlo mientras escuchaba los gritos de dolor que salían de la vivienda de los Schmidt a través de la oscura escalera, tendría, de manera excepcional, la razón: era cierto que no estaba en plena forma. Pero Lilo contaba con ella, y Hulda no iba a dejarla en la estacada. Si una comadrona desconocida o el severo médico aparecían en su casa, la joven sufriría un terrible impacto emocional.

La puerta solo estaba entornada, la esperaban.

—¿Lilo? —llamó, al tiempo que se precipitaba en el pequeño apartamento.

—Señorita Hulda… —resonó débilmente desde el dormitorio. Lilo

estaba en la cama llorosa y con un aspecto lamentable. Sentado al borde de la cama se hallaba un trasnochado Wolfgang que agarraba la mano de su esposa en un gesto desamparado. Al ver a Hulda, el alivio se reflejó en su rostro.

—Gracias a Dios que ya está aquí, señorita Hulda —dijo al levantarse—. Hace una hora que llegué del trabajo y me he encontrado así a mi Lilo. Enseguida he despertado a la hija de los vecinos de arriba y se la he enviado. —La miró—. Usted tampoco tiene muy buen aspecto, si me permite decirlo.

Pero Hulda hizo un gesto de rechazo.

—Solo estoy algo cansada, pero no pasa nada. —Se sentó sobre las sábanas revueltas junto a Lilo—. ¿Qué hay, querida mía, dónde aprieta el zapato?

Lilo gritó y gimió.

—Ya empieza otra vez.

Hulda sabía que llegaba la siguiente contracción y agarró con firmeza a Lilo de los hombros.

—Respira, bonita mía, respira hondo y no te resistas.

Lilo respiró con valentía y se mordió el labio hasta que el dolor hubo recorrido su cuerpo.

—Creo que no voy a poder —murmuró.

Hulda sonrió.

—Ah, sí, ya lo creo que sí. ¿Sabe por qué? Porque tiene que poder. Y porque dentro de poco sostendrá entre sus brazos a su cielito, eso se lo prometo. —Hulda echó un vistazo a la desolada habitación. Su mirada se posó en un montoncito de lana blanca brillante. ¡La gorrita! La cogió y la depositó en las manos de Lilo.

—Cuando llegue la próxima contracción piense que cada vez está más cerca de su hijo. Que pronto podrá ponerle esa encantadora gorrita.

Lilo asintió con una sonrisa vacilante. Sus dedos suaves e infantiles acariciaron con ternura la prenda de lana blanca como si ya percibiese debajo la cabeza de su hijo.

Hulda se levantó satisfecha.

—Escuche, Wolfgang: necesitamos toallas limpias y mucha agua caliente. ¿Podría poner la olla al fuego? Y, por favor, ¿le prepararía a su esposa algo para desayunar, tal vez un poco de pan con mantequilla? Y un té fuerte con mucho azúcar.

—¿Azúcar? —preguntó el hombre, y la miró como si le hubiese pedido que añadiera oro en polvo al té. Hulda suspiró para sus adentros. Abrió su gran maletín de piel y sacó un par de sobrecitos de azúcar que de vez en cuando sustraía del Café Winter.

—Tenga —le tendió los sobrecitos—. Y ahora, manos a la obra. Cuando tengamos listo todo lo necesario podrá usted retirarse. Pero,

por favor, no vaya muy lejos para que pueda llamarlo en cualquier momento. —Por fortuna las cervecerías todavía no estaban abiertas a aquella hora, y Wolfgang no tendría la oportunidad de escapar a una taberna demasiado temprano.

—Y otra cosa más —dijo Hulda, mirando preocupada cómo se desfiguraba de nuevo el rostro de Lilo por la llegada de una nueva contracción—. ¿Dónde está el teléfono más cercano?

—La portera tiene un aparato abajo. La señora Koslowski —respondió Wolfgang—. ¿A quién tengo que llamar?

—A nadie, es por si acaso —contestó Hulda, y lo sacó de la habitación como quien espanta a una mosca. Luego se volvió de nuevo a la joven, que agarraba desesperada la gorrita como si se tratara de una boya en el agua que evitaba que se ahogara.

—Respire tranquila, muy despacio —indicó Hulda mientras sujetaba a Lilo hasta que pasó el dolor.

Todavía vendrían muchas más, y serían más dolorosas y más abrumadoras. Hulda lo sabía, pero a Lilo solo le dijo:

—Lo hace usted de maravilla.

Cuando examinó a la joven entre contracción y contracción, comprobó con sorpresa que el parto ya estaba muy avanzado. Por muy frágil y pusilánime que Lilo pareciera, su cuerpo no se dejaba intimidar, e imperturbable hacía avanzar al niño por el canal de alumbramiento. Casi demasiado deprisa para Hulda, pues cuando una parturienta no seguía el ritmo que le marcaba el cuerpo, podían producirse lesiones. Así que le advirtió que se sosegara, dejó que Lilo jadeara y resoplara durante las contracciones, y le prohibió que empujara.

Wolfgang apareció por fin con el esperado desayuno y después de que Hulda hiciera beber el té dulce a la joven y la convenciera para que diera un par de bocados, Lilo parecía mucho más serena. Incluso se dejó ayudar para ponerse en pie y caminar despacio por la pequeña habitación, un par de pasos en una dirección y luego un par más en sentido contrario. Durante las contracciones se apoyaba en el armazón de la cama.

Por las expresiones de dolor que cada vez parecían salir más profundamente del pecho de Lilo, Hulda notó que el alumbramiento pasaba a la última fase.

—Lilo, es como si hubiese estado haciendo esto toda la vida —la elogió con franqueza. Siempre le sorprendía el hecho de que las mujeres reaccionasen de forma tan distinta a como era de suponer que lo harían. Esa muchacha delicada que durante semanas se había visto invadida por el pánico, demostraba el valor de una leona llegado el momento. Se enfrentaba con energía a los dolores que, uno tras otro, le vapuleaban ahora sin pausa el frágil cuerpo, y, guiada por la

intuición, trazaba círculos con las caderas para ayudar al niño a seguir descendiendo.

Asustado por los terribles gritos de su esposa, Wolfgang, pálido como una sábana, asomó un par de veces la cabeza por la puerta, pero Hulda lo echó en ambas ocasiones del cuarto. Para un profano, el padecimiento de la parturienta debía de sonar como si estuviese a punto de morir, pero Hulda sabía que todo tenía su proceso. Palpaba sin cesar con cuidado en busca del niño y escuchaba con el estetoscopio los latidos de su corazón.

Cuando notó la cabeza del bebé, dijo:

—Ahora, bonita mía, necesitará usted armarse de nuevo de un poco de valor. Reúna sus últimas fuerzas y colabore. Ahora tiene que expulsar al niño, pero empuje solo cuando yo se lo diga, ¿entendido?

Lilo asintió con los ojos vidriosos y las mejillas ardientes. Todavía estaba de pie, inclinada en el borde de la cama, y parecía encontrarse en una especie de trance. Como ya sabía la comadrona, también eso era típico de los últimos minutos de un parto: las mujeres sabían que tenían que internarse a fondo en el dolor, incluso si aquello exigía auténtico heroísmo. Así que no se asombró de que, con la siguiente contracción, surgiera la cabecita del niño, y con la que vino después, el resto del pequeño cuerpo con un torrente de líquido amniótico.

Hulda ya había cubierto el suelo con papeles de periódico y toallas. Recogió el líquido y al bebé y enseguida cubrió el cuerpecito caliente con un paño limpio. El bebé empezó a llorar, y Hulda sonrió satisfecha. La madre y el hijo todavía permanecían unidos por el cordón umbilical. Arrastró con suavidad a la exhausta Lilo sobre la cama y le puso entre los brazos el cálido fardo. Y entonces llegó el momento que a Hulda más le alegraba, y, al mismo tiempo, más temía: el rostro agotado de Lilo se iluminó, los ojos y las manos inspeccionaron al niño, su mirada quedó cautiva de la diminuta carita roja, era incapaz de apartarla. Y ella, Hulda, fue relegada al olvido. No era más que una figurante en esa feliz obra de teatro llamada vida. En ese segundo empezaba una nueva cronología en la existencia de madre e hijo. A partir de aquel momento, los lazos de unión entre ellos serían tan inquebrantables que nada más podría interponerse. Y Hulda sentía siempre al pensarlo una punzada, una mezcla de envidia y tristeza.

Como en cada ocasión, disimuló lo que sentía con el ajetreo. Anudó el cordón y lo cortó. Volvió a sostener al bebé de los brazos de la joven madre y lo examinó con atención, comprobó su respiración, el riego sanguíneo y la tensión muscular. Le contó los dedos de las manos y de los pies y limpió al pequeño con un trapo húmedo. Entonces se lo devolvió a Lilo.

A partir de ahí se dedicó a atender de la madre. La placenta hizo su

aparición enseguida, y Hulda vio que el rostro de Lilo se contraía de repente de dolor, sorprendido. Ya estaba. Hulda revisó ese gran órgano que ya no ofrecería ningún servicio y comprobó aliviada que estaba completo. No habría dificultades, aquel había sido un parto de película.

En ese momento, tal como era costumbre, felicitó a Lilo por la llegada del hijo. La placenta formaba parte del embarazo; con su expulsión, este se daba por concluido.

Hulda cortó la hemorragia, puso bien la ropa de Lilo y la tapó.

—¿Qué tal si le presentamos a su padre?

Lilo asintió resplandeciente. Sus ojos mostraban un orgullo antiguo, el orgullo de las mujeres que han hecho algo grandioso.

Hulda gritó:

—¿Wolfgang?

Él ya estaba detrás de la puerta y entró sin aliento. Como en un estado de trance, corrió hacia la cama y se sentó con cuidado en el borde, como si temiera ahuyentar a un espectro. Pasó la mano con torpeza por el cabello de su mujer y acarició vacilante con un dedo la diminuta mejilla del bebé.

—¿Qué es? —preguntó.

Lilo lo miró asombrada y se echó a reír.

—No lo sé —respondió mirando intrigada a Hulda—. Con la emoción se me ha olvidado preguntarlo.

Hulda sonrió.

—Un jovencito —contestó—. Un hijo en perfecto estado de salud.

Lugo se fue a la cocina para dejar a la joven familia unos minutos a solas. Enjuagó los trapos y las toallas ensangrentados y se preparó un espantoso sucedáneo de café con el producto en polvo de la lata que había sobre el fregadero. Se lo bebió con lentitud, a sorbos, y sintió que ese brebaje caliente de achicoria desterraba la melancolía que había sentido por un momento. Se reprendió a sí misma. Qué tontería estar siempre lamentándose por algo que ni siquiera sabía si deseaba. ¿Qué iba a hacer con un hijo? Tendría que dejar su trabajo, encerrarse como todas las mujeres a las que asistía y cuya vida a partir de ese momento recorría un trayecto recto, una danza eterna de limpiar, cocinar, echar pestes y llorar. Todo giraría en torno a la preocupación por ese niño, en torno al miedo de perderlo a causa del hambre, por una enfermedad infantil o un accidente. La ropa sucia se apilaría en montañas irreducibles sin una lavadora de rodillos. La comida aún escasearía más, como el sueño. Pero en aquella pobreza también había risas, la alegría que despertaba el pequeño y sus progresos, los besos y los mimos.

Pero Hulda no creía que esos sentimientos pudieran compensar la pérdida de la libertad. Sin contar con que ni siquiera sabía quién

podría ser el padre de su hijo. ¿Felix? Bien, eso lo había impedido ella con éxito y de una vez por todas.

Resopló y se llevó el dorso de las manos a los ojos. Luego escurrió con determinación los paños mojados en el fregadero y los tendió en la cuerda que atravesaba la cocina de lado a lado.

Hulda se acercó a la ventana. Fuera ya clareaba, el sol se reflejaba manchado sobre el muro de la casa de enfrente, cuyo revoco se había desprendido en algunos lugares. La ventana estaba ahora entornada, y los arrullos prolongados de una paloma se internaban hasta la cocina, que en ese momento casi parecía acogedora. Poco después, cuando entró sin hacer ruido en el dormitorio, Lilo y Wolfgang no se habían movido. Seguían contemplando, enmudecidos los dos y con una sonrisa extasiada, a su hijo.

Hulda se acercó.

—Hay que colocar al niño para que agarre el pecho —anunció con alegría y determinación—. De este modo. —Se lo mostró a Lilo, y vio con alivio que el jovencito enseguida comprendía cómo funcionaba eso de mamar y empezaba a succionar con entusiasmo.

Wolfgang se incomodó un poco al ver a su esposa con el pecho al descubierto y, al tiempo que murmuraba una disculpa, salió del cuarto.

—¿Ya tienen el nombre? —preguntó Hulda mientras ordenaba un poco la habitación y comprobaba que el pequeño siguiera mamando.

—He pensado en Konrad —dijo Lilo—. En realidad, tendríamos que ponerle el nombre del padre de Wolfgang, es la tradición en su familia. Pero se llamaba Ernst. Y lo encuentro un nombre tan frío y tan severo… Él también era severo, yo siempre le tenía miedo. —Acarició ensimismada los diminutos dedos del hijo—. El marido de la vecina de enfrente se llamaba Konrad, ¿sabe? Debió de haber sido una persona muy simpática, divertida y alegre. Me gusta el nombre. Y Wolfgang está de acuerdo.

—Así que Konrad. Es una buena elección —dijo Hulda, como hacía siempre, sin importar lo que en realidad pensara. Pero en ese caso era cierto que el nombre le gustaba.

Vio entonces que una lágrima resbalaba por la mejilla de Lilo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó. Dar a luz representaba un gran esfuerzo, y algunas mujeres reaccionaban después de un modo impredecible. Pero las lágrimas de Lilo no parecían ser de alivio.

—Rita ha muerto —susurró Lilo con un puchero. Sus dedos recorrían la suave pelusilla de la cabeza del niño que amamantaba. Luego tomó entre las manos la gorrita blanca que estaba sobre el colchón—. Vino la policía. La señora Koslowski se lo contó a Wolfi, y yo se lo he sonsacado a él. Aunque no quería decirme nada para no alterarme.

—¿Ha muerto?

—Ahogada. En el canal, en el puente de Köthen. Qué pena. —Ahora Lilo sollozaba a voz en grito.

—Una auténtica pena. —Hulda pensó que seguramente no era la primera mujer desesperada que escapaba de una vida en la miseria saltando al canal. Desde la guerra, esos pobres desdichados no tenían perspectivas—. Lo siento mucho por usted.

—Todos dicen que Rita se ha suicidado. Pero ella no era así —señaló Lilo, que se limpió la nariz con la colcha—. ¡Era perseverante! Lo había perdido todo, a su familia y su puesto de trabajo. Pero no se dejó hundir. Y justo ahora, que ha llegado el bebé… —Lilo rompió de nuevo en llanto—. Se alegraba mucho de que lo esperase. «Un hijo es un milagro», decía.

Hulda escuchaba con atención. Pensaba en que nadie lograba saber qué ocurría en realidad en el interior de un ser humano. Incluso una persona en apariencia fuerte podía estar desesperada en lo más profundo de su ser.

El rostro contraído de su propia madre apareció de repente ante sus ojos, el modo en que lloraba y gritaba mientras sostenía en la mano una de esas pequeñas ampollas marrones que habían dominado su vida. Hulda oyó los lamentos en la noche resonar en las habitaciones vacías de la casa. Esa tristeza lo consumía a uno como una putrefacción invisible. Tenía las manos frías.

—Lilo —dijo sin saber a quién le daba ánimos, si a la joven madre o a sí misma—. Ahora tiene que ser fuerte por el bien de su hijo. Él necesita a una madre alegre y relajada. Lo que ha pasado con su vecina es horrible, pero no debe convertirse en un fardo demasiado pesado para usted, ¿me promete que lo hará?

La joven movió a disgusto la cabeza afirmativamente. Contempló a su hijo, que se había quedado dormido junto al pecho con la boquita medio abierta.

—Qué mono es —murmuró y le besó en la frente.

—Es un niño muy guapo, el pequeño Konrad —Hulda le dio la razón.

Lilo la miró con los ojos lacrimosos.

—¿Podría enterarse usted de qué le ha sucedido a Rita? —suplicó—. Yo no puedo salir ahora. Y Wolfi no se comunica bien con la gente, ¿sabe? Él enseguida se deja engañar. Pero yo tengo que saber qué ha ocurrido, ¡tengo que saberlo! O me volveré loca de tanto darle vueltas a la cabeza. ¡Por favor!

Hulda inspiró hondo.

—De acuerdo —aceptó—. Le preguntaré a la señora Koslowski, a lo mejor me entero de algo. Pero usted descanse y piense en cosas bonitas, ¿entendido?

Lilo asintió obediente y se secó las últimas lágrimas del rostro.

—Prometido. Gracias, señorita Hulda.

Para hacerle pensar en otra cosa, Hulda le explicó cómo cambiar los vendajes para acabar pronto con los sangrados y le dijo que, en cuanto el niño se despertara, lo abrigara y volviera a darle de mamar.

Después se despidió de Lilo, que ahora parecía estar en éxtasis. Solo tenía ojos para Konrad.

En la cocina, Hulda indicó al recién estrenado padre que preparase unas buenas comidas a la parturienta y que no la dejase sola la primera noche.

—Pero yo tengo que salir a trabajar —replicó él sin entender.

Hulda le puso la mano sobre el brazo.

—Lo sé. Pero entonces debería consultar con la vecina para que alguien cuide de Lilo. Lo mejor sería una mujer mayor con experiencia, no esa niña que me ha ido a buscar esta mañana. ¿Entiende?

Wolfgang asintió, y Hulda prometió volver al día siguiente.

Cuando salió del piso al rellano, oyó la campana de la iglesia luterana vecina dando las doce del mediodía. Era un sonido cristalino, casi musical. El parto había durado tan solo unas pocas horas. Una nueva vida empezaba, silenciosa y discreta en ese bloque de pisos que, como un panal, estaba pegado a una colmena llena hasta los topes llamada Berlín.

Antes de bajar por los escalones, Hulda detuvo la mirada en la puerta sellada de enfrente. «Qué cerca se encuentran a veces la vida y la muerte», pensó, y agarró algo más fuerte el maletín de comadrona.

6

Miércoles, 31 de mayo

FELIX SE PASÓ la mano por el rebelde cabello castaño y bostezó. La noche anterior se había hecho tarde en el Café Winter. Poco antes de que fuera a cerrar, llegó una horda de rusos sedientos que antes habían asistido a una reunión para hablar sobre Trotski, Lenin o quien fuera, a Felix le faltaba a veces la visión general. Por los rostros enrojecidos y el volumen de las voces, ya habían corrido bebidas alcohólicas durante aquella reunión y después, en el Café, pidieron a la malhumorada Frieda una ronda tras otra de coñac. Felix había metido a la camarera un par de monedas extra en el bolsillo del delantal y le había advertido con el dedo que fuera amable con esos clientes tardíos. En la caja se podía adivinar mucho dinero.

Esa mañana, sin embargo, le había costado salir de la cama, y el cansancio le colgaba de la nuca como una lapa imposible de arrancar. Por fortuna, el día anterior, al cerrar la caja, Frieda había aceptado por otras cuantas monedas abrir pronto el local y defender el fuerte hasta que él llegara.

—Hijo —su madre, que ya esperaba en la acera del café, lo saludó moviendo la cabeza de un lado a otro—, ¡a quien madruga, Dios le ayuda! ¿Te has vuelto un dormilón?

—Buenos días, madre. ¿Me dejas pasar? Tengo cosas que hacer. —Felix la apartó con suavidad a un lado.

—Pues por eso mismo —replicó la madre mordaz.

Una vez dentro, Felix vertió una buena cantidad de agua caliente sobre el filtro del café, pues sin él no sería capaz de aguantar a su madre. Disfrutó del líquido oscuro bebiéndolo a pequeños sorbos y con los ojos cerrados. Mientras, Wilhelmine Winter se sentaba a su mesa habitual, justo delante de la ventana, y una también malhumorada y trasnochada Frieda le servía el desayuno.

El joven sacó al exterior las oscuras sillas Thonet, parpadeó a causa del sol y llenó los saleros de las mesas de mármol. Observó con disimulo la indumentaria de su madre. Wilhelmine Winter se había superado una vez más a sí misma. Junto a un suave vestido de lana llevaba unas medias finas como la piel y la estola de visón que le había regalado su marido por su sesenta aniversario. Había colocado de manera ostentosa el costoso bolso de piel trabajado a mano para

que todos pudieran ver que los dueños del local habían conseguido salir más que airosos.

Así era, pensó Felix, podían permitírselo. En efecto, el Café Winter funcionaba desde hacía muchos años la mar de bien, y era inconcebible que desapareciese del lugar más bullicioso de la bulliciosa vida de Schöneberg. Desde que este último pertenecía de forma oficial a Berlín, y el mercado se había ampliado con la llegada de muchos comerciantes procedentes de la ciudad, todavía transitaban más personas por la Winterfeldtplatz. En los últimos dos años era él, el hijo, quien llevaba el negocio para que sus padres no tuvieran que trabajar tanto. Su madre no lo dejaba en paz, mientras que su padre disfrutaba al máximo de ese estado indolente, y solo de vez en cuando se fumaba una pipa en el café y miraba con disimulo que todo estuviera en orden. Cada día la tenía colgada al cuello. Controlaba la caja como si él fuera un escolar incapaz de manejar un ábaco, enderezaba las sillas, criticaba con lengua afilada las manchas en el delantal de Frieda y de las otras chicas, y se pasaba medio día haraganeando por ahí.

Ahora volvía a hacerle señas con esa mezcla de autoridad y reproche en el rostro que a él le ponía frenético.

—¿Sí, madre? —preguntó con forzada amabilidad.

—Tienes que animar a las camareras a que sonrían más —susurró ella lo bastante alto para que Frieda, que recogía la mesa vecina, la oyera.

—El que siembra, recoge…

—¿Qué quieres decir, hijo?

—Que sería de gran ayuda que fueras un poco menos crítica e insufrible, madre.

Wilhelmine dibujó una sonrisa avinagrada.

—Toleraré esa impertinencia porque veo que estás cansado, Felix. Pero piensa que lo hago por tu bien. Los clientes que dejan el local insatisfechos tal vez no te den su opinión de forma tan despiadada como yo. Pero a cambio ya no vuelven más. —Enderezó la espalda—. Y ahora, di por favor en la cocina que quiero que los huevos hiervan exactamente seis minutos y medio. Para que la clara esté firme y la yema blanda, ¿entendido?

Felix se mordió la lengua para reprimir un comentario mordaz y asintió.

—Ah, ¿hijo? —La señora Winter lo retuvo por la manga de la camisa.

Feliz bajó la vista hacia la mano de su madre y le desagradó ver las uñas de los dedos pintadas de granate.

—¿Sí?

—Te he traído una cosa. —Wilhelmine rebuscó con un objetivo

determinado en el prohibitivo bolso y sacó una fotografía.

Felix gimió para sus adentros. Ya temía lo que se le avecinaba.

—No es necesario, de verdad, madre —rechazó.

En vano.

—Es obvio que es muy necesario, hijo mío. ¿O hay alguna novedad que yo ignore? ¡Y si la hay, esperemos que se trate de una persona de tu mismo nivel! El día que nos traigas a una sirvienta o a una camarera me llevarás a la tumba, supongo que ya lo sabes.

—No te preocupes, no hay nadie.

Su madre resopló.

—¿Que no me preocupe? ¿Vas a quedarte solo hasta que seas viejo y canoso? Ya es hora de que fundes una familia. Después de ti, el café debe seguir en manos de los Winter. ¡Así que mira!

Le colocó una fotografía delante de la nariz. En ella, Felix distinguió a una muchacha con el cabello rubio y largo, la nariz respingona y, por mucho que le costara admitirlo, una sonrisa irresistible.

—¿Quién es?

Wilhelmine notó que había despertado el interés de su hijo y dibujó una sonrisa triunfal.

—Ella, querido mío, es Helene, la hija del comerciante Stolz, de Charlottenburg. Tiene veinte años, una reputación sin tacha y ningún compromiso. Sus padres están muy interesados en que conozca a un joven diligente y respetable. Uno como tú.

—En realidad, desearía que tuvieras más confianza en mí. Dame un poco de tiempo, y ya encontraré yo a la mujer adecuada.

Wilhelmine soltó una risa burlona y volvió a guardar la foto de la muchacha en el bolso.

—Todavía no te has olvidado de esa Hulda tan rara. Una persona triste, que todavía está sola. Y quererte, tampoco te quería. ¿Cómo te iba a querer? Tal como era su familia, esa chica no podía estar bien de la cabeza: con un padre que, como todos los semitas, evitaba cualquier responsabilidad, y una loca por madre. No, no habrían sido los genes adecuados para nuestra familia. Nosotros los alemanes tenemos el deber de preservar nuestra nación y no aguarla con sangre extranjera.

—Haz el favor de callar —farfulló Felix, dándose media vuelta. Ya había oído suficiente. ¡Qué harto estaba de esa lengua afilada y suelta de su madre! Y cuánto odiaba que ella expresara aquellos juicios secretos, pues, ¿acaso no había pensado más de una vez furioso en Hulda y atribuido a su carácter versátil, a su enfermizo miedo al compromiso, el fracaso de su relación?

—Mañana a la una —gritó a media voz la madre a sus espaldas.

—¿Cómo?

—Llevarás a comer a Helene. Te espera en el Kranzler, en Kurfürstendamm —indicó y, con el meñique levantado, vertió la leche

de la jarrita de porcelana en la taza—. Mientras, yo me ocuparé de vigilar a los empleados del café.

La conversación había concluido, ella había tenido la última palabra.

Felix apretó los labios y se fue a la cocina para comunicar al cocinero el pedido de su madre y servirse él mismo una porción de pastel. En los últimos tiempos aquello se estaba convirtiendo en adicción, pensó con sentimiento de culpabilidad, y se pasó la mano por el vientre, que se curvaba bajo la cinturilla del pantalón. El invierno le había resultado largo y gris, y los bombones de chocolate, los dulces cuernecillos de crema y el mazapán habían sido el único consuelo. El bonito rostro de esa joven Stolz apareció por sorpresa en su mente. Lo normal era que rechazara con rapidez todos los intentos maternos por emparejarlo, pero esa vez le gustó lo que había visto.

CERCA YA DE la hora de la comida, Felix repasaba las cuentas en el cuarto trasero. De la cocina salía un tentador olor a arenque frito.

—¡Señor Winter! ¡Tiene visita! —anunció Frieda desde el salón.

Felix salió enseguida. La camarera señaló irónica la gorra de fieltro roja que destacaba fuera, delante de la puerta del café. Felix suspiró. ¡Lo que faltaba!

La campanilla repicó, y Hulda entró en el establecimiento.

Felix vio con el rabillo del ojo que su madre le lanzaba una mirada indignada, pero él la ignoró y se colocó detrás del mostrador, como si estuviera ocupado.

—Buenos días, Felix.

Su voz era oscura y cálida. No había sonido en el mundo que él escuchara con mayor agrado. Y no existía otro que, como ese, le sentara como un doloroso puñetazo en el estómago.

—Hola —susurró al levantar un instante la vista. El hermoso rostro de Hulda mostraba huellas de cansancio, y el ojo izquierdo parecía deslizarse algo más a la izquierda de lo que era usual. Con toda probabilidad habría tenido una noche agotadora.

En el pasado, Felix la había esperado en casa de sus padres, donde todavía vivía en el último piso, incluso hasta el amanecer, cuando ella volvía de asistir en un parto. Entonces todavía era aprendiza en la clínica ginecológica de Neukölln. Delante de la ventana que daba al jardín había un pino cuyas ramas, abundantes y casi a ras de suelo, invitaban a trepar. Como sus padres no veían a Hulda con buenos ojos, ella prefería tomar ese camino para subir a la habitación del joven. Él le preparaba siempre un café, le hacía masaje en los pies y se pasaba horas besándola. A primera hora de la mañana, cuando por fin la respiración de la joven fluía liviana y con lentitud sobre la

almohada, él la tapaba y cerraba la habitación desde fuera para que sus padres no aparecieran, y se marchaba a trabajar. Cuando Hulda despertaba, salía por el mismo camino por donde había entrado.

Por aquel entonces, Felix no necesitaba azúcar para superar el día.

—Un café moca fuerte, por favor —dijo Hulda—. Y un par de bombones si tienes.

Por lo visto, ese día también ella necesitaba café y azúcar, pensó Felix, e hizo una seña a la camarera para que fuera a buscar a la cocina la caja de trufas reservada para casos de necesidad. Él mismo se puso a preparar el café en la cafetera Vienna de latón.

—Hoy no es que estés muy hablador. —Hulda acercó al mostrador un taburete alto, al que subió en un rápido impulso con un ágil movimiento de cadera. A él siempre le había gustado que fuera tan resuelta. De nuevo sintió que le invadía la rabia y derramó en el acto el café molido.

—¿Qué quieres que te diga?

—Ya sabes, que charlemos un poco como amigos.

—¿Eso es lo que somos? ¿Amigos?

—¡No seas así, Felix! Claro que lo somos. O al menos eso pensaba yo hasta ahora, pero últimamente estás frío como el hielo.

—Que seas tú quien lo diga… —Se dio media vuelta con avidez y se asombró a sí mismo de la vehemencia de sus palabras. Hulda llevaba años entrando en el café y bebiendo su moca en el mostrador, incluso después de que se separasen. Los sentimientos de Felix siempre habían sido contradictorios, pero ¿de dónde procedía esa intensa rabia que sentía hacia ella desde hacía un par de semanas? Era como si en los últimos días hubiese tomado conciencia de que aquella no era una situación pasajera, sino de que ella se limitaría a dedicarle un par de palabras de cortesía por encima del mostrador mientras él le servía un café. Toda la vida.

Hulda le tomó de la mano. Felix sospechaba lo que su madre pensaría de ese gesto, pero no se movió. Se miraron a los ojos, y en el brillante azul grisáceo de los iris de la joven él leyó un afecto que anhelaba y maldecía. La tormenta en su interior se calmó.

—Perdona. He dormido mal. Entonces, ¿un café moca? —Colocó una taza delante de ella.

—Gracias. Por lo demás, ¿qué tal van las cosas? —Agarró la caja de trufas que Frieda había dejado sobre el mostrador y se llevó a la boca una de esas exquisiteces de color marrón oscuro.

Tras dudar un instante, Felix la imitó. El dulce y mantecoso relleno se le derritió en la lengua.

—De maravilla, no me puedo quejar —contestó él—. Por supuesto, el Café Winter no es el Adlon, pero a pesar de eso cada día tenemos más clientes.

Señaló a su alrededor, donde casi todas las mesas ya estaban ocupadas. También fuera, en la terraza, se había sentado un buen número de individuos que bebían café al tiempo que leían el diario, empezaban a salir los primeros coñacs, y Frieda y las otras chicas tenían que darse bastante prisa para atenderlos a todos. Pronto empezarían a servir comidas.

—Después del largo invierno, la gente está deseando salir de la madriguera —dijo Hulda mientras tomaba un sorbo de café. Desgarró resoluta un sobrecito de azúcar, echó el contenido en la taza y lo removió. Luego se metió con toda naturalidad dos sobrecitos más en el bolsillo de la falda, como hacía siempre que iba allí. Se lamió los labios, y Felix no pudo evitar escuchar embelesado sus palabras—. Al menos, la gente que se lo puede permitir. Los demás se van agriando en sus cocinas y cutres habitaciones. Esta noche he asistido a una parturienta en Bülowbogen; no te puedes imaginar la pobreza en la que viven esas personas. Y por doquier esa desesperación y violencia. —Se inclinó hacia delante—. Han pescado en el Landwehrkanal a una vecina de mi parturienta. Muerta.

—Ah, el cadáver del canal, ya he oído hablar de ello. ¿Sabes qué ha ocurrido?

—Ni idea. —Hulda calló pensativa y terminó de beber su café. Luego dijo a media voz—: Qué extraño es que la vida penda de hilos tan finos. Los niños que traigo al mundo son todos hojas en blanco. Luchan por alcanzar la luz, se aferran con los diminutos pero fuertes dedos a la vida. Y luego es como un tobogán, sin que nadie sepa dónde está la meta. Un paso en falso, una pequeña ondulación en el terreno, y sales despedido. El viaje termina cuando uno menos lo espera.

Felix se asustó ante la expresión de sus ojos.

—La mujer… era de la misma edad que tu madre si estuviera viva —dijo él vacilante—. He leído en el periódico cuántos años tenía.

Hulda lo miró, y él notó que había tocado una herida abierta. Ella asintió con una expresión difícil de calificar. De repente su rostro parecía desnudo e infantil, sin la forzada gravedad. Felix enseguida se arrepintió de haber pronunciado esas palabras, que quedaron flotando en el aire, sin poder borrarse.

Hulda dijo en voz baja:

—Murió un día como hoy, hace cuatro años.

Felix se sobresaltó. No se había percatado de la fecha, pero sabía que la mayoría de los suicidios se practicaban en primavera, cuando los pensamientos lúgubres ya no podían hallar armonía en los días soleados ni en el ambiente de renovación. Y recordó con una dolorosa intensidad las imágenes de aquel día. El rostro ceniciento de Hulda, la callada desesperación. El cuerpo peculiarmente retorcido sobre la

alfombra de la antigua vivienda familiar, una jeringa en la mano inerte. Al lado, la pequeña ampolla de cristal de la que había extraído con una aguja el Diaphin. Por todos lados se veían esquirlas. La ventana había quedado abierta, todavía lo recordaba; las finas cortinas de color gris claro ondeaban empujadas por el suave viento como el humo que ascendía de las chimeneas de la ciudad. Habían recogido el cadáver y Hulda se había quedado muda.

Ese había sido también entre ellos el principio del fin.

—Desearía poder ayudarla.

—¿A quién? —preguntó inseguro Felix, porque no había entendido bien a Hulda.

—Desearía poder ayudar a la muchacha de Bülowbogen. Está muy preocupada por su vecina muerta, y sin embargo Lilo debería calmarse. En el sobreparto, las madres jóvenes suelen sufrir una inflamación del pecho porque se preocupan demasiado.

Felix se deshizo del recuerdo del dolor pasado y solo tuvo ojos para el botón superior de la blusa de Hulda, que se había caído, por lo que el cuello estaba un poco abierto y dejaba a la vista su tez morena. Incluso podía ver las pulsiones en su garganta. Tragó. ¿Acababa de decir «pecho»?

—¿Puedo hacer algo más por ti?

—¿Tienes un cigarrillo?

Felix agarró de mala gana el paquete que descansaba en un cajón del mostrador y le tendió uno. Rascó sin que se lo pidiera una cerilla y le ofreció fuego. Observó que ella chupaba casi con ansiedad el pitillo. Pensó que antes Hulda no fumaba. ¿Qué más cosas haría hoy de las que él no tenía ni la menor idea?

Hulda se deslizó del taburete, envuelta en una delicada nube azul.

—Estos me los llevo. —Envolvió un par de bombones en una servilleta y levantó la mano—. ¡Te pagaré luego! Que vaya bien, Felix. Gracias por escucharme.

«¿Luego? —pensó—. Cuando las ranas críen pelo.» Pero no contestó. La saludó con la mano sin pronunciar palabra y se la quedó mirando mientras ella se dirigía hacia la salida a paso ligero. Cuando se acercó a la mesa de la señora Winter, Hulda la saludó con amabilidad y recibió una mirada asesina por respuesta. Al llegar a la puerta, se volvió de nuevo, como en los viejos tiempos, cuando los dos jugaban al escondite con la madre de Felix y se besaban apasionadamente en los labios a la sombra de la esquina del edificio. Felix cerró los ojos. Las campanillas de la puerta resonaron maliciosas, como si se rieran de él.

Todavía conservaba el olor del cigarrillo en la nariz cuando, poco después, abrió los párpados. Su mano se deslizó por la caja de trufas, pero la encontró vacía.

Felix inspiró hondo y empezó a sacar brillo de una hilera interminable de vasos mientras crecía el vocerío y el golpeteo de los cubiertos. Todavía tenía mucho que hacer. ¡Si al menos desaparecieran de su mente los ojos de Hulda, esa mirada que él siempre intentaba interpretar!

Recordó de repente que el jueves iba a conocer a Helene Stolz. Aquello no podía seguir así. Ya había perdido a Hulda, incluso aunque ella charlara de vez en cuando con su viejo amigo Felix. Pero para él ya no era suficiente, no podía ser suficiente si quería seguir viviendo. Así que cerró los ojos, evocó el cabello rubio de la muchacha de la fotografía de su madre y colocó la imagen delante del rostro de Hulda como si fuera una especie de talismán, mientras frotaba de forma mecánica el cristal con el paño hasta que todo quedó brillante y resplandeciente.

7

Jueves, 1 de junio

La oscuridad de la habitación envolvía a Karl como un túnel cuyas paredes parecían irse acercando. Se llevó las manos al cuello de la camisa y lo desgarró, inspiró con leves espasmos, con la sensación de que no le fluía aire suficiente en los pulmones. Le invadió el pánico, como siempre que llegaba a ese punto. Se levantó y echó la cabeza hacia atrás para facilitar que el aire le entrara en el interior. Con dos zancadas llegó a la ventana y levantó las persianas a la vez que inhalaba el viento de la noche. Por fin se sintió mejor. Su corazón latía solícito, como si lo quisiera ayudar a sobrevivir. Palpitaba en el pecho. Palpitaba en la cabeza.

Volvió maldiciendo a la tambaleante mesa de su cuarto en la pensión. Le servía tanto de escritorio como para comer. Encima se apilaban los libros, densas montañas de papel de escritura apretada con una caligrafía ilegible por la que el profesor siempre le había regañado y muchas veces pegado, hasta que por fin había reconocido que, por muy desordenado que fuera, Karl también era inteligente. Entre los platos sucios, descansaban sobre la mesa pastilleros y dos botellas de vino sobre cuyos vacíos cuerpos de cristal se había posado el polvo. En el suelo yacía un mapa de la ciudad medio abierto, en el que Karl había señalado con tinta los lugares donde se habían encontrado los cadáveres de un caso anterior, y que tiempo atrás él había tenido que guardar en un archivador de la jefatura de policía. Pero, con respecto al orden, él no tenía remedio. Cuanto más embravecidos se le arremolinaban los pensamientos en la cabeza, más desembocaban los objetos externos en un caos impenetrable. Por eso, cuando era un joven policía, no lo había tenido fácil. Carecía por completo de las virtudes prusianas. No eran pocos los superiores que le habían amonestado por su desaliño indumentario y sermoneado porque le faltaban botones en la chaqueta del uniforme, o porque llevaba la camisa abierta. Ya no podía contar cuántos paraguas y sombreros había perdido a lo largo de los años porque los había olvidado en el metro o en un local.

Karl volvió a dejarse caer en una silla con un suspiro y hundió las manos en sus rubios cabellos. Los latidos del corazón se le habían ido apaciguando, pero la tensión de las extremidades no disminuía. Entre

los papeles se hallaba el cuadernito del apartamento de Bülowstraße. No llamaba la atención, pero lo inquietaba. No debería de habérselo llevado, aquello había sido imperdonable.

Aunque sabía que no debía hacerlo, tomó una botella de ginebra que estaba en el suelo, junto a él, y se echó un abundante chorro en un vaso de agua que no estaba demasiado limpio. Luego se lo llevó a los labios y bebió, hizo una mueca y tomó otro trago.

Acto seguido se volvió a servir.

Despacio, muy despacio, sintió en los huesos la promesa de que pronto volvería la tranquilidad. El miedo a ahogarse decreció tras el segundo vaso lleno, y una suave calidez le fluyó a través del pecho.

Pero las imágenes permanecieron. Los rostros duros de las monjas cuyos nombres ya hacía tiempo que en parte había olvidado, sin embargo, todavía notaba en el brazo la presión de sus dedos. El frío en la sala de los baños, cuando desnudo y tiritando, de pie, delante del fregadero junto otros niños, tenía que lavarse con el agua helada, todavía le hacía temblar hoy. Si en lugar de lavarse a fondo los sorprendían salpicándose titubeantes unas gotas en las manos y en la cara, las guardianas montaban en cólera. Entonces una de las hermanas agarraba al niño rebelde entre las rodillas mientras otra lo azotaba con la manopla dura como una tabla hasta que la piel, en especial la de entre las piernas, enrojecía y se llagaba.

«¡Sois cerdos, no niños!», vociferaban las monjas. A menudo también les pegaban donde alcanzaban con la mano o con una vara. El dolor era terrible, pero la humillación era aún peor. Pues saber que no valía para nada, que nadie en el mundo lo quería ni lo protegía, mataba por dentro a Karl. A veces se imaginaba cómo sería en realidad morir y salir de ese mundo gris y frío para pasar a otro. Uno de los chicos mayores, se llamaba Ludwig, hizo aquello con lo que a veces fantaseaba Karl: un blanco día de enero se lanzó de la ventana de la torre del orfanato. El cuerpo encogido yacía en el patio cubierto de nieve, como un pájaro muerto.

Las monjas estaban fuera de sí y por vez primera enmudecieron. Llamaron a toda prisa a un médico, que certificó la muerte y al que se contó que había sido cuestión de mala suerte. Ese tonto se había subido a la ventana y había resbalado. Pero todos los niños sabían que aquella no era la verdad. Ludwig llevaba días diciendo que no quería vivir. Tres semanas antes lo habían descubierto al robar pan en la cocina. Siempre pasaban hambre, todos, porque no había suficiente comida. Las hermanas habían encerrado a Ludwig en la celda, un cobertizo parecido a una cripta debajo de las tablas del suelo, donde no entraba la luz. Allí no se podía estar de pie, solo permanecer en cuclillas; las necesidades se hacían en un rincón, y uno se quedaba a solas con los demonios que acechaban en ese espacio. Karl había

tenido que vivir esa experiencia una vez. A los seis años, había pasado un día y una noche en la celda, porque tampoco en esa ocasión había hecho bien la cama. Después de aquello, no pronunció ni una palabra durante días.

Ludwig había estado dos semanas enteras ahí abajo. Cuando por fin lo sacaron, temblaba de modo descontrolado y no podía caminar, solo arrastrarse. Balbuceaba y mascullaba como si estuviera borracho. Desde entonces hablaba de la muerte como de un amigo que iba a acudir a buscarlo. Y por eso todos los chicos sabían que, en cuanto Ludwig recuperó el control de sus piernas, había subido a la torre y se había arrojado al patio con los brazos abiertos como alas. Lejos de aquel lugar que para todos era un infierno.

Karl tenía demasiado miedo al dolor del impacto y no se atrevía a seguir el ejemplo de Ludwig. Esperaba sin saber qué. Esperaba en la sala de espera de una estación por la que no transitaban trenes.

De aquella época todavía guardaba una imagen en blanco y negro. Un fotógrafo había llegado al instituto para plasmar lo bueno y piadoso que era el trabajo que se realizaba allí con esos pobrecillos. Una de las hermanas había peinado a Karl con agua y le había puesto un traje rígido. Desde la fotografía lo miraba un rostro dulce y simétrico. Los grandes ojos, grises en la foto, pero verdes en la realidad, observaban inteligentes y serios, rodeados de unas largas pestañas, al espectador. El cabello claro caía ondulado sobre la alta frente. Parecía un ángel.

Pero las hermanas más bien parecían irritadas por su agradable aspecto, como si la belleza fuese un peligroso germen de maldad. Era desaliñado, taciturno y arisco, o al menos eso solía decir la hermana Mechthild con aquella mirada decepcionada que él tanto temía. Cuanto más intentaba complacerla, menos lo conseguía. Ella decía que mediante castigos y una cariñosa severidad sería conducido por el buen camino. «Dios es misericordioso», murmuraba siempre cuando le acariciaba el cabello rubio con la mano después de haberle pegado con la vara.

Karl no estaba tan seguro de ello.

EL VASO ESTABA vacío. Karl frotó ensimismado el borde, que emitió una suave melodía. Entonces su mirada se volvió a detener en el cuaderno que yacía, en apariencia inofensivo, en medio de la montaña de papeles y libros. Su presencia era la culpable de que los recuerdos de la infancia lo asaltaran ese día con más intensidad de lo normal. De que la oscuridad se aproximara y amenazara con cercarlo y aplastarlo. Era la misma sensación que entonces, cuando estaba en la celda.

Karl golpeó la mesa con el puño y al hacerlo tiró el vaso, que con un

sonido sordo cayó al suelo de tablas y rodó. El impacto lo ayudó: las paredes permanecieron quietas, y el aire entraba y salía, entraba y salía…

Con la ayuda de un impulso, tomó el cuaderno y lo abrió. Una sensación de que algo no andaba bien emergió de su interior: la conciencia de que cometía un error. Como agente de la Policía Criminal, era inaceptable que escondiera pruebas: aquel cuaderno debería estar en la jefatura de Policía para que su asistente pudiera leerlo y evaluarlo. Pero ya hacía mucho tiempo que se había olvidado de la existencia de ese cuadernillo.

«Y así seguirá siendo», decidió Karl. Ignoraba si contenía información acerca de la muerte de su propietaria, hasta el momento no había podido superar el terror a ahondar en él. Pero, de todos modos, ahora era demasiado tarde para incluir los escritos de la fallecida en el archivo, incluso si lo hubiese querido. Primero tenía que averiguar qué era eso que buscaba con tanta desesperación y que al mismo tiempo le gustaría reprimir.

Karl se sorprendió de sí mismo al sentir aquella rabia cada vez que pensaba en el rostro demacrado del cadáver de la sala de disección, en el escaso cabello que dejaba entrever el cuero cabelludo.

Hojeó desganado, sin leer las palabras escritas, y barajó la idea de quemar el cuaderno. Pero algo lo retuvo: la hojita que se escondía entre las páginas y que recuperó en ese momento.

Casa de la Misericordia, así se llamaba el instituto cuyo comprobante de pago sostenía entre las manos. ¡Menuda ironía!

Con temblores, volvió a dejar el papel amarillento entre las páginas del cuaderno y apartó el diario lejos de él, como si el contacto con el escrito le pudiera ensuciar las manos. Cuanto más cerraba los ojos, más clara era la imagen de la muerta, y también la del agua negra que fluía con lentitud bajo el puente y golpeaba contra las paredes de piedra del canal.

Sobre la rabia que sentía en las entrañas cayó como una piedra la tristeza.

8

Jueves, 1 de junio

—¿Señorita? —preguntó la mujer regordeta con la bata raída al asomar la cabeza por la vivienda del sótano, cuando Hulda llamó a la puerta. Sus cabellos grises y húmedos se tensaban, envolvían los rulos de alambre y dejaban entrever la pálida piel del cuero cabelludo—. Es usted la comadrona de la pequeña Schmidt, ¿verdad?

Hulda asintió. Había vuelto a visitar a Lilo, le había enseñado a poner los pañales al pequeño Konrad y se había ocupado de que durmiera una hora mientras ella permanecía en la cocina con el bebé. Hasta entonces, Konrad había sido un auténtico solete, apenas lloraba y se contentaba con que lo mecieran en brazos. Entonces no tardaba en dormirse. Pese a ello, parecía como si Lilo no hubiese pegado ojo desde hacía semanas.

También Hulda había pasado una mala noche. En la oscuridad de su silenciosa buhardilla, los recuerdos de su madre se habían ido derramando sin cesar en su interior. No solo el final de Elise Gold había sido horroroso. La vida con ella en los años anteriores también había marcado a Hulda.

Delante de Felix, en el café, se había controlado, no se había permitido admitir lo mucho que le había afectado el día que murió su madre. Sin embargo, precisamente él comprendía cuán insuperable era su dolor. Él era quien la conocía mejor que cualquier otra persona, la había sostenido cuando recogieron a su madre en la ambulancia. Sin sirena. Pero Hulda ya no se podía permitir la intimidad con Felix, no debía regresar a esa comodidad que le prometía su larga amistad.

El trabajo la distraía con eficacia, como siempre. En realidad, Hulda tenía en ese momento el descanso del mediodía. Por la tarde iría en bicicleta a la primera cita de un curso avanzado de varios días en la clínica para mujeres de Neukölln, donde se había formado de joven para ser comadrona. Pero Lilo había vuelto a mirarla de forma tan suplicante que Hulda había decidido que le debía una charla con la portera.

—Es usted la señora Koslowski, ¿cierto? —Se presentó—. Me llamo Hulda Gold. ¿Puedo entrar un momento?

—Por supuesto, señorita. ¡Sea usted bienvenida!

La señora Koslowski parecía alegrarse de la inesperada visita. Tiró a

Hulda del brazo para que entrara al pasillo y cerró la puerta, incluso corrió el cerrojo, como si quisiera bloquear esa vía de escape hacia el exterior. A continuación, se dirigió anadeando a la sala de estar, donde reinaba un caos infernal. Lo primero que vio Hulda fue la cama sin hacer, toallas húmedas, un montón de agujas de tejer y restos de lana extendidos sobre la mesa baja. En medio, una docena de botellas cuyo nivel había descendido hasta el fondo. Hulda ya se había dado cuenta de a qué le olía el aliento a la portera, y de que bajo sus ojos acuosos brillaban, a través de la piel, las venillas rojas reventadas, una de las marcas de su adicción. Hulda reconocía muy bien a las mujeres que dependían del alcohol.

—¿Le puedo ofrecer un traguito? —Sin esperar respuesta, la señora Koslowski llenó dos copas de oporto, no del todo impecables, y le tendió una a Hulda.

—¿Por qué no? ¡Muchas gracias! —Dio un sorbito al líquido agridulce y al instante sintió un benefactor ardor en la garganta. Aun así, no debía exagerar, se dijo, pues ya hacía tiempo que había tomado el desayuno y este solo había consistido en un panecillo con miel que se había comido en la bicicleta. Como era frecuente, aquella mañana llegaba tarde. Si bebía más de un vaso, cogería una borrachera de cuidado.

—¿Me quería preguntar algo en concreto? —preguntó la portera, que enseguida se sirvió un segundo vaso.

Hulda contempló las fotografías enmarcadas en las paredes de la habitación. Gente vestida de negro, los hombres a menudo con uniforme y los rostros cansados, en los que se reconocía que habían tenido que resistir largo tiempo en la misma posición hasta que el fotógrafo había capturado sus rostros.

—He oído decir que en este edificio la gente confía en usted —dijo con marcada ligereza—. Que es usted la guardiana de todos los secretos, por decirlo de algún modo.

—Ya puede usted asegurarlo —respondió con su acento berlinés la portera mientras soltaba una risita—. Tengo una memoria de elefante. Solo a veces no doy la talla, cuando me olvido de algo. El tiempo, sabe usted, siempre me afecta a la cabeza y me deja confusa.

Hulda asintió y contuvo una sonrisa irónica.

—Quería preguntarle si se relacionaba usted también con Rita Schönbrunn. ¿Acaso era usted su confidente?

El rostro de la señora Koslowski adquirió una expresión afligida.

—Horroroso, ¿verdad? Pero, por favor, siéntese usted aquí. —Con un gesto enérgico apartó un par de vestidos sucios de una hamaca desgastada que había conocido, hacía mucho, tiempos mejores. Los muelles asomaban a través del asiento.

Hulda se sentó con cuidado al otro lado y sonrió animosa a su

anfitriona.

—¿Dónde me había quedado? Ah, sí, la señora Schönbrunn, del tercer piso. ¡Qué asunto tan terrible, horroroso! Rita y yo nos habíamos tomado algún que otro trago juntas antes. Un brindis a la salud de dos señoras ya maduras, ¿sabe usted? ¡A ella también le gustaba el oporto que está usted bebiendo! Pero luego, después de lo que les ocurrió a su marido y a Hilde, su hija… —La señora Koslowski se frotó los ojos y sorbió—. Desde entonces, Rita ya no era la misma.

Miró a Hulda mientras esperaba obrar efecto y aguardó a que su interlocutora se percatara de la pausa intencionada e insistiera. Hulda le hizo el favor.

—¿Qué le sucedió a su familia?

La portera realizó un significativo gesto y dibujó con la mano una línea horizontal en el cuello.

—Los dos la palmaron, marido e hija —contestó con voz lúgubre. Le temblaban las mejillas y la sotabarba a causa de la excitación—. Fue en 1918, poco después de que acabase la guerra. La gripe española, ya sabe usted. Solo aquí, en el edificio, la diñaron más de veinte personas. Pero la mayoría eran viejos o niños pequeños. No un hombre fuerte como el marido de Rita, Konrad. Primero solo tenía dolor de cabeza, luego le ardía como si tuviera fuego en ella y, al final, vomitó hasta el alma en el sentido más auténtico de la palabra. Luego, una semana más tarde, ¡le llegó el turno a la hija! Eso no hay quien lo resista. Ahí Rita perdió la chaveta.

Hulda estaba convencida de que, a pesar de las palabras compasivas, la señora Koslowski disfrutaba contando esa historia. Vació el resto del vaso a toda prisa, pues recordó lo que Bert le había dicho una vez sobre la epidemia que se había propagado como un incendio por la ciudad: que un filósofo comunista llamado Friedrich Engels había profetizado, tras la guerra de 1871, que Alemania volvería a precipitarse en otra guerra devastadora, al término de la cual imperarían el hambre y las epidemias. Desde entonces, Hulda había pensado a menudo en ello. La profecía de ese tal Engels había llegado más lejos. Según Bert, había dicho que al final Alemania acabaría en la bancarrota y la destrucción. Pero Hulda no sabía qué pensar. ¿Acaso el país no se estaba reponiendo un poco?

Miró pensativa a la señora Koslowski, cuyos rulos oscilaban de arriba abajo mientras se servía el tercer vaso. Le tendió la botella a Hulda.

—¿También otra?

«Por qué no», pensó Hulda, y le tendió a la portera el vaso vacío. Esta se lo devolvió lleno hasta los bordes, y tuvo que dar un sorbo con mucho cuidado antes de ponerlo en la mesa, junto a la máquina de coser oxidada. Volvió a mirar animosa a la señora Koslowski. Llegadas

a ese punto, podría averiguar con exactitud qué problema había tenido Rita Schönbrunn.

—¿Ha dicho que Rita ya no era la misma tras la pérdida de su familia? ¿Qué hizo después?

—Empinar el codo —respondió la portera mientras se lamía el oporto de los finos labios—. ¡Esa ya no podía caminar recto, se lo digo yo! Claro, en la clínica eso no se lo toleraron mucho tiempo. Uno o dos años más tarde la despidieron.

—¿La señora Schönbrunn trabajaba en una clínica?

—Sí, en Dalldorf. Con los locos. Para trabajar sí que tenía tiempo. La pequeña llegó tarde, mucho después de la boda, y fue la única. Una vez, Rita me dio a entender que le habría gustado tener más hijos, pero que era imposible. A algunos las cosas no les van como quisieran, ¿verdad, señorita?

Hulda se atragantó con el vino y tosió. La señora Koslowski enseguida corrió hacia ella y le dio unos prudentes golpecitos en la espalda. Señaló entonces abatida la fotografía que estaba junto al sofá. Mostraba a cuatro niños que, alineados según la estatura, formaban un círculo alrededor de un caballo balancín de madera y miraban serios a la cámara.

—Y cuando se tienen e incluso salen sanos y salvos de la guerra…, al final una se queda sola. Ninguno de ellos viene a ver cómo está su vieja madre. —Se secó de nuevo una lágrima que había rodado a través de aquellos ojos bordeados de rojo.

Hulda se percató de que la vista se le empezaba a volver borrosa.

—¿Así que Rita era enfermera? —se apresuró a preguntar.

—Sí, hasta hace poco. —La portera se controló—. Hizo la formación para poder ayudar a su marido con los gastos. Por descontado, él tuvo que dar su consentimiento; eran otros tiempos, distintos de los ahora, en los que las señoritas jóvenes como usted hacen y deshacen a su antojo.

Hulda pensó que tal vez habían cambiado las costumbres, pero no las leyes. Si se hubiese casado, seguiría dependiendo de la autorización escrita de su marido para trabajar. A esas alturas, las mujeres podían al menos votar, pero a Hulda la política le interesaba poco. Intentó concentrarse. ¿Qué acababa de decir la portera?

—¿Qué pasó con Rita?

—Ya he dicho que Rita era más lista que nadie. Acabó de forma admirable su formación y enseguida le ofrecieron empleo. Seguro que trabajar con locos no es el sueño de todo el mundo, pero Rita siempre dijo que le encantaba que la necesitaran. Me contaba entusiasmada lo modernos que eran los procedimientos que empleaban allí y no sé cuántas cosas más. Una vez subí a su casa, ¡tenía un cuaderno donde lo anotaba todo, de lo esmerada que era! Los métodos de tratamiento,

lo que habían dicho los médicos, quiénes eran los pacientes… Bueno, qué se yo, tampoco conozco mucho de asuntos médicos.

Hulda no tenía dudas al respecto.

—¿Y entonces?

—Entonces tuvo que recoger sus cosas. No podía poner más inyecciones porque le temblaban las manos. Lloraba como una magdalena. Ya hacía tiempo que se había mudado al apartamento pequeño, detrás de la escalera, y había dejado su antiguo piso a una familia más numerosa. Es lo que pasa con la escasez de viviendas de ahora. Y también fue una suerte, ¿cómo habría podido seguir pagando el alquiler sin ingresos?

—Pero, ¿de qué vivía?

La señora Koslowski la miró con esa mezcla de sensacionalismo triunfal y de vergüenza que Hulda ya reconocía en ella.

—No se lo puedo asegurar, señorita. Aquí se rumorea que… Bueno, que tenía que hacer la calle. —Se encogió de hombros—. Solo de imaginármelo… ¡a su edad! Qué bajo cayó, y eso que era un alma buena. No se lo merecía. Aunque le faltó previsión al no reservarse nada, yo he ahorrado la herencia de mi Wilhelm como es debido.

Hulda se puso en pie. Ya no tenía más ganas de seguir escuchando las observaciones mordaces sobre la fallecida que la portera presentaba envueltas de fingida compasión. Las rodillas le flaqueaban, como si caminase sobre algodón. Debía de ser el efecto del oporto.

—Ay, criatura. —La señora Koslowski soltó una estridente carcajada —. Hijita mía, ¡qué cara más pálida tiene! Más vale que vuelva a sentarse. ¿Necesita un refuerzo para el camino?

Se dispuso a descorchar una botella con un contenido transparente. En la etiqueta se leía «Danziger Goldwaßer». Hulda rechazó el aguardiente, horrorizada.

—Muchas gracias, señora Koslowski. Ha sido una charla muy agradable, pero todavía tengo que trabajar.

Caminó con prudencia hacia la puerta mientras se sostenía con discreción en la pared. Se despidió con educación y volvió a darle las gracias por la hospitalidad.

Pero Hulda no respiró hondo hasta que se encontró de nuevo en la escalera y la portera ya había cerrado desde dentro la puerta. Los efluvios del alcohol y del cuerpo sin lavar de la anciana la habían aturdido tanto que el olor a col del exterior casi le pareció un alivio.

Necesitaba comer algo con urgencia y beber un café fuerte, pensó al tiempo que sacaba del patio la bicicleta. Al principio la empujó con precaución por la Bülowstraße e inhaló el aire de principios de verano.

El cielo estaba encapotado, pero no iba a llover. En realidad, el mejor moca se tomaba en el Café Winter, pero hoy renunciaría a él, prefería sentarse en alguna de las cafeterías de la Potsdamer Platz, a la cual tardaría unos veinte minutos en llegar. No quería fastidiarle el día a Felix con su presencia. Además, ya estaba harta de su victimismo. Al pensar en él se puso un poco de mal humor.

Durante el trayecto la adelantaron varios ómnibus amarillos y muchos coches que se dirigían al norte por la ancha Potsdamer Straße. También pasaban junto a ella mozos de los recados en bicicleta tocando el timbre. Algunos le silbaron con dos dedos, y Hulda sonrió y pensó que a lo mejor tampoco era una solterona del todo.

Poco antes de llegar a la Potsdamer Platz un buen número de personas se apiñaban en el puente alrededor de los repartidores de comida del Ejército de Salvación, cuyos auxiliares distribuían entre los hambrientos unas escudillas de hojalata con sopa. A Hulda le dolió ver los rostros infantiles demacrados, las sonrisas desdentadas de los ancianos y la expresión avergonzada de las madres que no podían saciar a sus familias. Se abrió camino entre la multitud y tuvo que rechazar a varios individuos que la confundieron con una auxiliar debido a la cofia.

En un gran cartel pintado se leían las palabras: «Que Dios le pague por lo que dona para una ración de combate.»

Ración de combate. «Qué expresión», pensó Hulda moviendo la cabeza. ¿Por qué en ese país incluso la comida tenía una connotación militar? Después pensó en si también Rita Schönbrunn había estado haciendo fila allí para que le dieran una comida caliente o si el orgullo se lo había impedido. ¿Se habría dado muerte por eso, porque no había podido soportar más la pérdida de su familia y de su apreciado trabajo? Eso al menos parecía creer la portera. Lilo, por el contrario, había descartado con rotundidad tal posibilidad. Pero entonces, ¿por qué razón había acabado Rita muerta? ¿Se habría caído borracha al agua? ¿O tenía que ver con su actividad como prostituta el hecho de que se hubiese ahogado? ¿Sería alguien del ambiente que frecuentaba responsable de su muerte? ¿Había alguien con quien tuviese una cuenta pendiente? En aquellos círculos la gente no se andaba con remilgos.

«En cualquier caso, qué destino más triste el suyo», meditaba Hulda mientras buscaba un lugar donde sentarse en el café de la esquina. Hizo una seña al camarero, pidió algo de comer y respondió distraída a su sonrisa, pues el jirón de un recuerdo colgaba sin cesar de su mente sin querer alejarse, la pinchaba una y otra vez e intentaba atraer su atención. ¿Qué era? Algo que había dicho la señora Koslowski… Exacto, ahora lo recordaba: Rita Schönbrunn llevaba una especie de diario, ¿no había dicho eso la portera? Ahí era donde

escribía el día a día de la clínica. Hulda se preguntó si también habría incluido experiencias personales, y sorbió agradecida el líquido caliente y oscuro de la delicada taza que el camarero le había dejado delante. Un rayo de sol se coló entre las nubes y bailó sobre sus brazos desnudos. El mundo volvía a ser más claro.

¿Sabría Lilo algo sobre esos apuntes? A lo mejor encontraba allí una alusión a por qué Rita había muerto. El nombre de alguien con quien se hubiese peleado, a quién debía dinero, lo que fuera.

Hulda se propuso preguntar a Lilo al respecto la próxima vez que la visitara, aunque solo si ella se encontraba estable emocionalmente.

Algo en la historia de la vida de Rita Schönbrunn y su súbito final había capturado a Hulda y ya no la soltaba… Como el perro callejero que en ese momento pasaba el cruce en dirección a la estación con una rata muerta en la boca.

9

EL CUADERNO

Manicomio municipal de Berlín en Dalldorf
13 de diciembre de 1912

YA LLEVO MÁS de dos años en Dalldorf. Acabo de leer la última entrada en la que había anotado algo personal, entre medias solo hay apuntes sobre los tratamientos y las medicaciones. ¡Cuánto entusiasmo vibra en las palabras que escribí entonces! Y todavía hoy, pese a la dureza del trabajo, pese a la carga creciente de los continuos ingresos procedentes de todo el imperio, sigo estando convencida de que mi función aquí está llena del más hermoso sentido. Por mucho que me duelan los tobillos por las noches, por muchos morados que tenga en los brazos porque algún paciente me ha agarrado cuando no lo esperaba, no hay nada mejor que ganar dinero para mi familia y tener la seguridad de estar en el lugar adecuado mientras cuido a enfermos mentales.

Tenemos un nuevo director, el doctor Kortum, un alto funcionario que ha sustituido al viejo Sander. En mi opinión, ha asumido la dirección del establecimiento en un momento ingrato. Impera la guerra, y ya se nota la insuficiencia en el abastecimiento. Las raciones para los dementes y los enfermos crónicos son mucho más limitadas que para los sanos del frente civil, lo que pronto se convertirá en un gran problema. Porque, ¿cómo explicar a esos pobres desgraciados que hay menos comida y que tienen que acostarse con el estómago vacío? En la mayoría de los casos no entienden de lógica, así que tampoco comprenden lo que significa que nos encontremos en estado de guerra.

Gracias a Dios, Konrad es demasiado mayor para morir por la patria, no tiene que luchar y puede quedarse conmigo y con Hildchen. Se preocupa por mí, siempre me pregunta si paso hambre durante el día, pero yo lo tranquilizo, pues las raciones para los cuidadores no se han recortado. A veces les doy a los pacientes un trozo de pan o una manzana. Es difícil resistirse ante los llantos que salen de los hogares de niños, cuando los pequeños piden llorando comida. Solo cabe esperar que la guerra pronto finalice con la victoria, tal como ha prometido el alto mando. De lo contrario, estallará tal hambruna que será incompatible con nuestra ética del cuidado a los pacientes.

Hemos habilitado una nueva sección para los heridos de guerra que no son inválidos físicos, sino que sufren una extraña neurosis. Los médicos hablan de temblores, llantos convulsivos, vómitos y ataques de risa

imparables. Algunos de esos hombres solo estuvieron en el frente unos pocos días, quizá algunas semanas, y regresaron con unos síntomas inexplicables. Muchos de ellos lucharon en las trincheras, fueron sepultados y poco después mostraron ese comportamiento; perdieron la voz sin heridas físicas, sufrieron tremores, tics faciales, fuertes espasmos que perduraban incluso después de su regreso. Los hospitales militares en los que los pacientes fueron atendidos en un principio ya no sabían poner solución, por lo que empezaron a derivar cada vez más a esos hombres dignos de compasión a los manicomios. Se trata de una enfermedad mental nueva, se supone que una epidemia en toda regla, pero he oído decir con desprecio a otro cuidador que esos hombres son simuladores que, a través de las alarmadas cartas de las mujeres de su familia, se han contagiado de un miedo impropio de los varones.

Yo soy responsable de otro pabellón y todavía no he tenido que ocuparme del cuidado de los soldados locos o de «los temblorosos», como los llaman aquí. Pero hace dos días, cuando iba camino de la cocina y pasé por el edificio en el que están internados, descubrí a un paciente que miraba sin descanso el cielo al atardecer. Se dio cuenta de mi presencia, cayó al suelo de repente, empezó a temblar y a retorcerse, y no dejaba de repetir una palabra. «Zapatos, zapatos», balbuceaba, indicándome entre espasmos que le quitase las botas. Entonces llegaron los cuidadores y se llevaron al pobre infeliz. Pero no se me va de la cabeza su cara, el miedo de muerte que tenía en los ojos, la urgencia con la que quería desprenderse de los zapatos. ¿Qué habrá tenido que vivir ahí en el frente para que su mente se haya visto así de afectada? ¿Cómo ayudarlo?

Por otra parte, si se siguen entregando tan pocas cantidades de comida en Dalldorf, esta cuestión se resolverá por sí misma.

10

Viernes, 2 de junio

—YA VE, LILO, esto marcha como la seda.

Lilo miró orgullosa a la señorita Hulda, junto a la cual concluía su primer paseo con Konrad. Todavía sentía las piernas algo flojas, como de goma, pero la barra del cochecito le daba apoyo.

Notaba que la comadrona la observaba e intentaba dar una impresión animosa, pero, a pesar de ello, la señorita se percató del esfuerzo que estaba haciendo y la miró con expresión severa.

—Pero solo diez minutos —dijo—, luego la llevamos de vuelta a la cama. Tiene que pasar la cuarentena, y solo porque es usted más tozuda que una mula ha conseguido que la deje salir a la calle.

—Ay, señorita Hulda, estoy más aburrida que una ostra en esa casa tan pequeña. Wolfi trabaja sin parar o celebra con cerveza el nacimiento de su hijo. Yo siempre estoy sola. Y al bebé también le va bien un poco de luz y aire fresco. Usted misma lo dijo.

La comadrona volvió a sonreír. Lilo pensó que la señorita Hulda era realmente guapa, si no frunciera tan a menudo el ceño y pusiera esa cara tan larga, como si se prohibiera a sí misma estar contenta. Como si tratara con obstinación no mezclar el trabajo y el placer. En cualquier caso, sus ojos azul grisáceo eran algo especial: cuando te miraban, tenías la sensación de ser la persona más importante del mundo. Recordaban al mar cuando se acerca una tormenta. Ese pequeño estrabismo la hacía todavía más misteriosa. Y también tenía bastante buen tipo, pensó con envidia Lilo.

—¿Qué es lo que está mirando? —preguntó sorprendida la señorita Hulda, y Lilo notó que se ruborizaba.

—Nada, estaba pensando que le sienta muy bien el azul del vestido. Está usted hecha un pincel. Y tiene usted una bonita silueta.

La comadrona se quedó un momento boquiabierta, luego rio, incrédula.

—Muchísimas gracias —dijo, y Lilo creyó notarle una pizca de inseguridad en la voz. ¿Así que los cumplidos eran el punto débil de la señorita Hulda? Lilo pensó que a veces la gente se complicaba mucho la vida.

A ella misma le gustaban los piropos. Antes de la boda, Wolfi siempre le repetía lo loco que estaba por su cabello rubio y su piel tan

suave. Y si no hubiese sido tan vulnerable a sus lisonjas no tendrían que haberse casado con tanta precipitación, porque algo pequeño había aparecido en el camino. Ahora, cuando se miraba, Lilo se veía torpe y deforme. Pero la imagen del cochecito donde dormía Konrad, con un puñito cerrado junto a la cabeza y el otro brazo bajo la colcha de lana, enseguida la recompensaba.

Quería que todo el mundo viera a su cielito. La cara, que después de nacer estaba arrugada como una manzana de invierno, se había alisado, y la piel de las mejillas era como de terciopelo. En la cabecita pelona, el niño llevaba la gorra blanca, que le quedaba perfecta. Lilo suspiró y pensó en Rita. Cómo le habría gustado presentarle a la vecina su hijo y llorar en su hombro cuando esa extraña nube, que colgaba de vez en cuando sobre ella desde el parto, la presionaba. Pedirle consejo cuando la atormentaban nuevos miedos porque ignoraba cómo debía comportarse una madre. Rita lo habría sabido, a fin de cuentas, ella misma había criado a una hija. Incluso para ella, para Lilo, había sido a menudo como una madre. Añoraba su compañía tranquila y silenciosa, y las conversaciones íntimas y sosegadas.

Se secó una lágrima de la mejilla. Nunca había llorado tanto como después del nacimiento de Konrad. ¿Qué le pasaba?

—La tristeza es muy normal —señaló la comadrona, apretándole con suavidad el brazo—. La mayoría de las mujeres experimentan este torbellino de sentimientos después de dar a luz.

—Pero es extraño. —Lilo le dio las gracias y agarró el pañuelo que le tendía la señorita Hulda. Se sonó con fuerza mientras la comadrona seguía empujando el cochecito—. Debería sentirme agradecida y contenta por tener un hijo sano.

—Se puede estar contento y triste al mismo tiempo —respondió la señorita Hulda—. El nacimiento de un hijo es para todas las mujeres un cambio muy grande. De repente se ve como una responsabilidad ilimitada y abrumadora. Muchas reaccionan con lágrimas las primeras semanas. Así pues, no ha de ser tan severa consigo misma, Lilo, y tiene que desahogarse y llorar cuando tenga ganas. Después de la lluvia brilla el sol. Usted volverá a brillar en cuanto se haya acostumbrado a su nueva vida.

Lilo hipó un poco más, luego retiró con delicadeza las manos de la comadrona de la barra de porcelana del cochecito y volvió a empujarlo ella misma. No tardó en volverle a aparecer una sonrisa en el rostro. ¡Cómo disfrutaba de las miradas de los transeúntes! Casi todos los que pasaban por su lado no podían remediar echar un vistazo al interior del carrito, y sonreían como hechizados al ver al diminuto bebé.

Entonces apareció la señora Langhans, la farmacéutica. También

ella se detuvo, saludó primero a la señorita Hulda y luego metió la cabeza por debajo de la capota del cochecito.

—Pero, Lilo, ¡qué niño más guapo! —exclamó, y Lilo sintió que su interior se henchía de una felicidad capaz de desterrar incluso a la melancolía. Habló entonces con orgullo del parto y de los primeros días con Konrad.

La señorita Hulda tomó algo de distancia y contempló la vitrina de la tienda de la planta baja.

—Cu-cú —jugueteaba la farmacéutica con el bebé que, dormido, se perdía toda la excitación que despertaba a su alrededor—. Qué amorcito —repetía una y otra vez, y Lilo sonreía y disfrutaba del encuentro.

En un momento dado, Hulda consideró que ya había visto lo que tenía que ver, se acercó a ellas y dijo en el tono resuelto que Lilo ya conocía:

—Bien, suficiente por hoy. Ahora tiene que descansar, Lilo.

La señora Langhans asintió, se despidió y prometió ir pronto a visitar a Lilo y llevarle una infusión para después del parto que hacía milagros.

Lilo se dio media vuelta, y obediente emprendió junto a Hulda el camino de regreso al edificio donde vivía. Cuando pasaron junto a una tienda desocupada, Lilo observó una sombra en la entrada. Tomó nota de la presencia de una muchacha descalza que se había sentado allí y que parecía dormir, la cabeza apoyada en las rodillas y los brazos alrededor de las flacas piernas. Su aspecto era desolador.

Lilo la había reconocido, pero siguió su camino. Le molestó que ahora las piernas realmente le temblaran y sentir en el vientre una fuerte presión. Pero apretó los dientes y no dijo nada. Se arrastró escaleras arriba con sus últimas fuerzas y dejó que la señorita Hulda llevara al bebé. Al llegar al piso se tendió aliviada en la cama. La comadrona la ayudó a ponerse cómoda y le dejó en los brazos al bebé, que se había despertado y, con ojos somnolientos, buscaba el pecho. Lilo notó que Konrad empezaba a mamar y se apoyó agotada en las almohadas.

—¿Conoce a esa chica? —oyó que preguntaba la señorita Hulda, que, atareada como siempre, estaba arreglando la habitación.

—¿Qué chica?

—La pelirroja, la que dormía en la entrada.

—Ah, se refiere a Lena.

—¿Qué le pasa? —insistió la señorita Hulda.

—No mucho. Es una niña de la calle. Una huérfana. Ella y su hermano van tirando.

—¿Se prostituye?

Lilo levantó la vista y enrojeció.

—¿Cómo voy a saberlo?

La señorita Hulda no insistió.

—Creo que a veces —señaló escueta— duerme aquí en el suelo, junto a la escalera.

Lilo asintió.

—Me la he encontrado alguna vez, cuando recogía sus cosas. ¡Cuánta miseria en la ciudad! Uno debe de alegrarse de contar con un techo bajo el que cobijarse, como Wolfi y yo. Y con tener suficiente para comer.

La señorita Hulda dobló unas toallas que Lilo había dejado con despreocupación en el suelo. Parecía meditar.

—¿Y su vecina? —preguntó la comadrona con cautela, o al menos eso le pareció a Lilo—. La fallecida señora Schönbrunn. Ella hacía el oficio, ¿verdad?

—¡Eso se lo ha contado la señora Koslowski, vieja víbora! —se encolerizó Lilo. Pero luego asintió—. Rita y yo nunca hablamos de eso. ¿A mí qué más me da cómo se ganase la vida? Pero me temía que lo hiciera. ¿Y qué? Lo había perdido todo. Eso era mejor que morirse de hambre.

—¿Le mencionó alguna vez algo sobre un diario?

Lilo miró sorprendida a la señorita Hulda.

—No, no sé nada de ello. ¿Por qué lo pregunta?

Antes de que la comadrona pudiese responder, alguien llamó a la puerta de la casa. Era un sonido vigoroso e impaciente, como si el que llamaba esperase que acudieran y lo dejaran entrar de inmediato.

Lilo hizo un gesto a la señorita Hulda.

—¿Puede abrir? ¡Gracias!

La siguió pensativa con la mirada mientras se dirigía hacia la puerta. En realidad, se deslizaba con solemnidad, pensó Lilo. Como una reina.

Konrad seguía concentrado en mamar con los párpados cerrados y medio dormido. Con un dedo, Lilo acarició su diminuta oreja. Era suave como la flor del sauce de gatito.

De repente oyó en el pasillo la voz de la comadrona y la de un desconocido mientras intercambiaban unas palabras.

—Pero solo un momento —decía la señorita Hulda—. La señora Schmidt ha dado a luz hace pocos días y debe descansar.

Unos pasos procedentes de la cocina se aproximaban, y alguien dio unos golpecitos al marco de la puerta de la habitación, de nuevo con aquel tono exigente.

Lilo se asustó cuando un agente entró en el dormitorio. Aunque no llevaba ningún uniforme azul como la Policía de Seguridad en la calle, sino una chaqueta abierta y un pantalón de pinzas, le tendió la placa sin decir palabra. Lilo observó que llevaba la corbata torcida, como si

su propietario se la hubiese anudado con prisas. En ese momento el hombre se dio cuenta de que todavía llevaba puesto el sombrero y se precipitó a quitárselo.

—¿Señora Schmidt? Policía Criminal. Me llamo Karl North. Tengo que hacerle un par de preguntas. —Sacó un bloc de notas, como si quisiera a partir de ese momento apuntar cualquier palabra que se pronunciase.

Lilo asintió vacilante y buscó protección con la mirada en la señorita Hulda. Se sentía desnuda con el niño dormido sobre su pecho entre las almohadas revueltas. La comadrona enseguida comprendió la situación.

—Vaya un momento a la cocina, señor North, por favor. Enseguida estaremos con usted.

Lilo vio una chispa de enojo en el rostro del comisario. Desde luego no era el hombre más paciente del mundo, pensó. Por un instante pareció a punto de replicar a la comadrona. Pero la señorita Hulda lo miró con la misma intensidad con la que miraba a Lilo cuando se atrevía a no beberse el té o a no hacer los ejercicios como era debido. Por eso mismo, Lilo supo que el hombre había perdido la batalla.

Con una leve inclinación de cabeza, el agente se conformó y salió de la habitación.

La señorita Hulda tomó en brazos al pequeño y lo depositó con cuidado sobre la cama. Lilo se puso en pie y se alisó la ropa. Las dos mujeres fueron juntas a la cocina. La comadrona se ocupó de que Lilo se sentara e indicó al comisario que cogiera una silla, pero él paseaba arriba y abajo, y no parecía que le apeteciera tomar asiento. Encogiéndose de hombros, la señorita Hulda empezó a trajinar en el fregadero y puso agua en el fuego mientras Lilo miraba con atención al comisario North.

«Mi Wolfi no tiene mala planta —pensó con orgullo—, pero este hombre es un deleite para la vista.» Tenía el rostro bien esculpido, con los pómulos altos; los ojos verdes claro, casi transparentes detrás de los vidrios de las gafas, y los labios carnosos. El cabello rubio, medio largo, le caía hasta las orejas, aunque cuando se lo apartaba hacia atrás con ese gesto nervioso, que parecía habitual en él, se desvelaban unas entradas bastante avanzadas que le hacían parecer mayor de lo que en teoría era, y a su vez le proporcionaban una madurez que contrastaba con la sonrisa jovial que ahora le dedicaba a Lilo. Por lo visto, pensaba que con su encanto llegaría más lejos que con la grave severidad que antes había mostrado.

—La felicito por el recién nacido —dijo, y Lilo percibió que había elegido esas palabras para ser amable. Seguro que, en realidad, Konrad no le importaba en absoluto.

—Muchas gracias —respondió sin extenderse en el tema—. ¿En qué

le puedo ayudar?

La sonrisa del hombre se desvaneció, como si alguien la hubiese apagado.

—¿Conocía usted a Rita Schönbrunn, la vecina de enfrente?

Lilo asintió. Notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—No lo sé con exactitud. Fue un par de días antes de que naciera Konrad. —Señaló el dormitorio—. Los últimos días, antes de que llegara, yo ya no salía al rellano. Y cuando volví a hacerlo, ella ya estaba… —Lilo se interrumpió. No quería pronunciar la palabra.

—Por favor, intente recordarlo —indicó con frialdad el comisario North—. Es importante.

Lilo se esforzó por hacer memoria, se toqueteaba nerviosa la blusa. Cuando ella misma se percató de aquel gesto, cruzó las manos sobre el regazo.

—Tuvo que ser el domingo —respondió al final—. Todavía recuerdo que yo estaba esperando a Wolfi. Mi marido, ¿sabe? El sábado tenía el turno de tarde en la fábrica y había pasado toda la noche fuera. El domingo por la mañana aún no había llegado, y yo estaba muy enfadada. Así que llamé a Rita y me preparó un té. Charlamos un rato y me regaló una gorrita para el bebé. Luego me dijo que volviera a verla cuando quisiera, pero… —Se le quebró la voz. La señorita Hulda se acercó a la mesa y colocó dos tazas humeantes sobre la superficie de madera. El aroma de café recién hecho ascendió por el aire, y Lilo pensó que eso era típico de la comadrona: incluso tenía una taza de café para un tarugo como ese comisario.

Hulda le acarició la espalda, y Lilo sintió la calidez de su mano sobre los hombros y estiró la nuca.

—¡Tiene usted que encontrar al que lo ha hecho! —le exigió al comisario, y ella misma se sorprendió de la vehemencia de su voz—. ¡Rita era una buena persona! No se merecía algo así.

—¿Por qué cree que la asesinaron?

Lilo lo miró sin apartar la vista.

—¿Qué iba a ser si no?

Miró a Hulda en busca de apoyo. Se hallaba junto a la ventana, como si demostrara que no escuchaba la conversación, pero que estaba cerca por si la necesitaba.

El comisario North se mordisqueó las uñas de los dedos.

«¿Por qué estará tan nervioso?», se preguntó Lilo desconcertada.

—Por el momento, partimos de la idea de que se trata de una inmolación, señora Schmidt. La fallecida vivía sola, carecía de medios y ejercía una profesión de carácter dudoso. No sería la única en esta mísera ciudad que pone fin a su vida. Pero antes de archivar el caso hay un par de incongruencias que deben ser resueltas. —Lanzó un

trocito de uña al suelo.

—¿Inmolación? —Lilo no entendía.

—Suicidio —aclaró el comisario. Lilo creyó escuchar en su voz un ligero menosprecio.

—Pero Rita no era ninguna suicida —protestó, al tanto del tono obstinado de su voz—. Era una luchadora. Nunca habría permitido de forma voluntaria que le ocurriera algo malo a ella o a alguien a quien quisiera.

En los ojos claros del comisario brilló una chispa. Suspiró desdeñoso.

—Eso usted no lo puede asegurar.

Lilo se estremeció. ¡Qué hombre tan desagradable!

Entonces vio que la señorita Hulda, que hasta ahora había estado con la mirada fija en el patio gris, se daba media vuelta, sorprendida. La comadrona dio un paso hacia él.

—Con su permiso, señor comisario —dijo con voz potente, que llenaba con poco esfuerzo la pequeña habitación—. Parece usted dictar sentencia con mucha rapidez. ¿No debería escuchar primero con calma lo que la testigo tiene que decir?

Lilo distinguió la sorpresa en el rostro del comisario y estuvo a punto de echarse a reír. Más valía no contrariar a la señorita Hulda, ya se daría cuenta aquel insolente. Pero entonces volvió a pensar en Rita y sintió la pena por su amiga como una ola que se cernía sobre ella. ¿Qué habría pasado con su vecina?

El comisario se repuso de la sorpresa, carraspeó y se dirigió de nuevo a Lilo.

—Sigamos. ¿Hay algo que le haya llamado la atención estas dos últimas semanas? ¿Alguna visita inhabitual en casa de la señora Schönbrunn? ¿Se había peleado con alguien?

Lilo negó pensativa con la cabeza.

—No se me ocurre nada. Una vez, hace unas semanas, hubo problemas entre ella y el señor Sauerbier, del segundo piso. Por lo visto, Rita había cogido algo de los cubos del patio que era de él. Pero ¿por qué lo había tirado? Rita solía buscar en las basuras. Decía que siempre se encuentra algo que todavía se puede utilizar.

El comisario apuntó el nombre del vecino en el bloc de notas, pero Lilo sintió que esa información le interesaba poco. Luego recordó algo más.

—Hace poco, por la noche, quería llamar a Rita para pedirle algo de harina. Se me había acabado y tenía pensado hacer una trenza de pan dulce. Era Semana Santa, sí, ahora me acuerdo. Hace cuatro semanas. Pero entonces me di cuenta de que tenía visita. Oí voces en la casa. Alguien lloraba, pero no pude entender por qué. No es que fisgonease, de verdad —se apresuró a aclarar y arrojó una mirada furtiva a la

señorita Hulda. La comadrona escuchaba aquellas palabras desde su sitio junto a la ventana con expresión serena, y le sonrió animosa.

—¿Quién pudo haber visitado a la señora Schönbrunn? —preguntó el comisario North, mientras seguía tomando apuntes en el bloc sin mirarla. El cabello le caía hacia un lado porque se lo había apartado con la mano. El nudo de la corbata se torcía un poco hacia la izquierda y parecía como si la tela brillante le estrangulara.

—No tengo ni idea —respondió Lilo desorientada—. Rita ya no tenía familia, su marido y su hija murieron hace unos años. Apenas contaba con amigos, creo. La nuestra era la amistad más estrecha que tenía.

—¿Algún cliente tal vez?

Lilo negó con vehemencia con la cabeza.

—Rita nunca se traía hombres a casa. Era decente, a pesar de todo.

—Siempre que se pueda hablar de decencia cuando se lleva a hombres a un hotel por horas en lugar de a casa. —El tono del comisario era cortante.

De repente, Lilo se sintió como si la estuvieran procesando. Reprimió las lágrimas que pugnaban de nuevo por asomar y se pasó con rapidez la mano por los ojos. En la frente de la señorita Hulda apareció una arruga de preocupación. Se alejó de la ventana y se aproximó a ellos.

—Creo que ya es suficiente, señor North. La señora Schmidt acaba de dar a luz y necesita tranquilidad antes de que el niño vuelva a despertarse.

Pero entonces Lilo se acordó de algo. Levantó la vista hacia la comadrona y le preguntó vacilante:

—¿No ha dicho usted antes algo de un diario, señorita Hulda?

Aparentemente, el comisario se quedó de piedra. Boqueó en busca de aire, no dijo nada, pero Lilo se dio cuenta de que contenía con esfuerzo la palabra.

«¿Qué le pasa a este hombre? —se preguntó—. ¿Acaso todos los policías eran tan cerrados, tan nerviosos e irritables?»

La señorita Hulda respondió con un gesto afirmativo a la pregunta de Lilo.

—¿Han encontrado el diario? —preguntó volviéndose al señor North.

—No… no sé de qué está hablando. —Se quitó las gafas y empezó a limpiar los cristales con cuidado, ayudándose con un extremo de la camisa que estaba suelto. No obstante, con eso solo logró empeorarlo todo.

—Por lo visto, la señora Schönbrunn llevaba una especie de diario —explicó la señorita Hulda.

El comisario se llevó la mano al cuello, como si de repente le

costara respirar, y Lilo vio que Hulda observaba al hombre como si a ella también le llamara la atención aquella extraña forma de comportarse.

—La portera, la señora Koslowski, me habló de ello. ¿No debería, tal vez, conversar con ella después?

En el rostro del joven apareció ahora una mueca de disgusto.

—Le sugiero que me deje a mí hacer mi trabajo, y que usted haga el suyo. Seguro que pronto habrá que cambiar un pañal o que preparar un biberón.

Hulda lo miró durante unos minutos callada antes de estallar en una carcajada.

—Qué susceptible es usted —dijo—. Pero tiene razón, tenemos cosas que hacer. Parir hijos y criarlos es un duro trabajo del que usted tampoco tiene ni la menor idea. Pero me llevaría demasiado tiempo explicárselo.

Se dio media vuelta y solo Lilo, que a esas alturas la conocía bien, vio el brillo en sus ojos azul grisáceo y supo que la comadrona no era tan arrogante como ella hacía creer.

El señor North parecía buscar la respuesta correcta. Puesto que era evidente que no se le ocurría ninguna, cogió la taza de la mesa y se bebió el café, que todavía estaba demasiado caliente. Jadeó un instante para refrescarse la lengua y, al darse cuenta de que Lilo lo observaba, cerró la boca a toda prisa. En sus mejillas bien talladas apareció un leve rubor.

—Muchas gracias por haber respondido a mis preguntas, señora Schmidt. Por favor, manténgase usted accesible tanto para mí como para mis compañeros por si queremos saber algo más. Y no hable con su vecino sobre el caso. Pronto podremos darle carpetazo, pero mientras se realice la investigación sería ventajoso que no se propagasen demasiados rumores.

—Yo no soy una chismosa —protestó indignada Lilo—. Vale más que le diga eso a la Koslowski, ahí abajo, en su hormiguero.

Karl North se caló el sombrero.

—Buenos días —dijo. Miró a la señorita Hulda, cuya esbelta silueta, vestida de azul, volvía a estar apoyada en la ventana, dándole la espalda. Como ella no se volvió hacia él, North dio un golpecito en el ala del sombrero, se encogió de hombros y salió de la vivienda.

La puerta se cerró tras él con un sonido sordo.

Fue entonces cuando la señorita Hulda se volvió y sonrió a Lilo.

—Menudo fanfarrón —observó con marcada indiferencia. Se arremangó, se lavó las manos en el fregadero y se ajustó con las horquillas en el pelo moreno la cofia, que se había resbalado un poco. Luego dijo—: Bien, querida mía, ahora necesita llevarse algo a la boca y acostarse acto seguido.

Lilo asintió y observó que la señorita Hulda había servido en un plato un par de patatas que estaban en una olla de hierro sobre el fogón.

Le pareció que los movimientos de la comadrona, por lo general tan seguros, eran un poco más nerviosos que de costumbre.

11

Viernes, 2 de junio

YA DESDE LEJOS, Hulda vio que Bert se había puesto la pajarita de los viernes. Tenía una distinta para cada día. Si llegado el momento los habitantes de Schöneberg no sabían qué día de la semana era, bastaba con que le echasen un vistazo al hombre del kiosco para estar al corriente. Hoy resaltaba en su cuello un ejemplar de seda azul claro que relucía igual que el cielo sobre su pabellón circular.

La gran plaza, detrás, yacía como si la hubiesen limpiado, solo un par de palomas andaban por allí, peleándose como dos viejas por las últimas migajas olvidadas. Al día siguiente, cuando se abría el mercado semanal, habría por fin suministros. Al fondo se alzaba, por encima de todo, como la niñera de la Winterfeldtplatz, la imponente iglesia de ladrillo rojo de San Matías, con la torre puntiaguda y las ventanas góticas erigiéndose hacia lo alto.

Hulda saltó de la bicicleta, la ató a un poste y cruzó la calle. Se detuvo junto al puesto, con su forma de pabellón, donde Bert vendía periódicos desde que ella alcanzaba a recordar. Una pequeña farola de cristal brillaba en el techo porque un rayo de sol se había extraviado. En invierno, cuando anochecía temprano, Bert resistía en su puesto con una luz de gas. Pero ahora era verano y podía ahorrar, pues el sol poniente seguía alumbrando con suavidad el escaparate.

—Buenas tardes, Bert. —Hulda sonrió al anciano. Además de la pajarita de seda, en aquella ocasión lucía, como cada día desde tiempos inmemorables, un chaleco de punto sobre una camisa almidonada, tirantes y unos pantalones planchados con esmero, así como una levita. Él mismo se ocupaba de la plancha, pues no estaba casado y vivía solo en una casa a la vuelta de la esquina. Una vez le había contado que tenía un pequeño gramófono en el que escuchaba sus discos favoritos por las noches. Hulda nunca había ido a visitarlo. Preferían charlar fuera, en la plaza, entre las hojas susurrantes de los diarios y los periódicos, donde las imágenes de las revistas ilustradas los observaban desde sus pinzas. Pero de repente le pareció extraño lo poco que sabía del modo en que Bert vivía. Con la elegante indumentaria y una sonrisa siempre comprensiva y a veces burlona, parecía formar una unidad con los adoquines de la plaza del mercado, al igual que con los postes de la farola.

Bert sonrió por debajo de sus arqueados bigotes.

—¡Señorita Hulda! Qué honor, usted en mi modesta cabaña. ¿Todavía fuera de casa tan tarde?

—Hoy ha sido un día pesado. Acabo de llegar de Neukölln —contó Hulda mientras deslizaba la mirada por los titulares de los diarios de la tarde—. Este curso me ha llevado mucho tiempo, pero solo quedan un par de clases. —Entonces recordó algo—. Espere, tengo una cosa para usted.

Hulda hurgó en el maletín de piel que llevaba todo el día cargando de un sitio a otro. Se dio cuenta entonces de lo cansada y sucia que se sentía. Después de haber pasado toda la mañana con Lilo, se había ido en bicicleta a la clínica para mujeres, donde había escuchado una larga conferencia de un ginecólogo engreído. Por lo visto, aquel hombre todavía no había ayudado a dar a luz a ninguna mujer, pero opinaba que podía explicarle a ella y a sus compañeras de profesión que para alumbrar solo había una posición sensata, a saber, que las mujeres se tendieran en la cama boca arriba. Así lo exigía la costumbre y la decencia, al igual que la anatomía. A Hulda le habría gustado contarle el parto de Lilo, que se había realizado de pie sin el menor problema, como muchos otros antes en los que las mujeres habían dado a luz en las posturas más diversas. Y veía en los rostros de las otras comadronas una aversión similar contra ese idiota redomado que estaba sobre la tarima. Pero se contuvo. Como comadrona, criticar a un médico, además experto, era una trasgresión. Además, si una mujer planteaba demasiadas preguntas, era considera una histérica. La mayoría de los médicos eran partidarios de la clínica y cada vez observaban con mayor escepticismo los alumbramientos en casa. En los últimos tiempos, la propia Hulda se sorprendía a sí misma pensando con frecuencia si su futuro profesional no estaría en la clínica. Aun así, le encantaba la independencia con que contaba, el cariñoso contacto con las parturientas, las horas susurradas en un dormitorio cuando los bebés dormían. ¿Qué sería de ella? ¿Una comadrona que envejecía, que no evolucionaba, que no aprendía, que solo transmitía viejos conocimientos hasta que se secaba? ¿Una mejor cuidadora que debía competir por un salario con las asistentas sociales de los centros de información maternal?

Una comadrona, ambulante, además, no era mucho más que una mujer de la limpieza o una criada, mientras los médicos y las comadronas que dirigían las clínicas para mujeres se anotaban todos los puntos.

—Te corroe la ambición, cariñito —le había susurrado siempre su madre. Y sin embargo Hulda lo había negado en todo momento. Pero, siendo sincera, tenía razón: era ambiciosa. Quería brillar cuanto pudiera. Y en el enlustrado fórceps de una clínica de maternidad la

propia imagen se veía más nítida que en los espejos rotos de un patio trasero. Para ello era necesario que hiciera creer a los señores doctores que estaba pendiente de todo lo que salía de sus labios, pues para una mujer no había modo de ascender si prescindía de ellos.

Al menos en el descanso habían repartido galletas y un café solo suave, pero auténtico. Por eso ya había valido la pena, pensaba Hulda, que no se podía resistir a los dulces. Lo que más le gustaba eran los bombones, pero en el fondo todo lo que contuviera una pizca de chocolate corría peligro ante ella.

Al final encontró en el maletín lo que estaba buscando: un paquetito y una lata redonda.

—Aquí está, vendaje para barbas y cera Stern para bigote, auténticos de Hungría.

—¿Para mí? —preguntó Bert con fingida sorpresa al recibir los regalos—. ¿Qué he hecho yo para merecerlos?

En realidad, sabía que Hulda era una clienta bien recibida en la droguería Richter de la Gleditschstraße, a la que el dueño siempre le facilitaba cualquier cosa posible desde que había ayudado a dar a luz a su hija. La señora Richter casi había muerto en el parto, ya que el niño miraba hacia arriba y se había tomado demasiado tiempo. Pero Hulda, dada la urgencia del caso, había hecho uso de una polémica manipulación y había sacado al niño de la madre en el último segundo. El médico, que llegó a la carrera y demasiado tarde —no era el malcarado doctor Schneider—, solo había tenido que encargarse de curar la herida, y la había elogiado mucho. Desde entonces, en cuanto Hulda entraba en la droguería le proporcionaban todo lo que necesitaba o incluso no necesitaba: jabones con aroma de lavanda y perfumes, crema de violetas y cajas de carbonato de sodio Persil. «¡Fuera manchas sin frotar!» Y, por supuesto, desde que ella había mencionado el magnífico bigote de su viejo amigo Bert, también accesorios para el cuidado de la barba del caballero.

—Como en tiempos del emperador —señaló Bert, que sonreía satisfecho—. Algo hay que reconocerle a esa aristocrática sanguijuela: cuidaba de su bigote como ningún otro. Por cierto, nada que ver con esa malograda oruga negra que ese nuevo presidente del Partido Nacionalsocialista lleva pegada debajo de la nariz. ¡Partido Nacional de mierda!

Hulda soltó una risita.

—Bert, ¿no se habrá unido a los sociatas, verdad? Vaya con cuidado con lo que dice, de lo contrario pronto desfilarán por la plaza los del Partido Obrero de la Gran Alemania y lo matarán por motivos políticos. Aunque a estas alturas debería de estar prohibido.

—A mí no —contestó Bert con un gesto de rechazo—. A esa chusma no le interesa un mediocre vendedor de periódicos, ellos quieren

pescar a los peces gordos. Rathenau debería andarse con cuidado, en su lugar yo no saldría sin guardia de mi villa en Gruenewald.

—¿Y eso? —preguntó Hulda, enfadada consigo misma. Como siempre, no sabía con exactitud lo que sucedía en el país, estaba demasiado ocupada con su propio mundo. En su cabeza revoloteaban el pequeño Konrad y Lilo, Felix, el desconocido cadáver del canal y los niños de la calle de Bülowbogen. En su azotea no quedaba más sitio para la política.

—Recibe amenazas de muerte sin cesar —explicó Bert—. En especial desde el tratado de Rapallo. Pero se niega a tener protección policial. No sé si se trata de megalomanía o de valor. —Movió afligido la cabeza, luego sonrió con picardía—. Su barba, por cierto, tampoco merece ser mencionada.

Hulda bostezó con ganas. El sol emitía los últimos y suaves rayos encima de la plaza, y eran pocas las personas que todavía andaban por la calle. «La mayoría estarán sentadas detrás de las cortinas cenando con la familia», pensó Hulda con un pequeño asomo de envidia.

De manera automática los ojos se le deslizaron hacia la marquesina rojiblanca del Café Winter, donde se percibía movimiento. La puerta de cristal con el gran rótulo pintado se abrió, y Felix salió. Como siempre, llevaba una gorra de visera sobre los rizos castaños. Hulda ya iba a levantar la mano para saludarlo cuando se percató de la mujer rubia que lo seguía. Felix se volvió hacia ella y le sostuvo la puerta para que la muchacha pudiera pasar con comodidad, pero al hacerlo le dio un golpe al lado sin querer. Ambos se miraron y se echaron a reír, y las carcajadas llegaron hasta Hulda. La mujer se echó el cabello largo y ondulado hacia atrás, y colocó con un gesto tan confiado una mano enguantada en el brazo de él que, por un momento, Hulda se quedó sin aire. Sintió un pequeño y corrosivo dolor en el vientre, como si un ratón la mordiera con los dientes afilados. El dolor se hizo más profundo cuando Felix colocó el brazo alrededor de la cintura de la rubia. Estrechamente abrazados, como si siempre hubiera sido así, ambos descendieron por la calle en dirección a la casa de los padres de Felix hasta que la suave luz crepuscular se tragó las siluetas. Solo seguía oyéndose una risa argéntea, como una campanilla que repica en la noche.

Felix ni siquiera había mirado una vez en su dirección, pensó sin dar crédito Hulda. ¿De verdad no la había visto?

Sintió que los ojos de Bert se posaban sobre ella y miró hacia otro lado. Asombrada por aquella visión enturbiada —algo estaba pasando allí y le colgaba de las pestañas—, Hulda parpadeó un par de veces con fuerza hasta que se le aclaró de nuevo la vista.

«Maldita sea —pensó enfurecida—, ¿estaba ahora lloriqueando por una melena rubia?»

—¿Conoce a esa señorita? —preguntó Bert, y Hulda le agradeció que ignorase sus lágrimas.

Negó con la cabeza.

—Pero Felix sí parece conocerla bien —respondió enfadada por la amargura que resonaba en sus palabras.

—A mí se me ha informado de que se trata de Helene Stolz, hija de un comerciante de Charlottenburg. El elegante señor papá simpatiza, por lo que cuentan, con esos criminales de derechas. —Resopló—. En fin, dentro de poco el gobierno prohibirá esas bandas de matones, esperemos… —Por un momento pareció como si Bert hubiese perdido el hilo. Contemplaba la plaza como si viera algo más que adoquines. Después se volvió de nuevo hacia Hulda—. Wilhelmine Winter ha encontrado a esa chica y ha emparejado a su hijo con ella. Por lo visto, en el caso de nuestro querido Felix, la chispa ha saltado con fuerza.

—Es posible —dijo Hulda, que de repente deseó estar lejos—. Pero otras ya han intentado cazar a Felix. Hasta ahora todas han fracasado.

—Y todos sabemos por qué —observó Bert, y Hulda creyó notar cierto reproche en su voz. Lo miró sorprendida.

—¿Ah, sí?

—Sea, por favor, sincera, señorita Hulda, ¿ama usted todavía a Felix?

Hulda quería rebelarse, quería criticar al anciano caballero y decirle que no era de su incumbencia a quién amaba ella y a quién no.

—Yo tampoco lo sé —respondió sin embargo a media voz.

—Entonces, estimada señorita, por mucho que yo la quiera, debería dejar libre por fin a ese pobre joven. No es un santo cuya imagen pueda colgar usted en la pared para contemplarla cuando le apetezca. Es un hombre de carne y hueso, y como tal debería poder comportarse.

—¡Yo no le prohíbo nada! —exclamó Hulda, y dos palomas aletearon ofendidas—. Es un hombre libre —añadió en voz baja.

—Pues no lo es si cada mañana asoma usted su naricilla y esos ojos tan profundos como el océano en su café, y juega con él como un gato con un ratón.

Hulda se llevó la mano sin pensar a la nariz. ¿Qué cosas se le ocurrían a ese anciano? Y, sin embargo, tenía que admitir para sus adentros que todo lo que le había dicho era verdad.

—Lo sé —dijo con un suspiro—. Debería dejarlo en paz de una vez. Que se case con esa rubia Helene y que sean los dos muy felices. —Tragó y miró a Bert—. Pero, sabe, es mi amigo. Y no me sobran. Nunca he tenido una amiga íntima como las otras chicas. A las mujeres no les gusto demasiado.

—Me gustaría saber por qué —dijo Bert divertido.

Hulda pasó por alto la broma.

—Me entiendo mucho mejor con los hombres, simplemente, tienen una forma más lógica de pensar. Y Felix y yo siempre fuimos uña y carne desde el jardín de infancia. ¿Cómo voy a renunciar a eso?

—A lo mejor debería dejarlo reposar un poco —aconsejó Bert, y le dio unas cariñosas palmaditas en la mano—. Mientras, yo seré su mejor amigo. Siempre me he sentido muy incómodo al ocupar el segundo puesto.

Hulda no pudo evitar reír.

—¡Usted y el segundo puesto! Si interpreta el papel principal para todos nosotros aquí en la plaza…

Bert movió la cabeza de un lado a otro. Sonreía, pero había una expresión seria en sus ojos.

—Se equivoca —dijo pensativo, y Hulda percibió un atisbo de tristeza en aquellas palabras—. Yo solo soy la columna de anuncios con los titulares más recientes.

Cuando Hulda ya iba a protestar, levantó la mano y la miró severo.

—Señorita Hulda, aquí no se trata de mí, sino de usted. Ni siquiera espero que mi compañía la satisfaga de forma permanente. Hemos de encontrar un nuevo caballero para usted, nada de prendas ya gastadas como Felix Winter, sino un candidato nuevo de fábrica. Algo se tiene que poder hacer.

—Gracias, pero no tengo ningún interés por nuevos caballeros —rechazó Hulda.

Solo le faltaba que sus vecinos de Schöneberg empezaran por pena a buscar pretendientes apropiados para la pobrecita comadrona. Justo en ese momento se le vino a la mente el rostro inoportuno del huraño comisario de esa mañana. Qué ojos más brillantes tenía, de un maravilloso tono verde que resplandecía como el vidrio de una botella. Se había comportado como un auténtico insolente, qué asco de individuo, pero parecía inteligente. Y al menos no tan aburrido como la mayoría de los hombres que la invitaban a una copa de champán y después ya no sabían qué decir.

Se dio cuenta de que su rostro era como un libro abierto para Bert y sintió como si la pillara *in fraganti*.

—¡Vaya, vaya! —dijo mientras arqueaba las pobladas y blancas cejas. Y al hacerlo, las puntas del bigote le parecieron crecer un centímetro más a lo ancho, como si sospechase algo—. Me parece que ya hay en el horizonte un misterioso desconocido.

—¡No hay nada! —replicó Hulda. Se sentía incómoda y miró con exagerada sorpresa su reloj—. ¡Qué tarde es! Bert, ahora tengo que marcharme a casa y meterme en la cama. Y también usted debería cerrar por hoy. Mañana es día de mercado y volverá a estallar el caos en la plaza.

La carcajada atronadora del kiosquero persiguió a Hulda hasta la bicicleta, y todavía le resonaba en los oídos cuando recorrió la calle aquella aterciopelada tarde de principios de verano hasta su casa, donde la señora Wunderlich ya estaría, con toda probabilidad, esperándola con la cena.

De hecho, Hulda apreciaba las comidas con la patrona y los otros inquilinos de la casa. La charla, la calidez. Pero ese día gemía en su interior solo de pensar en enfrentarse a la afilada lengua de Margret Wunderlich, justo después de escapar de la penetrante mirada de Bert. Era probable que su patrona no la dejara ni un segundo de descanso y la sometiera a un interrogatorio sumamente embarazoso. Pues, aunque Bert tenía buen olfato para las novedades, la señora Wunderlich husmeaba un secreto a diez kilómetros de distancia y con el viento en contra.

12

Viernes, 2 de junio

—¿QUÉ, GUAPA, TIENES algún plan para esta noche?

Hulda se dio media vuelta. El pequeño conserje del Librea, con una barbita rala, los ojos y mejillas maquillados y el cabello pegado al cráneo con gomina, sujetaba invitador la puerta mientras le guiñaba el ojo. Hulda no estaba segura de si tenía ante sí a un hombre o a una mujer, pues en cuestión de segundos cambiaba como un camaleón su aspecto, navegando entre lo femenino y lo masculino. El uniforme se ceñía como una segunda piel a su delgado cuerpo, las charreteras brillaban y los labios, que ahora le lanzaban un fingido beso al aire, estaban pintados de un rojo subido.

—¿Qué tenéis hoy? —preguntó Hulda para ganar tiempo.

La sonrisa se ensanchó.

—Hardys Jazzkapelle. Llegado especialmente desde Nueva York para esta bella señorita en esta maravillosa noche con todo su ímpetu en Riekes Varieté. Alucinante, se te mete por las piernas y los oídos. Casi tan elegante como el Scala, pero la entrada es más barata.

Hulda sonrió. No le cabía duda de que en Riekes, ubicado en el barrio de Bülow, el ambiente no era tan elegante como en el famoso teatro de varietés de la Lutherstraße, donde las señoritas numeradas acompañaban a sus sitios a los clientes elegantemente vestidos, y donde cada noche miles de espectadores fascinados admiraban los grupos de jazz, famosos en el mundo entero, que actuaban allí por temporadas. Sin embargo, Hulda no había oído jamás hablar de Hardy y su grupo, pero no podía permitirse ir al Scala y tenía ganas de oír música. Desde que los nuevos y extraños sonidos del jazz habían llegado hasta Berlín, Hulda estaba cautivada con sus impredecibles compases y su profunda nostalgia.

A través de la puerta entreabierta de la casa venida a menos, en cuyo sótano se encontraba al parecer el establecimiento con el rimbombante nombre de Varieté, se deslizaban ya los sonidos dilatados y discordantes de una trompeta.

—¿Por qué no? —dijo Hulda, y dejó que le abriera la puerta para desplazarse al interior.

—No te arrepentirás, guapa —gritó a sus espaldas el conserje, y ella pensó que, casi con toda seguridad, ocurriría lo contrario. Al

levantarse de madrugada, cuando tuviera que volver a marcharse a la clínica de Neukölln, se maldeciría por haber sucumbido a la tentación del extraño individuo con uniforme de seda. Pero la vida era dura. «Razón de más para divertirse un poco», pensó obstinada al tiempo que entraba.

Aún no se había desprendido de la imagen de Felix con la nueva, que había desatado en ella un hambre extraña que no habían saciado las rebanadas de pan ni el huevo duro de la señora Wunderlich. Así que se había puesto un vestido al oscurecer, algo de rímel en las pestañas y un poco de colorete en las mejillas, y había salido hacia la noche. Las calles en torno al barrio de Bülow ejercían una mágica atracción, allí los locales se sucedían unos tras otros, y todo tipo de gente se precipitaba en su interior para divertirse con las últimas monedas que les quedaban.

El ambiente estaba cargadísimo en el local del sótano. En una colorida mezcla se apiñaban en el mostrador clientes de todos los niveles para pedir un vaso lleno o para gorrearlo, según el capital de que dispusieran. En Riekes Varieté no había una amplia selección de bebidas, pero a cambio los vasos se llenaban hasta el borde. A fin de cuentas, se pretendía incitar a los consumidores a no prestar atención ni a la sordidez del mobiliario ni a los músicos de segunda categoría.

Hulda sintió un par de miradas fugaces, revisó su ropa y jugueteó con discreción con las lentejuelas del escote que había cosido a mano pese a que odiaba los trabajos manuales. La señora Wunderlich, quien siempre la sacaba de un apuro en tales casos y mostraba unos remilgos casi maternales, había cosido el vestido charlestón negro de acuerdo con sus ideas. El corte era sencillo, pero obraba su efecto. Justo por encima de la rodilla se extendía un fleco que se movía y que con cada paso le rozaba la piel como una caricia. En sus hombros desnudos reposaban unos finos tirantes. «Así ya puede usted lucirse, querida», le había dicho entonces la patrona y, de manera excepcional, Hulda la había creído. La señora Wunderlich estaba orgullosa, como si acabara de vestir para un baile a su propia hija. A veces Hulda se sorprendía de la calidez que su patrona mostraba hacia ella, mientras que en otros momentos parecía no tener pelos en la lengua.

Un sujeto regordete, con una gorra de piel marrón y al menos una cabeza más bajo que ella, se detuvo ante Hulda y le soltó en la cara una gran bocanada de humo del puro que fumaba.

—Buenas noches, señorita —gritó para dejarse oír por encima del ruido infernal del grupo. La repasó de arriba abajo y le tendió una mano como si fuera a agarrarla del brazo, pero Hulda lo evitó.

—Hoy he venido sola y así pienso quedarme —Hulda esbozó una sonrisa reservada.

—Un bomboncito como tú necesita a un hombre —graznó el

fanfarrón—. Te invito a un licor, bonita, a ver si te pones un poco más cariñosa.

—No hace falta —replicó Hulda al notar que la cólera la invadía.

El hombre se dio media vuelta encogiéndose de hombros y, tras echar un vistazo alrededor, emprendió el rumbo hacia otra mujer a quien Hulda no envidió su inminente encuentro. En realidad, no estaba acostumbrada a que los hombres trataran de ganarse sus favores de modo tan abierto, la mayoría de ellos parecían sentirse cohibidos por su altura y, si daba crédito a la señora Wunderlich, por la seriedad de su rostro. «Querida señorita Hulda —solía decir la patrona con esa expresión medio de pena, medio displicente que Hulda no soportaba—, es usted una muchacha muy bonita. No puede evitar tener esos ojos tan peculiares, pero no importa, le dan un aire especial. A los hombres les gustan las muchachas con estrabismo, tienen algo de misterioso. ¡Y además ese cabello tan atractivo, esa figura! Si no pusiera esa cara tan antipática… ¡Con la miel se cazan moscas!»

Hulda no tenía ganas de cazar a nadie. Y si pillaba a alguien, que no fuera al menos un zafio como ese.

Se abrió camino a codazos y pidió una cerveza en la barra. El camarero le tendió una botella de cerveza negra y recogió el dinero. Hulda la destapó y se la llevó a los labios. El líquido amargo se deslizó por su garganta. Ahí abajo hacía calor, los cuerpos de tanta gente caldeaban el ambiente, sobre el que flotaban espesas nubes de humo de cigarrillos. Hulda dio unos pasos a un lado y se apoyó en la pared.

Mientras bebía, observaba a Hardy y a su grupo tocar sobre una tarima provisional de madera. Tenía la piel oscura y el cabello negro y crespo, la trompeta parecía un apéndice de sus labios. Exceptuándolo a él, su grupo se componía únicamente de otros dos hombres. Uno percutía con gestos desatados sobre una variada batería de cocina, unos enormes y abollados potes de metal y regaderas de hierro. El segundo frotaba a una velocidad vertiginosa un trozo de metal sobre papel de lija. Y por encima de esos rebatos, silbidos, golpes, traqueteos y ruidos varios, cantaba y se lamentaba la trompeta.

«La música seguro que no es tan buena como la de los artistas de los grandes teatros —pensó Hulda—, y seguro que esas tres siluetas recortadas todavía no han visto Nueva York desde un escenario.» Pero, a pesar de todo, el conserje no había exagerado: las notas envolvían al público y lo hacían moverse, agitarse, chillar y aplaudir. Cada vez eran más los espectadores que se colocaban al borde de la pequeña tarima, apretujando unos contra otros los cuerpos sudorosos con los brazos alzados. De vez en cuando, la multitud se abría y aparecía un pequeño claro en medio donde un bailarín especialmente arrebatado ejecutaba un solo, hacía una voltereta de espaldas y volvía a caer de

pie como un acróbata. Quienes lo rodeaban lo aclamaban antes de que despareciese entre la muchedumbre, que se cerraba como las olas del mar para dejar sitio, un poco después, a un nuevo loco por el baile.

Hulda sintió ganas de bailar con los demás y se bebió el resto de la cerveza. Luego se unió a los otros y se impregnó de los compases. Bailaba con los ojos cerrados. No los volvió a abrir hasta al cabo de un rato. Cuando la banda interpretó una melodía más lenta, y el movimiento a su alrededor se sosegó, volvió a levantar los párpados y advirtió que un hombre la miraba. Tenía el cabello claro, de un rubio casi blanco, y una nariz divertida. Con la gorra azul y las pecas parecía un marino insolente. Hulda se percató asombrada de que lo estaba mirando con una sonrisa, como si su cuerpo supiese algo que su razón todavía no había captado. Él sonrió a su vez y se acercó a ella, sin prisa, como si supiera que no se iba a marchar.

—¿Le apetece una copa, señorita?

Sin duda no se trataba de su alma gemela, pensó Hulda, que dudó un instante. Pero luego asintió. Tenía unos alegres ojos verdes. Como pedazos de botella. Y en aquellos días se sentía atraída por ellos de una forma casi mágica.

—Pues vamos allá —dijo él, y se la llevó del brazo hacia la barra.

Tenía las manos callosas a causa del duro trabajo, pero Hulda disfrutó de su contacto en la piel. El joven chasqueó los dedos para pedir. Nada de cerveza, sino aguardiente blanco en vasos pequeños que volvieron a llenarse enseguida, cuando Hulda y él brindaron y se bebieron el contenido de un trago.

—Me llamo Otto —dijo.

—Yo, Hulda. —Se recreó en la sensación de ligereza que se le extendía por los brazos y las piernas.

—Qué gracioso —comentó él riendo.

Hulda no sabía si le divertía su nombre o si simplemente estaba de buen humor. De todos modos, le daba igual.

Cuando se bebió el tercer aguardiente con él supo que había llegado el momento de detenerse para no cruzar esa frontera invisible entre estar achispada y estar borracha. Pero, al mismo tiempo, quería más.

—Tengo otra cosa —le susurró Otto con una mirada cómplice.

Ella soltó una risita, porque ahora él tenía el aspecto de un colegial que acababa de hacer una travesura. Se preguntó para sí misma qué era lo que en realidad quería de aquel hombre. ¿No era demasiado joven? Pero él le pasó el brazo por la cintura con naturalidad y la llevó a través de un largo corredor hasta un rincón oscuro del local, donde no llegaba la débil luz de las lámparas de gas. Por lo visto, algunas figuras ya no podían mantenerse en pie y se encontraban medio tendidas en el suelo. Una mujer estaba sentada con las piernas abiertas sobre el regazo de un hombre y se reía a gritos.

Hulda pensó que todavía no estaba lo suficiente borracha para quedarse en ese apartado de Riekes Varieté. Pero la mano de Otto la arrastró unos pasos más, hasta un lugar donde se podía estar más tranquilo. Había allí un sofá cuyo color no se distinguía bien en la penumbra y que, con toda probabilidad, había conocido tiempos mejores. Otto sacó con habilidad un polvo blanco del bolsillo y esparció un poco sobre la mesilla auxiliar. Miró a Hulda incitador.

Ella dudó un segundo. Ninguna de sus pacientes iba a dar a luz en un plazo próximo, y las posibilidades de que la llamaran esa noche eran reducidas. Estaba libre. De repente, ya no quería ser la comadrona conservadora y sensata que se ocupaba de todo el mundo con abnegación. ¿Quién se preocupaba por ella? ¡Esa noche quería vivir! Así que asintió con determinación, se inclinó sobre la línea clara y esnifó el polvo.

Primero llegó el estallido. Unas estrellas le explotaron en la cabeza y se deslizaron por todo su cuerpo. Luego siguió una oleada de suavidad, como si ella y el mundo fueran de olas de terciopelo y fluyeran el uno en el otro.

Otto observó su rostro y sonrió satisfecho. Se preparó otra dosis para sí mismo y esnifó la droga, echó la cabeza hacia atrás y se empezó a reír. Se dieron la mano y se dejaron caer entre risas en el sofá.

Nadie la veía ahí, pensó Hulda, estaba sola con su admirador de cabellos casi blancos, cuyas manos resbalaban por su vestido rastreadoras, y cuya boca tenía de golpe en el cuello. Una mano ya se había colado debajo de los flecos negros por encima de su rodilla, y Hulda permitió que él la besara. Cerró los ojos y disfrutó de la sensación de dejarse llevar como un trozo de madera sobre el vasto mar.

CUANDO DESPERTÓ, TENÍA un gusto fuerte en la boca. Sentía frío y se notaba pegajosa. En las habitaciones traseras del bar todavía estaba más oscuro, la música sonaba desde lejos como una llamita agonizante en un mar de negrura. Hulda palpó en busca de su reloj de muñeca para ver qué hora era, pero había desaparecido. ¡No podía ser cierto! Al menos la cinta fina con la llave de la casa que siempre llevaba alrededor del cuello no se había movido de su sitio. Se levantó con un gemido y se tocó la cabeza, que le dolía como si alguien se la hubiese golpeado. ¿Qué era eso que el rubio le había endosado? Debía de estar adulterado, eso seguro, lo habrían estirado con cal y otras porquerías. ¿Y encima le había robado?

Debajo del vestido corto, se le puso la carne de gallina y se frotó los brazos desnudos mientras temblaba de frío. Luego palpó para

comprobar el estado de sus prendas interiores y confirmó aliviada que todo estaba en orden. Al parecer no había sucedido nada, salvo aquellos besos y que ella se había desvanecido a continuación. Buscó a tientas el camino hacia la habitación anterior, pasó por encima de cuerpos que dormían con caras que roncaban, y que yacían en el corredor como trozos de madera flotando. Ni rastro del chico de cabello casi blanco, ya hacía tiempo que habría puesto pies en polvorosa. Hardy había dejado de tocar, tampoco a él se lo veía por ninguna parte, solo el intérprete que había manejado el papel de lija estaba en un rincón con una de las camareras, en cuyo escote había hundido el rostro.

Hulda sintió vergüenza. Era una mujer adulta, trabajadora y con experiencia, conocida en todo el barrio. ¿Y permitía que un sinvergüenza le robara como a una virginal paleta que llegaba por vez primera al resplandeciente Berlín? ¡Esperaba que nadie la hubiese reconocido! De lo contrario, no solo Bert, sino también la señora Wunderlich estarían al corriente de lo sucedido.

Se dirigió cansada a la salida. El conserje andrógino hacía horas que había terminado el turno, no había nadie que le abriera la puerta. Escaló los peldaños que conducían a la calle y salió al exterior.

Fuera soplaba un viento frío, y Hulda no tenía más que un deseo: ¡meterse en la cama lo antes posible!

Entonces oyó un vocerío en el otro extremo de la calle.

—¡Déjame en paz! —gritaba una mujer al tiempo que golpeaba con los puños a un hombre vestido de negro. Llevaba un fino vestido de verano y zapatos de tacón alto.

El sujeto consiguió agarrarle las manos y sujetarlas, su cuerpo macizo tenía un aspecto amenazador frente a la frágil silueta de ella. A pesar de eso, la mujer no retrocedió.

—¿Y si no te traigo el dinero?

Hulda se preguntaba de dónde sacaba la mujer el valor para plantar cara.

—Entonces te mataré a tiros —dijo el hombre con voz ahogada. Sonó indiferente, como si diera la respuesta habitual. Tenía un acento apenas perceptible.

—O me tiras al canal como a Rita, ¿no? —chilló la mujer.

Hulda se quedó paralizada.

¿Rita? Se acercó, las rodillas le flaqueaban. En algún lugar de su cabeza surgió la idea de que, ciertamente, tenía un extraño talento para correr riesgos a causa de su innata curiosidad.

—No sé de qué me hablas —dijo el hombre mientras soltaba a la escandalosa mujer. Se la había quitado de encima como quien espanta una mosca y después se había secado las palmas de las manos en la chaqueta—. No conozco a ninguna Rita.

Hulda notó de nuevo que no hablaba un alemán perfecto, marcaba la erre con la lengua.

—Claro que no —respondió burlona la mujer, ciñéndose el vestido delante del pecho, pues el escote se había desgarrado—. Tu memoria es como un colador. Hace dos semanas Rita la Rápida todavía te llenaba el bolsillo, pero ahora está muerta y ya no existe para ti. ¿Por qué tenía que morir?

El hombre apartó la vista y prosiguió, como si no hubiese oído la pregunta.

—Mañana quiero el dinero, de lo contrario… —dijo volviéndose por encima del hombro.

Sin concluir la frase, entró en la casa delante de la cual se encontraban, abrió una puerta apenas perceptible y desapareció detrás de ella. La mujer emitió otro sollozo y sorbió.

Hulda salió de las sombras y se aproximó a ella.

—¿Necesita ayuda?

La mujer se la quedó mirando. Se le había abierto el labio y tenía en la barbilla una huella de sangre desdibujada. Negó con la cabeza para rehusar la ayuda.

—No, estoy bien. Siga usted.

—Está sangrando —señaló Hulda—. Tiene una herida.

—Tampoco es que usted esté fresca como una rosa —respondió la mujer, que observaba el rostro de Hulda—. Pero no es de las nuestras.

—Cierto. —Hulda pensó que esa noche la diferencia entre ambas era finísima. Pero al menos ella tenía un hogar, una cama caliente que la estaba esperando y una profesión que por la mañana temprano haría de ella la mujer que era en realidad. Pero esa noche… Hulda suspiró y ya iba a marcharse, pero algo la retuvo. La cabeza le funcionaba tan despacio como un burro terco, pero entonces un pensamiento tiró de sus largas orejas. Por fin cayó en la cuenta.

—¿Conocía usted a Rita Schönbrunn?

Una sombra de desconfianza apareció en el rostro de la mujer.

—¿Por qué?

—Acaba de decir a ese… tipo, que tiró a una tal Rita al canal. Da la casualidad de que conozco a esa mujer —Hulda carraspeó—. En cualquier caso, no de manera profunda.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Hulda Gold, soy comadrona y me he enterado por casualidad de la muerte de la señora Schönbrunn. ¿Sabe usted algo al respecto?

—¿Qué he de saber yo? Rita era una de las nuestras. Aquí, en el barrio.

—¿Por qué la ha llamado antes la Rita la Rápida?

La mujer sonrió. En su rostro apareció un atisbo de nostalgia.

—Rita era conocida porque con ella los clientes enseguida estaban contentos, si es que entiende lo que quiero decir. —Hizo un gesto obsceno con la mano—. Rita ya no era muy joven, había empezado tarde en el oficio. A pesar de todo, era muy querida, sobre todo por los señores tímidos que tenían urgencia y querían acabar pronto. A menudo también hablaba con ellos, era su punto fuerte, además del servicio rápido. Al bueno de Pedro… —señaló la puerta por la que había desaparecido el hombre— le hizo ganar mucho dinero. Pero entonces… —Pareció morderse la lengua y se interrumpió.

—¿Sí? —preguntó Hulda. Estaba muerta de frío, pero quería saber más a toda costa.

—Oh, nada. Se pelearon. Pedro la amenazó diciéndole que no se le subieran los humos. Entonces ella le contestó que tuviera cuidado, a fin de cuentas, ella podía cantar en cualquier momento. Hablar de los locos. Ni idea de qué quería decir. Y mira, una semana después estaba muerta.

—¿Los locos? —preguntó Hulda mientras le acudía a la memoria la conversación con la señora Koslowski.

—Y yo qué sé. Escuche, señorita, ¿quiere mis servicios? ¡Para las señoras es a mitad de precio!

—Lo siento. —Hulda sonrió—. Esta noche no.

—Pues bueno, ahora ya sabe dónde encontrarme —dijo fatigada la mujer y se palpó con cuidado el labio hinchado—. Suelo estar aquí en la calle. Pregunte por Magda.

Y dicho aquello, se desvaneció en la oscuridad.

Hulda se quedó pensativa. «Qué encuentro tan extraño», pensó. El nombre de Rita aparecía siempre de forma inesperada, como las focas del zoo cuyos rápidos movimientos al nadar apenas podían seguirse hasta que su cabeza surgía por encima del agua verdosa. Todo parecía estar vinculado. Solo debía averiguar de qué modo.

¡Pero no esa noche! El dolor le retumbaba en la cabeza como una oscura campana cuyo badajo estallaba desde dentro contra la bóveda del cráneo.

Hulda cruzó los brazos por encima del pecho para calentarse y se internó en la noche, tambaleándose, hacia su casa. Las imágenes de Felix y el ladrón pecoso, de Rita y de la llorosa Lilo, del comisario huraño y de la rubia Helene se arremolinaban en su mente en una rueda infinita. Se desvanecieron cuando se hubo desnudado en su habitación y se había dejado caer sobre la cama. Cerró los ojos agotada, se tapó con la manta y tuvo la sensación de arrojarse a un pozo profundo donde nadie, ni siquiera un recuerdo, podía seguirla.

13

Sábado, 3 de junio

MARGRET WUNDERLICH ERA viuda desde hacía tantos años que ya no podía imaginarse obedeciendo a un marido. En la casa de alquiler que el bueno de Heinz le había legado hacía y deshacía lo que ella tenía por bueno. También seleccionaba con precisión a los inquilinos, pues bajo su techo solo había gente respetable y ningún vagabundo. Y, sin embargo, de vez en cuando, la invadía una dolorosa soledad. Ya hacía tiempo que sus hijas se habían ido de casa y se habían casado, instalándose en Hamburgo, de donde procedían sus maridos. Pero Margret se había quedado, se sentía demasiado mayor para instalarse en otro sitio, aunque añoraba a sus hijas y a los nietos. Un par de veces había barajado la idea de mudarse a casa de Ursula, la mayor, pero ella había rehusado. «Mami —había dicho—, no puedo permitir que te vayas a un lugar extraño. Berlín es tu hogar.»

Un diminuto demonio había susurrado en el oído de Margret Wunderlich que en Hamburgo no la querían. Que las hijas no querían que viviese al lado y que asomara la cabeza por su casa cuando le apeteciera. ¡Pero eso no era posible! Alguna razón debía de haber para que Ursula, y poco después también Eva, insistieran en que debía permanecer en Berlín. Pero Margret no era una mujer que le diera vueltas a un asunto. Se contentaba con ir a visitar a sus hijas una vez al año en tren y dedicaba el resto del tiempo a atender a sus inquilinos, pues cuidar a los demás como una madre y deleitarlos era lo que mejor hacía. Y en casa había algunos que podían necesitar un poco de apoyo. Sobre todo Hulda Gold, esa jovencita que, con su vida de mujer soltera, daba más tumbos que otra cosa. O al menos eso le parecía a Margret. Se había encariñado de la señorita y experimentaba un especial sentimiento de responsabilidad hacia ella.

Cuando Hulda se había mudado a la buhardilla acababa de perder a su madre, y el romance con el apuesto propietario del café había acabado en nada. Aquello había estado entonces en boca de todo el mundo. Y Margret Wunderlich había tenido que mimar a la chica como a un pollito caído del nido.

«Una lástima», pensaba mientras canturreaba sin afinar una melodía de moda ese sábado por la mañana, y ponía la mesa del desayuno y los huevos a hervir. Qué vida tan triste la de solterona, y encima todos

esos niños de familias ajenas. ¡Una mujer necesitaba tener su propio hogar!

Fuera se oían los arrullos de las palomas, y unos primeros rayos de sol palpaban como dedos vacilantes el alféizar de la ventana. Cuando se inclinó hacia afuera, Margret vio una rata en el patio. Furiosa, se quitó una zapatilla y la arrojó abajo sin pensar hacia dónde escaparía aquel repugnante animal. Bien hecho, esa era una casa decente.

¿Y ahora, qué? Ahí abajo estaba la zapatilla, y ella todavía llevaba la bata puesta. Movió la cabeza enojada por la falta de sensatez y se le resbalaron algunos de los bigudíes.

En ese momento oyó unos pasos en la escalera. Procedían de arriba, de la buhardilla, y la señora Wunderlich se detuvo y escuchó con atención. Ahora pasaban por delante de su puerta. La patrona se precipitó hacia ella y la abrió a tiempo para ver cómo la gorra roja de Hulda pasaba de largo.

—¡Señorita Hulda! —gritó, y puso en su voz toda la indignación posible.

La joven se detuvo y se volvió tan despacio que Margret sospechó que primero tenía que borrar la mueca de su rostro. Cuando Hulda por fin se volvió hacia ella, en el rostro se le dibujaba una sonrisa forzada.

—Buenos días, señora Wunderlich.

—¡No me diga que se marcha de aquí sin desayunar! ¿A dónde va usted a esta hora con el estómago vacío?

La señorita hizo un gesto de rechazo.

—Tengo que ir al curso de perfeccionamiento —respondió—, en el mercado ya comeré algo de camino.

—No lo permitiré. —Margret dio un par de pasos hacia delante y arrastró a la señorita Hulda a la cocina. Le pareció que la muchacha tenía un aspecto horrible—. Comer mientras se camina es muy, pero que muy perjudicial para la salud. —La patrona sabía de qué hablaba, pues por fortuna disponía de una constitución muy resistente—. No, señorita, hay que desayunar sentado, es lo que distingue a los seres civilizados. No somos salvajes. Por eso voy a preparar un desayuno como Dios manda. Además, paga usted por habitación y comida, y no tiene que tirar por la ventana el dinero que ha ganado con el sudor de su frente.

Acercó con determinación una silla para la joven.

La señorita Hulda se sentó y miró el pie sin calzar de Margret.

—¿Qué ha hecho con el otro zapato? —Tenía la voz ronca como el papel de lija.

—Ay, qué atenta por preguntarlo —dijo Margret, quien en ese momento recordó su dilema—. Querida señorita, ¿sería usted tan amable de bajar un momento al patio? Se me acaba de caer el zapato por la ventana. Y ya que está abajo, mire por favor si el chico de la

panadería ya ha llegado, ¿vale? Oh, y un momento… —agarró el cubo de la basura—. ¿Me haría el favor de vaciarlo?

No esperó respuesta, sino que se dirigió a la cocina de nuevo y comprobó si la llama de gas del hornillo seguía a la misma temperatura que tenía desde que había metido los huevos en el agua. Observó diligente las burbujas que iban subiendo. Ningún huevo reventaba.

Cuando oyó unos ruidos procedentes del patio, se acercó a la ventana y vio a la joven con su melena bob, que en ese momento vaciaba el contenido del cubo en el contenedor y colocaba torcida la tapadera de hojalata.

—Otra vez sin cerrar bien —murmuró la patrona disgustada—. No es extraño que las ratas campen por aquí.

Se inclinó hacia afuera.

—¡Por favor, cierre *del todo*, señorita Hulda!

La muchacha levantó la vista sorprendida y colocó la tapadera de nuevo con un golpe demasiado fuerte, según le pareció a Margret. Poco después se marchó con el cubo en una mano, y en la otra la bolsa de panecillos y la zapatilla bordada, mientras subía armando un gran escándalo por la escalera.

«Un elfo no es», pensó, al tiempo que pasaba los huevos por agua fría.

Poco después oyó crujir la puerta entornada. Junto con la señorita Hulda entró el señor Moratschek, del segundo piso, un jubilado que vivía solo. Lucía una revuelta melena blanca, y de las orejas le salía un abundante mechón de pelo. Fumaba en pipa, lo que provocaba que Margret evitara entrar demasiado a menudo en su habitación, no soportaba aquel hedor frío. La patrona ignoraba cuál había sido su profesión antes de jubilarse, por el momento no había conseguido sonsacárselo pese a su tenacidad, en realidad, irresistible. Desde que era inquilino escribía un misterioso libro. Tampoco parecía tener familiares, pues pasaba solo junto a su escritorio la mayor parte del tiempo. Una vez a la semana iba al teatro. Aunque, en opinión de Margret, sin auténtica pasión, sino más bien como si cumpliera la obligación de acudir a una inevitable visita médica. Al margen de ello, tenía otra afición: reparaba relojes viejos de bolsillo. Podía pasar horas sentado delante de la maquinaria de un reloj desmontada y, valiéndose de un minúsculo destornillador, trabajar en ella con tanta destreza como si operase a corazón abierto.

«Limpiar su habitación —pensó suspirando Margret mientras dejaba los huevos en un cesto encima de la mesa—, es cada semana un tormento.» Las incontables hojas escritas de papel que producía en su arrebato de autor cubrían el suelo como una capa de nieve recién caída. Entremedio de ellas siempre rodaban unas diminutas tuercas y

tornillos.

—Buenos días —saludó desabrido mientras se dejaba caer con un gemido en una silla. Enseguida había roto el huevo y metido con sumo cuidado la cuchara dentro, mientras unos largos mechones blancos le caían en la frente.

La señorita Hulda le tendió una bolsa con los panecillos, y Margret abrió uno con el cuchillo y se lo dio al señor Moratschek. Sin decir palabra, él lo untó con la mermelada de ciruela que ella había preparado el otoño pasado con la cosecha del huerto compartido que estaba junto a la estación.

—Siéntese usted —instó también a la señorita Hulda, forzándola a tomar asiento en una de las sillas—. Por el aspecto que presenta esta mañana, lo primero que necesita es un café.

Con cara ofendida, la señorita dejó que le llenara hasta el borde la delicada taza de porcelana. Añadió un poco de leche y bebió a sorbos lentos y concentrados. Las mejillas por fin le adquirieron algo de color.

Sin embargo, para comerse la primera mitad del panecillo necesitó, según el parecer de Margret, mucho tiempo, como si se tuviera que convencer para dar cada uno de los bocados. La segunda mitad le desapareció en la boca con un apetito a todas vistas mayor. Entretanto le cayó un poco de mantequilla derretida en la chaqueta, y ella limpió la mancha con disimulo y luego se lamió los dedos.

—¿A dónde fue ayer por la noche? —preguntó Margret con despreocupación mientras se servía una taza de café—. No la oí marcharse, pero más tarde estuve en su cuarto porque no encontraba a *Mohrchen* y quería confirmar que no se hubiera escondido allí. La habitación estaba toda a oscuras y en silencio.

En realidad, había pretendido ir a charlar un rato. Las noches se le solían hacer largas. Cuando los inquilinos se metían en la cama, un profundo silencio se cernía sobre la casa, y el silencio no era algo que a Margret Wunderlich le gustase en especial… Salvo los domingos por la mañana, cuando dormía a su gusto.

—Fui… fui al cine —murmuró la señorita Hulda, pero la patrona ya conocía lo suficiente bien a la joven para percibir su titubeo.

—¿De verdad?

La señorita Hulda lanzó una rápida mirada al señor Moratschek, que se había enterrado detrás del *Morgenpost* y parecía no escuchar nada.

—Ay, sabe… —La señorita Hulda se movió de un lado a otro—. Quería ir al cine. Pero como se habían agotado las entradas, me fui a dar un paseo.

—¿Toda la noche?

Hulda la miró de repente. En sus ojos azul grisáceo, que hoy parecían estar tras una fina niebla, Margret leyó incredulidad. Era

evidente que se había excedido con el interrogatorio. Se controló. No debía mostrar demasiada curiosidad, la señorita se lo tomaba siempre a mal. Sin embargo, las actividades nocturnas de Hulda despertaban en ella un vivísimo interés. Así que intentó cambiar de tema.

—Cuénteme, ¿qué tal le va al pequeño Konrad, el bebé de Bülowbogen? ¿Es un niño sanote?

—Sí, un niño muy rico. La madre disfruta mucho con él. Si no fuera… —La señorita Hulda se interrumpió y cortó con el cuchillo la punta de su huevo.

—¿Sí? —preguntó ansiosa Margret.

La señorita Hulda dirigió de nuevo la vista a la patrona, en ellos se reflejaba un triunfo diminuto, como si se sintiera aliviada de haber logrado cambiar de tema.

—¿Ha oído hablar del cadáver del canal?

—¡Pues claro! —Margret acercó la silla.

—Resulta que la fallecida vivía en el edificio de mi parturienta, la madre del pequeño Konrad, que está muy afectada.

—¡Qué horror! ¿Ya han descubierto quién fue el asesino?

—Por lo que yo sé, la policía supone que se trata de un suicidio. Pero en el barrio de Bülow algunos están de acuerdo en que esa teoría no es del todo cierta.

—¡La policía! —Margret hizo un gesto de desdén—. Menudos imbéciles. ¡La de muertes que han dejado sin aclarar en la ciudad desde que terminó la guerra! ¡Berlín cada vez se hunde más en la criminalidad, y todo el mundo se queda de brazos cruzados!

En ese momento, la cabeza del señor Moratschek apareció desde detrás de la portada del diario. Hasta entonces, Margret había creído que no las escuchaba, pero estaba equivocada.

—La tasa de casos resueltos desde el Imperio se ha elevado de forma drástica, estimada señora. Desde que Gennat asume el mando en la Inspección de Homicidios, el negocio funciona como la seda.

—A pesar de todo, en cuanto sales a la calle ya tienes miedo de que te hagan daño o te maten —replicó indignada Margret—. Se mire por donde se mire, solo hay asesinatos y homicidios. ¿Y qué ganamos con que los agentes de la Criminal lleguen a descubrir quién fue? ¡Lo que tienen que hacer es evitar los crímenes!

—Eso no depende de la policía, sino de la derecha —contestó sereno el señor Moratschek—. Esos solo han aprendido que al enemigo se le puede hacer callar en cuanto ellos quieren. No es extraño, a fin de cuentas, todos estuvieron de jóvenes en Verdún e Ypres, donde la vida de un ser humano no valía nada. Los jóvenes están embrutecidos y llevan cicatrices hasta en el alma. Y ahora todos van detrás de ese engañabobos nacionalista.

—Pero —dijo Margret, palpándose los rulos—, no todas las ideas de

ese Hitler son malas. Alguien tiene que cuidarse de organizar el país. Hoy en día, los políticos no hacen más que dar vueltas con su democracia. Volvemos a necesitar a un hombre fuerte que ponga orden a espaldas de los socialistas.

—¡Usted también! —gimió el señor Moratschek—. Con cuánta frecuencia lo escucho… También debe querer que vuelva el emperador. O, aún peor, un bandido de verdad, como Adolf Hitler, que pronto disparará tiros al aire como un *sheriff* en el salvaje Oeste.

—Bueno, bueno… no tentemos al demonio. —Margret buscó apoyo con la mirada en la señorita Hulda, pero había apartado la vista y miraba a través de la ventana.

Mientras, el señor Moratschek se metió el último trozo de pan en la boca, dobló el periódico y se puso en pie.

—Si me permiten, señoras —dijo al consultar su reloj de bolsillo favorito, que siempre llevaba, y salió de la cocina.

Un pesado silencio se extendió por la habitación. Margret observaba pensativa a la señorita Hulda. Tenía los ojos tristes. Parecía no haber prestado apenas atención a la conversación con el señor Moratschek.

La patrona se encogió de hombros y empezó a recoger la mesa. Cuando se dio cuenta de que la joven contemplaba ansiosa la cafetera, le volvió a llenar la taza hasta los bordes con una sonrisa indulgente. Luego se sentó de nuevo junto a ella y miró a la señorita Hulda.

—Madre mía, hoy no parece usted. ¿Qué es lo que le preocupa?

—No es nada.

—Ya, ¡que no nací ayer! Si de verdad fue al cine y después a pasear, yo soy la emperatriz Augusta Victoria.

La señorita Hulda se echó a reír, pero la risa se desvaneció y se convirtió en un gemido seco. Margret se sorprendió al ver que la joven inquilina tenía lágrimas en los ojos.

—Vamos, vamos. —Sacó un pañuelo enorme de las profundidades de la bata. Se lo tendió a la joven y ella se secó con él los ojos e hizo una mueca, como si se avergonzase de sus sentimientos.

Margret le dio unas leves palmaditas en el hombro.

—Aquí debe de haber un hombre de por medio. —Esperaba que el tono de su voz fuera compasivo y no demasiado fisgón—. ¿Tengo razón?

—Sí —contestó Hulda, levantando la nariz con fuerza. Tenía un aspecto conmovedor, pensó la patrona, con los ojos enrojecidos por el llanto y el cabello alborotado. Por regla general la muchacha siempre parecía un poco severa, como si tratara de ocultar algo.

—¿Su antiguo novio?

—También. —La señorita Hulda se percató de su asombro y añadió —: el señor Winter se ha enamorado. Ayer lo vi a él y a su nuevo amor en la plaza, un bellezón rubio de buena familia. Eso me ha afectado un

poco. En cualquier caso, anoche bebí demasiado y entonces… me robaron. —Hizo una pausa y mostró la muñeca vacía—. Me he quedado sin reloj. Era de mi madre y…

Margret asintió. La señorita Hulda ya le había explicado su historia de amor con Felix Winter, pero a su madre nunca la había mencionado, solo había contado que había muerto. Claro que habían llegado a oídos de Margret los rumores que se habían extendido sobre Elise Gold: su marido la había abandonado, su hija le había dado la espalda, y la señora Gold se había dado unos años después el toque de gracia.

Preguntó en voz baja:

—¿Piensa a menudo en ella?

La señorita Hulda esperó un rato antes de contestar.

—Intento no hacerlo. Recordarla me duele. Pero tanto si quiero como si no, casi cada día pienso en ella. El reloj… era lo único que me gustaba llevar de mi madre. Siempre decía que el tictac le recordaba que el tiempo pasa y que hay que aprovechar la vida antes de que sea demasiado tarde. —La señorita Hulda rio con amargura—. Pero ella no se atuvo a eso, bebía como un cosaco y se atiborraba de pastillas. Destruyó cada poro de su cuerpo. —Se sonó—. Mi padre ya no aguantó más y se marchó. Un acto de cobardía, ¿no cree usted? Pero ¿quién no lo entendería, sin embargo? No se podía vivir con una persona como mi madre. Te absorbía toda la alegría. Cuántas veces he recorrido el camino de la escuela muy despacio para no llegar demasiado pronto a esa fría casa, donde ella estaba sentada en el sofá balbuceando y lloriqueando… Yo ponía mucho cuidado en no tocar ninguna línea de las baldosas de la acera para que el trayecto se convirtiera en un deporte, un juego cuya victoria consistía en llegar a casa cuando oscurecía. En casa las cortinas siempre estaban corridas; la luz era mortecina, como en una sala de enfermos. Y las dos estábamos enfermas, mi madre y yo. Cautivas en nosotras mismas, la una de la otra.

La señorita Hulda se interrumpió y hundió la nariz en el pañuelo.

Margret sintió pena por ella.

—¿Y su padre? ¿Dónde está ahora?

Hulda levantó indecisa los hombros.

—Vive en Charlottenburg con una nueva esposa. Una artista como él. Nos vemos pocas veces. Y ni siquiera sé por qué.

—Exacto —dijo la señora Wunderlich al recordar al imponente hombre de cabellera plateada—. Su padre es pintor. Y además famoso, ¿estoy en lo cierto?

Hulda asintió y volvió a sonarse.

—Por lo que yo sé, goza de gran aprecio en la Academia Real de las Artes. Al parecer frecuenta los teatrillos y los pequeños talleres del

barrio de Sheunen. Pero hace mucho que no sé de él. Nos hemos distanciado.

—Ay, hijita… —Margret observó a la joven con severidad—. Todo eso es muy triste. Pero forma parte del pasado. Tiene que mirar usted hacia delante.

—La mayoría de las veces lo consigo, pero hay momentos en que no puedo. Entonces tengo miedo de…

—¿De llegar a ser igual que su madre?

La señorita Hulda la miró con atención.

—¿Cómo…?

—Hijita, todos estamos unidos por unos hilos invisibles a nuestro pasado e intentamos con toda nuestra fuerza deshacernos de ellos. Pero tiran de nosotros una y otra vez, pues esos hilos, mi querida señorita, no se pueden cortar con tanta facilidad. Están en nosotros, como las venas por las que fluye la sangre.

—Desearía que fuera posible. —Hulda alzó la nariz y se levantó. De repente parecía tener una prisa enorme—. Muchas gracias por el desayuno, señora Wunderlich. Ahora tengo que ir a la clínica.

—¿Con esta pinta?

La joven pareció ofendida. Pero alguien tenía que decirle, pensó Margret Wunderlich, que iba hecha un cromo con la mancha de grasa en la solapa de la chaqueta y el rastro de las lágrimas en la blusa.

—Deme su chaqueta —dijo en un tono conciliador, tendiendo la mano de modo que Hulda no pudiera protestar—. En un abrir y cerrar de ojos le limpio la mancha de mantequilla. La blusa se secará por sí misma, fuera vuelve a hacer calor. Y usted, vuelva a peinarse. —Bajó la voz en un tono conspirador—. Entonces no tardará en encontrar a un joven amable, a quien no le importe ese cuento de la emancipación y se enamore de sus bonitos ojos como antes el señor Winter. ¡Eso está chupado, una chica tan simpática como usted! —Margret también se había levantado—. ¿Ya le gusta alguno?

Por el ligero rubor que se le extendió por las mejillas y la frente, Margret reconoció satisfecha que había dado en el blanco.

—¿Y bien? ¿Quién es el afortunado?

La joven hizo un gesto de rechazo y bajó la vista.

—Nadie. Estoy a gusto sola.

Margret resopló, pero sabía cuándo rendir armas. Llevó la chaqueta al fregadero y empezó a frotar laboriosamente la mancha con jabón duro.

«No hay suciedad ni secreto que se resista a Margret Wunderlich», dijo para sí, y agarró el cepillo.

14

Sábado, 3 de junio

HULDA MIRABA CURIOSA por la ventana el paisaje que pasaba de largo. En el momento en el que había dejado atrás Berlín, la vista aparecía dominada por prados, campos llenos de espigas doradas y, en medio, manchas rojas de amapolas y azules de nomeolvides. Aunque siempre aparecían pequeños polígonos industriales y unas altas chimeneas que saludaban detrás de las copas de los bosquecillos. La ciudad se dilataba como un liquen que extiende sus hilos por la tierra y la cubre paulatinamente con su costra.

Hulda había tomado en Tegel el tren con destino a Kremmen. Era mediodía, y a esa hora solo unos pocos viajeros se dirigían al norte de Berlín. Allí se encontraba la nueva zona industrial, a cuyas fábricas el tren transportaba cientos de trabajadores por las mañanas. Pero a esa hora Hulda encontró sin esfuerzo un asiento en uno de los bancos de madera.

Ni ella misma sabía cómo se le había ocurrido la idea de viajar ese día a Dalldorf. Todavía sufría en el cuerpo las consecuencias de la noche anterior, cuando llegó a la clínica de Neukölln después desayunar con la señora Wunderlich. Allí, sin embargo, la esperaba por desgracia otra árida conferencia. En aquella ocasión era un experto en el área del cuidado de heridas quien la pronunciaba ante las comadronas y estudiantes de enfermería que se apretujaban en los asientos. Hulda ya no sabía cuántos desgarros perineales había atendido y suturado, era un número enorme. Le gustaba esa tarea, y las mujeres siempre le habían asegurado que apenas les dolía cuando ella, valiéndose de cátgut y aguja, trataba con sumo cuidado la delicada piel, como si uniera las alas de una mariposa. ¿Dispondría el profesor de una experiencia igual de grande en esa área? Ella lo dudaba.

Hulda había llegado demasiado tarde a Neukölln, las puertas ya estaban cerradas. Cuando estaba a punto de empujar la manilla hacia abajo para entrar en la sala la asaltó de repente una sensación de absurdo. Ni siquiera la perspectiva de tomar otro trozo de pastel la animó lo suficiente como para ir a estrujarse entre las otras mujeres y escuchar fascinada durante una hora a un desconocido hablar sobre la vulva.

Así que se había girado sobre los talones y se había vuelto a la calle. Se había comprado en una pastelería un pringoso trozo de pastel, que se comió de pie. El desayuno con su patrona no había sido más que una gota en el océano. El dolor de cabeza retrocedió ante la dosis concentrada de azúcar y mantequilla, y Hulda pensó en qué hacer con las horas libres de que disponía.

Dalldorf había emergido como de la bruma. La curiosidad de Hulda hacia el lugar de trabajo de Rita Schönbrunn había ido en aumento en los días anteriores. Cada vez con mayor frecuencia se sorprendía imaginándose cómo sería la vida allí y dibujando una imagen de Rita, en realidad una desconocida para ella, en medio de las barracas, los cuidadores y los médicos.

Nunca había estado en un manicomio. Al pensarlo se estremeció en su banco de madera. ¡Qué palabra! Durante su formación como comadrona había tenido que asistir a algunas clases de Psiquiatría, ya que, tal como había expresado la comadrona jefe de la clínica de forma delicada, «A veces a una parturienta se le saltan los plomos». Los sutiles vínculos que unían cuerpo y mente ya la habían fascinado antes. ¿Debido a su madre, tal vez? Pero no era en absoluto una experta en esa materia.

«¿Qué había sucedido —se preguntaba Hulda mirando los prados en flor—, para que Rita, quien según la señora Koslowski era tan inteligente y tenía tanto talento, hubiese abandonado su apreciado trabajo?» ¿En realidad ya no se admitía su presencia porque llegaba borracha al trabajo con demasiada frecuencia? ¿O había algo más detrás de todo aquello?

Hulda notó de golpe la sensación de estar sobre la pista correcta. Un nerviosismo inhabitual le subió por el cuello y le cosquilleó el paladar. Pero ¿cómo demonios iba a entrar en el manicomio y averiguar algo ahí dentro?

«Dalldorf», anunció el hosco conductor, y el tren se detuvo con un chirrido de metal sobre metal.

Hulda se levantó de un salto, agarró el bolso en el último momento y se bajó. Apenas habían tocado sus pies el andén cuando el tren se puso en marcha y desapareció entre nubes de vapor, traqueteando rumbo al oeste.

Enseguida vio el amplio edificio de ladrillo amarillo en medio de una extensa área verde. Se apresuró a dejar la estación y se acercó al imponente establecimiento. El manicomio daba la impresión de ser una pequeña ciudad dentro de un espacioso parque. Tranquilo y silencioso como un lugar de vacaciones en el que uno podía serenarse. Pero Hulda sabía que las apariencias engañan. Con toda seguridad, la mayoría de los habitantes de Berlín conocían lo que pasaba allí sin haber estado nunca dentro, porque era sabido que en Dalldorf se

acogía a dos tipos de enfermos: los locos, que sufrían enfermedades de la psique, como la histeria y la psicosis, y los crónicos, que mentalmente habían quedado rezagados. Mientras que el primer grupo de residentes se sometían a un tratamiento médico, y su curación parecía al menos posible, el segundo vivía ahí de forma permanente, sin vistas a que su estado mejorase o a que se pudieran marchar. Eso no tenía nada que ver ni con las vacaciones ni con la recuperación, sospechó Hulda, y notó que un leve escalofrío le recorría el cuerpo.

Ahora que veía el establecimiento ante ella, no sabía cómo continuar. No había pensado en cómo entrar en él, y menos aún en qué hacer después.

Mientras reflexionaba e incluso barajaba la idea de limitarse a subir al próximo tren a Berlín, un grupo de mujeres jóvenes pasó por su lado mientras hablaban por los codos. Las tres debían de haber estado sentadas en otro compartimento del tren.

—¿Y es verdad que contratan a varias chicas? —preguntó una morena gordita.

—¡Ya te lo he dicho! —contestó su compañera, que llevaba el pelo rubio peinado como una corona—. Desde que está el Gran Berlín ya no saben qué hacer con todos esos locos. Sobre todo con los niños.

—Los pequeños son los que más pena me dan —señaló una tercera mujer de cabello rizado—. Espero que me destinen al centro de educación, a lo mejor allí todavía se puede conseguir algo.

Hulda aguzó los oídos. Entró con discreción tras la estela de las mujeres y se encontró de repente delante de un gran edificio rematado con un cartel en el que se leía: «Administración». Las tres jóvenes se detuvieron y se quedaron igual de perplejas que ella cuando la puerta se abrió de golpe, y una cuidadora de aspecto resoluto que vestía un delantal gris apareció en el umbral.

—¿Vienen por el empleo? —inquirió con el tono de voz de quien está acostumbrado a mandar.

La morena asintió.

—¿Estamos en el sitio correcto? —preguntó vacilante.

Hulda vio que el ceño de la cuidadora se fruncía todavía más. Todo el rostro se ensombreció como el cielo cuando amenaza tormenta.

—Eso ya lo veremos, señorita —respondió y se dio media vuelta sin pronunciar palabra.

Desapareció en el interior de la casa y, tras un breve intercambio de miradas, las tres resolvieron que lo mejor era seguirla.

También Hulda se decidió y se dejó llevar por la corriente. Se deslizó hacia el interior del edificio tras subir los dos escalones, justo antes de que la puerta se cerrara con un golpe seco.

Se encontró en un pasillo con diversas ventanas y puertas, en cuyo lateral había varias sillas. Tomó asiento sin pensar y sonrió a las otras

tres mujeres, que le devolvieron la sonrisa y también se sentaron. Como si hubiesen ensayado una coreografía, las tres se pasaron la mano por la falda para alisarla y luego colocaron los zapatos marrones uno junto a otro, en paralelo.

De repente, Hulda tuvo ganas de cruzar las piernas y balancear el pie, pero, obedeciendo a su instinto, imitó los movimientos de las otras mujeres para no llamar la atención. Después se inclinó hacia delante, como si ya estuviera al corriente:

—¿Han venido también para el puesto en el hogar de niños?

La rubia asintió.

—Todas estamos buscando un empleo, da igual dónde. No son tiempos fáciles, ¿verdad?

—Por desgracia, no —contestó Hulda con un suspiro—. Una debe ocuparse de sí misma. Sobre todo, las solteras como nosotras, ¿me equivoco?

—Oh —dijo la rubia, al tiempo que un suave rubor le cubría las mejillas y tendía la mano derecha con un fino anillo al dedo como prueba—. Yo estoy casada, pero mi marido… —El sofoco adquirió más intensidad y pasó también al cuello—. No gana, por desgracia, lo suficiente.

Hulda sintió pena, la mujer parecía terriblemente avergonzada. Pero al mismo tiempo pensaba que esa preciosidad era boba. ¿Acaso no era una ventaja que incluso en el matrimonio se valiese por sí misma?

—Una mujer autónoma —dijo, e hizo un gesto animoso a la chica rubia. Pero sorprendió la mirada que intercambiaban las otras dos. En ella había menosprecio.

Hulda suspiró para sus adentros. A veces le parecía que las mujeres eran culpables de su vasallaje, pues no consideraban la independencia económica como una oportunidad, sino como una humillación.

—¿Y ustedes dos? —Se volvió hacia las otras—. ¿Ustedes no están casadas?

—No —contestó la morena, cuyo vestido le quedaba demasiado ceñido en el pecho. Bajo las axilas ya se le habían formado unos círculos oscuros y húmedos—. Yo en realidad quería ser estenotipista, con medias de seda y un jefe simpático en un bonito despacho de la ciudad. Pero soy demasiado lenta con el dictado, una auténtica inútil. Y, a fin de cuentas, tengo que comer, ¿no? Así que, ¿por qué no cuidadora?

—Por supuesto —dijo Hulda, deseando poner pies en polvorosa. ¿Qué tenía ella en común con esas jóvenes? Percibió que la mujer que creía que valía la pena un puesto en el hogar de niños la observaba.

—Me gusta su peinado —dijo.

—Gracias. —Hulda sonrió un instante y, sin pensar, se llevó la mano a su corte bob.

—A mí también me gustaría cortarme el pelo —explicó al tiempo que se acariciaba con timidez los rizos rojizos—, pero a mi prometido no le gusta. Dice que la mujer alemana lleva el pelo largo. A lo mejor no se lo consulto y lo hago —añadió con una sonrisa traviesa.

A Hulda le gustó su rostro claro y alegre, con las pecas en la nariz.

—¿Qué hace su prometido? —preguntó, aunque no esperaba que fuera nada bueno.

—Está metido en política —respondió la pelirroja—. En ese nuevo partido. La verdad es que no sé muy bien lo que hace allí ni lo que quieren sus compañeros. Solo que siempre gritan y critican en las reuniones. A los traidores de izquierdas. Y a los judíos, claro.

Hulda notó una contracción nerviosa en la ceja. Pero nadie se dio cuenta.

La joven miraba compungida hacia delante y movía la cabeza sin parar.

—Desearía animarlo a que se buscase un oficio aceptable. Pero, por otra parte, al menos así está ocupado y no se mete con que yo quiera trabajar.

—¿Y es lo que usted desea?

—Sí, claro —contestó la joven, y miró resplandeciente a Hulda—. ¿Hay algo más bonito que el que te necesiten?

—Cierto —dijo Hulda. Entendía a la perfección a qué se refería. Y al mismo tiempo se sorprendió pensando en el huraño comisario. ¿Qué pensaría de las mujeres que ejercían una profesión?

«¡Cielos! ¡Que ideas más extrañas le venían a la cabeza! ¡Ya no era una adolescente que deshojaba una margarita con el “me quiere, no me quiere” y soñaba con que la llevaran al altar!»

Antes de que pudiera añadir algo más, una de las puertas del pasillo se abrió. La bestia de cejas espesas hizo un gesto con la mano.

—¿La primera?

—Yo —dijo la rubia con la corona de cabello trenzado que se sentaba más cerca de la puerta, y lanzó a las demás una mirada sonriente, cruzó los dedos detrás de la espalda y entró en la habitación con el dragón.

La puerta se cerró.

Hulda se quedó con la mirada fija en la pared que tenía enfrente. ¿De verdad quería entrar? Intuía que no iba a obtener ninguna información de la malcarada cuidadora. Seguramente habría conocido a Rita, pues parecía una piedra fundamental del establecimiento. ¿Cómo diantres conseguiría sonsacarle alguna información? Ni siquiera Sigfrido, el vencedor de bestias como dragones, y menos aún una comadrona que se había colado con un falso pretexto.

Mientras cavilaba, se acercó un grupo de hombres procedentes del otro extremo del pasillo. Uno de ellos llevaba un traje oscuro y

sostenía un brillante sombrero hongo de seda negra entre las manos. Se había peinado el cabello ralo hacia atrás, pegado al cráneo, y las gafas redondas le aumentaban el tamaño de los ojos. Los otros hombres también vestían con elegancia, aunque eran un poco más provincianos.

Hulda supuso que aquel hombre tenía cierta autoridad, y sus sospechas pronto se vieron confirmadas.

—Señor director, ¿nos enseñará más tarde las salas de los pacientes? —preguntó un hombre más joven, que tenía un bloc de notas en la mano al que miraba una y otra vez con tanta intensidad que parecía que lo fueran a examinar.

El grupo se había detenido a pocos metros de distancia.

—Por supuesto, doctor Schwarz —respondió el hombre con el sombrero y las gafas redondas—. Le pido solo un poco de paciencia. Primero les explicaré nuestro nuevo enfoque de la terapia contra el alcoholismo, un importante campo de investigación desde que he asumido la dirección del centro. Después presenciarán como oyentes la labor educativa de nuestros compañeros, a través de quienes hacemos saber a esos pobres diablos lo perjudicial que es el aguardiente para ellos y para sus descendientes.

Los oyentes asintieron aprobatorios.

—Después tendremos la oportunidad de visitar cada uno de los barracones, así como el centro de educación y el hogar de los epilépticos. Verán, señores míos, que esta institución busca una diversidad entre semejantes. Tenemos de todo tipo: idiotas y débiles mentales, psicóticos y neuróticos.

—¿Neuróticos? —preguntó el joven, que apuntó la palabra en el bloc mientras sacaba la punta de la lengua por la comisura de los labios.

—Sí. Una clientela especialmente… triste —dijo el director, y Hulda percibió desprecio en su voz—. Cobardes que debían servir en la Primera Guerra Mundial y que todavía piensan en vivir a costa del Estado porque se supone que padecen una neurosis de ansiedad traumática.

Cuando los oyentes rieron por lo bajo, a Hulda se le encogió el corazón. El director no parecía sentir empatía por aquellos a los que en teoría debía proteger.

De repente creyó oír, a través de una ventana abierta, unos gritos que resonaban por el recinto de la institución. Aunque a lo mejor eran los nervios, que le jugaban una mala pasada.

Un hombre situado en la segunda fila se dirigió al cabecilla.

—Según su opinión, ¿no tendría sentido mostrar a esos hipocondríacos el efecto dañino que ejerce esa conducta sobre sus posibles descendientes al igual que hace aquí con los alcohólicos?

El director sonrió con satisfacción.

—Sabe, este problema se resuelve en gran parte por sí mismo. La mayoría de esos sujetos no suelen estar en condiciones de consumar el acto sexual. Están demasiado ocupados en pedir la siguiente dosis de morfina. Muchos son impotentes. Y los que no lo son… Bien, a día de hoy tengo interesantes conversaciones con compañeros de profesión sobre las posibilidades de practicar una esterilización. De todos modos, las cosas de palacio van despacio, y esa ridícula moda de la medicina reformista se ha ido extendiendo mientras tanto. Puede que la democracia suene bien, pero ¿a dónde llegaríamos si los perturbados mentales disfrutaran de los mismos derechos que nosotros, las personas sanas?

Los oyentes susurraron aprobatorios, y la inquietud de Hulda fue en aumento. ¿Qué espíritu era el que imperaba ahí, en Dalldorf? ¿Dónde estaba la adhesión hacia aquellas pobres criaturas, los enfermos? Se removió en la silla mientras las otras dos mujeres, impertérritas, permanecían quietas y sin atender, en principio, a la conversación.

«Rita Schönbrunn había trabajado en esa atmósfera inhóspita», pensó Hulda al tiempo que se preguntaba si esa desconocida en la cual tanto pensaba también habría sufrido ese ambiente de menosprecio hacia la dignidad humana. ¿Se habría rebelado en su contra, tal vez, porque entendía el trabajo de cuidadora de otro modo que la dirección de la clínica? ¿Se habría producido algún enfrentamiento? ¿Había alguien que quisiera despedir a Rita del establecimiento o que deseara su muerte?

Pero Hulda era consciente de que no llegaría lejos con ese tipo de suposiciones.

El grupo que rodeaba al director se había puesto de nuevo en movimiento bajo su guía, y todos ellos pasaron por delante de la hilera de sillas para salir al parque a través de la puerta delantera. ¿Continuaría ahora la visita oficial del terreno? A Hulda le habría encantado unirse a ellos, pero habría llamado demasiado la atención.

De repente, la puerta que estaba a su lado se abrió, y la muchacha rubia se precipitó hacia fuera con restos de lágrimas en sus pálidas pecas. La bestia parda salió al pasillo y señaló con el gordo dedo índice a la comadrona.

—Ahora usted —dijo.

Hulda se levantó de un salto. Acarició compasiva a la otra mujer en el brazo cuando pasó por su lado. La rubia gimió y corrió por el pasillo hacia la salida.

Hulda inspiró hondo y entró en la cueva del dragón. Desearía tener a su lado a un caballero, una lanza o una espada.

—Siéntese —gruñó la cuidadora mientras señalaba una silla de aspecto incómodo.

—Gracias, prefiero estar de pie —respondió Hulda.

La mirada que brotaba desde los ojos de la anciana la alcanzó como una cuchillada, pero se puso firme, respiró con tranquilidad y dejó pasar la sombra de la tormenta por ese desagradable rostro.

De hecho, la cuidadora pareció aceptar que tenía una interlocutora impasible, pues encogió los redondos hombros y prosiguió:

—¿Nombre?

—Hulda… Schmidt.

—¿Domicilio?

—Berlín Schöneberg. Winterfeldtstraße.

—¿Formación?

—Soy enfermera especializada.

Hulda se sorprendió de la facilidad con la que las mentiras brotaban de su boca. Los datos apenas se distanciaban de la verdad, pero, por lo visto, el deseo de saber algo sobre Rita Schönbrunn le daba alas. Cada vez sentía más simpatía por aquella desconocida. Qué difícil debía de haber sido su trabajo allí, con esas personas que hacía tiempo carecían de humanidad, que gestionaban más que cuidaban el estrato más bajo de la sociedad, a los olvidados, a los despreciados, a los locos, para los que no había un lugar habitable en Berlín salvo el manicomio.

Sintió sobre ella la mirada desconfiada de la cuidadora.

—Me formaron en la escuela de enfermería Viktoriahaus —añadió. Aunque no era cierto, quedaba bien. Las enfermeras de esa institución, las hermanas Viktoria, disfrutaban de una excelente reputación en Berlín; no se las consideraba nada remilgadas, sino serviciales y pragmáticas—. Me desenvuelvo bien en el cuidado de niños, en especial en el trabajo con familias pobres. —Eso sí era verdad, aunque por otras razones.

Por primera vez, Hulda creyó ver en los ojos de la mujer una chispa de reconocimiento. Sin embargo, sus palabras fueron tan desagradables como la vez anterior.

—A nosotros nos da igual dónde haya estudiado usted. Aquí, en el cuidado de los locos, los relojes marcan otra hora que esa a la que usted está acostumbrada. No son enfermos en el sentido convencional, tenemos que verlos como animales que han de ser domados. Usted, señorita Schmidt, parece lo suficiente fuerte, eso debo admitirlo. No como esa frágil criatura que estuvo aquí antes que usted. Esa se rompe con la primera ráfaga de viento. Algo así no nos hace falta aquí.

La cuidadora se acercó a Hulda y, antes de que se diese cuenta, le agarró las manos y los brazos, como si comprobara su musculatura. Hulda creyó entender que farfullaba un beneplácito.

—Bastará para el barracón de las chicas.

Hulda sonrió. Pensó cómo desviar la conversación hacia Rita.

—¿Las cuidadoras trabajan siempre en el mismo sitio o se es

responsable de distintos pabellones? —preguntó con torpeza.

—Depende —respondió vagamente la cuidadora. Apuntó algo en un pliego de papel de cartas que había sobre la mesa de madera—. ¿Por qué?

—Ah, es solo por curiosidad. Sabe, tengo una conocida que antes trabajaba aquí. —Hulda tomó aire. «Valor y al toro», pensó—. A lo mejor la conoce. ¿Rita Schönbrunn?

El dragón se dio media vuelta. Los ojos perforaron a Hulda.

—Me han dicho que la señora Schönbrunn está muerta…

Hulda se puso colorada.

—Ah… ¿En serio? —balbuceó, y ella misma notó lo inverosímil que sonaba esa respuesta.

—Lo sabe usted perfectamente —dijo la cuidadora y se plantó bien cerca de Hulda—. Basta de teatro. El director ya nos ha advertido de que vendrían a husmear a Dalldorf. ¿Es usted una husmeadora, señorita?

—No. —Hulda levantó las manos en un gesto de negación—. De verdad que no sé de qué me está usted hablando. Es cierto que me interesa lo sucedido con Rita… es una vieja conocida, tal como le he contado. Pero mi interés es solo de naturaleza privada.

—Eso cuénteselo a su abuela. En cualquier caso, no seré yo quien le informe. Ni nadie de aquí. Y ahora, márchese antes de que llame a vigilancia. —Observó a Hulda por última vez—. Lástima —dijo, y en efecto se percibía cierto pesar en su voz—. Por fin alguien que parece apta para el trabajo. Cada día se nos amontonan más locos aquí, y cada día sabemos menos sobre cómo ocuparnos de todos. Ya no tenemos camas, los enfermos crónicos duermen en el suelo. El mundo cada día está más loco.

Los mofletes le temblaban afligidos. Inmersa en la lamentación, parecía haberse olvidado de que la husmeadora sobre la que había descargado su indignación todavía seguía ahí. Pero entonces se percató de nuevo de su presencia.

—¿Qué hace todavía ahí? —preguntó encolerizada—. ¿Es que tengo que sacarla yo de aquí?

—No, no, no es necesario —respondió Hulda haciendo una reverencia. Las rodillas le temblaban un poco, pero esperaba que esa bestia parda no se diera cuenta.

Sin volver la vista atrás, salió precipitadamente al pasillo. Las dos jóvenes la miraron con el rostro pálido. Era evidente que habían comprendido que ahí dentro no iban a pasar un buen rato.

—¿Y? —preguntó en voz baja la morena.

—Que tengas mucha suerte —dijo Hulda, y ella misma notó lo sarcástica que había sonado la respuesta.

Salió del edificio de administración y por un momento temió que

alguien la siguiera. Pero no fue así. Por lo visto, la cuidadora suponía que nadie se iba a atrever a desobedecer sus indicaciones.

Las ideas se le agolpaban en la cabeza. En Dalldorf había alguien que esperaba que se realizasen investigaciones sobre la muerte de Rita. Hasta ahora no se había presentado nadie. ¿Era eso extraño? ¿Qué estaba haciendo el comisario North? ¿Y qué escondía la gente de ese lugar?

Notó que la brisa le rozaba las mejillas, y de nuevo creyó oír unos gritos.

Aunque sabía que iba a meterse en un lío si la descubrían husmeando de nuevo, venció su curiosidad. Con pasos sosegados, pero firmes, avanzó por el prado como si se dirigiera a una meta determinada.

Dejó atrás el edificio y siguió hacia el norte. Allí se levantaban varios pabellones de ladrillo amarillo de una o más plantas, adornados con torrecillas. Detrás, en los campos colindantes, parecía haber talleres. Hulda oyó el chirrido de una sierra. En algunos bancos del jardín estaban sentados residentes del establecimiento, muchos de ellos con la mirada fija y posturas artificiosas, siempre acompañados de un vigilante o una cuidadora que no apartaba la vista de ellos. También se hallaban niños con el cráneo deformado o extraños ojos rasgados, que miraban hacia delante sin expresión alguna en el rostro. Por lo visto, algunos recibían la visita de familiares, personas envaradas, vestidas de domingo, que estaban a su alrededor, y en cuyas caras había una mezcla de tristeza y rechazo.

A Hulda se le encogió el corazón. Tanta vergüenza y pena en un mismo lugar.

Prosiguió su camino y aceleró el paso. Los gritos habían enmudecido, pero creía que procedían de un barracón situado en el extremo más alejado del recinto. ¿Es que nadie oía nada?

Miró a su alrededor y creyó que nadie la observaba. Se agazapó con agilidad detrás de un arbusto de lilas y se deslizó hacia la pared posterior del barracón. En lo alto, como si la estuviera esperando, había una ventana abierta. Los gritos empezaron de nuevo, como si cumplieran una orden, procedentes de varias gargantas, desesperados y estridentes.

Hulda buscó con los pies un orificio entre los ladrillos y se valió de ellos para meter las puntas de los zapatos. Empleó toda la fuerza de los brazos para auparse hasta el alféizar, se apoyó en él y miró a través de la ventana.

Al menos diez niños, algunas criaturas de unos tres o cuatro años, y otros ya casi adolescentes, estaban sentados en una pequeña habitación. En los laterales se alineaban las camas, y en el centro había un estrecho pasillo por el que los chiquillos se arrastraban,

jugaban con piedrecitas o palitos, o simplemente permanecían allí sentados, con las piernas estiradas y la mirada fija al frente. Por lo visto algunos se habían peleado, ya que los dos vigilantes, unos tipos cuadrados, con un aspecto más similar al de un gorila que al de un cuidador, los tenían agarrados por el cuello y golpeaban como posesos sus enflaquecidos cuerpos con unas varas. Los niños gritaban y lloraban, y trataban de evitar los golpes, pero entonces los vigilantes dirigían la paliza a las caras. A un niño ya se le había reventado el labio, la sangre le goteaba sobre la bata gris. El otro se tapaba los oídos en un gesto desesperado, como si ensordeciéndose pudiera escapar al dolor y los golpes.

—Maldito granuja —gritaba uno de los vigilantes mientras hacía silbar el palo una última vez, lleno de rabia, sobre la cabeza del chico. Luego lo dejó caer como si fuera un saco de patatas.

El otro lo imitó, y los dos muchachos se arrastraron lejos de sus torturadores tan deprisa como pudieron.

El primer vigilante escupió y alcanzó en la frente, entre el cabello rubio revuelto, a un niño pequeño que se encontraba solo, sentado a sus pies, cubierto con un pañal.

—Pandilla de guarros —dijo—. Retrasados mentales y agresivos como babuinos. Y día tras día, y año tras año, les damos de comer. ¿Para qué? ¡Vuestra vida no vale nada!

Hulda emitió un gemido, se llevó la mano a la boca asustada y al hacerlo resbaló. Saltó del muro a toda prisa y cayó con brusquedad sobre el césped, detrás del barracón.

—Sal a ver qué pasa ahí fuera. —Oyó que le decía un vigilante al otro.

El corazón empezó a palpitarle más deprisa, estaba mareada, las copas de los árboles se balanceaban ante sus ojos. Pero se puso en pie, dio la vuelta al barracón, consiguió encontrar el camino de vuelta y corrió cuanto pudo hacia el edificio de Administración.

El sol iluminaba el supuesto idilio de césped, ladrillo y arriates. Pero Hulda no veía nada de eso cuando dejó el recinto a toda prisa y corrió de vuelta a la estación. Solo era capaz de recordar los ojos almendrados del niño pequeño con el pañal, la carita plana y los característicos labios gruesos. Vio que se le llenaban los ojos de lágrimas cuando lo alcanzó el escupitajo del vigilante. Y de ella surgió un sollozo que no tenía nada que ver con Rita Schönbrunn y su búsqueda de la verdad, sino con que vivía en un mundo en que los niños enfermos carecían de valor, y que un asilo para neurópatas se convertía en un lugar de desesperación.

15

Lunes de Pentecostés, 5 de junio

KARL SINTIÓ QUE lo invadía el malestar a medida que se acercaba al barrio de Bülow. Anochecía. La sosegada actividad del día festivo se iba aplacando, absorbida con suavidad como el agua por la arena, y dejaba sitio al segundo rostro de las calles por la noche. Los hombres, que durante el día habían hecho alegres incursiones a las tabernas, volvían a casa con sus familias, los niños de la calle se acurrucaban en los rincones y examinaban los botines que habían obtenido durante el día. Los noctámbulos se levantaban, como el humo que se alzaba en las farolas. Mujeres de costumbres ligeras, proxenetas y dudosos artistas de cabaret deambulaban ahora por las calles. Al igual que las sombras borrosas de las tristemente célebres *Ringvereine*, bandas de criminales camufladas que hacían de Berlín una ciudad insegura. La mayoría se habían fundado en el siglo anterior con el fin de atender a los delincuentes puestos en libertad. Sin embargo, los reclusos, en teoría regenerados, se habían limitado a seguir haciendo lo mismo que antes de su encarcelamiento: gestionaban una espesa red de salas de juegos, el tráfico de drogas y la extorsión a cambio de protección. Como bien sabía Karl, la policía les daba plena libertad. A cambio, eran unos valiosos informadores y siempre ofrecían unas observaciones determinantes durante la persecución de criminales que actuaban en solitario y habían cometido crímenes capitales. A la policía no le disgustaba que los bajos fondos berlineses estuvieran tan bien organizados, mejor dejarlo como estaba. En el gran baile de máscaras de las *Ringvereine* bailaban criminales, actores famosos y juristas junto con los más ladinos delincuentes de la ciudad.

A Karl le desagradaba que los compañeros de profesión cerraran con frecuencia los ojos para no toparse con problemas, pero le resultaba imposible hacer algo en contra actuando en solitario. Establecer un buen contacto con los reyes de la delincuencia era demasiado importante cuando se quería resolver un caso, así de simple.

De todos modos, reflexionó al pasarse malhumorado la mano por el cabello, no quería seguir investigando aquel suceso. Lo más sencillo sería que las cubiertas de los archivadores se cerraran sobre la muerte de esa mujer como las aguas del canal sobre su cuerpo. Eso, por una parte. Pero por otra, Karl quería saber qué había ocurrido con ella.

Hasta él mismo estaba sorprendido. ¿Qué le debía él a aquella desconocida? Su asistente, Paul Fabricius, era demasiado listo, insistía en interrogar a todo el entorno y estudiar cualquier indicio, por muy pequeño que fuese. Karl lo entendía. Resolver un interesante asesinato constituiría un golpe maestro en su hoja de servicios. Por el contrario, el aburrido suicidio de una desconocida suponía una pérdida de tiempo y una pequeña batalla con el papeleo. Fabricius tenía como objetivo una gran carrera en la Policía Criminal, y rebuscaba y hurgaba sin cesar, forzando a Karl a proseguir de mala gana con la investigación en torno a la muerte de Rita Schönbrunn.

Era indignante que su propio asistente lo llevase por la oreja y lo acorralara en un rincón. ¿No debería ser él quien impartiese las órdenes a Fabricius? Pero Bala Inquieta era a veces como una anguila: se abría paso por todas partes y llegaba con sorprendente facilidad a información en principio insignificante, mientras que él, el comisario, notaba que poco a poco se quedaba sin aire. Poco importaban los niveles a los que ascendiera en su carrera, siempre se sentiría como el pobre huérfano que en su día había sido, mientras que su asistente actuaba con gran seguridad, como si el mundo entero le perteneciese.

«¡Qué fantástico sería tener tal confianza en ti mismo que te hiciera invulnerable!», pensó Karl.

Tras interrogar a la vecina, Karl había hablado brevemente con el vejestorio, la portera Koslowski, pero enseguida se dio cuenta de que las respuestas de aquella borrachina no valían ni un céntimo. La llorosa señora Schmidt, cuyos exuberantes pechos se entreveían por la blusa, tampoco había aportado gran cosa, aunque por desgracia había insistido una y otra vez en que Rita Schönbrunn no era una suicida cansada de vivir. Esa mañana había vuelto a hacerlo constar en acta, cuando Fabricius la había convocado en la jefatura pese a que era lunes de Pentecostés. Habían vuelto a interrogar juntos a la joven madre. Karl, sin embargo, se había sorprendido varias veces a sí mismo ignorando el rostro de Lieselotte Schmidt y recordando el de la comadrona, que tres días antes había soltado esa impertinencia con respecto a su trabajo. Qué lengua más afilada tenía. Y qué ojos, como para perderse en ellos, con un pequeño estrabismo que resultaba inolvidable. Pero ni siquiera sabía su nombre.

Karl suspiró. Habría preferido que ese cadáver nunca hubiese emergido de las aguas del canal. ¿Acaso no habría podido seguir alejándose de la ciudad por ese turbio fluido sin que nadie se diera cuenta? ¿O haber quedado atorado en el cieno de la orilla para ir pudriéndose allí poco a poco, rodeado de barro y plantas? Pero no, en lugar de eso, tenía que seguir cargando con él.

LA NOCHE PASADA había vuelto a coger los apuntes de la fallecida, se los había guardado y se había propuesto leerlos cuando la bebida le hubiese ayudado a reunir el valor necesario. Volvió a sacarlos en su lugar acostumbrado, en la sombría taberna de la Prager Platz. El cuaderno estaba manoseado, como un objeto querido e importante.

El camarero se acercó a la mesa y vio el cuadernito.

—Qué, señor comisario, ¿ahora te interesas por los escritores? —preguntó con un fuerte acento berlinés.

—¡Qué va, Egon! —exclamó Karl, que colocó el diario al borde de la mesa, sobre un pequeño charco de ginebra—. Tan solo investigo un poco.

Egon afinó los oídos y se pasó con avidez los cortos dedos por el escaso cabello que había peinado con minuciosidad sobre la calva. Los ojos negros y redondos le brillaban.

—¿Un crimen? ¿En esa libretilla?

—Ya sabes que no puedo hablar —respondió Karl con gesto pesaroso—. Investigación en marcha.

Egon asintió solícito, pero su rostro reflejaba decepción.

—Claro, por supuesto —contestó—. Pues nada, sigue buscando indicios. Se dice así, ¿no?

—Justo así —dijo Karl sonriendo con amabilidad—. Cómo dominas, Egon.

El camarero enrojeció de alegría. Después señaló con el pulgar la barra, donde dormía un cliente con la cabeza apoyada en el mostrador.

—Si necesitas algo, me lo dices.

—¿Unos cigarrillos, quizá?

—Ahora mismo voy.

Egon hizo chasquear los tirantes sobre la barriga, regresó a su sitio para buscar el habitual paquete de Junos, y Karl agarró de nuevo el diario. Lo abrió con cuidado y empezó a leer la primera entrada. Al instante se quedó desconcertado. ¿Rita había trabajado en el manicomio de Dalldorf? No se ajustaba a la imagen que tenía de ella, el de una furcia acanallada. Intentó imaginársela con el uniforme de enfermera junto al lecho de los pacientes, y cuanto mejor se dibujaba la imagen, peor se sentía él. Desde que había visto la fecha de la hoja de papel caída, se había formado una idea de ella que le hacía más fácil odiarla. Pero las frases bien formuladas del cuaderno convertían ese prejuicio en un esperpento. De las pocas palabras escritas emergía orgullo, una voluntad inquebrantable de resistir, de cumplir una obligación.

¿Cómo encajaba eso con el conjunto de información que había reunido sobre ella?

—Perdón, caballero.

Karl se estremeció cuando Egon le tendió el tabaco. No había oído llegar al camarero.

—Gracias —dijo al sujetar los cigarrillos. Con manos temblorosas intentó encender un pitillo, pero del encendedor solo salieron unas pobres chispas.

—Un momento, ya me encargo yo. —Egon le acercó la llama de una cerilla y Karl dio agradecido una calada al cigarrillo. Advirtió que el camarero miraba de reojo la página, como si se asombrase de la conducta de su cliente habitual. Karl colocó con discreción la mano sobre la página escrita, no quería que Egon leyese el contenido.

El camarero carraspeó y volvió a la barra, donde ya había despertado al quejoso dormilón.

Ya había terminado el cigarrillo y contemplado el humo azulado que ascendía hacia el techo de madera manchado de hollín de la taberna. Se propuso averiguar algo más sobre aquel manicomio en donde Rita Schönbrunn había sido tan feliz. Al pensar en iniciar una investigación por su propia cuenta, un escalofrío le recorrió la espalda. Al mismo tiempo, se preguntaba con desdén, ¿qué era lo que le infundía tanto miedo? ¿Una enfermera muerta?

KARL RESOPLÓ Y echó un vistazo a la calle al anochecer. Había dedicado demasiado tiempo a pensar y ahora había llegado el momento de salir en busca de testigos. Aunque habría preferido irse a casa, meterse en la cama y cubrirse con la manta hasta que el maldito caso se disolviera en el aire. Tenía que cerrar los ojos, porque la cólera se volvía a cernir sobre él, tan intensa y penetrante que le habría gustado hacer daño a alguien. Casi como acudiendo a su llamada asomó con un gruñido receloso un perro callejero que parecía esperarlo delante de la taberna de Egon. Karl levantó el pie y le dio una patada al flaco animal. Al hacerlo perdió el equilibrio y se cayó de culo en medio de la calle.

—Te está bien empleado —chilló una prostituta desde el otro lado de la calle—. ¡El pobre no te había hecho nada!

Su amiga soltó una estridente carcajada.

—¡Válgame Dios, menudo culetazo!

Karl lanzó un improperio y se frotó la rabadilla. Le hacía un daño tremendo… Rodó hacia un lado, lanzó un gemido al aire y se levantó. Se sacudió las perneras del pantalón. «Joder. Pero ¿qué día de mierda era ese?»

Las mujeres cruzaron la calle y se acercaron a él. Una, algo mayor, le sacudió compasiva el polvo de la chaqueta.

—Qué, cariño, ¿hoy no es tu día? —dijo la otra, bajita y regordeta.

—Pero eso lo cambiamos nosotras en un periquete —apuntó la

mayor con un gesto seductor en los labios. Estaba flaca y pálida—. Te haremos un precio especial, solo dos millones y un pitillo. ¿No tendrás esposas por casualidad?

La regordeta bajita se echó a reír de nuevo.

—Pero bueno, Magda —gritó—, el señor comisario no oirá ni verá nada cuando las dos lo hayamos puesto al día.

Karl movió la cabeza con energía.

—Señoras mías, no caerá esa breva. —«Cómo diantres sabían las dos quién era él», se preguntó malhumorado. Tampoco lo llevaba escrito en la frente. Luego se miró la ropa. Seguramente solo un aburrido policía de la Criminal podía llevar en un sitio como ese una indumentaria tan neutra: corbata de funcionario y pantalón con raya. Un chubasquero gris con capucha le colgaba todavía del brazo porque por la mañana habían anunciado lluvia.

—Nos encuentra feas, Marie —dijo la mujer que se llamaba Magda, e hizo una mueca de fingida decepción—. A lo mejor le gustan más los monstruos tullidos de la Oranienburger Straße, con patas de palo o cicatrices de quemaduras. ¿O te lo montas con las putas preñadas del barrio de Scheunen?

Karl no le prestaba del todo atención, observaba pensativo el rostro de la prostituta de más edad. Vio que tenía un ojo completamente morado. Marie, su amiga —o más bien compañera de profesión, pensó —, parecía más fresca, robusta y con el pelo rizado. Una mujer atractiva de verdad. Pero ninguna de las dos le interesaba lo más mínimo. Volvió a pensar en cambio en la melena corta y los ojos azul grisáceo que contrastaban de esa forma tan peculiar.

Luego recordó la razón por la que en realidad estaba allí.

—Las dos sois preciosas. —Karl mostró la sonrisa que reservaba para esos casos. Solía producir el efecto deseado—. ¿Puedo invitaros a una copa? —preguntó, ya que el alcohol y los cigarrillos eran las monedas con las que obtener alguna información de la gente humilde. Los peces gordos esperaban más que eso.

—Vaya, ¿con que el caballero invita? —Marie soltó una risita y lo agarró del brazo.

Karl olió el perfume barato y dulzón. Magda se acercó algo más rígida; parecía cojear, pero se esforzaba por esconderlo. Las mujeres lo llevaron a una taberna cercana que todavía no estaba demasiado llena a aquellas horas tempranas de la noche. En la barra conocían su cara, y el camarero lo saludó con una leve inclinación de cabeza. Luego se volvió a girar y siguió lavando los vasos, aunque mirándolo de reojo, o eso le pareció a Karl. A nadie le gustaba tener en casa a un agente de la Policía Criminal.

Karl sabía que algunos de sus compañeros, cuando visitaban los barrios de ocio de Berlín, cobraban una cuota de protección en los

negocios y a cambio cerraban los ojos. Pero él nunca pedía dinero, solo se esforzaba en hacer su trabajo sin alborotar el avispero y volviéndose a marchar después.

Miró a su alrededor. En la pared colgaba una edición extra con los titulares «Atentado de ácido cianhídrido contra Scheidemann». Karl apartó la vista. Había leído el periódico ese mediodía en Aschinger y se había enterado de que el día anterior, el domingo de Pentecostés, un desconocido había arrojado ácido al rostro de Philipp Scheidemann, el anterior jefe de Gobierno. El hombre paseaba con su familia por Kaßel, donde trabajaba como alcalde. El socialdemócrata había sobrevivido con mucha suerte. Todavía no habían detenido a los autores del delito, pero Karl estaba seguro de que eran los de la derecha, con toda probabilidad los mismos que habían matado el verano anterior a Matthias Erzberger, quien había firmado en 1918 el alto el fuego. Miembros asesinos de la Organización Consul que reprochaban a la joven República haber asestado una puñalada por la espalda al honor alemán. Karl tenía ganas de escupir. Pero no estaba allí para reflexionar sobre política.

—¿Qué queréis beber? —preguntó a las dos mujeres después de que se hubieran sentado a una mesa en un rincón.

—Champán —respondieron al unísono Marie y Magda, y se echaron de nuevo a reír a voz en grito.

Karl les siguió la broma y sonrió. Todos sabían que ahí no se servía champán.

—Tres copas de vino tinto, por favor. —Karl se dirigió al mostrador a voz en grito.

El camarero enseguida les sirvió las bebidas, y Karl observó el aguachirle rojizo en los vasos sucios: esa bebida estaba tan alejada del champán como la Tierra de Júpiter. Pero eso a las mujeres no pareció molestarlas, bebían el vino a un ritmo vertiginoso. A una señal de North, el camarero volvió y dejó en esa ocasión la botella descorchada sobre la mesa. Karl le dio un par de billetes y él se marchó satisfecho.

Sirvió a las dos prostitutas y depositó un Junos sobre la mesa. Las mujeres se precipitaron sobre la cajetilla y él les encendió los pitillos que aguantaban entre los labios pintados. La mayor dio una profunda calada, la regordeta bajita, por el contrario, fumaba como una principiante. También Karl se permitió un cigarrillo.

Cuando el segundo vaso ya se había vaciado, decidió que había llegado el momento de empezar el interrogatorio.

—¿Así que te llamas Marie? —preguntó a la gordita, que estaba a su derecha.

—Para ti también me llamo Esmeralda —respondió, mirándolo con los ojos vidriosos.

—No es necesario. —Sonrió—. ¿Y tú eres Magda?

La otra mujer asintió en silencio y bajó de nuevo la boca pegajosa al vaso. En ese momento, Karl se dio cuenta de que llevaba media luna negra bajo las uñas. Se estremeció, pero se recompuso.

—¿Siempre trabajáis aquí?

—Cada noche, cielo —contestó Marie—. ¿Quieres ver nuestras licencias?

Karl hizo un gesto negativo. Dudaba, no obstante, de que las tuvieran, y estaba convencido de que Marie solo se estaba marcando un farol, pero no le interesaba saber si había dos prostitutas más o menos deambulando por Bülowbogen. Que se ocuparan los de la brigada de Costumbres si las chicas estaban o no registradas.

—Solo necesito un par de informaciones. —Se inclinó hacia delante —. ¿Conocíais a Rita Schönbrunn?

—¿Por qué? —Magda todavía empalideció más, Karl se dio cuenta a pesar de que estaban sentados en un rincón poco iluminado.

—Porque ha muerto, atontada —dijo Marie, ganándose un golpe en el costado por parte de su compañera.

Karl escuchó con atención.

—¿Así que sabéis quién era?

—Claro —contestó en voz baja Magda—. Todos aquí conocíamos a Rita la Rápida.

—¿Rápida?

Magda lo miró desdeñosa. Cuando por fin lo entendió, notó, indignado, que se ruborizaba. Las monjas le habían dado una educación sumamente religiosa. Nunca lo tocaban sino era para pegarle. No se hacían mimos en el orfanato, y al llegar a la adolescencia, Karl sentía a veces como si la piel se le desprendiera del cuerpo, como si se le soltase del todo y ya no existiera, porque nadie la tocaba. El cuerpo, así lo había aprendido de pequeño, no debía tener necesidades, los sentimientos debían negarse a cualquier precio. A estas alturas había podido alejarse un poco de aquella idea. Había tenido también alguna que otra experiencia con mujeres, cuyo cuerpo había aprendido a conocer, y había disfrutado de la sensualidad de esos encuentros de forma plena. Pero a pesar de todo, nunca se había quitado de encima el miedo a que aquello fuera un pecado, y que el deseo fuera condenado. Por eso siempre se sentía incómodo en lugares como ese, en donde reinaba el vicio y el pecado, y él se sentía conservador, torpe e indigno, como si todavía fuera el niño pálido del orfanato al que nadie quería acoger.

Karl carraspeó. Vio que las dos mujeres intercambiaban una mirada y de repente pensó que debería haber dicho a Fabricius que lo acompañara. Su asistente era más experto que él en el trato con el sexo opuesto y se ganaba a todas las mujeres, ya fueran jóvenes o maduras. No con belleza, pero sí con encanto.

Sin embargo, no quedaba más remedio, ese día tenía que apañárselas sin la ayuda del compañero más joven. A lo mejor esa era la oportunidad para poner a prueba la forma de comportarse con otras personas estando solo.

—¿Cuándo visteis a Rita por última vez?

Fue Marie quien respondió.

—Hace bastante tiempo. Dos semanas seguro.

—¿Trabajáis para alguien o por vuestra cuenta?

Ambas mujeres volvieron a intercambiar una mirada. A Karl le pareció que Marie pedía en silencio permiso a la anciana. Luego, cuando Magda bajó casi de forma imperceptible los párpados, dijo:

—Todas las chicas de Bülowknick trabajan para Pedro.

Algo en Karl se encendió cuando oyó ese nombre, pero se hizo el tonto.

—¿Pedro? ¿Tiene también apellido?

—Es posible, pero yo no lo conozco.

—¿Dónde se le puede encontrar?

Las mujeres volvieron a mirarse.

—Unas veces está aquí, otras allá —respondió Magda en esa ocasión —. Pero no suele hablar con desconocidos, para eso has de tener suerte.

—Lo puedo citar en cualquier momento, no necesito tener suerte.

Magda y Marie se dieron un codazo y se echaron a reír.

—Un poco verde sí que estás, ¿eh? —se burló Magda—. Pedro habla con algunos polis de la brigada de Costumbres, pero no con uno cualquiera de la Criminal.

«Eso habría que verlo», pensó Karl furioso. Pero percibió que por ese camino no avanzaría. Las mujeres dependían de ese tal Pedro y no dirían nada que pudiera enfurecerlo. Inspiró hondo. Ahora llegaban las preguntas que más temía. Pero tenía que plantearlas para que el expediente estuviera completo.

—¿Cómo era? ¿Cómo era Rita?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué tipo de persona era? ¿Por qué hacía la calle?

—Estaba acabada —respondió Marie—. Era una novata, no una auténtica puta. No estaba registrada, te lo juro. Demasiado vieja para este tipo de vida. Cuando yo sea tan vieja espero vivir en una casita bonita con un caniche y un esposo rico. —Soltó una risita, pero Karl distinguió en sus ojos la certeza de que eso nunca pasaría. No había quien saliera de la Bülowstraße.

—¿Estaba acabada? ¿Por qué?

—Cualquiera podía ver que estaba en las últimas. Había en ella algo oscuro, como si estuviera rota.

Magda miró a Marie.

—¿Qué rollo estás soltando? Rita no era más que una pringada, como todas nosotras.

—No es cierto —replicó Marie y puso morritos—. Estaba hecha polvo, no confiaba en nadie. Bebía un montón. Y sus ojos, bueno, estaban como muertos.

Karl sintió asco. En realidad, no quería saber nada de todo eso, de repente la muerta se le antojaba peligrosamente cercana. Pero al mismo tiempo no podía contener su curiosidad y siguió preguntando —. ¿Sabéis por qué estaba tan… hecha polvo?

—Eso ella no nos lo contó —explicó Magda.

—Yo solo sé que antes había sido enfermera —prosiguió Marie—, y además muy buena. Y que había perdido a su familia.

Karl levantó la vista, sorprendido.

—¿Tenía familia?

—Sí, un marido y una hija, por lo que yo sé. Los dos la palmaron por la gripe española. ¡Zaca! —Para enfatizarlo, Marie levantó la mano y golpeó la superficie de la mesa. Los vasos de vino tintinearon.

Karl se dio cuenta de que Magda la miraba con desdén. Parecía ser la más reflexiva de las dos, desconfiaba más de un agente de la Policía, mientras que Marie era la charlatana.

—¿Y tú no sabes nada? —dijo volviéndose hacia Magda.

—¿Qué voy a saber yo?

—Por qué razón ha muerto Rita.

—Qué va, ni la más mínima idea.

Karl advirtió un centelleo en su mirada. Conocía esa sensación, el que la expresión del interlocutor mostrara que se escondía algo más tras una lacónica respuesta. Sintió con toda claridad que Magda contaba con mayor información.

Entretanto, Marie se había levantado, como si la conversación la aburriera, y empezó a tontear en la barra con un hombre con sombrero oscuro y cuello de astracán.

Karl carraspeó.

—¿Cómo te has hecho eso? —Señaló el ojo morado de Magda.

Por un instante la mujer no reaccionó, sorprendida. Luego volvió a cerrarse en sí misma.

—Un pequeño altercado con el jefe.

—¿Con Pedro?

Magda calló y él tomó el silencio por una afirmación.

—¿Tuvo Rita también algún desencuentro con él?

De nuevo notó, en la expresión reservada y en los labios apretados de la mujer, que se encontraba sobre la pista correcta.

—O lo sueltas ahora mismo o te llevo conmigo.

Era un farol, no tenía ninguna intención de llevarla a jefatura. Pero funcionó.

—Vale, de acuerdo —refunfuñó ella—. Discutieron por dinero. Pedro estaba muy enfadado. Suele enfadarse enseguida.

—¿Qué es exactamente lo que sucedió?

—Rita quería quedarse con una cantidad mayor de sus ingresos y cambiar el porcentaje a su favor. Con ella ganaba mucho más que con la mayoría de las chicas porque aceptaba cualquier cosa. Tenía fama de que con ella se podía hacer de todo mientras el precio fuera el correcto.

Karl se sintió incómodo. No quería reflexionar con detalle sobre lo que eso significaba. Se acordó de lo que el patólogo Haber le había dicho sobre las heridas internas de Rita. Se recompuso haciendo un esfuerzo.

—¿Y… Pedro se negó?

—Pues claro. A Pedro no se le pueden imponer reglas, es él quien las dicta. Entonces ella lo amenazó con cambiar de territorio, con irse a trabajar a otro sitio.

—¿Y?

Magda se mordisqueó nerviosa las uñas sucias.

—Entonces él le dijo: «Te quitaré de en medio».

Karl se quedó impertérrito.

—¿Y lo hizo? ¿Crees que lo hizo?

—¡Y yo qué sé! No quiero tener nada que ver con eso, ¿entendido? —Temerosa, Magda echó un vistazo atrás, hacia la barra, como si quisiera asegurarse de que nadie la había escuchado. Murmuró algo.

—¿Cómo?

Magda se inclinó hacia delante.

—Rita no se acobardó. Le dijo a Pedro que cerrara el pico o que ella hablaría. Que hablaría de Dalldorf.

—¿De Dalldorf? ¿El manicomio de Wittenau?

Para su propia sorpresa, Karl sintió una excitación que ya conocía de casos anteriores. Le ocurría cuando descubría una pista.

—Supongo —dijo Magda de mala gana.

—¿A qué se refería con eso?

Magda lo miró en silencio y él entendió que ya no sabía nada más. Luego la mujer vació el vaso de un buen trago. En la comisura de su labio quedó prendida una gota de vino que, en cierto modo, conmovió a Karl.

—Hay algo más… —dijo Magda, frotándose las manos—. La noche en la que Rita desapareció, recibió una carta. No sé qué ponía dentro, en el sobre solo estaba escrito su nombre. Pensamos que era un cliente tímido que quería que lo atendiera. No sé más. Pero luego ya no volví a verla.

Karl la miró asombrado. Magda tenía mucha información. Debía encontrar aquella carta, no se hallaba entre las cosas de Rita. Iría al

puente cerca del cual los niños habían encontrado el cuerpo. Él mismo debería de haber ido a inspeccionar el terreno hacía tiempo, hasta ahora solo lo habían hecho sus compañeros. No se sentía bien. Se levantó.

—Gracias, Magda. —Le tendió un billete que ella enseguida enrolló, y se inclinó para meterlo en la liga.

Con una sonrisa torcida que pocas veces aparecía en su rostro, preguntó:

—¿Trabajan también las comadronas para vosotros?

Karl la miró sin pestañear.

—¿Cómo dices?

—Hace poco, por la noche, me habló una que dijo que lo quería saber todo sobre Rita.

—¿Qué aspecto tenía esa mujer?

Él ya lo sabía antes de que Magda la describiera.

—El pelo moreno y corto. Alta. Como un poco bizca, pero muy guapa a pesar de todo. ¡Y menudo pedal llevaba!

16

EL CUADERNO

Hospital militar psiquiátrico de Brandemburgo
17 de abril de 1915

A PRINCIPIOS DE año me enviaron al hospital militar para enfermedades nerviosas, cerca de Brandemburgo, de cuidadora de los «simuladores», como se los llama aquí. Afirman que tengo un trato comprensivo con los soldados, y hay muchos hospitales militares que necesitan con urgencia buenos cuidadores. Estos establecimientos se han construido para restringir la epidemia que asola a los soldados locos y para aislarlos de los inválidos que no padecen enfermedades nerviosas. Se supone que así se evita el contagio. También he oído decir a algunos médicos que se trata de una nueva forma de histeria.

No sé qué calificativo es el correcto. En ocasiones ni yo misma puedo creer que esos ataques de temblores y convulsiones sean ciertos. Naturalmente, la mayoría de los hombres han tenido unas experiencias espantosas en la guerra. Así que, ¿acaso no es posible que intenten evitar volver al frente al simular una enfermedad incurable? Pero entonces veo en los ojos de algunos un miedo tan espantoso que me permito creer que en realidad se imaginan que están poniendo su vida y su integridad física en peligro. Como si solo el cuerpo estuviera sano y salvo en casa, pero la mente se encontrara constantemente cautiva en las trincheras.

Soy amable con los hombres y les caigo bien. Trabajar con ellos suele ser agradable, pues, entre un ataque y otro, se comportan con toda normalidad, hablan con calma o se limitan a permanecer en silencio. Entre ellos hay hombres cultivados, ciudadanos normales y trabajadores honrados, ningún deficiente mental. La mayoría de ellos pueden comer solos o ir al baño por su cuenta, y necesitan poco cuidado físico. Por el contrario, en los tratamientos sí se requiere mi ayuda, lo que resulta más difícil de soportar que el cuidado de los internos en Dalldorf.

El trayecto en tren es demasiado largo para hacerlo a diario, por eso tengo aquí una habitación, y cada semana paso dos días con Konrad y Hildchen en la Bülowstraße. Los echo de menos, pero necesitamos el dinero. Y me gusta trabajar, incluso si a veces tengo dudas acerca de que lo que estamos haciendo es lo correcto. Pero me las reservo para mí.

Si no estuviese segura de que el director y los doctores conocen el oficio y quieren lo mejor para los pacientes, creería que esto es pura barbarie. Así lo vería cualquier profano. En los casos más graves, que todavía no se han

curado pasadas unas semanas, los psiquiatras recurren a baños de larga duración, en los que los pacientes han de pasar a veces incluso varios días, hasta que los síntomas remiten. A algunos hombres se los aísla, lo que puede alargarse semanas e incluso meses. En tales casos permanecen solos en estricto reposo en la cama, a oscuras en la habitación, y no se les permite ningún tipo de entretenimiento, ningún libro ni conversación. Nadie los puede visitar. Y se advierte a los cuidadores de que no les hablen para no poner en peligro el proceso de curación. Si con esas medidas el paciente no se cura, se realizan sesiones de prácticas de maniobras, entrenamiento militar durante el cual los enfermos realizan movimientos hasta la extenuación y deben obedecer órdenes durante horas. A algunos los he visto llorar después. Se creen que vuelven a estar en el frente y que van a morir.

Creo que al final reprimen los síntomas para no tener que hacer los ejercicios o evitar estar solos en la oscuridad, aunque los médicos afirmen que se han curado.

Todavía guardo en la memoria el tratamiento que más me impresionó de un joven, casi un niño, que como consecuencia de la experiencia en la guerra se quedó sin voz. No podía pronunciar ni una sola palabra por mucho que se esforzase. Al final, el médico que lo trataba le metió una bola en la laringe, de modo que el joven creía que se iba a asfixiar. Muerto de miedo, ese pobre ser digno de compasión boqueaba en busca de aire, y al final empezó a gritar como un animal agonizante, lo que el doctor valoró como un éxito. Se declaró que el paciente estaba curado porque había recuperado la voz y fue destinado al frente en Bélgica. Nunca olvidaré la expresión de sus ojos cuando sintió la bola en el cuello y me miraba mientras yo lo sujetaba. Yo sabía que la terapia era necesaria para liberarlo de su dolencia, pero él, pude verlo, estaba convencido de que iba a morir de un momento a otro. La mirada de aquella criatura atormentada aún me persigue en sueños.

Cayó en una nueva operación por el Imperio en una ciudad belga cuyo nombre he olvidado.

17

Lunes de Pentecostés, 5 de junio

CUANDO KARL SALIÓ de la sórdida taberna, las farolas de gas ardían en las calles y proyectaban unos círculos amarillos sobre el pavimento. Sobre la camisa sudada sentía el aire cálido, como un abrigo ligero. Un par de prostitutas reían y chillaban a cierta distancia; una botella cayó al suelo y estalló sobre los adoquines con un fuerte estrépito. Por todos los cuchitriles de la Bülowstraße había vida, y retazos de música emergían por las puertas cuando estas se abrían y cerraban.

Karl no sabía qué pensar. Esa condenada muerte lo llevaba de sorpresa en sorpresa. ¿Había cometido un error al ocultar el diario? ¿Qué ocurriría si sus superiores lo averiguaban? El caso parecía ser más complejo de lo que él había supuesto. Fabricius ya estaba haciendo buen uso de su afinado olfato, y ahora esa mujer extraña también se ponía a hacer preguntas. ¿Qué tenía ella que ver con Rita Schönbrunn? ¿Por qué se entrometía en sus asuntos? Él realizaba una valiosa tarea policial, mientras que ella, por el contrario, no era más que una enfermera infantil que limpiaba mocosos en las viviendas de los más pobres.

Se dirigió disgustado rumbo al norte.

En un árbol al borde de la calle cantaba un ruiseñor, quejumbroso e imperturbable en busca de una hembra. Llegaba tarde, los pájaros se solían aparear en abril o mayo y luego construían el nido.

Karl avanzó apresurado, dejó a sus espaldas la bulla de las tabernas y de los locales en misteriosos sótanos y poco después, en el repentino silencio, oyó el resonar espectral de sus pasos en las angostas calles.

A su derecha ondeaban los arcos negros de hierro del tren elevado, cavando zanjas en el cielo oscuro de la noche. En una ocasión llegó un tren con su traqueteo, le pasó como la cola de un cometa por encima de la cabeza y desapareció en dirección a la estación de Potsdam. Allí apenas había casas. Karl reconoció la silueta de los depósitos de las locomotoras, monstruos oscuros y durmientes que pertenecían a la estación para trenes de carga. Cruzó por debajo de los raíles elevados, una maraña de acero, giró el paso hacia el amplio terreno y se coló entre los cobertizos para llegar hasta el agua.

Allí ya no se vislumbraba nada de la bulliciosa ciudad, se trataba de un desierto industrial en el que uno se sentía tan perdido como si se

encontrara en otro planeta. Salvo por las vigas de acero de las trazas del tren, que brillaban a la luz de la luna, no había casi alumbrado. Solo a mucha distancia, en el puerto de Schöneberger, resplandecían las farolas.

Ya de lejos reconoció la silueta oscura que, dándole la espalda, miraba al agua desde el puente. La mujer con la gorra roja pasaba la mano con mimo por la cabeza de cobre de león en la rejilla de hierro, como si acariciase un animal vivo.

—¿Qué está haciendo usted aquí?

¿Era cólera o alegría lo que le brotaba del pecho?

Ella se dio media vuelta con asombro. Por un momento pareció asustada. Cuando lo reconoció, Karl creyó distinguir un destello de alegría en su mirada.

—Ay, señor comisario. ¿Usted también aquí? Más vale tarde que nunca.

—¿Qué quiere decir?

—Nada más que eso. Pero es aquí donde encontraron el cadáver de Rita Schönbrunn, ¿verdad?

Se acercó a ella, pero no contestó.

—Tengo la impresión de que sus pesquisas avanzan con auténtica lentitud. ¿Sucede siempre que al cabo de dos semanas todavía no hayan encontrado nada?

Karl resopló.

—¿Cómo va a saber si yo he encontrado algo? ¿Acaso cree que voy a divulgar los procedimientos criminalísticos delante de usted? Por cierto, ¿cómo se llama?

En la mirada de la joven volvió a brillar un asomo de diversión. El ojo izquierdo parecía alejarse de él, y eso lo desorientaba.

—¿Qué tiene que ver cómo me llamo con este asunto?

—Bueno, puesto que también ha interrogado usted a mi testigo de la Bülowstraße, debería saber su nombre por las buenas o por las malas. Aunque sea para que la próxima vez no quede como un tonto preguntando: «¿Qué comadrona?».

La mujer soltó una risita.

—Ah, Magda. ¿También le ha venido a usted con el cuento del malvado Pedro?

—¿Cómo, cuento? Pero un momento, vamos por turnos… Entonces, ¿cómo se llama usted?

—Hulda.

—¿Y qué más?

Ella lo miró con atención.

—Para la mayoría basta con Hulda. O señorita Hulda, si lo desea, así me llaman alrededor de la Winterfeldtplatz.

Karl se impacientó.

—Su apellido, por favor.

—Gold. Hulda Gold.

Le tendió la mano, como si se presentara ante un nuevo conocido, y antes de saber por qué, él se la estrechó. Ella tenía los dedos fríos, pero el apretón era firme y decidido. Por un segundo, Karl lamentó que ella volviera a retirar la mano.

—Un nombre interesante. ¿Judío?

—¿Cómo se le ocurre? —Por el tono de voz, la joven pareció ponerse en guardia de repente.

—Solo era una pregunta. —Karl se encogió de hombros—. No pasa nada. Y Hulda, ¿qué significa?

Ella soltó entonces una carcajada.

—Eso todavía no me lo había preguntado nadie. Pero es un nombre muy habitual, ¿no?

Karl no lo encontraba nada frecuente, más bien raro. Hulda tenía algo de misterioso, una profundidad que le gustaba, pero también era inquietante. Aquello siempre había sido una manía suya. Los nombres se le antojaban como espíritus que envolvían a quienes los llevaban, como un doble fondo. Detestaba el suyo, Karl, era como una presión en la garganta. Y su apellido, North, que había heredado de un director del orfanato, porque era hijo de padres desconocidos, también tenía un sonido duro y poco afable. Sonaba a frío y nieve, porque no se notaba la diferencia entre la «d» de Norte en alemán, y la «th» al final del apellido. Todo era lúgubre. El nombre de Hulda, por el contrario, tenía una suavidad inmanente que despojaba a ese sonido oscuro de todo lo que tenía de amenazador.

Ella lo seguía mirando expectante, pero él había perdido el hilo. ¿Qué acababa de decir? ¡Ah, sí!

—¿Por qué cree que lo que cuenta Magda no es más que un cuento?

—Ni idea, es solo intuición. —Se separó de la barandilla—. Venga ya, ¿de verdad se cree que es tan sencillo? ¡Proxeneta furioso mata al mejor caballo de la cuadra!

«No, no lo creía. Esa Hulda tiene la cabeza bien puesta. Debo de ser precavido», pensó al notar cierto malestar. Pero ella también había de tener cuidado. No le gustaba nada que hurgara por ahí y que fisgoneara con gente que a lo mejor no se alegraba de que una persona ajena se internase en su mundo. ¿Acaso no sabía lo peligroso que era aquello?

—Por lo visto, Rita lo chantajeaba —dijo—. Así que a lo mejor él tenía un motivo.

—¿Esa historia de Dalldorf? —preguntó Hulda.

Karl se estremeció. Y, sin embargo, en realidad no le extrañaba que Hulda también tuviera noticias del lugar. Había algo en ella que hacía que los pájaros cantaran, pensó. Y, pese al disgusto, sintió una pizca

de admiración.

—A lo mejor Rita Schönbrunn conocía de antes a ese tal Pedro —dijo—. Era enfermera, todas las mujeres de la calle lo cuentan. A lo mejor se conocieron en Dalldorf. Pero en qué circunstancias, eso todavía no lo he averiguado.

Hulda silbó entre dientes como un chico de la calle.

—¿Cree que los médicos del establecimiento tienen algo que esconder? ¿Es posible que Rita tuviese algún enemigo allí?

—Es posible —respondió Karl, pues todavía no lo había podido concretar del todo en sus reflexiones.

—¿Ya ha estado allí?

Hulda lo miró con los ojos abiertos de par en par. Parecía una pregunta inocente, pero, en cierto modo, a Karl le pareció que lo estaba poniendo a prueba.

—¿En Dalldorf?

—Sí, para su investigación. ¿Ha interrogado al personal de la institución?

Karl negó con una pizca de culpabilidad. De nuevo se sintió mal. ¿Se estaba justificando ante ella? De repente se dio cuenta de que había compartido los resultados de sus pesquisas con una comadrona que había encontrado en el supuesto escenario del crimen. Al anochecer. Movió la cabeza sin comprender su propio comportamiento.

Para ordenar sus pensamientos y ganar tiempo, Karl se apoyó en la barandilla del puente y observó la dársena cuadrangular. Allí el agua estaba negra como el alquitrán, pero de vez en cuando brincaban unos puntos de luz sobre las olas. Detrás, ya en Kreuzberg, el siguiente puente se extendía sobre el canal.

Un viento suave hizo susurrar las copas de los árboles. De tanto en tanto se oía el grito de un ave nocturna o un chapoteo en el agua, un pez que salía a la superficie antes de sumergirse y hundir su boca fría en el barro del suelo.

—Qué bonito es esto por la noche —señaló Hulda en voz baja, y Karl no estaba seguro de si se lo decía a él o hablaba consigo misma.

Pero tenía que darle la razón. Allí la ciudad semejaba más una selva, pues el canal abría un amplio pasillo en el angosto dédalo de calles. De repente Karl podía respirar con libertad, lo que no siempre conseguía en los estrechos desfiladeros que había entre las casas.

«El ser humano es un animal —pensó—, necesita la naturaleza virgen y no ciudades de piedra y asfalto.»

—Pero, ¿por qué razón se interesa usted por Rita Schönbrunn? —Karl miró a Hulda sin pestañear.

El rostro de la joven estaba en la sombra.

—Bueno… ya sabe usted, yo soy comadrona. —Hizo un gesto

defensivo—. Conozco su parecer acerca de la profesión, la comparte además con mucha gente. Está bien, no necesito condecoraciones ni golpecitos en la espalda. Pero uno de los efectos secundarios de mi empleo es que siempre me veo implicada en el destino de personas sin que yo lo desee. Un embarazo, un nacimiento, los primeros días con un hijo, todo eso es muy primario y perturba nuestros más profundos sentimientos. También muchos miedos que llevamos con nosotros. Los podemos haber enterrado con mucho esmero, pero a veces, como consecuencia de un alumbramiento, los diques se rompen y todo nos inunda. —Lo miró con determinación—. Eso les sucede a menudo a las mujeres, a las familias con quienes trabajo. Y entonces te enteras de cosas que en realidad no están destinadas a personas de fuera.

Karl asintió, lo entendía. Algo similar le ocurría a él en su profesión. Cavaba con las manos desnudas en la suciedad, veía sangre, sudor y las lágrimas de personas cuyas vidas se habían visto trastornadas por un crimen. Contemplaba los abismos de las almas de personas que habían matado a alguien e intentaba comprender. No obstante, ahora podía imaginar mejor que antes lo que inducía a una persona a realizar tales actos.

Se mordió con rapidez el labio para no mostrar nada de lo que pensaba.

—Si dependiera de los médicos —prosiguió Hulda—, de los profesores en las clínicas para mujeres y de los ginecólogos, mi gremio simplemente debería desaparecer. Nosotras, las comadronas, las que asistimos a las mujeres en un parto en casa, somos un factor de riesgo en el engranaje. Nuestro quehacer está dirigido por sentimientos, por instinto, pues no tenemos nada más que la confianza que las parturientas depositan en nuestras capacidades. Con ello recibimos, aunque sea de forma involuntaria, más de lo que queremos. —Suspiró —. A una comadrona no le ocurriría esto en una clínica, allí se nace en fila y nadie se fija en los rostros. A veces pienso que eso sería mejor para mí. Algo más de distancia.

Karl la observó con atención. Nunca había reflexionado sobre cuál era el mejor lugar en el que nacer. «¿Y para qué?», se preguntó. Eran cosas de mujeres, el tema no le gustaba.

Pero Hulda siguió hablando.

—La señora Schmidt, la joven madre con quien ha hablado usted hace poco… Su porvenir me desata muchos sentimientos. Su vida está predeterminada, no hay salida para la pobreza y el trabajo duro. Pero tenía en su vecina a una persona que la apoyaba, que tal vez sustituía a la figura de una madre. Ahora esa persona ha muerto. Es posible que la hayan matado. ¡Que desperdicio de vida! ¡Lo que podría haber surgido de ella! Tal vez Rita habría sido una especie de abuela para el pequeño Konrad. Pero ahora está bajo tierra. Apagada, simplemente,

como la llama de una vela.

Se interrumpió, y Karl vio que se agarraba con fuerza a la barandilla de hierro. De repente sintió el impulso de abrazarla y dar cobijo al rostro de Hulda en su cuello.

«Qué absurdo», se reprendió.

—Se implica demasiado —señaló él con voz ronca—. Es solo su profesión.

Ella dio un paso hacia él y la luz de la solitaria farola le cayó, cálida y amarilla, sobre el rostro.

—Eso solo lo puede decir un burócrata como usted.

—Yo no soy un burócrata.

Rio incrédula.

—¿No? Pero en cualquier caso es usted una persona hosca. Alguien a quien no le gusta ocuparse de los sentimientos de la gente.

Karl exhaló un hilillo de aire entre los dientes. ¿Qué le pasaba a aquella mujer? ¡Primero se metía en ese caso sin que nadie se lo pidiera, luego le soltaba un discurso filosófico, y ahora también lo ofendía!

—Usted no sabe nada de mí en absoluto —contestó—. Es usted una impertinente convencida de tener que ayudar y poder salvar a todo el mundo.

Hulda miró herida hacia un lado, apartando la cabeza del cono luminoso. Karl se arrepintió al instante de la dureza de sus palabras. Pero antes de que pudiera suavizarlas, ella murmuró:

—Eso era lo que me decía siempre mi madre.

—¿Su madre?

La joven asintió.

—Se reía de que me interesara tanto el destino de la gente. De que los quisiera ayudar. «Prefieres limpiar la mierda de los demás que preocuparte de tu propia porquería…» Todavía la puedo oír. En fin, al final lo que hacía sobre todo era limpiar su mierda, pero eso no la molestaba.

Qué amarga sonaba de repente su bonita y oscura voz.

—¿Estaba enferma?

Hulda asintió de nuevo.

—Mal de la cabeza. Había estado varias veces en un hospital psiquiátrico. Estancias breves en instituciones privadas y caras que pagaba mi padre. Pero todo fue en vano. Ella misma debería haber salido con sus propias fuerzas del agujero, pero no quería. Prefería atontarse con el alcohol, con somníferos, con morfina. Al final su cuerpo no aguantó. Una sobredosis. Nunca he sabido si se excedió de manera intencionada.

—Lo… lo lamento. —Karl se sentía superado, no sabía qué decir. En momentos como aquel siempre le faltaban las palabras. ¿Tendría ella

al final razón, y era solo un tarugo burócrata?

Ambos callaron durante un rato, escuchaban el viento sobre la dársena. Entonces Hulda se volvió hacia él.

—Es cierto. Me cuesta apartar la vista, siempre me implico con mis sentimientos. Es una debilidad. —La expresión de su rostro de repente mostraba desconcierto, como si ella misma estuviera sorprendida de sus palabras—. A lo mejor espero que así logre liberarme. Pero en realidad no puedo salvar a nadie. Y en absoluto a esa muerta a quien nunca he visto.

—Tampoco tiene que hacerlo. Usted no debería estar aquí. Es trabajo policial.

—¿Y por qué está usted esta noche aquí? ¿Qué más está buscando?

Karl no se atrevió a decirle que ese era el primer día que iba desde que se habían iniciado las investigaciones. Cuando se encontró el cadáver, su jefe había enviado a un grupo de agentes al lugar del hallazgo y mandado que batieran el terreno en busca de huellas. Pero no habían encontrado nada. En ese momento él no estaba accesible, no había oído la llamada de teléfono porque estaba durmiendo la borrachera de la noche anterior. Al día siguiente, cuando apareció pálido en la jefatura y le entregaron la dirección del caso, afirmó que había estado enfermo.

Karl sabía que no podía seguir así. Pero una y otra vez le asaltaba ese miedo que le oprimía la garganta con sus garras de hierro, y entonces solo ayudaba un trago. La mayoría de las noches podía contenerse y frenar en un momento dado, pero algunas veces el deseo de olvidar lo arrollaba como una poderosa ola, y ya no había marcha atrás.

La situación no había mejorado cuando había empezado a remover en el pasado de Rita Schönbrunn como en un enjambre lleno de insectos furiosos. ¡Eso no podía salir bien! Se propuso no volver a tocar aquel maldito cuaderno y en el mismo instante supo que no podría olvidar los apuntes de Rita. Que, con los medios con que contaba, considerables como agente de la Policía Criminal, saldría en busca de la verdad, de la última verdad, por mucho que a él le doliera.

Miró con disimulo a Hulda, que seguía esperando su contestación. «¡Y menudo pedal llevaba!», había dicho la prostituta de la Bülowstraße. ¿Sería la experiencia de la comadrona similar a la suya? Como mínimo parecía haber heredado de su madre la afición por el alcohol. ¿Acaso no eran todos la huella de la bota de sus progenitores?

Karl había recordado el rostro emaciado de Rita Schönbrunn, los labios desangrados. Se apartó deprisa la imagen de la mente y se impulsó con las manos para separarse de la barandilla del puente. Necesitaba un cigarrillo. Buscó en el chubasquero la cajetilla arrugada que Magda y Marie casi habían vaciado y encendió un pitillo.

—¿Yo también puedo?

¿Estaba la comadrona un par de centímetros más cerca de él que antes?

Karl le tendió los Junos y le ofreció fuego con las cerillas que Egon le había dado. En el momento en que la pequeña llama le iluminó el rostro, ella cerró los ojos y dio con fruición la primera calada. Él supo que la deseaba.

Karl carraspeó y se alejó un paso de ella.

—Quiero echar otra vez un vistazo por aquí. A lo mejor se nos pasó algo por alto la última vez.

Bajó a la orilla. La luz de la farola no llegaba hasta allí, y sacó la linterna del bolsillo del abrigo y la encendió. El círculo de luz se deslizó para rastrear la pendiente que se detenía en la orilla. Para su exasperación, la luz temblaba de forma casi imperceptible. Hulda lo siguió sin que se lo pidiera.

—¿Y qué es lo que está buscando?

—Indicios que nos lleven al autor del crimen.

—¿Algo así? —Hulda señaló con la punta del cigarrillo un trozo de tela que colgaba de las ramas de un arbusto.

Karl se acercó. Era una gorra amarilla con visera, de las que se llevaban en todos los barrios obreros de Berlín. Negó con la cabeza y se volvió a un lado para no tirarle el humo a la cara, tan cerca volvía a estar ella de él. Si no fuera porque sabía que era imposible, creería que se acercaba a él de manera intencionada.

—Busco un papel. Una carta que la fallecida recibió poco antes de morir. Las prostitutas de la Bülowstraße afirman que un cliente le había enviado un mensaje a Rita. A lo mejor la citó en este lugar.

«¿Dónde estaban los buenos propósitos de guardar el secreto profesional?», se preguntó Karl en ese momento. Como si él fuera uno de los pájaros que cantaban para la influencia de Hulda.

—¿Está seguro de que era un hombre?

Él se sintió pillado en falso.

—No, claro que podría haber sido también una mujer. Pero las mujeres raras veces matan.

Hulda asintió.

—Es probable que las mujeres sean más conscientes de toda la fuerza y entrega que son necesarias para que surja la vida, y que no se debería extinguir ninguna para no malograr tanto esfuerzo. Ustedes, los hombres, no han aprendido más que a pelear y a matar.

Karl resopló.

—¡Qué sentimental es usted! Solo una mujer puede decir algo así.

«Esta comadrona —pensó—, tendía demasiado a explicarle el mundo sin que él se lo pidiera.» De repente lo sacó de quicio.

Exhaló con violencia el humo y luego aplastó con el pie el cigarrillo

en el suelo.

—¿Qué estaba usted haciendo en realidad en la Bülowstraße? Y además borracha como una cuba. ¿Es también una virtud femenina andar tambaleándose con un pedal encima por las calles oscuras? ¿De dónde había salido?

También Hulda pareció molesta en ese momento.

—¿A usted qué más le da? Es un asunto privado.

—Ya entiendo —murmuró Karl y se asombró: ¿de dónde provenía esa rabia repentina que se le hacía inmensa en el interior? Le asaltaba siempre, como caída del cielo, y, como la hoja afilada de un cuchillo, le cortaba la piel.

—Ya imagino que debía andar por algún garito de los alrededores —pronosticó—. ¿Quién fue el afortunado?

—Déjeme en paz —dijo Hulda. Ahora parecía una niña terca. Y él vio en su rostro que una puerta se cerraba.

Los dos estaban muy cerca, en la orilla. Eran igual de altos. Los ojos de Hulda casi parecían transparentes, le temblaba la barbilla, como si fuera a ponerse a llorar de un momento a otro. Pero se dominó, solo un débil brillo en los ojos la traicionaba. Los labios entreabiertos en señal de indignación. Detrás brillaban los dientes blancos.

No había nada que Karl deseara con más intensidad que agarrarla de la muñeca y atraerla hacia sí. Quería recorrer con la lengua aquellos dientes blancos y oír el gemido de su voz oscura con el contacto. Pero se retuvo con las últimas fuerzas que le quedaban. Tenía demasiado miedo de que ella lo rechazara.

«Pero ¿qué estaban haciendo ahí?, —pensó—. ¿Dónde estaba su profesionalidad y cómo había podido hablar con ella de detalles que ni siquiera había discutido con Fabricius?» Con su curiosidad, esa mujer podía causar muchos daños… y remover su historia como hacían los peces en el barro de la orilla. También ella misma se convertía en blanco. Karl sabía a la perfección que el odio atrae al odio, y que a un asesinato no pocas veces sigue otro. Debía ocuparse de que no le pasara nada malo a Hulda.

¿Qué le había dicho? «¡Déjeme en paz!»

—Nada me gustaría más —dijo al final, intentando conferir tanta frialdad en las palabras como le era posible para acallar la tristeza y la preocupación que sentía por ella—. Y usted debería marcharse ya a su casa. Una mujer aquí sola… ya ha habido una desgracia.

Sin esperar la respuesta que sin duda ella ya tenía en la punta de la lengua, se dio media vuelta haciendo uso del mayor dominio de sí mismo y se dirigió a grandes zancadas hacia la estación para trenes de carga.

Su rabia hacia Hulda solo se veía superada por la que sentía hacia sí mismo.

18

Jueves, 8 de junio

HULDA LLEVABA UN cuarto de hora vagando por las calles y dándose ánimos. No había vuelto a entrar en el Café Winter desde que Felix y la desconocida rubia habían pasado por su lado como si ella fuese invisible.

Había pasado una semana, y Hulda estaba harta de que las sillas Thonet de la soleada terraza se le clavaran como astillas en la carne, y de que la ondeante marquesina le colgara como un molesto insecto de la comisura del ojo cada vez que pasaba de largo. No se atrevía a entrar, simplemente. ¡Y eso que también era su sitio! Y ella no iba a dejar que la echaran de allí, no iba a abandonar sus costumbres como si nada solo porque, al parecer, Felix había encontrado a una mujer que parcheaba su corazón cómo él antes parcheaba los neumáticos de la bicicleta de Hulda.

Así que había decidido que esa tarde iba a tomar sus dulces como antes. Cuando se mojaba el pan en el chocolate caliente, la manteca salada se derretía, y la masa del pan se impregnaba del dulce chocolate Hamann. Era exquisito…

Pero, aunque Hulda tenía un hambre canina, los pasos se le iban haciendo más pesados a medida que se acercaba a la puerta del café. En el último momento pasaba de largo sin entrar, sabiendo que Bert y que con toda probabilidad media Winterfeldtplatz observaban moviendo la cabeza su marcha por la acera.

Como una pantera hembra en la jaula, Hulda pensó y decidió que en esa ocasión estaba haciendo demasiado el ridículo. Se acercó al café, inspiró hondo y abrió la puerta con tanto vigor que la camarera, que estaba detrás, tuvo que apartarse de un salto.

—Cuidado, señorita Hulda —exclamó Frieda chasqueando la lengua —. Qué impetuosa. Pensaba que ahora comía en otro sitio.

La lengua afilada de Frieda siempre había sacado a Hulda de sus casillas. Se mordió el labio y reprimió en el último instante una respuesta insolente que, como sabía muy bien, habría demostrado la inseguridad que sentía. En lugar de eso, se limitó a preguntar:

—¿Hay alguna mesa libre?

Frieda se mordisqueó el hirsuto extremo de la trenza mientras miraba alrededor, hasta que descubrió una mesita en el rincón más

alejado a la que no había nadie sentado.

—El sitio habitual del doctor Löwenstein —dijo de mala gana—, pero hoy ya no vendrá. Por mí no hay problema. De todos modos, la jefa prefiere que ese tipo de gente no acuda al café. ¿Le va bien?

Hulda asintió solemne y pasó deprisa junto a la camarera al tiempo que notaba que sus mejillas se encendían de indignación. ¿Qué se creía esa imbécil? «Ese tipo de gente…» Hulda ya sabía a quién se refería.

Enojada, se dejó caer en la silla libre y se puso a leer con detenimiento la carta, aunque hacía tiempo que ya sabía lo que iba a pedir. Por suerte, la mesa estaba fuera del territorio de Frieda. En lugar de ella, se acercó una muchacha tímida de rostro fino y le preguntó a media voz qué deseaba.

No había señales de Felix. Una y otra vez, Hulda se descubría alargando un poco el cuello para mirar el mostrador por donde tal vez aparecería el cabello castaño del joven. Pero siempre que salía alguien de la cocina, ella sufría una decepción.

—¿El jefe no ha venido hoy? —preguntó con fingida indiferencia cuando la delgada camarera colocó sobre la mesa el plato con el pan.

—No, solo su madre —respondió lacónica.

En efecto, Hulda veía ahora los rizos blancos de Wilhelmine Winter ondeando por encima de las botellas, detrás de la barra. ¿Dónde se habría metido Felix? Estaba allí todas las tardes, se traía un vaso de cerveza e intercambiaba con ella unas cuantas palabras, aun cuando en los meses pasados, Hulda debía admitirlo, había surgido en su amistad cierta tensión. Pero estaba muy acostumbrada a verlo en el café, formaba parte de aquel lugar, al igual que las sillas de madera oscura con los respaldos de mimbre trenzado, los altos espejos de pared y las arañas de cristal del techo, que Felix ya hacía tiempo quería cambiar por unas de formas geométricas al estilo Bauhaus. Algo que la madre de él había conseguido evitar hasta el momento: «Somos un local decente, no un cabaret licencioso para artistas muertos de hambre ni una sala de espera para talentos como el Romanische Café. Gente tan degenerada no entra en mi casa», había dicho, y con ello había dado por zanjado el asunto. Hulda ya había pensado entonces que, si Felix no hubiese condescendido, se habría impuesto a su madre. Pero no lo hizo. Era amable, dulce, y estaba siempre dispuesto a satisfacer a los demás. Por eso se integraba tan bien en ese entorno, como los candelabros que estaban en los nichos semicirculares de las paredes y emitían una suave luz.

Hulda hincó el diente en el bollo y masticó inmersa en sus pensamientos. El recuerdo del ladrón del cabello casi blanco y su encuentro en Rieke le acudieron de repente a la memoria, y se llevó la mano a la frente. «¿Quién fue el afortunado?», había preguntado en el

puente el comisario de insolentes ojos verdes.

«¿Por qué —se preguntó mientras se lamía la sal de los labios— las cosas del amor eran tan condenadamente complicadas?»

Desde el lunes por la noche había rechazado cualquier pensamiento en torno a Karl North. En los últimos días había trabajado como una posesa, había leído e intentado concentrarse en las mujeres cuyo cuidado había asumido. Pero él no dejaba de trasguear en su mente.

Justo cuando estaba a punto de pagar y marcharse para meterse temprano en la cama y dormir por fin lo suficiente, advirtió una sombra en el exterior, delante de la ventana. Un cabello enmarañado de color cobrizo, un rostro pequeño con ojos grandes. ¡Ahí estaba de nuevo esa muchacha!

Hulda se puso en pie de un salto, corrió hacia fuera y dio unos golpecitos en el hombro de la escuálida figura.

—Nos conocemos, ¿verdad?

Había adoptado de manera instintiva ese tono de voz que reservaba para embarazadas con preocupaciones y para animales heridos. O para niños con miedo.

La muchacha se dio media vuelta asustada y asintió vacilante. Miró a Hulda con desconfianza, pero en su mirada se vislumbraba la esperanza de que su interlocutora no fuera a hacerle nada malo.

Hulda la cogió con cuidado del brazo, como si fuera una planta que no debía dañarse.

—Qué casualidad que en los últimos días nos encontremos siempre, ¿no es cierto? —preguntó sin esperar respuesta. Había tenido de golpe la extraña sensación de que aquel encuentro no era casual.

¿Acaso esa niña la estaba siguiendo? ¿Le habría mandado alguien a que la espiase?

—Entra conmigo —dijo con determinación—. Tienes que estar hambrienta y yo no me puedo acabar el pan. Además, aquí dan la mejor sopa de patatas de la ciudad.

Aunque era una exageración, esa criatura de la calle seguro que no había reunido suficientes datos como para saber si Hulda decía la verdad, pensó. Vio que la pequeña no lograba decidirse, la piel de la cara todavía se le tensaba más sobre los prominentes pómulos. Pero luego se impuso el hambre. Asintió.

Entraron juntas en el café y, conscientemente, Hulda no dirigió la vista hacia el mostrador, donde la señora Winter seguro que arrugaba desdeñosa la nariz ante la recién llegada. Condujo a la pequeña con suavidad, pero con determinación, hacia la mesa, y le dio la última rebanada de pan cuando ambas se hubieron sentado. Además, pidió para ella un plato de sopa.

La niña se encogió en la silla como si quisiera desaparecer, pero mordió el pan con ganas y masticó con tal entrega que a Hulda se le

encogió el corazón. ¿Cuándo habría comido por última vez?

Hulda le dio algo de tiempo, hasta que el movimiento de la mandíbula se fue haciendo más lento y un poco de color le cubrió las delgadas mejillas. La camarera sirvió el humeante plato de sopa, y la muchacha introdujo la cuchara en él con cuidado.

—Te llamas Lena, ¿verdad?

La niña la miró sorprendida. Asintió de manera casi imperceptible y una mirada acechante apareció en sus ojos color agua.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo Lilo Schmidt. También me dijo que vives en Bülowstraße, pero que no tienes casa.

Lena volvió a asentir. Con un gesto vergonzoso dejó caer el flequillo erizado sobre los ojos.

—Eso no es ningún delito, ¿no? Yo no soy la única.

—Claro que no. Solo me pregunto cómo lo consigues. ¿De qué vives? ¿Dónde duermes? Una vez te vi en casa de Lilo, en la escalera, ¿te acuerdas? ¿Pasas a veces la noche allí?

—Antes —musitó Lena—. Ahora ya no, uno de los vecinos nos echó. Nos dijo que la próxima vez llamaría a la policía porque se supone que robamos de los cubos de la basura. ¡Como si ahí hubiera algo que robar!

Algo se movió entre los recuerdos de Hulda. ¿No había contado también Lilo algo sobre aquel vecino? Exacto, se había peleado con Rita. Luego cayó en la cuenta de otra cosa.

—¿Robamos?

—¿Qué quiere decir?

—«¿Se supone que robamos…?»

—Sí, mi hermano Eddi y yo.

—Entonces, ¿no hay nadie que pueda cuidar de vosotros? ¿Dónde están vuestros padres?

El rostro de la muchacha se cerró, como si hubiese caído un telón sobre él. Hulda la miró pacientemente.

—Muertos —susurró Lena. Luego se llenó la boca con el resto del pan, como si quisiera amordazarse a sí misma para no tener que seguir hablando. Masticó y tragó, y en sus ojos había lágrimas. Pero engulló los sentimientos junto con el pan y se sorbió los mocos de forma ruidosa.

—¿Desde cuándo?

—Mi padre falleció en la guerra. Mi madre poco después, estaba enferma. Los últimos meses en los que todavía estaba viva dejé de ir a la escuela, la cuidé, pero no sirvió de nada, se murió a pesar de todo. Ni siquiera teníamos dinero para el entierro. Desde entonces estamos solos.

—¿No tenéis más familiares?

Lena negó con la cabeza.

—Una tía en Pankow. Pero tiene cinco hijos y no anda sobrada.

—¿No deberíais estar en un orfanato? Hay oficinas de asistencia para huérfanos de guerra. Entre los cuáqueros hay además comida para niños. Y…

Lena rio con amargura.

—Estuvimos en un sitio así en Moabit, dos meses. Era peor que la calle. Piojos en las camas, ratas en los pasillos, sopa de agua y golpes. Conseguimos marcharnos y volvimos a Schöneberg, de donde procedemos. Desde entonces vivimos en Bülowbogen. Nos gusta.

—¿Y cómo lo vais a seguir haciendo?

Se encogió de hombros.

—Ahora dormimos en la vieja carpintería. Nadie pasa por allí, y estamos tranquilos. Además de nosotros hay más niños. De vez en cuando sale algún trabajillo, Eddi ayuda a descargar y yo… —Se detuvo y las mejillas se le tiñeron de rosa.

Hulda observó la tez blanca de la muchacha, las sombras violetas bajo los ojos, y por primera vez descubrió un verdugón sobre la clavícula. Cerró un momento los ojos. Cuánto sufrimiento. Una muchacha tan joven y sin esperanzas.

Luego volvió a mirar a Lena.

—¿Y qué harás si te quedas embarazada?

Por el delgado cuello de la chica ascendió un tono granate.

—Tengo cuidado —murmuró y apartó el rostro de Hulda.

Pero ella insistió.

—No puedes —dijo.

Lena apretó los labios y la miró obstinada.

—Sí que puedo —replicó—. Y si sale mal voy al Storch.

Hulda dio un pequeño resoplido. Conocía al doctor Storch, quien, con su maletín de médico, deambulaba por los barrios pobres y ofrecía abortos a las chicas desesperadas.

—No lo dirás en serio —dijo a Lena—. ¿Sabes lo peligroso que es?

—No te preocupes, no pasará. Rita me explicó cómo… —Lena se interrumpió y se mordió el labio inferior.

—¿Rita? —preguntó Hulda sorprendida—. ¿Rita Schönbrunn?

Lena contestó con marcada indiferencia.

—Ella también vivía en Bülowstraße y una vez me invitó a su casa. Ya está.

Hulda reflexionó. Lilo había dicho que hacía poco Rita había tenido visita. ¿Había sido Lena? ¿Acababa de salir la pequeña de casa de Rita cuando Hulda tropezó con ella en la escalera? No, recordó que para entonces Rita ya estaba desaparecida.

—Sabes que Rita Schönbrunn está muerta, ¿verdad? —preguntó a la pequeña con precaución.

Lena asintió y volvió a bajar la vista.

—Todo el barrio habla de eso.

—¿Y qué es lo que dice la gente?

Hulda notó que Lena elegía con suma prudencia cada una de las palabras que pronunciaba, como si caminara sobre huevos.

—Que la encontraron en el canal. ¿A lo mejor se cayó porque estaba borracha?

—¿Tú qué crees?

—¡Qué sé yo! ¿Qué quiere usted de mí? —Unas arrugas de cólera asomaron en la pecosa frente de Lena. Se levantó—. Gracias por la comida —dijo con voz trémula—. Tengo que irme.

—Espera. —También Hulda se puso en pie de un salto. Su intuición le decía que esa niña sabía más de lo que aparentaba. Agarró a Lena por el brazo, que se desembarazó de ella y al hacerlo golpeó la mesa, de modo que la taza de Hulda se tambaleó y el chocolate rebosó. Un par de clientes de la mesa vecina las miraron con curiosidad.

Hulda respiró profundamente.

—Ven a buscarme si me necesitas. ¿Me lo prometes? —dijo a Lena en voz baja, pero con vehemencia.

Lena ya estaba preparada para la huida, como si quedarse quieta fuera peligroso. Como si fuera un animalito y Hulda una cazadora de la que había que escapar corriendo en zigzag.

—No se meta en nuestra vida —dijo ronca—. Déjenos en paz, ¿entendido? —Iba a marcharse, pero se dio una vez más media vuelta. Su voz se convirtió en un susurro—: Por la Bülowstraße corre la voz de que una comadrona anda husmeando a causa de Rita. Tenga cuidado.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Hulda.

Pero Lena se limitó a mover la cabeza y salió corriendo del café. La campanilla que había sobre la puerta tintineó. Luego Hulda solo vio pasar presurosa la sombra por debajo de la ventana y desaparecer.

Perpleja, observó el lugar por donde Lena se había ido. No era que ella hubiese estado acechando a la chica, más bien parecía ser el caso contrario. ¿Por eso se había alterado tanto cuando habían hablado de Rita?

—¡La señorita Hulda siempre ha de montar un número! —Frieda se había acercado a la mesa con los labios fruncidos y había empezado a limpiar de mala gana con una bayeta el charco marrón de chocolate —. Todo el mundo debe ser testigo de que interpreta aquí el papel de la buena samaritana que alimenta a la chusma —dijo protestona con su cerrado acento—. A una putilla como esa no se le ha perdido nada en el Café Winter.

Antes de que Hulda pudiera reflexionarlo, se había puesto en pie, levantado la mano y propinado a Frieda una sonora bofetada en su

arrogante rostro.

La camarera miró a Hulda incrédula y se llevó la mano a la mejilla. Las conversaciones en el resto de las mesas enmudecieron, y Hulda sintió las miradas sobre sí. Pero le había sentado demasiado bien darle una lección a esa soberbia. No obstante, una vocecilla en su interior se preguntaba de dónde había surgido aquella repentina rabia. Ella ya conocía hasta la saciedad la lengua viperina de Frieda, cuyas impertinencias ya no deberían sacarla de sus casillas.

Entonces vio que Felix la estaba mirando, tieso como un palo, desde la puerta. Debía de haber entrado cuando ella le había dado el bofetón a Frieda, pensó Hulda, y ahora sí sintió vergüenza. Tomó a toda prisa el bolso y se abrió camino hacia la salida.

Felix la detuvo.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —preguntó—. ¿Te has vuelto loca? —Se acercó más a ella y observó su rostro—. ¿Has bebido? —preguntó en voz baja.

«¿Qué le pasaba por la cabeza?», pensó indignada Hulda, y tuvo que controlarse para contener el impulso de apartarlo de un empujón.

—Si dirigieses mejor a tu personal, esto no habría pasado —dijo, y en el mismo instante se dio cuenta de lo ridícula que era esa excusa. Pero no conseguía superar la rabia, que ardía roja y con ímpetu, asfixiándola por dentro.

—¿Qué significa eso? —preguntó él.

—Hoy he venido a verte, quería hablar contigo. Pero nunca estás, siempre estás fuera. ¿Dónde te has metido todo este tiempo? ¿No tendrías que estar trabajando? —Los reproches salían a borbotones de su boca—. Y en lugar de eso, andas por ahí con esa… esa rubia.

Felix la agarró por los hombros, también ahora había en sus ojos un centelleo de indignación que ella no conocía. Y que todavía la espoleó más.

—Te ha hecho perder la cabeza. ¿Otro buen partido por recomendación de tu madre? ¿Podrás elegir tú solo lo que te pones el día de la boda, al menos?

El rostro de Felix se petrificó.

—Vete ahora, antes de que no te permita más la entrada.

—No te atreverás —siseó Hulda.

—No me pongas a prueba.

Ella movió la cabeza.

—No es necesario. No te preocupes, no volverás a verme.

—¡Espero que sea cierto!

Apartó la mano del hombre y empujó la puerta. Tenía un nudo en la garganta y los ojos ciegos. Salió a la noche y vaciló un momento, como si de verdad estuviese bebida, como le había acusado Felix de manera injusta. Era ese dolor inmenso que sentía en el pecho lo que le

hacía flaquear las piernas. Y la vergüenza, porque había hecho el ridículo delante de media Winterfeldtplatz.

19

Viernes, 9 de junio

HULDA CONTEMPLÓ ADMIRADA el Castillo Rojo, como los berlineses llamaban a la jefatura de policía de la Alexanderplatz. Un nombre que le iba bien. En las esquinas del imponente bloque de ladrillo granate se erigían unas macizas torres con cúpulas. Todo el edificio parecía estar vigilando tenazmente al gentío que se hallaba a sus pies. El reloj en lo alto señalaba las cinco y media. A última hora de la tarde, la ciudad se preparaba para el fin de semana. Unos audaces agentes se enfrentaban al tráfico de la salida del trabajo e impartían órdenes a los coches de punto, los ómnibus y los tranvías para evitar que chocaran. Pese a ello, la gran plaza parecía una olla hirviendo, y Hulda tuvo que apartarse dos veces de un salto para esquivar un coche que tocaba la bocina. Por todas partes había obras de construcción, los sacos de arena y las vallas en los lugares más absurdos bloqueaban el camino a transeúntes y vehículos, y, en mitad de aquel caos, deambulaban los sudorosos obreros mientras soltaban improperios.

Aunque le costara admitirlo, no era del todo casual que Hulda rondara por ese entorno. A fin de cuentas, había sido su profesión lo que la había llevado hasta ahí, pensaba con terquedad. El que Karl North trabajase en esa zona y que tal vez se lo encontrara no era más que algo secundario.

Hulda había visitado a una mujer que esperaba gemelos. En realidad no era responsable del distrito de Mitte, estaba demasiado lejos de Schöneberg. Pero la reputación de la que gozaba el trato sensible que tenía con los partos difíciles se había extendido, por lo que también la llamaban familias de barrios alejados para que las aconsejara y las ayudara. Hulda cobraba esas visitas, pues los clientes podían permitirse pagarlas. Los hijos de los Petrov, a quienes había visitado ese día, nacerían en una clínica. Era un matrimonio de ricos industriales que no dejaban nada al azar. Las nuevas salas de parto de las clínicas privadas de la ciudad, con un moderno equipamiento, atraían a un público pudiente, a quienes un parto en casa con tan solo una comadrona de ayuda les parecía viajar en el tiempo hacia un pasado oscuro. Pero Natalia Petrova era una parturienta miedosa y los médicos la intimidaban. Estaba preocupada y buscaba a una comadrona que la examinara en su propia habitación. Más cuando

hacía unos días que habían disminuido los movimientos de los niños. Le habían recomendado a Hulda Gold.

UNA SIRVIENTA CON delantal de volantes hizo pasar a Hulda al interior de una vivienda de diez habitaciones del edificio con fachada que daba a la calle. El sol de junio caía a través de unos altos ventanales sobre el brillante suelo de parqué. La luz, pensó maravillada la comadrona, se derrochaba de tal manera en ese lugar que ya no quedaba nada para las viviendas de la parte trasera, en las que ella solía detenerse a trabajar. Las paredes estaban cubiertas de enormes cuadros de marcos dorados, y en una habitación había una pianola.

La señora Petrova estaba acostada en un canapé tapizado con seda, bebía chocolate y era observada con envidia por un caniche grande que estaba sentado a sus pies como una escultura. Estaba pálida como una muñeca de porcelana y le tendió a Hulda sus frágiles dedos para saludarla. En cada uno de ellos había un anillo con una piedra.

Hulda dejó su maletín y empezó el examen. Palpó el vientre duro y puntiagudo de la mujer y enseguida se percató de que había algo que no funcionaba. En la clínica habían dicho a los Petrov que esperaban gemelos, pero por el estetoscopio, Hulda solo oía los latidos de un corazón, y no de dos, aunque este era débil, casi inaudible. Bajo sus manos, nada se movía en el cuerpo de la rusa. De ahí que aconsejara al matrimonio que fuera de urgencias a la clínica. Estalló el escándalo, y Hulda contempló desvalida cómo la señora Petrova gritaba primero a la sirvienta porque no metía los vestidos de seda lo suficientemente deprisa en la maleta, y luego se derrumbaba en brazos de su marido.

Después de lo que les pareció una eternidad, había llegado la ambulancia y se la había llevado.

«Todo ese dinero no servía de nada», había pensado Hulda mientras recorría sin prisa la calle junto al puente de Jannowitz hacia la Alexanderplatz. Sospechaba que tampoco los caros médicos de la clínica privada podrían salvar a los bebés que estaban en el vientre de Natalia Petrova. La esperaban dolores, tristeza, desesperación, y podría estar agradecida si ella misma salía con vida.

Por el contrario, Lilo Schmidt, que vivía en la miseria, había dado a luz con rapidez y facilidad a un niño sano. Así era la vida, nunca repartía los favores con justicia, sino que arrojaba a ciegas la felicidad, como pequeñas monedas de cobre, a la multitud.

Hulda estaba abatida y cansada cuando deslizó la mirada por la elevada fachada de la jefatura. Sin embargo, los ánimos se le levantaron a pesar del cansancio cuando pensó en quien, con toda probabilidad, estaría sentado detrás de una de esas numerosas ventanas. Solo por esa razón, debía admitirlo, se sentía atraída por

aquel lugar. Solo por eso todavía andaba rondando por ahí.

Se mordió nerviosa las uñas de la mano. El último encuentro con el comisario North no había concluido de forma amistosa. La idea de volver a verlo la atraía y desagradaba a un mismo tiempo. ¿Se alegraría él de volver a verla? ¿Debería hablarle de Lena? Había algo extraño en lo que contaba la niña y en la forma que tenía de reaccionar, eso lo tenía claro. Entonces, ¿por dónde empezar? Discutirían una vez más cuando ella le mencionase que había vuelto a sondear a más gente a raíz del caso de Rita Schönbrunn.

Se reprendió a sí misma, y justo se dirigía hacia el metro para regresar a Schöneberg cuando vio el cabello rubio del alto comisario, quien salía de la puerta principal. Llevaba el sombrero, como siempre, algo ladeado. Lo acompañaba un joven regordete que le hablaba con vehemencia. Parecía haberle preguntado algo, pues Karl North movió escuetamente la cabeza y a continuación se despidió con una breve inclinación. El compañero cruzó la calle hacia el tren; el comisario, en cambio, emprendió el camino en dirección a Hulda. Tal como estaba situada, él debía pasar por su lado. Pero Karl North mantenía la mirada baja y contemplaba concentrado la calzada, como si estuviera inmerso en sus pensamientos. Entre los delgados dedos llevaba un cigarrillo. Algo en la forma en que andaba y en el modo en que se retiró distraído un mechón de la frente conmovió a Hulda. Como si él no viera el momento de marcharse de ese lugar.

No tardó en estar a la misma altura que ella. Hulda estiró el brazo y lo agarró por la manga. Él dio un respingo, con la cara contraída por el susto.

—Ah, usted de nuevo. —Se llevó la mano al sombrero para enderezárselo, como si eso lo tranquilizara—. Me ha asustado. ¿Qué hace merodeando por aquí?

—Discúlpeme por irrumpir en su territorio —dijo Hulda con un descaro involuntario—. Tenía una paciente a la vuelta de la esquina y lo he visto a usted por pura casualidad. —Su desvergüenza iba ganando terreno sin que ella lo quisiera—. Tiene que mirar al frente mientras camina, o lo atropellará un tranvía.

—Basta con toparse con usted para no necesitar tranvías, es tan peligrosa como una apisonadora de vapor. —Sus ojos verdes brillaban.

Ninguno podía apartar la vista del otro. Luego Hulda se echó a reír. Después de la triste visita a los rusos ricos y la maldita pelea con Felix, reír era tan liberador que notó que las lágrimas le anegaban los ojos. También el comisario se unió a las carcajadas. Los dos se desternillaron de risa mientras trataban de coger aire para no sofocarse.

—¿Siempre tiene usted tanta labia? —preguntó Hulda mientras se secaba los ojos.

—En realidad, no —respondió él desconcertado. Se quitó el sombrero y de nuevo se pasó la mano por el cabello. Tenía sucios los cristales de las gafas—. Mis compañeros, mi asistente en especial, opinan que soy muy soso. Sin humor y callado. Mis conocidos afirman, incluso, que los mataré con mi silencio.

—Pues no lo conocen bien —dijo Hulda, e inspiró hondo. Le tendió la mano—. ¿Hacemos las paces?

—Una tregua —contestó Karl con seriedad, aunque ella creyó distinguir un centelleo en sus ojos.

—Me basta con eso. —Sonrió ella con descaro—. Y bien, ¿cómo anda «nuestro» caso?

Por unos instantes, Karl pareció reflexionar sobre cómo plantar cara a esa nueva insolencia. Pero por lo visto, ya había gastado todas las municiones.

—Nos hemos quedado atascados. —Se encogió de hombros.

Levantó la mano y la acercó al rostro de ella. Hulda retrocedió y lo miró confusa. Entonces él le pasó el pulgar con cuidado por las mejillas hasta la comisura del ojo.

—Se le ha corrido el maquillaje —dijo a media voz, apartando apresurado la mano.

Desconcertada, se quedó callada y se tocó esa zona, que latía de una forma extraña. Hizo un gesto exagerado de despreocupación.

—Las lágrimas y el rímel no se llevan bien. Ni siquiera cuando lloras de risa.

Miró alrededor de la plaza. Su vista se detuvo en un restaurante en una esquina.

—Voy a buscar un cuarto de baño y a resolver el problema.

—Eso de ahí es Aschinger —dijo Karl y la miró expectante, como si esperarse algo. Cuando Hulda no le contestó, añadió—: ¿Quiere tomar un café conmigo?

En el estómago de Hulda saltó una pequeña chispa, un duende enloquecido. Pero se exhortó en silencio a no mostrar nada.

—¿Por qué no? —respondió, pasándose la palma de la mano por la falda granate y tomando conciencia en ese momento de lo mucho que se le ceñía a las caderas.

Caminó con torpeza junto a Karl rumbo al local. Cuando se disponían a entrar los dos al mismo tiempo, sus codos se rozaron. Hulda retrocedió.

Ya en el interior, examinó curiosa el entorno. El local, del que había varias filiales en la ciudad, era el prototipo de cervecería berlinesa, pero ella nunca había entrado en uno de esos establecimientos. En el alto techo resplandecían arañas y lámparas doradas; el suelo de piedra estaba decorado con unos mosaicos sencillos, pero muy efectistas. El techo descansaba sobre unas columnas cuadradas.

«Hace calor», pensó Hulda. Se abrió la chaqueta de punto y se desabrochó los primeros botones de la blusa. Tanta gente junta transpirando y el olor a sopa y alcohol caldeaban el aire y lo hacían irrespirable. El ruido era atronador.

Encontraron con mucho esfuerzo un sitio en el mostrador. Por algo se indicaba que el local consistía en una cervecería «para beber de pie»; los clientes se apretujaban en grupos alrededor de numerosas mesas altas, bebían cerveza y comían un bocadillo. Otros tomaban cucharadas de una sopa de guisantes humeante, que sostenían con una mano o dejaban sobre el alféizar de una ventana o el saliente de una columna. La oferta más barata, fideos con sacarina para reforzar el sabor, era lo que se veía con más frecuencia en los platos.

—¿Dónde está el baño? —preguntó Hulda, y Karl le señaló con el pulgar el camino hacia el fondo, donde se había formado una cola en un estrecho pasillo. Por lo visto, medio Berlín había decidido aliviar allí la vejiga.

Encogiéndose de hombros, Hulda se quedó de pie a su lado y con algo de saliva en el índice se limpió a ciegas la cara. Karl sonrió. La detuvo tomándola de la muñeca y sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo muy gastado. Con un gesto delicado, del que Hulda no le habría creído capaz, la guio con el pañuelo por los pómulos y luego le puso como por casualidad la otra mano en la cintura. Los otros clientes se apretujaban a su alrededor, dándoles codazos en los costados, pero él no se dejó confundir; la atrajo más hacia sí, y de repente ella se encontró sumamente cerca de él.

Hulda vio moverse las luces cenitales en sus ojos verdes. Por una fracción de segundo reinó de repente el silencio, como si ambos estuvieran cautivos en una jaula de cristal. Luego estalló el envoltorio transparente, y el ruido del local se derramó como una ola marina en una bahía y llegó de nuevo a los oídos de Hulda. Un camarero apresurado le dio por desgracia un golpe en un lado, y el momento quedó atrás.

Carraspeó con timidez, pero sin saber qué decir.

Karl la soltó. Se inclinó por encima del mostrador y pidió cafés y dos cervezas doradas, que eran las que consumía la mayoría en ese sitio.

—¿Tiene también algo de hambre? —preguntó mientras alzaba la voz sobre el griterío.

El estómago de Hulda hacía unos extraños movimientos, pero no quería admitir que estaba nerviosa. «Tener un buen apetito era el sello distintivo de una mujer joven e independiente», se dijo para sus adentros, y asintió decidida.

—Bien. Voy un momento a la señorita del carro con los embutidos —dijo Karl, abriéndose camino hacia una chica joven con delantal a

rayas blancas y azules, que, con una sonrisa, le puso unas rebanadas de pan y embutido en un plato. Con ese cargamento, regresó y colocó esas exquisiteces delante de Hulda. Un jugoso jamón cocido y una salchicha de cerveza resplandecieron frente a ella, y de golpe y porrazo sintió un hambre voraz que emergía de la emoción y exigía sus derechos.

Se sirvió. Durante un rato estuvieron comiendo y mirándose con una sonrisa por encima del vaso de cerveza, algo turbados, en opinión de Hulda.

—Entonces, cuénteme —dijo ella, y bebió un buen trago de cerveza. El líquido se le deslizó fresco a través de la garganta, mientras en la lengua conservaba el sabor salado de la salchicha. Notó que se relajaba.

Karl, por el contrario, parecía seguir alerta. Bajo el mostrador, su rodilla se movía al ritmo de la música que salía del gramófono.

—No tengo nada que contar —dijo a la defensiva.

—Venga, hombre, si me cuenta usted algo yo también le explicaré lo que he averiguado.

—¿Cómo? —resopló él—, no me diga que sigue metiendo las narices en asuntos ajenos.

—Para mí, ya no son asuntos ajenos —replicó Hulda con vehemencia—. Vivo justo en la esquina con Winterfeldtplatz. Rita Schönbrunn era de mi barrio, una mujer a la que se hizo daño. ¿Tiene idea de cómo viven en Bülowbogen?

—Claro que sí —contestó Karl, y Hulda pudo apreciar que lo decía en serio. Por un momento se le pasó por la cabeza que el comisario, por muy culto y ocupado que pareciera, sabía algo de la pobreza en la que vivían muchos berlineses.

—Lo ve —dijo ella conciliadora—, entonces ya sabe a qué me refiero. La gente tiene derecho a que al menos se tome en serio un asesinato en su ámbito, y a que se haga todo lo posible por esclarecerlo.

—¿Y usted se siente la persona adecuada para ello?

Hulda notó que se sonrojaba. «Tiene razón», pensó. ¿Quién se imaginaba que era? Pero renunciar, no. Ahora ya no podía, por mucho que a él lo enojara.

—Ya ha corrido suficiente sangre en los últimos años. Todos ansiamos la paz —dijo—. Yo solo quiero ayudar.

—Es probable que sea un defecto profesional.

—Mira quién habla.

Se miraron a los ojos, y Hulda leyó en su iris la propia indignación.

—A veces tengo la sensación de que no quiere resolver el caso —dijo sin pensar. Pero la expresión de él desvelaba que había dado en el blanco.

—¡Tonterías! —Bebió un trago y apartó la vista—. Claro que lo quiero resolver. Pero no todo el mundo es una Bala Inquieta como mi compañero Fabricius, que no dejaría piedra sobre piedra hasta haber resuelto el caso.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Nada. Salvo que no siempre se trata de rapidez. Pero eso no lo sabe esa gente joven que solo tiene en mente su carrera y que ha de batir el hierro mientras está caliente.

—¿Su asistente pretende superarlo a usted? ¿Y eso le da miedo?

Hulda notó que de nuevo había acertado. Pero en lugar de alegrarse en secreto, de repente Karl le dio pena. Descansó la mano, ligera como una pluma, sobre el brazo del comisario.

—Yo puedo ayudarlo. ¿Por qué no me deja?

Él inspiró hondo.

—Está bien —dijo al final—, vomite. Tal vez sea usted un genio de la criminalística. ¿Qué sabe?

—No mucho —admitió Hulda—. Solo una nimiedad. Hay una chica, Lena. Vive en la calle. Es una de los muchos huérfanos de guerra, y me temo que se prostituye. En cualquier caso, conocía a Rita. Y tengo un sentimiento extraño con respecto a ella.

—¿Por qué?

—Creo que no me cuenta todo lo que sabe. A lo mejor no miente, pero oculta algo. Al mismo tiempo, me parece que… —Hulda se interrumpió y pensó que él la tendría por una exagerada si seguía hablando.

—¿Sí?

—Suena raro, pero tengo la sensación de que me sigue.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Yo tampoco lo sé. A lo mejor me equivoco.

Le pasó por la cabeza hablarle de esa rara amenaza que Lena le había lanzado al despedirse. Pero eso reforzaría los argumentos del comisario, pensó luego, y se contuvo en el último segundo. Consolidaría su opinión de que una comadrona no tenía nada que ver con el esclarecimiento de un asesinato, que debía mantenerse al margen porque era demasiado peligroso. Por supuesto, eso era una tontería, hasta el momento parecía todo tan inofensivo como una sesión de tarde en el cine. Pero ¿cómo podía explicárselo?

Movió la cabeza y se volvió hacia el vaso de cerveza, pero vio que ya estaba vacío. A su alrededor, la gente hablaba a voz en grito por encima de los platos; el local estaba más lleno que cuando habían entrado, y todavía había más alboroto. «Se acabó la semana laboral», pensó Hulda. Viernes noche. La locura diurna había llegado a su fin salvo para sí misma, que trabajaba de comadrona día y noche, y también los domingos. Pero hoy ya no. Había llegado el momento de

darse un respiro.

Se volvió hacia el hombre de detrás de la barra y pidió dos coñacs, que en un abrir y cerrar de ojos ya tenían delante. Empujó con cuidado una copa llena hasta el borde hacia Karl. Él pareció dudar un momento, pero luego brindó con ella y bebió. Hulda tomó también un trago y sintió un cálido ardor en el pecho. Se pasó la lengua por los labios.

—Rita Schönbrunn. —Hulda había retomado el hilo—. Parece haber sido una especie de madre protectora para el barrio. No solo era amiga de Lilo Schmidt y se permitía de vez en cuando tomar un traguito con la portera, sino que también cuidaba de Lena. La chica me explicó que había estado a menudo en su casa.

Karl rio, aunque no parecía que fuera de alegría.

—Entonces es probable que esa putilla sea la autora de la muerte de su maternal amiga: ¡se disputaban los clientes!

—¡Es absurdo! —exclamó Hulda cortante—. No podían hacerse la competencia. Lena atraía a los pedófilos, y Rita a los tristes que tenían que llorar las penas a mamá. Por cierto… ¿su madre no le enseñó que hay que utilizar una servilleta? —Se inclinó hacia él y señaló una mancha amarilla que la mostaza le había dejado en los pantalones grises.

—Mi madre no me enseñó nada. No me quería.

Hulda lo miró sorprendida. Suponía que debía de sonar frívolo, pero en su voz había un eco de amargura, como una sirena de niebla.

—Es espantoso —dijo con cautela—. ¿Y en nuestro amable breve encuentro en el puente me dejó hablar largo y tendido sobre mi madre sin desvelar que también usted ha tenido malas experiencias con un ejemplar del mismo tipo?

—Yo no hablaría de «experiencias» —puntualizó Karl. Tenía cara de haber mordido algo ácido—. Para ser precisos, ahí reside el problema: no me dio ninguna posibilidad de experimentar nada.

—¿Y eso?

Pareció encogerse, miró a derecha e izquierda y se inclinó después junto a su oído.

—Soy huérfano, un bastardo al que se abandonó.

Sus palabras tenían un tono tan melodramático que Hulda casi se echó a reír. Pero por fortuna se controló, le habría hecho daño. Lo que para alguien ajeno parecía tonto y ridículo, podía proyectar una larga sombra sobre la vida de uno mismo. A ella tampoco le gustaba recordar su infancia. Por eso, se apresuró a añadir:

—Sabe, no es ningún estigma. No es usted el único. —La misma Hulda notó lo poco consoladoras que sonaban esas palabras.

—¡Eso tal vez lo diga usted sin ningún tipo de preocupación, pero para mí sí lo es! ¿Cómo se sentiría usted si tuviera que explicar al

mundo entero que su madre la odiaba tanto que la abandonó siendo una recién nacida?

—Es horrible. Pero usted no puede hacer nada por enmendarlo.

—Es posible. Aunque opino que, a pesar de todo, nadie lo debe saber.

—Entonces, ¿por qué me lo ha contado a mí?

Karl miraba la madera del mostrador sin pestañear, y Hulda se percató de que ya se arrepentía de haberle hecho partícipe de su origen.

—No quiero que me compadezcan —declaró él con voz ahogada—. A fin de cuentas, a mí me ha ido bien. Pude estudiar y llevo una buena vida. No hay razones para hacer un drama.

Hulda calló y pensó que lo subrayaba con tanta vehemencia porque en realidad sentía lo contrario. El carácter arisco, la tendencia a las respuestas afiladas, todo ello era consecuencia de haber sido abandonado y de sentir que continuamente debía defenderse.

Le preguntó en voz baja:

—¿Así que nadie lo sabe?

Él negó con la cabeza

—Y espero que siga así. Le pido por favor que proteja esta información confidencial.

Su conversación había adquirido un extraño envaramiento, un tono formal. Hulda contempló las finas líneas que se dibujaban en el rostro del hombre, de la nariz a la boca. Habían estado tan cerca el uno del otro hacía un instante que ella había pensado… Y ahora él se comportaba como si fueran dos completos desconocidos.

Se ciñó la chaqueta.

—Tengo que irme a casa. Ha sido un día duro y agotador.

—No parece cansada. —Hulda creyó percibir cierta ternura en sus palabras. Pero a pesar de eso quería marcharse. El comisario le provocaba una constante agitación, sin embargo, pensaba que se debía controlar.

Entonces recordó algo.

—¿Ya ha interrogado a ese tal Pedro?

—Eso no es asunto suyo, señorita Hulda.

Acentuó el «señorita», lo dilató como goma arábiga, como si le tomara el pelo. Además, la miraba con severidad, con esa mirada a través de los cristales de las gafas, como si él fuera el profesor y sentara cátedra.

—Se lo advierto —dijo—. Manténgase lejos de ese hombre. Es posible que sea peligroso. Deje que la policía realice su trabajo, y no se haga más la heroína, joder.

—Estupendo —respondió ella al notar que se estaba enfadando. Ya estaba harta de jugar al ratón y al gato, y también de sus lecciones—.

¿Cuánto le debo?

—¡Por favor! Era una invitación —contestó él con un deje de satisfacción. Como si hubiese ganado.

¿Así que ella tenía que darle las gracias? No lo consiguió, se limitó a inclinar la cabeza de manera que fuera un gesto lo más mayestático posible. Luego se dio media vuelta para marcharse.

Le ardían las mejillas cuando se abrió camino entre los parroquianos que la rodeaban para salir al exterior.

En la Alexanderplatz, cuando oyó unos pasos rápidos detrás de ella, no quiso creer que su esperanza secreta fuera a hacerse realidad. Pero entonces sintió, en efecto, que la agarraban por el brazo y la detenían. Reaccionó enseguida al contacto de Karl, como si los dedos de él le hubiesen provocado una descarga eléctrica.

Se dio media vuelta y chocó contra él. Casi se cayó, pero él la sujetó, la estrechó contra sí y la besó. Hulda cerró los ojos y hundió las manos en el cabello de él. Le sostuvo la cabeza para que él no dejara de besarla y se internó en una suave oscuridad. Sintió que él la apretaba contra su cuerpo, sintió el corazón del comisario latirle contra las costillas. Un campanillazo los desgarró al uno del otro.

El tranvía pasó por la plaza solo a unos pocos centímetros de ellos. Hulda se tambaleó ligeramente, como si hubiese bebido mucho más que una cerveza y un coñac.

Karl parecía como tocado por un rayo.

—Disculpe —dijo al ajustarse las gafas—. No era mi intención.

Hulda lo miró sin dar crédito. ¿De verdad que describía su beso como un producto del azar?

—No hay de qué preocuparse —dijo más tajante de lo que pretendía. Giró sobre los talones y atravesó a paso ligero la Alexanderplatz. No la atropelló un trolebús por los pelos. Con el corazón desbocado siguió a la carrera, sin mirar a su alrededor y haciendo un gran esfuerzo por mantener la cabeza lo más alta posible, hasta llegar a la estación de tren.

20

Viernes, 9 de junio

CUANDO HULDA SE miró en el espejo, no se reconoció. Llevaba los labios pintados de un rojo intenso y rímel negro en las pestañas. Su cabello oscuro, que había alisado con aceite, semejaba el plumaje de un cuervo alrededor de su elegante rostro.

Si no fuera por esos extraños ojos que no podían decidir hacia dónde mirar, habría reflexionado un instante y se habría insultado por ser tan tonta. A fin de cuentas, no quería parecer una modelo, sino solo impresionar a alguien que no le importaba.

Lo había estado pensando bastante y al final no se había decidido por el vestido negro de charlestón, sino que se había puesto el plateado. Este había visto días mejores. Hacía un par de años que se lo había regalado, por sus servicios como comadrona, una modista que lo había tomado «prestado» del fondo de un pequeño teatro para el que arreglaba el vestuario. Sin embargo, a pesar del dudoso origen y a las huellas de haber sido usado, no fallaba. Era un vestido estilo *flapper* muy escotado y con perlas plateadas cosidas sobre el pecho, la espalda y la falda, que, como una borla deslumbrante, llegaba hasta la pantorrilla con los flecos. Ese año las faldas eran más cortas que nunca, algunas jovencitas las llevaban hasta las rodillas: un auténtico escándalo. Pero una mujer adulta también hacía un acto de atrevimiento si la falda le llegaba hasta la pantorrilla.

Hulda saludó con una suave inclinación de cabeza a la imagen del espejo y se puso en marcha a través de las oscuras calles, rumbo al barrio de Bülow. En aquella ocasión tenía ante sus ojos un objetivo claro. Con cada paso que daba, los pesados hilos del vestido brincaban y bailaban, rozándole la piel. En esa época de vacas flacas no tenía dinero para medias, así que, como hacían muchas berlinesas, se dibujaba sin vacilar la costura en la piel con un trozo de carbón. Bastaba con eso.

Sus piernas, pensó Hulda con orgullo, eran tan lisas y blancas que parecía llevar una seda artificial fina como la piel.

Saltó por encima del bordillo con demasiado entusiasmo y estuvo a punto de aterrizar sobre los adoquines. Miró a su alrededor jadeante, por si había habido testigos de aquel poco elegante traspié, pero no había nadie alrededor.

De todos modos, pensó, con esa indumentaria nadie reconocería a la eficiente señorita Hulda que estaba al servicio de todos durante el día. Y esa era también la causa de aquel montaje. Eso y el hecho de que había emprendido una misión secreta.

De repente su propósito le pareció totalmente loco. Loco y peligroso. Pero entonces pensó en Lilo, en Lena y en las mujeres de Bülowbogen. Y también en la mirada burlona de Karl cuando le preguntó que qué iba a hacer ella con su caso. Estaba harta del tonillo aleccionador que empleaba. ¿Cómo lo había dicho? ¿Que iba de «heroína»?

Pero si ella no indagara, ella y ese asistente con ese nombre tan raro, que por lo visto no era un cretino, el caso de la muerte de Rita no tendría ninguna posibilidad de ser resuelto, pensó con terquedad.

Enderezó la espalda y se pasó nerviosa la lengua por los labios pegajosos, hasta que recordó que no debía borrar el pintalabios. Cerró a toda prisa la boca y prosiguió su camino. Solo esperaba no volver a tropezar con el ladrón de pelo casi blanco, tenía pocas ganas de coincidir con él.

Las ventanas de los semisótanos que albergaban las tabernas del barrio estaban abiertas. Del interior emergía una luz cálida. Hulda oía los tacones golpear el suelo al mismo ritmo que su corazón. Unos retazos de música llegaban hasta la calle para desgarrarse en el aire y perderse en el cielo nocturno.

Tan familiar como le parecía esa zona de día, le resulta extraña de noche. Como si tras ponerse el sol surgieran de las grietas duendes y espectros que empezaban a poblar las calles. Como si el Berlín nocturno fuera un hermano gemelo del de día, aunque más oscuro y risueño, cuyo rostro brillaba prometedor, pero que en cualquier momento pudiera contraerse en una mueca.

Pero estaba decidida a encontrar a Pedro. Aunque, ¿cómo? Recordaba su cuerpo macizo, la pronunciación siseante que marcaba la erre; pero no la cara, que no vio ese día, cuando amenazó a Magda. Volvió a estremecerse, percibía el miedo subiéndole por la espalda como una advertencia muda. Llegó vacilante hasta la puerta por la que ese hombre había desaparecido aquel día. Ninguna placa permitía reconocer que allí detrás se escondiera algo más que una vivienda normal. Había que descender tres escalones. No había timbre, solo una aldaba.

Hulda reunió fuerzas y levantó el aro de latón para dejarlo caer. Ahora veía que la aldaba representaba la cabeza de un lobo.

En la puerta se abrió con un crujido una mirilla que Hulda no había advertido antes. Un par de ojos azules la miraron en silencio.

—Buenas noches —dijo Hulda, y se irritó por el ligero temblor de su voz. Carraspeó y dijo con más énfasis—: quiero hablar con Pedro.

El orificio se cerró sin que nadie contestara. Luego Hulda oyó detrás de la puerta unos susurros que parecían alejarse. Estaba a punto de rendirse y darse media vuelta, cuando en el interior corrieron un pestillo y la puerta se abrió levemente.

Una mujer vestida de negro miró escéptica a Hulda. No iba maquillada y llevaba las trenzas rubias recogidas sobre la cabeza. Hulda se quedó impresionada. Esa mujer parecía una estenotipista, y no la recepcionista de un establecimiento ambiguo que Hulda esperaba encontrar detrás de esa puerta.

—Entre —dijo, y Hulda notó por su acento que debía de ser rusa—. Hay corriente de aire.

Hulda sintió que la agarraban con brusquedad del brazo y tiraban de ella hacia el interior. La puerta se cerró, de nuevo corrieron un pestillo. Cuando Hulda miró a su alrededor su sorpresa creció. El espacio, antes una tienda, estaba encalado y casi vacío. Solo había una mesita negra en el centro con un jarrón delgado del que se alzaba un lirio enorme que emanaba un perfume embriagador. Un hombre con el cuello de toro se había metido a presión en un estrecho canapé de terciopelo, también negro, que amenazaba con desmontarse bajo su peso. Sostenía un vaso de aguardiente. No se levantó cuando entró Hulda, sino que la miró con aparente indiferencia, aunque a ella le pareció que bajo la camisa almidonada se le tensaban los músculos, como si fuera a saltar de un momento a otro.

Lanzó una mirada a la rubia recepcionista y arqueó las cejas, como si le hiciera una pregunta muda, y ella asintió. Por lo visto, sabían algo que Hulda ignoraba.

La mujer le tendió una libreta encuadernada en piel.

—¿Nombre? —preguntó, y le señaló que lo escribiera en una página vacía. ¿Se podía proteger la identidad del visitante al destinar a cada uno una página propia?

Hulda garabateó obediente su nombre, aunque pensó por un instante si debía utilizar un seudónimo. Pero la intuición le indicó que con la verdad llegaría más lejos. Ese tal Pedro no parecía dejar nada al azar, y con toda probabilidad pillaría con rapidez cualquier mentira, por pequeña que fuera, y echaría por tierra los planes de Hulda. Ante esa ocurrencia, estuvo a punto de echarse a reír como una histérica. ¿Qué planes?

—Y bien, señorita Gold —dijo la recepcionista después de descifrar el nombre de Hulda en el cuaderno—, me llamo Galina. Por favor, espere aquí.

Sin añadir nada más, desapareció por el pasillo. Hulda escuchó cómo se perdían sus pasos. A lo lejos crujió una puerta, luego una segunda vez. Los pasos volvieron a aproximarse. Las trenzas rubias aparecieron de nuevo.

—Pedro la recibirá en el Salón Verde —anunció Galina con un gesto invitador en dirección al pasillo. Hulda se internó vacilante en el corredor, del que salían varias puertas. Todas estaban cerradas. Al pasar de largo junto a ellas, creyó escuchar en una o dos ocasiones unas voces detrás, y también música que procedía de un gramófono. Siguió avanzando nerviosa hasta llegar a la última puerta, que estaba entreabierta. Una luz mortecina caía sobre la gastada alfombra persa que cubría la tarima de madera.

—Entre —indicó una voz que Hulda enseguida reconoció. La última vez había dicho: «Entonces te mataré a tiros».

Cruzó el umbral y se encontró en una sala de estar decorada con un sorprendente buen gusto. Unas pesadas cortinas verdes prohibían el paso de la noche. La numerosa presencia de pantallas distribuía una luz suave que se quebraba en los marcos de oro de los cuadros y sobre los estucados dorados del techo y el suelo. En un gran sofá, forrado de terciopelo marrón oscuro, estaba sentado un hombre. Pedro. Llevaba bigote e iba vestido de negro de la cabeza a los pies.

«Casi como un sacerdote», pensó Hulda consternada.

En la mano izquierda le brillaban dos anillos de oro. Había cruzado de forma relajada una pierna sobre la otra. Seguía con el pie el ritmo del tango, que surgía con tal discreción del gramófono que hasta ese momento Hulda no se había dado cuenta de la música.

Pedro la miró de arriba abajo sin el menor disimulo y asintió luego de un modo casi imperceptible. Señaló un sillón, y ella se sentó. Al hacerlo dejó adrede que los flecos del vestido se separasen de modo que sus piernas quedaran a la vista. Pedro la miró con aprobación, se levantó y cogió del carro de servicio dos copas de cristal. De una jarra ya preparada vertió un líquido dorado y le tendió a Hulda una de ellas.

Pensó durante un instante en rechazarla. Sin embargo, necesitaba algo para calmar los nervios. Y Pedro no era un hombre al que dar calabazas desde ningún punto de vista. Pese a su altura y volumen, se movía por la sala con la elegancia de un depredador. Su brillante bigote negro estaba cuidado a la perfección, y los ojos oscuros le resplandecían como trozos de carbón en el rostro más bien redondo. Brindó con ella, y Hulda vio que uno de los anillos era como la aldaba de la puerta de entrada, aunque mucho más pequeño: una cabeza de lobo de oro engastada en la joya.

—¿Cómo te llamas?

—Hulda Gold.

Pedro rio por lo bajo.

—¡Estos alemanes! Aunque el apellido no debe de ser prusiano… — Se detuvo como a la espera de algo, pero Hulda no le hizo el favor, sino que se limitó a mirarlo fijamente.

Pedro arqueó las cejas y se sentó.

—Ya se me ocurrirá un nombre mejor para ti. Más tarde.

Hulda se quedó desconcertada. ¿Para qué pensaba que estaba ella allí?

—Y bien, ¿te gusta esto, Hulda? —Señaló la habitación.

—Es muy bonito —respondió ella insegura.

Los ojos de Pedro brillaron burlones, pero también halagados.

—Es mi pequeño palacio —dijo—. Solo una clientela selecta, nada de clientes de paso. Todo exquisito, nada de esa porquería que trabaja en la calle. Lo que los negocios de Unter den Linden pueden hacer, también podemos hacerlo nosotros aquí, ¿no crees?

Hulda asintió sin acabar de entender. ¿Se refería con «porquería» a las prostitutas de la calle?

—Por supuesto, todo tiene su precio —prosiguió Pedro—. Nuestros clientes se rascan el bolsillo, pero a cambio obtienen a una muchacha limpia, sana, cultivada e ingeniosa. Nada de chicas que llevan seda artificial para aparentar, sino mujeres con control sanitario, pero no cualquiera. Chicas realmente especiales.

—Entonces —preguntó con prudencia Hulda—, ¿es detrás de todas esas puertas donde se encuentran esas muchachas exquisitas?

Pedro asintió con orgullo, como si ella lo hubiese felicitado por su negocio.

—Pero también las pequeñas furcias de la calle trabajan para mí. No hay nadie que me pase por alto. Más vale poco que nada, se dice en este entorno, ¿verdad? Pero lo de aquí dentro es distinto. Es mi reino, mi «palacio de los deseos». Los clientes solo vienen por recomendación. Cada salón tiene un color distinto: rojo, violeta, amarillo. Al gusto de los clientes. Y cada chica tiene una habilidad particular que la distingue de todas las demás. Alexandra es nuestra contorsionista; Pauline domina el empleo de la fusta, y el beso francés de Liliana no tiene parangón. Sé de qué estoy hablando. No puedo permitir que los clientes reciban un trato de segunda clase.

Pedro soltó una risa fría, y Hulda tembló. Se levantó, se acercó a ella y le arrancó la copa de la mano. Entonces, para sorpresa de Hulda, se arrodilló delante de ella y le pasó el dedo sobre la rodilla desnuda.

Cuando Hulda retrocedió, le agarró con rapidez la cara con las dos manos y la forzó a abrir la boca. A continuación, le estudió la dentadura como si fuera una yegua en el mercado del ganado.

—Bellísima —dijo con manifiesta satisfacción y le dio una palmadita en la mejilla—. Pareces un poco estrecha, conejito, con ese pelo negro y esa cara tan seria, pero algo así también falta en mi colección. El tipo intelectual, una belleza triste. Y tus ojos, son fantásticos, simplemente. ¡Tienen su aquel! Me interesa.

Hulda se lo quedó mirando e intuyó por qué la habían dejado llegar hasta él sin poner objeciones. Ya iba a protestar, a decir que era un malentendido, pero en el último segundo se lo pensó mejor.

«La única posibilidad de sonsacar información —pensó con desagrado—, sería jugar su juego.» Si ahora le decía que solo era una fisgona la pondría de inmediato de patitas en la calle, o incluso algo peor.

Sonrió con toda la coquetería que era capaz y se sintió como la mayor impostora. Lo que era en realidad.

—Me alegro.

—Si te ha enviado el Barón Rojo, ya conoces las condiciones y el precio —dijo Pedro al regresar a su lugar en el sofá.

Hulda respiró con alivio. Su cercanía le había resultado de lo más desagradable. Asintió con levedad e intentó actuar como si conociera al intermediario con ese nombre fantástico y estuviera informada de todo.

—Cuando empleo a una nueva, la formo desde el principio —advirtió Pedro mientras encendía un grueso puro. Dio unas caladas regulares a la vez que observaba a Hulda con sus ojos negros—. Entonces, ¿quién eres tú? ¿Qué tienes para ofrecer? ¿Qué sueños puedes hacer realidad? —Cuando Hulda iba a decir algo, levantó la mano—. Espera, no tienes que contestarme. Vamos a conversar, después sabré qué nombre ponerte. Y a una conversación refinada le corresponde una sabrosa comida.

Se levantó de nuevo y entreabrió la puerta.

—Galina —gritó en el pasillo, y unos segundos más tarde apareció la mujer de las trenzas rubias con una bandeja de plata, como si no hubiese hecho más que esperar ese momento. Colocó caviar y fresas en la mesa del centro y se retiró sin pronunciar palabra.

A Hulda le temblaban las rodillas. Pero también sentía una curiosidad tremenda. ¿Quién era ese Pedro? ¿Cómo era posible que viviera ahí en la clandestinidad como un rey, que en medio de la noche dispusiera de aquellas exquisiteces, pero que se sintiera amenazado por una puta de tercera clase como Rita Schönbrunn? ¿Qué sabía ella de él?

—Sírvete, conejito —dijo Pedro.

Hulda se levantó, puso un montón de caviar en el pan blando y se llevó el bocado a los labios. Era un sabor delicioso, pero tenía la garganta sellada. Pensó un instante en cómo debía comportarse, y decidió jugárselo todo a una única carta.

En lugar de volver a su sitio, se sentó junto al perplejo Pedro y lo miró profundamente a los ojos.

—¿Quieres saber quién soy? Primero tienes que decirme quién eres tú. —Pasó al tuteo porque sentía que una fingida familiaridad era la

única vía posible.

Él rio, pero Hulda creyó ver que la seguridad en sí mismo se resquebrajaba unos milímetros.

—No me vengas con jueguecitos, bonita —dijo él. Pero ella le acarició con suavidad por encima de la tela negra que le envolvía el brazo, se quitó los zapatos y dobló las piernas para colocarlas encima del asiento.

—Cuéntamelo todo de ti —insistió, intentando dar a su voz un tono cálido y oscuro—. Entonces verás cuál es mi mayor habilidad.

—A lo mejor tienes razón —dijo Pedro, de repente reflexivo. Vació su copa—. Siempre aparece algún cliente que me pregunta con qué chica se puede «hablar». Hablar de todo parece ser su anhelo secreto. —Él la miró con desconfianza—. Pero no te pienses que basta con hablar, conejito, eso solo funciona como accesorio secreto para un auténtico buen número, ¿entiendes? De lo contrario, estás en el sitio equivocado.

Hulda asintió con toda su capacidad de persuasión y miró hacia la puerta con el rabillo del ojo. Luego dirigió de nuevo la vista a los ojos negros.

—¿Qué es lo que deseas más que cualquier otra cosa en el mundo? —preguntó en voz baja, casi en un susurro. Vertió el líquido y le ofreció la copa llena. Ella misma dio un sorbito a la suya.

Pedro emitió una risa ronca y entrelazó los dedos entre los flecos del vestido. Eso provocó en Hulda una desagradable piel de gallina, nada que ver con cómo había reaccionado su cuerpo cuando Karl North la había tocado. Titubeó un instante al pensar lo que él diría si la viera ahí, en la boca del lobo. No obstante, alejó esa idea de su mente. Ahora necesitaba toda la concentración posible.

—No tan deprisa. —Hulda le dio un golpecito juguetón en los dedos.

Pedro suspiró y retiró la mano, parecía gustarle que ella fingiera cierta inaccesibilidad.

«Si eso es lo que busca, puedo dárselo», pensó ella.

—¿De verdad que no hay ninguna otra mujer en este colorido ramo que tenga esa habilidad? —preguntó con un parpadeo ingenuo. Y al hacerlo le puso su vaso en la boca. Él lo vació de un trago y lo volvió a llenar del todo.

—¿Te refieres a lo de hablar? Sí, Rita la tenía —respondió Pedro sin pensar. Luego una sombra le pasó por el rostro—. Pero no te preocupes, conejito, está muerta. Ahora tú disfrutarás del monopolio aquí, en la Bülowstraße.

Hulda iba a insistir, pero entendió que el tiempo corría a su favor si no se impacientaba demasiado. Observó a Pedro tomar otro trago, jugar con los flecos de la falda, y se mantuvo en silencio.

Al cabo de un buen rato, preguntó en voz baja:

—¿Rita? ¿Quién era?

Pedro vació la copa.

—Un pobre vejestorio —contestó. Sus ojos habían adquirido un brillo vidrioso—. Estaba en las últimas. No era ninguna belleza, ni una profesional, ¿sabes?, sino solo una mujer con un pasado feo. Pero, de algún modo, hacía felices a los hombres.

—¿Cómo?

—¿Por qué preguntas? —Ahora la miraba con recelo.

—Quiero aprender —replicó enseguida Hulda.

—Déjalo estar, conejito. —Hizo un gesto de rechazo—. Rita tenía sus virtudes, pero no debes copiar ninguna de ellas. Tú tienes otras cualidades, hazme caso.

Volvió a servirse y brindó con ella. También Hulda dio un sorbo a su vaso y dejó pasar un par de minutos en silencio antes de seguir preguntando con cautela.

—¿Trabajó aquí para ti? ¿En el Palacio de los Deseos?

Él soltó una áspera carcajada y dejó la copa con un tintineo. Le temblaba un poco la mano. Hulda se sorprendió. Un hombre como Pedro debía de estar acostumbrado a beber mucho. Entonces su mirada se detuvo en una ampolla marrón que había rodado bajo el sofá, sobre el kilim de colores, y estaba a sus pies. Aquello explicaba ese comportamiento.

—Ni hablar —dijo Pedro—. Aunque le habría gustado, quería salir de la calle, como todas. Pero no tenía ninguna posibilidad, era demasiado vieja y estaba muy hecha polvo. A los que mejor atendía era a los tímidos y a los solitarios, eso tengo que admitirlo. Siempre preguntaban por Rita la Rápida, que enseguida les hacía el servicio y luego les tendía la mano. Pero aquí dentro también se busca la belleza.

Tomó con dos dedos un mechón del cabello corto de Hulda y lo olfateó. El olor fuerte de agua de afeitar le subió amenazador hacia la nariz. Llevaba además una buena borrachera, ya habría bebido bastante antes de que ella entrara en la sala. Y encima la morfina. Ahora Pedro parecía estar totalmente fuera de la realidad.

—¿Así que tuvo que quedarse en la calle? —continuó Hulda—. ¿Por qué murió?

—Tú no eres del barrio, ¿verdad? —Pedro empezaba a balbucear. Arrastraba las palabras—. ¿No has oído hablar del cadáver del canal? Alguien la tiró al agua. Pero a lo mejor se tiró ella. Desearía… —Se interrumpió y tosió.

Hulda observó sorprendida lo afectado que parecía, como si lamentara la muerte de Rita.

—¿Y por qué iba a saltar? —insistió.

—Nos peleamos —respondió Pedro, que parecía haber olvidado que era él quien debía sondear a Hulda, y no al revés. Tenía la mirada errante.

—Quería presionarme para que le diera más dinero, pero me negué.

Hulda mantuvo la respiración. De paso, le volvió a llenar copa, la jarra estaba casi vacía.

—A lo mejor saltó al canal por mi culpa. Pero Rita y yo éramos viejos conocidos. Sabía de dónde vengo, me cuidó cuando yo estaba deshecho. No se lo merecía… Ahogada como un perro.

Hulda le acarició con ternura la mejilla y sonrió tan triste y compasiva como fue capaz. Él le devolvió conmovido la sonrisa y se recostó con un suspiro en el sofá.

—Sabes hacerlo muy bien, conejito —dijo con el rostro hacia el techo y los ojos cerrados—. Sabes escuchar.

—Cuéntame —respondió Hulda con voz dulce—. ¿Por qué estabas deshecho? ¿Un tipo como tú?

Calló con obstinación, y Hulda pensó que se había dormido. Pero entonces Pedro abrió los pesados párpados.

—Voy a morir —dijo sin preámbulos, mirándola con los ojos lacrimosos.

Hulda se estremeció.

—¿Morir?

—Tengo sífilis. Esa enfermedad no se puede curar. Los médicos dicen que pronto entrará en la fase final. —Balbuceaba y le temblaba la voz—. Tendré espasmos, me olvidaré de quién soy. El cerebro se consumirá, se convertirá en puré. Entonces te mueres. Probablemente eso sea al final una liberación.

Una lágrima solitaria le rodó por el rostro rasurado hasta el bigote. Hulda lo observaba estupefacta. ¿Era ese el proxeneta sin escrúpulos que asesinaba a las chicas cuando le resultaban molestas?

No se atrevía a respirar, solo esperaba a que él siguiera hablando. Había percibido que Pedro había llegado a un estado en el que la mezcla de medicamentos, el alcohol y la autocompasión por fin le había soltado la lengua.

—Estuve en Dalldorf, en el manicomio. En el año 1915. Antes me habían encerrado en la cárcel, pero los médicos decidieron ayudarme. O mejor: dijeron que estaban experimentando, que podía infectarme con la malaria cuando la enfermedad llegara a la fase final para detener la pa… parálisis. —Se atascaba con esas palabras poco habituales—. ¡Pero no voy a permitirlo! Quiero morir con dignidad cuando llegue el momento, no como un animal. —Se le quebró la voz.

—¿Y Rita? —preguntó Hulda.

—Rita era la luz en la oscuridad, la cuidadora más amable de todas. Sin embargo, pronto me diagnosticaron incurable y me dejaron salir.

Me dijeron que podía durar años. Así que me monté esto para ir viviendo. Más tarde, cuando Rita se plantó delante de mí en Bülowknick y me pidió trabajo porque los señores tan finos de Dalldorf la habían echado, le di una oportunidad. Pero después me amenazó con desvelar mi secreto. ¡Nadie chantajea a Pedro!

Se puso en pie vacilante. También Hulda se levantó. Pese a su altura, tenía que levantar la vista hacia él.

—¿Por qué te cuento todo esto? —Bajó la vista, amenazador, hacia ella—. ¡Como te atrevas a decir algo…! —De repente su voz era gélida. La agarró de la muñeca y la apretó tanto que el sello que llevaba en el dedo se clavó dolorosamente en la piel de Hulda.

—¿La mataste tú? —preguntó ella. Sabía que tenía que frenar, poner pies en polvorosa y salir disparada de allí. Pero tenía que saberlo.

Pedro la miró. Luego le soltó la mano, como si de repente le repugnara.

—No —contestó.

Hulda sintió que decía la verdad.

—A ella, no —añadió.

Y al oír esas palabras, ella tampoco dudó ni un segundo de que lo afirmaba en serio. Sintió un escalofrío y bajó la vista. Pero Pedro la cogió por la barbilla, se la apretó y la forzó a mirarlo.

—¿Quién eres tú? —preguntó. Por lo visto se había dado cuenta de lo insensato que había sido contándoselo todo—. ¿Qué andas fisgando por aquí? ¿Eres de la pasma?

—No —respondió, y ella misma oyó que su voz sonaba como un soplo en el que temblaba la mentira—. Tienes que creerme, no soy nadie importante. Solo necesito dinero.

—Mientes.

Hulda sostuvo la mirada y asintió.

—Soy una vieja amiga de Rita. —Había recurrido a la mentira piadosa que estaba más próxima a la verdad—. Quiero entender qué ocurrió. Pero tú no eres quien la mató, ahora lo sé.

Pedro todavía la agarró por la cara con más fuerza, a ella le dolía la barbilla.

—Me haces daño —dijo entre dientes.

—Eso es lo que quiero, conejito —dijo Pedro. Ya no balbuceaba como hacía un instante; su voz era helada como el acero, y Hulda tembló de frío.

Supo de repente que esa vez iba a pagar por su curiosidad. Volvió a pensar en Karl y en su advertencia. ¡Cómo podía haber sido tan estúpida de meterse sola allí! Se apartó a un lado, pero Pedro no la soltó, sino que, con la voluminosa fuerza de su cuerpo, la forzó a volver a sentarse en el sofá.

—¡A mí no me tomas el pelo, lo oyes! —exclamó, inclinándose sobre ella y agarrándola burdamente del pecho—. Vamos a ver si eres tan buena como afirmas. O no podrás ni trabajar fuera, en la calle, cuando haya terminado contigo.

Con un único gesto, casi negligente, le desgarró la tela del vestido.

Hulda gritó:

—¡Suéltame!

En el acto le propinó tal bofetón en la cara con el dorso de la mano que la cabeza le viró hacia un lado y vio por un momento las estrellas. Los labios le sabían a sangre. A continuación llegó el siguiente golpe, que la arrojó de espaldas sobre el sofá.

Intentó escapar aterrada, pero Pedro se lanzó sobre ella y le metió la mano por debajo de la falda mientras la sujetaba con la otra. Ahora Hulda enloquecía de miedo.

«Así es como se siente una —pensó con una extraña lucidez—, cuando está desamparada, sola y abandonada como un animal en una trampa.»

Nunca había vivido una experiencia similar. Y solo ella era culpable.

De repente llamaron a la puerta.

—¿Pedro? —la voz de Galina penetró por la puerta cerrada.

Pedro dudó un instante, tiempo suficiente para que Hulda se escapara por debajo de él y se pusiera en pie de un salto. Las mejillas le quemaban y en el labio le palpitaba un agudo dolor. Entonces la puerta se abrió y por ella asomó la cabeza rubia de la recepcionista.

Galina miró a Hulda y a Pedro y frunció discretamente el ceño.

—Tenemos un acuerdo. No lo olvides —advirtió.

Hulda tomó nota, perpleja, de la furia contenida que escondía su rostro liso.

—Esta putilla me ha sonsacado —señaló Pedro, casi disculpándose.

—Déjala marchar —dijo Galina, que desapareció tan deprisa como había llegado. Suponía, por lo visto, que la orden sería obedecida.

Pedro gruñó y se levantó con un gemido. Volvía a dominar la expresión de su cara, pero en sus ojos había algo que seguía avivando el miedo de Hulda.

—Ya lo has oído —farfulló mientras señalaba la puerta—. Admito que tienes un encanto que los clientes me compensarían con oro, pero eres demasiado peligrosa para mí. Así que lárgate y no vuelvas más. —Escupió en su dirección—. Esta vez has tenido suerte. Pero la próxima…

Hulda reaccionó enseguida. Con todo el control que fue capaz, salió del salón sin despedirse para internarse en el pasillo. Se palpó con cuidado el labio hinchado. Luego se sujetó el vestido por delante, donde la ropa colgaba hecha un jirón.

A través de la rendija de una puerta entornada surgía un resplandor

rojo y unos suspiros ahogados.

Hulda se apresuró para llegar hasta el recibidor y casi chocó con Galina, que la miró impávida, como si no hubiese ocurrido nada. Pero cuando Hulda iba a pasar de largo sin decir nada, la rusa la agarró del brazo. Para ser una mujer tan delicada, tenía una fuerza sorprendente.

—Tiene un ángel protector, señorita Gold —dijo con una voz tan amable como si se tratara de una conversación confidencial—. Pero hasta un ángel se cansa y desatiende. Tenga cuidado. Y ahora, suelte la lengua: si no es una puta, lo que yo no me trago, ¿quién es usted?

Hulda dudó. Las uñas de los dedos de Galina se le hundieron aún más en la piel.

—Yo… yo soy comadrona, en Winterfeldtplatz.

Galina la soltó, como si de pronto el brazo la quemara. Por un instante, las pestañas claras le temblaron; parecía sorprendida, incluso asustada. Luego su rostro inmaculado se volvió liso e impenetrable.

—Márchese —dijo. Fue solo un susurro.

Hulda no se lo hizo repetir dos veces. Abrió la puerta y se precipitó al exterior.

La calle estaba desierta, todos los noctámbulos estaban o bien de juerga en las profundidades de un garito o en casa desde hacía tiempo. Justo lo que Hulda deseaba en ese momento. Corrió a lo largo de la calle como un niño asustado por las sombras que quieren apresarlo con sus manos espectrales.

21

Sábado, 10 de junio

HABÍA HUMEDAD EN el ambiente cuando al día siguiente, a última hora de la tarde, Hulda empujó su bicicleta al patio de la Bülowstraße. De las ventanas de las viviendas posteriores salía un hedor ácido que se mezclaba con la peste de la basura.

—Qué chula —dijo una voz áspera.

Hulda se dio media vuelta, no había visto que había alguien más. Detrás de uno de los cubos de hojalata había surgido una cabeza de cabello rubio y ondulado, el rostro infantil no casaba con los hombros anchos y la voz grave.

Debía de tener diecisiete o dieciocho años, calculó Hulda, el pelo desgreñado y grasiento, la camisa hecha jirones. Los pantalones, tiesos de suciedad. Iba descalzo. Le resultaba conocido. ¿De qué?

—Por mí, ya puede mirar —dijo con un acento berlinés cerrado, y volvió a inclinarse para seguir hurgando indiferente entre la basura. Encontró media patata podrida y se la metió en el bolsillo. Siguió un canto de pan mohoso.

Cuando se percató de que Hulda todavía seguía allí, se enderezó y señaló la cara de la comadrona.

—¿Ha chocado con algo?

Ella se llevó la mano a los labios.

—Qué parecido —respondió evasivamente.

Esbozó una sonrisa, como si ella hubiese dicho algo divertido. Luego se acercó despacio, casi acechante, y miró la bicicleta.

—¿Es chulo dar vueltas?

—¿A qué te refieres?

—Nada, que si te gusta ir en bicicleta por la calle.

—¿Tú nunca has ido? —preguntó Hulda, y en ese mismo momento se hubiera abofeteado. ¿Por qué ponía sal en la herida de ese muchacho?

Él movió la cabeza y no dio ninguna muestra de sentirse herido por aquella pregunta irreflexiva.

—¿Quieres probar? —Hulda le ofreció la bicicleta sin vacilar.

Él asintió impasible y agarró el manillar.

—Qué chula —repitió, en esa ocasión con una voz ronca extraña, medio de niño, medio de hombre. Luego se sentó en el sillín, una

buena musculatura quedó a la vista bajo la camisa hecha jirones. Pisó los pedales y salió del patio dando bandazos hacia la calle, donde ella ya no podía verlo.

Hulda esperó, pero el chico no regresaba. ¿No habría…?

Cuando desde la iglesia luterana dieron las seis, se vio obligada a subir a casa de Lilo, que la estaba esperando para bañar por primera vez a Konrad siguiendo sus indicaciones. Otra visita por la que no podría hacer factura para el seguro médico, como bien sabía.

Nerviosa, Hulda fue hacia la puerta de entrada y recorrió con la vista la calle arriba y abajo. Ni sombra del ciclista.

Hulda volvió con una maldición al patio y subió la escalera. Solo cabía esperar que ese desvergonzado disfrutara y le devolviera la bicicleta en buen estado. Una vez más se reprendió por ser tan despreocupada. ¿Cómo acababa siempre en situaciones en las que la gente le robaba sin el menor problema o se aprovechaba de su bondad?

—Señorita, Hulda, por fin —la saludó desde lo alto Lilo con una ligera expresión de reproche en su rostro de niña—. Konrad está muy cansado, no sé si aguantará un baño antes de que lo acueste.

—La que sí parece cansada es usted —dijo Hulda al contemplar con preocupación las intensas sombras bajo los ojos de Lilo.

La joven hizo un gesto de rechazo.

—No es nada —respondió—. El niño no hace más que despertarse por la noche. Wolfi ya hace tiempo que se ha mudado al banco de la cocina, dice que tanto llanto por las noches lo está volviendo loco.

—¿Y a usted? —Hulda rio—. ¿A usted no la vuelve loca?

Lilo dudó. Negó vacilante con la cabeza.

—Claro que sería estupendo volver a dormir un poco más. Pero soy su madre.

—¿Y por eso tiene que inmolarse?

—¿Inmo qué?

—Ser una mártir, una heroína que, de manera desinteresada, está dispuesta a sacrificarse —explicó Hulda mientras pensaba en Karl y en el rostro de Pedro, contraído por la rabia. Al recordarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas, y se volvió a un lado a toda prisa para secárselas. Lilo no necesitaba a una comadrona llorona y autocompasiva que se lamía las heridas.

—No, pero no quiero quejarme —respondió Lilo con un suspiro—. Bastante se quejan nuestros nuevos vecinos.

Hulda la miró inquisitiva, también la joven madre parecía batallar por contener las lágrimas.

—Echo mucho de menos a Rita, ¿sabe? Ahora han alquilado el piso a gente nueva. Una pareja. Han sido muy groseros conmigo porque Konrad ha vuelto a llorar mucho esta noche. Me han dicho que me

ocupara de cerrarle el pico o que ya se encargarían ellos de taparle la boca.

—¡Qué insolentes! —se indignó Hulda, y apretó la mano de Lilo. Sabía que la estrechez y la pobreza en las viviendas obreras no siempre llevaban a la unión. Convivir en una trampa provocaba odio y envidia. Pero, al parecer, pese a la miseria en la que ella misma vivía, Rita había sido distinta.

—¿Ha vuelto a pasar por aquí el comisario? —preguntó Hulda con marcada indiferencia mientras examinaba a Konrad, que descansaba desnudo y feliz sobre la cama. No parecía cansado, consideró, y sonrió para sus adentros, pues la madre había transferido mentalmente su propio cansancio al niño. Más bien parecía reunir fuerzas para estar despierto media noche otra vez y tener en vilo a toda la casa.

Lilo negó con la cabeza.

—Ese ya hace tiempo que ha dado el carpetazo a Rita —respondió con amargura—. Una muerta más o menos en el canal, ¿qué diferencia representa eso para la policía?

Konrad barboteó, y Hulda le tendió el dedo para que él lo agarrara. Para ser un recién nacido se agarraba con firmeza, y tenía unos ojos sorprendentemente despiertos.

—En cierto modo, creo que el comisario se ha alejado desde el principio del caso —prosiguió Lilo, y volvió a doblar ensimismada una toalla.

—¿Por qué lo dice?

—Me da esa sensación. No quería saber nada de Rita, tampoco interrogó al señor Sauerbier, con el que ella se había peleado poco antes de morir. No sé, como si no le gustara hablar de ella.

Hulda miró a través de la ventana. La luz de la tarde se sumergía con lentitud en el patio. ¿Tenía Lilo razón? ¿Acaso Karl evitaba que se arrojara luz sobre la oscuridad? Esa idea ya se le había ocurrido. Parecía estar aplazándolo todo y trabajar a medio gas. No interrogaba a la gente adecuada, ya había desbloqueado la vivienda, aunque la muerte de Rita todavía no estaba aclarada. Pero ¿por qué? ¿Por qué el destino de Rita le resultaba tan… molesto?

De repente, Hulda encontró las observaciones de la joven muy precisas. ¿Tal vez la muerte de Rita le afectaba más de lo que él admitía? Pero ¿cuál era la razón de que Karl experimentase tales sentimientos hacia una desconocida cuya muerte debía investigar por azar? ¿O acaso la conocía? ¿De qué? No podía tener nada que ver con aquella mujer mayor. Era imposible que sus caminos se hubiesen cruzado. A no ser que…

—¿Sabe qué? —dijo Hulda en un intento de ocultar su nerviosismo —. Tiene usted razón. Konrad está demasiado cansado para tomar su primer baño. De todos modos, estos enanitos casi no se manchan.

Volveré el lunes, pero antes que hoy, y así recuperamos. ¿De acuerdo?

Tomó apresurada su maletín de comadrona y se despidió sin esperar respuesta.

Lilo parecía algo decepcionada, pero contestó con amabilidad:

—Entonces, buenas noches. —Y cerró la puerta tras ella.

Hulda corrió escaleras abajo y comprobó aliviada que la bicicleta volvía a estar allí. El chico debía de haberla devuelto y la había colocado como era debido junto a la pared de la casa.

No sabía con exactitud qué tenía que hacer ni por qué arriba, en casa de Lilo, había tenido de golpe tanta prisa. De repente no había soportado quedarse en la angosta vivienda de los Schmidt, y había sentido que debía dar rienda suelta a sus pensamientos y respirar al aire libre.

Cuando salió del patio, subió a la bicicleta y emprendió el camino hacia la Winterfeldtplatz en aquella bochornosa tarde de sábado. Tenía que ordenar los pensamientos, analizar la inaudita sospecha que había nacido en ella.

Pero ¿cómo? ¿Y dónde?

Tras el encuentro con Felix en el Café Winter, dos días atrás, había evitado la plaza, no quería en absoluto que la viera. En algún momento, pensó, cuando los ánimos se hubiesen templado, volverían a reunirse y a hablar. Pero todavía no estaba preparada. Tampoco tenía ganas de enfrentarse a las preguntas insistentes de Bert ni a su mirada compasiva. Y en casa solo la esperaba, como una araña en su red, la señora Wunderlich, para interrogarla acerca de su vida amorosa.

Así que Hulda siguió deambulando sin destino, vagó por las calles y esperó a que los pensamientos se reorganizaran para formar un todo. Comió, porque comer siempre ayudaba a pensar, una salchicha con mostaza de una máquina expendedora de la marca Imperial, que, por un par de marcos, saciaba enseguida a los hambrientos transeúntes.

Ya se estaba lamiendo los dedos, cuando su mirada se detuvo en un teléfono. Ahí estaba, azul y amarillo, en medio de la acera, y de golpe y porrazo Hulda supo lo que tenía que hacer. Se acercó, puso una moneda y dio en la centralita el nombre de Karl.

—Comisario North, jefatura de Policía —se presentó él poco después con su bonita voz.

El corazón de Hulda dio un vuelco.

—¿Quién está al aparato? —preguntó impaciente.

Ella recuperó el control.

—Mmm… Hulda Gold —dijo—. La comadrona.

—Como si no supiera quién es usted —dijo con calidez—. ¿Está bien?

Hulda sintió un escalofrío.

—Sí, gracias. Solo quería…

—Si es por lo que ocurrió, no era mi propósito…

—No, no —se apresuró a decir—. Se trata de nuestro caso.

—¿Sí?

Por un momento, su decepción pareció escurrirse fríamente por el cable hasta ella. Luego el comisario recuperó el control.

—Dispare. —Había adoptado un tono profesional.

—Rita Schönbrunn —dijo Hulda e inspiró hondo—. Está usted vinculado a ella, ¿me equivoco?

Una diminuta pausa lo traicionó. Pero él trató de negarlo.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Ha averiguado algo sobre ella que no quiere desvelar a nadie. Por eso las investigaciones no avanzan con la debida atención. Por eso está usted tan… raro.

—¡Yo no estoy raro! —Había elevado el volumen de la voz, pero enseguida volvió a bajarlo. Hulda oyó unos ruidos de fondo y una puerta dando un golpe—. Escuche, no estoy solo. Mi compañero…

—Oh. Entiendo —contestó enseguida Hulda. Intuía que él estaba dispuesto a compartir con ella su secreto. Pero si lo dejaba marchar tendría tiempo para volvérselo a pensar.

—Diga solo sí, si voy por el buen camino, o no, si me equivoco —indicó ella—. Me contó que era huérfano, ¿es así?

—Sí —respondió. Era un sonido sordo.

—¿Y no conoce a su madre?

—No.

—Y ahora ha encontrado algo. ¿Sospecha que esté relacionado con su origen?

—Sí —contestó tras una larga pausa en la que Hulda puso otra moneda.

Ahora estaba segura.

—¿Cree que Rita Schönbrunn es su madre biológica? —dijo, y entrecerró los ojos mientras inclinaba la cabeza con el auricular.

En la línea reinaba el silencio.

—¿Y se avergüenza de admitirlo delante de sus compañeros, delante de su impecable señor Fabricius? —Siguió imperturbable, a pesar de todo.

Él continuaba sin decir nada. Hulda solo oía su respiración y a alguien que tecleaba una máquina de escribir al fondo. Pero ya conocía la respuesta.

—Está bien —concluyó—. No quería saber más.

—Es usted una mujer extraña —dijo Karl al final. Sonaba medio atormentado, medio admirado, y Hulda había decidido que sobre todo iba a extraer de aquellas palabras la admiración. El resto lo iba a ignorar.

—Muchísimas gracias —concluyó—. Eso es todo por el momento. Le prometo que seré discreta.

—¡Ja! —se burló él.

—¡Ya lo verá! Y, señor comisario, en cualquier caso, averiguaremos si tiene usted razón.

Antes de que le soltara un sermón diciéndole que dejara de meter las narices en ese asunto, Hulda colgó. Tenía la sensación de haberse quitado un peso de encima. El peculiar comportamiento del comisario North, su reacción brusca al interrogarle, las señales contradictorias, adquirían ahora sentido. ¡Y todo eso no tenía nada que ver con ella, con Hulda Gold! Sintió un alivio enorme, pero también pena por él, pues, aunque en algunos momentos ella hubiese renunciado a saber cuál era su origen, entendía lo doloroso que podía ser vivir sin pasado, sin raíces, como si se hubiera perdido la sombra por el camino. Y ahora, cuando parecía acercarse la respuesta sobre su origen, era de esperar que esa fuera una mala noticia. Si era cierto lo que creía, su madre yacía en una fosa común. Se había ahogado, tal vez la habían asesinado. Y, desde el momento en el que debió abandonar a su hijo, tuvo un destino extraordinariamente duro. Hulda tragó saliva y sintió que la pena que sentía por aquella desconocida le apretaba el corazón como un puño frío. Se habría alegrado de que Karl North mirase a su madre por una vez a los ojos, que hablase con ella, que tal vez entendiera lo que la obligó a no retenerlo a su lado. Hulda había visto lo suficiente en esos últimos años para saber que, en esos casos, reconciliarse era demasiado idealista. Pero si Rita de verdad hubiese sido la madre de Karl, él debería de cargar con un pesado fardo a partir de ese momento: el saber que la mujer que le había dado la vida había sido profundamente desdichada.

En fin, los hechos consumados siempre eran preferibles a la incertidumbre. Y se propuso averiguar de una vez por todas quién había sido esa Rita cuya muerte había causado tanta inquietud en la existencia de los vivos.

HULDA EMPUJÓ LA bicicleta a lo largo del canal en el crepúsculo, que la atraía con las ramas colgantes del tilo plateado y el fluir silencioso del agua. Hacía un calor pegajoso al anochecer, las nubes del día pendían sobre la ciudad, pero todavía no descargaban.

Arrojó la bicicleta sobre la hierba y se sentó en el borde de la orilla. Se descalzó y disfrutó del contacto de la tierra en los pies desnudos. Contempló el agua, pensativa.

En la orilla opuesta se encontraba el Bendlerblock. Como bien sabía, allí se encontraban el Comando del Reichswehr, las Fuerzas Armadas y la Marina de guerra del Reich. El ministro de Defensa, Otto Geßler,

tenía allí su sede oficial. La fachada sur, con la austera parte central coronada con un potente remate triangular, brillaba en la penumbra.

Recordó la conversación con Bert sobre el fracasado golpe militar, dos años atrás, del político de derechas Wolfgang Kapp y los soldados del ejército de voluntarios. Por lo visto, el jefe del Estado Mayor había negado la protección al Gobierno justo en ese edificio: Los soldados no disparan a los soldados. Los conceptos militares de honor y valentía estaban bien asentados en las mentes de los generales, mucho más que la solidaridad hacia el canciller del Reich, el imperio alemán.

Sin embargo, se había conseguido impedir el golpe militar gracias a la huelga general. Los residentes en el estado federal habían abandonado de forma unánime los puestos de trabajo para protestar contra los golpistas. Los trenes no circulaban, el correo no se repartía, y en Berlín no había electricidad, agua ni teléfono. Ni siquiera se imprimían diarios, un estado de excepción que nunca antes se había producido en la capital de la hoja impresa, y que llevó al pobre Bert al borde de la locura. Al final, Kapp y el general del ejército Lüttwitz arrojaron la toalla: su reaccionaria conspiración había fracasado. Pero cuando Hulda pensaba en la indecisión de las fuerzas armadas, tenía la sensación de que, aunque la República había establecido una nueva forma de gobierno, en las mentes de muchas personas todo había permanecido como en la época del emperador.

Luego volvió a pensar en Karl, y esa vez se permitió hacerlo de forma plena y consciente. Evocó su rostro, el bonito corte de las mejillas, la mirada inteligente y huraña detrás de los cristales de las gafas. Y recordó el beso. Sintió un hormigueo en la nuca. ¿Qué significaba aquello?

Hulda suspiró. Tenía el don de cultivar relaciones difíciles. En cuanto la interminable historia con Felix parecía haber terminado de una vez por todas, pasaba de un inútil ladrón a un comisario misántropo al que, por lo visto, ella sacaba de sus casillas. «Y al que sin embargo parecía gustarle», pensó, y sintió que se le extendía por el rostro una estúpida sonrisa de adolescente enamorada.

Sintió de repente un enorme estallido en la cabeza que le cortó la respiración. Hulda creyó que el cráneo le iba a reventar. El dolor se le expandió con toda su potencia por el cerebro. Y, antes de que comprendiese qué había sido aquello, notó que la agarraban y la tiraban al agua.

De nuevo reaccionó por instinto y tomó aire antes de notar el impacto. El agua fría se cerró sobre ella, una húmeda oscuridad la envolvió. El dolor no disminuyó. Invadida por el pánico, movió la cabeza hacia un lado y hacia otro, no estaba segura de dónde estaba arriba y dónde abajo. Reunió fuerzas, abrió los ojos bajo el agua, miró hacia arriba y, a través de la masa oscura y líquida, vio una lucecita

que brillaba saltarina en lo alto. Nadó con audacia hacia la superficie y por fin sacó la cabeza fuera del agua.

Mientras jadeaba, Hulda se dejó llevar un par de segundos por el agua, echó la cabeza hacia atrás y se concentró en la respiración. «Recupera el control», le repetía una voz en su interior.

Cuando se hubo tranquilizado un poco, intentó dar algunas brazadas con cuidado, mientras el dolor de cabeza insistía y se lamentaba como un acordeón desgastado. Las ideas se le agolpaban: alguien la había agredido y lanzado al agua. Adrede. Entonces se le ocurrió que esa persona tal vez estaba todavía arriba.

Enseguida pensó en Pedro y en el gorila de la antesala. El miedo la dejó sin respiración, al igual que antes el agua. Pero se recompuso, dio un par de fuertes brazadas y se escondió guarecida por los sauces que pendían cerca de la orilla. Se sujetó a la pared de piedra que franqueaba el cauce del canal y se forzó a respirar de forma silenciosa y calmada. Se palpó con cuidado las sienes y la cabeza: al menos no había ningún orificio, solo sangre que parecía filtrarse por una herida y que se mezclaba con el agua negra del canal.

Al cabo de unos minutos, cuando notó que temblaba de frío, decidió que había llegado el momento de salir del agua. ¡Ya podía verla su desconocido agresor, que ella no se iba a morir congelada ahí abajo por su culpa!

La ropa, pesada, se le pegó al cuerpo. Pensó sonriente que había valido la pena pasar de niña todo el verano en el lago Wannsee con Felix, haber practicado la natación y el buceo durante el invierno en el Admiralspalast, y haber ganado con holgura a su amigo la mayoría de las veces.

Tomó de nuevo una profunda bocanada de aire y se sumergió, buceó y nadó rápidamente a una profundidad más segura hasta el otro lado del canal. Allí continuó deslizándose por la superficie hasta el puente.

La ondina de piedra que se desperezaba sobre uno de los pilares del puente parecía saludarla como si la hubiera estado esperando. Una escalera de hierro conducía fuera del agua hasta la orilla. Hulda se agarró a ella, subió y llegó a la calle, bajo el puente.

No había nadie. Y fue entonces, después de haber salvado en apariencia el peligro, cuando notó que las rodillas le flaqueaban. Sollozando y con los dientes castañeándole buscó protección entre los árboles, se rodeó con ambos brazos el cuerpo mojado e intentó pensar con claridad. ¿Se podía saber qué había pasado? ¿Quién la había lanzado al agua y por qué? ¡Alguien había querido matarla! Hulda tuvo que admitir que los hechos no permitían sacar otra conclusión, pues su baño nocturno en el canal con la herida previa en la cabeza habría podido terminar bastante mal. Pero ¿quién quería verla

muerta? ¡Una idea tan inconcebible! Hulda se ahogaba en llanto.

Al cabo de un rato, por fin se sintió en situación de continuar. No se atrevía a volver a la otra orilla, donde había dejado la bicicleta. Tenía que lograr salir de ahí antes de que el desconocido la descubriera.

A esa hora las calles estaban casi vacías, y Hulda no se cruzó con nadie cuando, mojada y temblorosa como estaba, anduvo junto a la orilla.

Decidió que no cruzaría por allí el canal, sino en el puente de Potsdam. Ahí intentaría coger un coche de punto, aunque, con toda probabilidad, el conductor no se alegraría de llevar a un pasajero tan mojado como ella sobre el cojín del asiento trasero. En caso de necesidad haría el camino a pie. Palpó en busca de su pequeño monedero y confirmó sorprendida que se hallaba a buen resguardo en el bolsillo de la falda. Sin embargo, el maletín con el estetoscopio y las otras herramientas se habían quedado junto a la bicicleta. Hulda gimió al pensar en lo cara que le saldría la pérdida del maletín y de su medio de locomoción, pero era inconcebible regresar para recoger las cosas. Tenía que desaparecer de ahí lo antes posible.

Ya se le empezaban a entumecer los pies descalzos cuando por fin apareció a su izquierda el imponente edificio donde se alojaba la oficina de Seguros del Reich. Hasta allí conducía el puente de Potsdam salvando el agua y vigilado por cuatro estatuas de bronce que representaban a famosos científicos e ingenieros. Dos águilas prusianas con alas de bronce cargaban con el pedestal de una farola de hierro forjado que bañaba el puente con una luz amarilla. Hulda se precipitó hacia allí en busca de uno de esos vehículos oscuros que a aquella hora del día tal vez circularan por allí. Pero, como sucedía con frecuencia, escaseaban los coches de punto, por lo que se resignó a seguir el camino a pie.

El movimiento la hizo entrar en calor, y el cabello corto se le fue secando con el viento del verano. En la cabeza se le amontonaban los pensamientos. Aparecieron otra vez en su mente los ojos negros de Pedro, su mirada amenazadora en el Palacio de los Deseos. ¿Tendría miedo de que fuera a difundir algo de lo que él le había contado mientras estaba ebrio? ¿Quería deshacerse de ella? «¿La mataste tú?», le había preguntado refiriéndose a Rita, y él había contestado: «A ella, no». Y también había dicho algo más que resonaba como un tenebroso toque de difuntos: «La próxima vez…»

Hulda se desanimó. Sentía las rodillas como si fueran de mantequilla mientras recorría, todavía mojada, la Potsdamer Straße hacia el sur. La Bülowstraße, donde se encontraba Pedro como una araña, no quedaba lejos de allí, y como Hulda no tenía ni el más mínimo deseo de acercarse a él, giró en cuanto tuvo oportunidad hacia la derecha y transitó por la maraña de callejuelas. Había

continuado hacia el sur en dirección a Winterfeldtplatz, ya era hora de que se despojase de la ropa mojada y se examinase con más detalle la herida de la cabeza, que al menos había dejado de sangrar.

Le pasó un segundo por la mente la idea de ir a la policía. A poder ser, directa a la Policía Criminal, con cuyo caso Pedro estaba estrechamente vinculado. Pero sospechaba lo que Karl le diría cuando le contara que había espiado a un proxeneta por su cuenta, y que ahora había pagado factura por ello. Le resultaba lamentable ser débil, lanzarse al hombre que la había besado, pero que a veces la miraba como a un desagradable insecto, buscando su protección, como si ella no fuese capaz de arreglar sola sus asuntos.

Y, sin embargo, el miedo la tenía entre sus fauces y la sacudía de un lado a otro. Hulda cerró los ojos e inspiró hondo. Uno no debía tener miedo de aquello que consideraba correcto. Incluso si las consecuencias, como acababa de experimentar, provocaban un daño horrible.

«No —decidió—, no le diría nada a la policía.» Pero si Pedro creía que ella se iba a dejar amedrentar y olvidar la muerte de Rita, se equivocaba.

22

EL CUADERNO

Hospital militar psiquiátrico de Brandemburgo
22 de noviembre de 1916

Los pacientes tienen hambre. Lo pongo por escrito y me tiemblan las manos: se mueren de hambre. Las raciones de comida han sufrido un recorte drástico, y ya antes de eso eran demasiado escasas como para mantenerlos a todos con vida. Este otoño ya hemos tenido a varios de los soldados locos enfermos, y cada semana son más los que se apagan de debilidad. Muchos de ellos son todo huesos. En 1914 los soldados habían viajado a París «para desayunar…», y ya querían volver a casa para cenar. Eso cantaban cuando marchaban en grupos al frente en los trenes.

No cayó esa breva. La guerra se prolonga y todos estamos confinados en esta sala de espera, llamada hospital militar, donde ni el desayuno ni la cena merecen ese nombre.

Por descontado, yo no debo decir nada. Tampoco debería escribirlo. Si alguien encontrara el cuaderno, me despedirían en el acto por instigación y falta de patriotismo. Pero es verdad. La vida de un enfermo, de un soldado histérico, no vale nada; los alimentos se reservan para los sanos. Entiendo la reflexión que se halla detrás de esto. Pero ¿no debemos proteger a los débiles, no deberíamos llevarlos a cuestas con nosotros en lugar de dejarlos perecer al borde de la calle? ¿Qué es, si no eso, lo que hace de nosotros seres humanos?

Yo hago lo que puedo para que aquí, en el hospital, el sufrimiento resulte a esos hombres más llevadero. Pero no tengo nada comestible que darles, un par de migajas no salvan a nadie. También escasean los medicamentos: aturdimos a los pacientes, sobre todo con barbitúricos y morfina, aunque también con hidrato de cloral, lo que no va a conseguir ayudarles. Esas sustancias nos dan a nosotros, los cuidadores y los médicos, cierto respiro, porque con ellos los residentes duermen más.

Se experimenta con los neuróticos de guerra. Los neurólogos han empezado a aplicar la electroterapia, tratamientos electrosugestivos. Se ha habilitado para ese fin una habitación casi vacía para que los pacientes puedan moverse con libertad, y se pueda evitar todo lo posible que se dañen con objetos. Sobre una mesa, listo para su aplicación, hay un aparato farádico para la terapia eléctrica, aunque no llama la atención. He presenciado con frecuencia las sesiones porque los médicos consideran conveniente que haya testigos, por si los pacientes inician después acciones

judiciales. Vista la dureza de los métodos, admito que me sorprende los pocos que acuden a los tribunales. Pero sospecho que están demasiado debilitados por la terapia y el hambre, y paralizados por la mísera situación que han vivido.

Las corrientes eléctricas se dirigen a veces de manera directa al órgano afectado o a las extremidades, por ejemplo, a las manos, que no paran de temblar, o a los ojos, cuando el neurótico está ciego a causa de la enfermedad nerviosa. Algunos médicos también aplican los electrodos en partes no específicas del cuerpo. Las descargas eléctricas, a menudo fuertes, causan grandes dolores a los enfermos. Llegados a su punto culminante, el terapeuta les grita órdenes para forzarlos a curarse por sugestión. Algunos de los hombres se desmayan durante el tratamiento. Otros se ven invadidos por un horror tal al ver el aparato, que afirman sin dudar que los síntomas han disminuido.

Yo solo soy una cuidadora y no he estudiado una carrera, pero me pregunto qué beneficios puede tener una terapia que provoque un miedo de muerte y que maltrate físicamente a las personas para que dejen de sentir sus cicatrices mentales.

23

Sábado, 10 de junio

CUANDO POCO ANTES de medianoche, Felix cerró la puerta del local y puso la cadena con la que protegía el Café Winter de visitantes nocturnos dispuestos a dormir ahí y de ladrones hambrientos, no dio crédito a lo que veían sus ojos. Bajo la débil luz de las farolas de gas se deslizaba por la plaza una mujer alta y delgada, con el pelo corto estilo bob. La joven miró en su dirección y se apartó como si obedeciera una orden remota, como si algo la hubiese mordido. Ahora se alejaba de él a grandes zancadas hacia la Winterferldtstraße. Iba descalza.

—Hulda, para —gritó, y se asustó de la forma en la que su voz había retumbado en el silencio de la noche.

Ella todavía aceleró más el paso, y, antes de tomar conciencia de lo que hacía, Felix también echó a correr.

—¡Espera! —la increpó. De repente, lo más importante en el mundo para él era atraparla. Volvió a llamarla. Soltó un chillido que resonó por encima del adoquinado desierto, y entonces ella por fin se detuvo.

Cuando la alcanzó, lo primero que vio fue que sangraba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó incrédulo, y tendió la mano sin pensárselo para pasarla por el cabello con sangre seca que tenía junto a la frente. O bien había chocado con muy mala suerte contra el poste de una farola, o alguien la habían golpeado con un objeto pesado.

Hulda retrocedió y entrelazó los brazos delante del pecho. Felix oyó que le castañeaban los dientes. De nuevo tendió la mano hacia ella y tomó un extremo de la falda. Estaba húmedo.

—¿Te has bañado? —preguntó, dándose cuenta al instante de lo absurdo de la pregunta.

—Sí, claro —contesto ella con su habitual tono mordaz—. Siempre me ha gustado ir a nadar vestida por la noche.

—¿Qué ha ocurrido?

—Alguien me ha golpeado y me ha arrojado al canal —contestó asustada.

—¿Qué canal?

—Por Dios, Felix, ¿cuántos canales se te ocurren por aquí cerca? El Landwehrkanal, por supuesto. Allí, junto al puente, ya sabes.

Sí, él lo sabía. Justo ahí, recordó, se habían besado por vez primera

hacía años. Pensar en ello era como tener dolor de muelas. ¿Se acordaría ella?

Al parecer, había interpretado bien la expresión de la cara de Felix, pues los rasgos del rostro se le suavizaron.

—Sí, claro —respondió Hulda como si él hubiera hecho la pregunta en voz alta.

Por unos minutos reinó un incómodo silencio, hasta que Felix carraspeó.

—¿Ha sido un accidente? ¿Te ha robado ese maleante? —preguntó con una voz extraña.

Ella negó con la cabeza. Se encerró en sí misma y apartó la vista.

—Todavía está allí mi maletín. Y la bicicleta. ¿Qué voy a hacer sin mi bicicleta y sin los instrumentos? Ni en un año gano el dinero suficiente para restituirlo todo. Además…

—¿Sí?

Hulda dio un rodeo. Le repugnaba el sentimentalismo.

—Mi padre me regaló el maletín, ¿te acuerdas?

—Cuando terminaste la formación —dijo Felix, asintiendo—. Me acuerdo como si hubiese sido ayer.

Ambos callaron. Los recuerdos pasaban como espectros, cuyas intenciones nadie estaba seguro de que fueran buenas.

Felix se aclaró la voz.

—¿Qué les ha sucedido a tus zapatos?

—Me los he quitado en la orilla. Ahí están ahora, solos, sin mí.

—Podemos ir a recoger las cosas, si quieres.

Hulda suspiró impaciente, según le pareció a él.

—¿Podemos hablarlo más tarde? Me estoy congelando.

—Ah, sí. Claro —dijo él confuso. Por un instante creyó ver unas lágrimas asomándose en los ojos de ella, pero no era algo propio de Hulda. A pesar de todo, la atrajo contra sí en un impulso y la abrazó. Tras una breve resistencia, el cuerpo de ella se relajó y se apoyó contra él. Felix hundió la nariz en su pelo, que olía a agua salobre pero también a ella, un olor tan familiar que se le formó un nudo en la garganta.

—Por suerte no te ha pasado nada —le murmuró al oído—. Después de nuestra discusión no me habría perdonado nunca no haber podido pedirte disculpas.

Ella se liberó con suavidad del abrazo.

—Soy yo quien ha de disculparse —dijo Hulda, secándose los ojos. Sorbió por la nariz.

En su voz tomada, Felix notaba lo difícil que le resultaba decir aquellas palabras. Ella siempre había sido así: orgullosa y terca.

—Dije tonterías, Felix. Perdóname.

—Yo siempre te perdono, Hulda. Y por eso acabas rechazándome,

¿tengo razón?

Ella negó demasiado deprisa con la cabeza. Pero él mismo sabía que funcionaban de esa manera. Para ella, él era un blando porque la amaba, aunque ella lo tratase como un asidero de cocina. Pero él no podía cambiarlo, así eran ellos.

—Borrón y cuenta nueva —dijo él con marcada alegría—. Ahora ven, tienes que cambiarte. Quiero mirarte la herida de la cabeza.

Ella hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Ya casi estoy en casa.

—Puede ser, pero no voy a dejarte sola en este estado. Quién sabe si no te ha ocurrido algo grave y te desplomas más tarde, cuando haya pasado el primer susto.

—¿Soy yo la especialista en medicina o tú? —preguntó Hulda, pero él vio que se le esbozaba una sonrisa en el rostro empalidecido. Sin vacilar le echó un brazo por encima, estrechó con naturalidad el cuerpo de la joven contra el suyo, y la llevó hacia el café.

Dentro había vendas y batas secas para las camareras. Pensó que tal vez Hulda necesitaría también beber algo fuerte.

Cuando se internaron juntos en la oscuridad, y Felix encendió una pequeña luz en el mostrador, le pareció como si los últimos cuatro años no hubiesen sido más que un mal sueño. Estaba allí con Hulda, solo con ella, como antes, y el resplandor cálido y circular de la lámpara los cubría a los dos como una membrana protectora.

Iba a decir algo, pero ella le advirtió de que no lo hiciera con un gesto de la cabeza, así que volvió a cerrar la boca.

En ese momento, las nubes de un gris oscuro que habían estado colgando todo el día sobre la ciudad se abrieron y dejaron caer un fuerte chaparrón sobre la tierra.

24

Domingo, 11 de junio

DURANTE LA NOCHE, el punzante dolor de cabeza se había apagado poco a poco, como si solo fuese un eco lejano que iba a acompañar a Hulda durante el día.

El día anterior había pasado largo tiempo con Felix en la penumbra del café vacío, se había lavado el pelo con cuidado en el cuarto de baño del personal y había dejado que él le examinara la herida. Habían decidido juntos que no tenía que ir al médico, se trataba tan solo de un auténtico chichón sobre el que se le había abierto la piel. Felix le sugirió que fuese a la policía y denunciara el caso, pero ella no quería, y en un momento dado él lo dejó estar.

A fin de cuentas, pensó Hulda afligida, él conocía su terquedad y sabía que siempre hacía lo que quería.

No le había preguntado por la mujer rubia con la que salía, y él tampoco le contó nada. Ambos habían rehuido el tema como dos gatos evitan un cazo de leche caliente. Después de tomar dos copas de coñac, ella se había despedido y, con un delantal a rayas de camarera y un abrigo que un cliente se había dejado colgado en el Café Winter hacía meses, se había ido a su casa. Allí había dormido profundamente y sin sueños hasta el mediodía. Creía recordar que su patrona había llamado en algún momento por la mañana, pero había apretado los ojos y se había vuelto a dormir.

Hulda se encontraba ahora en camisón delante del lavabo y se limpiaba a fondo los últimos restos del agua del canal. Se observó en el espejo. Por suerte, no se le notaba nada. Los cabellos negros cubrían el chichón, ya hacía tiempo que se había formado una costra en la herida. Su labio, que Pedro había abierto con el sello, se había desinflamado. Fuera como fuese, podía salir a trabajar.

EN LA MOTZSTRASSE la esperaba una embarazada: Hedwig Herrmann, cuyo hijo se suponía que iba a nacer al cabo de tres semanas. Formaba parte de las afortunadas que residían con su esposo en las viviendas que daban a la fachada. Gustav Herrmann dirigía una próspera lechería en la planta baja, y en las habitaciones posteriores vivía la pareja con sus dos hijas pequeñas. No era que vivieran a lo grande,

pero sí de forma respetable y limpia.

Con las botas de invierno, demasiado calientes ahora, se deslizó de puntillas junto a la puerta de la casa de la señora Wunderlich. Si tenía suerte, sus cosas todavía estarían a la orilla del Landwehrkanal; pero no iría allí, después de la experiencia del día anterior era demasiado peligroso. Tenía que pedirle a alguien que la acompañara. Enseguida pensó en Felix, pero se reprendió con mala conciencia. Bastante había hecho por ella el día anterior. ¿Cuándo aprendería de una vez a apañárselas sin él? ¿Acaso no habían sido sus ansias de libertad e independencia la causa de la ruptura? No, pensó avergonzada, porque siempre se engañaba a sí misma. En realidad lo único que tenía era miedo, un miedo infernal a ser amada de ese modo y a decepcionar en un momento dado a un hombre así. ¿Cómo iba a hacerle una promesa que determinara para siempre la vida de los dos? Felix era, simplemente, demasiado bueno, un hombre recto de verdad, a excepción de ella, alguien «torcido» que andaba dando bandazos por la vida. Sintió de nuevo esa horrible tristeza en el interior que, era consciente de ello, al final lo habría arrastrado a él hacia las profundidades. No, era mejor que las cosas se quedaran tal como estaban.

Sin embargo, cuando llegó al patio, Hulda se llevó una grata sorpresa. Allí, en el rincón donde ella solía guardar la bicicleta, brillaba algo marrón, de cuero, bajo el sol brillante del mediodía. ¡Su maletín de comadrona! Al lado, colocados con gran pulcritud uno junto al otro y pulidos, estaban los desgastados zapatos.

Se precipitó hacia allí y levantó el maletín. El asa se ajustó con familiaridad a la palma de su mano. Un alivio enorme se extendió por su pecho: era como si ahora volviese a estar completa. Lo abrió y confirmó que todo estaba dentro. «Entonces el ataque no había tenido por objeto el valioso instrumental», pensó al tiempo que sentía una gran inquietud. En la parte superior había una tarjeta con una caligrafía bien conocida: «Estaba sin tocar en la hierba, al lado de tus zapatos —leyó—. Ni rastro de la bicicleta. Saludos, tu F».

Hulda sentía que se le humedecían los ojos. ¡Típico de Felix! Estaba a su lado sin hacer grandes aspavientos, le había devuelto el maletín, la ayudaba cuando ella se sentía desorientada.

¡Ay, si las cosas fueran de otro modo, si pudiera encontrar en sí misma esa antigua suavidad que sabía que había existido! Pero era imposible. Las cosas eran como eran.

Enderezó la espalda, metió los zapatos en el maletín y emprendió el camino a pie. Por suerte, la casa de los Herrmann no estaba lejos. Al mirar el escaparate de la tienda cerrada, pudo ver que los precios del pan y la mantequilla habían vuelto a subir. Una hogaza costaba doce marcos, era casi más de lo que ella misma se podía permitir. ¿Hasta

dónde iba a llegar todo aquello?

Imaginó con amargura que dentro de poco todos pagarían con billetes de incontables ceros, porque la calderilla ya habría perdido todo el valor. Pero esa imagen enseguida la hizo sonreír. No llegarían tan lejos, aunque el modo en el que evolucionaba la situación era preocupante, sobre todo para los pobres de la ciudad, que apenas lograban mantenerse a flote.

Se detuvo delante de la lechería Herrmann y se contempló en el reflejo que le devolvía el cristal. Seguía maravillándose de que no quedaran rastros del incidente de la noche pasada, si bien ella todavía notaba el golpe.

Se acercó a la puerta y llamó. Gustav se dirigió a ella y la abrió al tiempo que una campanilla repiqueteaba con alegría.

—Muy buenos días, señorita Hulda —dijo—. Qué amable por su parte que venga a vernos en domingo.

—Faltaría más, señor Herrmann —respondió ella.

Le caía bien aquel hombre bajito y grueso cuyos ojos nunca reposaban, y que en los días laborables se colocaba detrás del mostrador y envolvía en papel, con un experimentado movimiento de sus rechonchos dedos, la preciada mantequilla amarilla y el queso. Sin embargo, en aquella ocasión se advertía en su mirada un ligero aire de preocupación.

—¿Cómo se encuentra Hedwig? —preguntó Hulda.

—Ay, sabe usted, no debería de ser así. Pero no me gusta.

Hedwig había llegado sin ser vista hasta la tienda y golpeó juguetona a su marido en el brazo.

—¿Qué significa esto? ¿Ya te has cansado de mí?

Gustav se protegió y puso los ojos en blanco.

—Te empeñas en malinterpretarme, Hede. Para mí eres la más hermosa criatura que existe bajo el sol. Pero tengo miedo de que, estando como estás, hagas demasiados esfuerzos.

Hulda examinó con atención a Hedwig. Enseguida supo a qué se refería Gustav Herrmann. El rostro redondo de su esposa se veía hundido, y la nariz, afilada. Tenía el vientre muy hinchado, así que había adoptado el típico anadeo con el que caminan las mujeres en las últimas semanas antes de alumbrar.

—¿Las niñas no se portan bien? —preguntó Hulda, aunque sabía que Katinka y Johanna eran las niñas más buenas que uno podía imaginarse—. ¿O sigue usted quedándose tanto tiempo en la tienda pese a que se lo he prohibido expresamente?

Por la cara que había puesto Hedwig, Hulda supo que había acertado, y amenazó con severidad con el índice tanto a la mujer como a su marido.

—Tiene que cuidarse. Es su tercer embarazo y, con su permiso, ya

no es una jovencita. No me costaría nada prescribirle reposo absoluto.

—Por fortuna no es usted médico, así que no puede hacerlo —contestó Hedwig con descaro mientras reía.

—Entre y tómese un café. Usted también tiene aspecto de estar un poco cansada.

Hulda siguió a Hedwig hasta el salón y se sentó aliviada en el sofá. Una taza de café fuerte era justo lo que necesitaba. Los Herrmann tenían una doncella que se ocupó de prepararlo.

Todavía sentía las piernas un poco flojas, así que tomó agradecida la taza de porcelana caliente con el borde dorado y dio un largo sorbo.

—Cuénteme —animó después a Hedwig, que se había sentado con un gemido en una silla—. ¿Cómo se encuentra?

—Tampoco lo sé, señorita Hulda —respondió insegura Hedwig—. Todo es… mucho más difícil que cuando tuve a las niñas. Pero de eso ya hace mucho tiempo. En realidad, no quería un tercer hijo, ¿sabe? Justo ahora, con estos tiempos que corren, tan turbulentos… Y yo ya tengo cuarenta y dos años. Cuando dejé de menstruar pensé que ya había llegado el cambio. Katinka, la más joven, pronto irá al instituto. ¿Y ahora otro niño? —movió afligida la cabeza y reprimió un gemido.

—¿Siente dolores? —preguntó Hulda.

Antes de que Hedwig pudiera responder, se abrió la puerta que daba al pasillo y que hasta entonces solo había estado entornada.

—Y tanto que siente dolores —dijo la mujer de mayor edad que había entrado. Era alta, con unos ojos azules y penetrantes, y llevaba un elegante vestido de lana fina—. A mi hija le gusta hacerse la heroína, pero ya le digo yo que esto no es normal.

—Madre, por favor —murmuró Hedwig—. Ibas a ir a acostarte.

—Ya dormiré cuando esté muerta. —La mujer se sentó en el sillón de orejas, se enderezó los anteojos sobre la nariz e inclinó la cabeza para dirigirse a Hulda—. Me llamo Gertrud Siegel —dijo. Luego se volvió a la doncella—: Grete, un té para mí, por favor.

La muchacha hizo una reverencia y salió a preparar el pedido. Gertrud lanzó una severa mirada a su hija, quien se sostenía el vientre con cara furiosa.

—Alguien tiene que explicarle a tu bonita comadrona lo que en realidad ocurre.

—Díganme de qué se trata, por favor —preguntó Hulda preocupada.

De nuevo respondió la madre de Hedwig.

—Tiene dolores de cabeza y de vientre, además de unas piernas tan hinchadas que parecen las patas de un elefante.

Hedwig resopló.

—Eso a ti ni te va ni te viene —farfulló entre dientes—. Siempre tienes que entrometerte. ¿Eres tú la embarazada o soy yo?

Pero Hulda había aguzado los oídos.

—¿Ve chiribitas, Hedwig? —preguntó, y enseguida encontró la respuesta en el rostro hinchado de la embarazada.

—Pensaba que me estaba empeorando la vista. Ya sabe, a mi edad…

Hulda se levantó y se acercó a ella. Puso la mano sobre el enorme vientre de Hedwig y lo palpó. Quietud. Pero eso no significaba nada. El niño podía estar durmiendo. Le tomó le pulso, iba a cien. Señal de hipertensión arterial, pero sin un pulsómetro eléctrico, como los que se empleaban en la clínica, no podía determinar nada con exactitud. Tampoco podía realizar sola la prueba de albúmina en la orina de la embarazada, que le parecía urgente. Como siempre que llegaba a sus límites, Hulda se disgustó por no haber estudiado Medicina. Estaba convencida de que había tenido capacidades para ello. Saber que por no haberlo hecho le quedaban vedados tantos estudios, tanta experiencia, y, más importante todavía, tanta capacidad de actuación, le resultaba a veces demasiado amargo. Hulda amaba su profesión de comadrona, pero a menudo tenía que frenarse a sí misma y destinar a las pacientes a las grandes clínicas, ponerlas en manos extrañas. La mayoría de las veces en manos de un hombre, pues hasta hacía pocos años no se permitía a las mujeres estudiar en las universidades prusianas.

Se dominó.

—Por mucha pena que me dé, Hedwig, tengo que enviarla a la clínica.

Hulda lo dijo con toda la prudencia posible, pero Hedwig la miró asustada.

—¿Es algo serio, señorita?

—No estoy segura, pero tal vez se encuentra en la fase inicial de una eclampsia.

Mientras Hedwig la miraba inquisitiva, la madre empezó a inquietarse en el sillón.

—Se trata de una intoxicación que aparece a veces entre las embarazadas —agregó Hulda—. Tiene que examinarla un médico.

—¿Y el bebé? —preguntó pálida Hedwig, llevándose las manos al vientre—. ¿También está enfermo?

—No lo sé —contestó Hulda, y se sintió terriblemente desvalida—. Lo mejor es que vaya de inmediato al hospital, así enseguida estará segura de lo que ocurre.

Hedwig asintió. Su madre se había levantado y había rodeado a su hija con el brazo.

—No te preocupes, cariño mío —dijo, y Hulda se sintió de repente agradecida por su presencia—. Te pondrás bien. Ven, Gustav llamará a una ambulancia. —Le dio unas palmaditas en el hombro y la acompañó con dulzura al salón.

Poco después regresó.

—Ya había oído hablar antes de esa enfermedad —dijo pensativa cuando se encontró a solas con Hulda.

—¿Sí? —preguntó la comadrona, que no le prestaba toda la atención necesaria porque estaba ordenando el maletín.

—La conocida de una amiga tuvo toxinas durante el embarazo. Espere… creo que se llamaba Rita.

Hulda prestó atención.

—¿Rita?

—Sí, Margarita, en realidad, ahora me acuerdo. Mi amiga la conocía del instituto de enseñanza media. Un inútil la dejó embarazada cuando estaba en el último año de escuela. Por supuesto, estalló un terrible escándalo. En nuestro ambiente no existía algo así, relaciones sexuales antes del matrimonio, bastardos… Los padres metieron a la hija en un asilo para muchachas extraviadas. Allí se ocupaban de jóvenes como esa tal Rita. Les daban trabajo y, después del parto, las dejaban volver a casa y llevaban al recién nacido a un orfanato. Ya le digo yo que en realidad se trataba de un auténtico modelo comercial. Los padres pagaban una buena suma para no tener que responsabilizarse de la hija que ya no era virgen.

Hulda se sintió incómoda.

—¿Y esa Rita tenía eclampsia?

—Sí, por lo visto el niño nació muerto, pero ella no sufrió secuelas provocadas por la enfermedad. —Luchaba por reprimir la preocupación en su voz—. Ahora entenderá mi apremio, ¿verdad, señorita?

Hulda asintió.

—Antes no había buenos medicamentos —se apresuró a responder —. Hoy los médicos han hecho grandes avances. —Pensaba para sus adentros que la eclampsia seguía siendo una enfermedad peligrosa que podía llegar a ser mortal si no se trataba a tiempo. Pero había preferido callar.

Gertrud parecía reprocharse haber contado aquella historia y se mordió el labio. Detrás de las gafas, los ojos azules se le habían llenado de inquietud mientras miraba al vacío.

En la mente de Hulda, sin embargo, los pensamientos corrían tan deprisa como una locomotora de vapor.

—¿Ha dicho que el niño nació muerto? ¿Está segura?

Gertrud la miró con sorpresa.

—Qué pálida está usted, señorita Hulda. Sí, estoy segura. Pero de eso hace mucho tiempo, ¿sabe?

Hulda sabía que se comportaba de una forma extraña, pero no podía contenerse.

—Disculpe, es que esta historia me recuerda a la de… un amigo. ¿Sabe lo que ocurrió después con Rita?

—Bueno, su reputación quedó manchada, por supuesto. Mercancía dañada. Estuvo mucho tiempo sin casarse, una solterona. Pero entonces uno se compadeció de ella. Konrad, sí, creo que se llamaba así.

Hulda inspiró hondo y se olvidó de exhalar.

—¿Y ese tal Konrad se casó con ella?

—Exacto. Incluso tuvieron una hija, pero… —Gertrud se interrumpió—. Por desgracia, según he oído decir, acabó mal. A lo mejor conoce a esa mujer por los diarios, se ahogó hace poco. ¡Ay, qué historia tan horrible!

Hulda intentó poner cara de sorpresa para que Gertrud no se diera cuenta de la avidez con la que había escuchado el relato. Pero antes de que pudiera hacer ningún comentario, Hedwig volvió a entrar en el salón. Había hablado con su marido y daba vueltas por la sala, alterada. Empaquetaba sin orden ni concierto las prendas que creía que necesitaría en la clínica. Gertrud se acercó con expresión preocupada a su hija, y, con un gesto resoluto, atrapó al vuelo una pila de libros que estaba a punto de meter en una maleta.

Hulda se reprendió por comportarse como una comadrona irresponsable. Debía de apoyar a Hedwig, tranquilizarla, pero en lugar de eso estaba ahí sin hacer nada, a la espera de más información. Solo tenía que averiguar si Gertrud sabía algo más.

—¿Sabe por qué se ahogó la mujer? —preguntó después de que Hedwig saliera al pasillo a buscar a la doncella.

—No, no sé nada con exactitud. Yo no la conocía de manera personal. Se supone que no sabía nadar, como yo. En mi época, la mayoría de las chicas no aprendíamos.

—¿Cree que fue un accidente?

—¿Pues qué iba a ser? ¿Quién iba a querer hacerle daño a una mujer de su edad? Desde que dio ese paso en falso, se pasó toda la vida en una continua lucha. Ya pagó por eso todos los años. Mi conocida me contó que se ocupó de sus ancianos padres, aunque ellos casi la repudiaron. Se casó con un hombre bueno, pero sin medios, que estaba muy por debajo de su nivel social. Y se mató a estudiar en la escuela de enfermeras y se sacrificó para cuidar a los enfermos. Los pacientes la llamaban Florence Nightingale, ¿no lo encuentra conmovedor?

«Qué raro —pensó Hulda—, de enfermera Nightingale a Rita la Rápida… ¡Qué descenso tan grande!»

Luego pensó en Karl y en lo que significarían para él esas noticias. A lo mejor se alegraba de que Rita Schönbrunn no tuviera ningún vínculo con él. Por otra parte… ahora seguiría dando palos de ciego en busca de sus orígenes.

Hulda tenía una sensación desagradable al pensar en contárselo

todo. Lo mirase por donde lo mirase, su ya de por sí complicada relación se veía ensombrecida por un montón de nubes.

25

EL CUADERNO

Hospital militar psiquiátrico de Brandemburgo
23 de diciembre de 1916

MAÑANA SE CELEBRA la Nochebuena. Aquí en el hospital es un día triste para muchos, ya que están separados de su familia. A otros les resulta indiferente, están en su propio mundo, y en él no hay ningún vínculo con la vida de los sanos.

Las cuidadoras nos hemos esforzado en crear un ambiente más festivo este año. Incluso hemos conseguido un árbol, nos lo trajo el guarda forestal, y lo hemos colocado en el vestíbulo. Pero el Gobierno ha exigido que cada árbol lleve una sola vela para ahorrar medios de alumbrado. ¡Una vela! Qué triste brillará su luz en el oscuro y frío vestíbulo que no podemos caldear lo suficiente, pues hasta el carbón escasea en este horroroso invierno.

Fuera llueve y aúlla el viento, se anuncia una auténtica tormenta de nieve. Los pacientes cuya mente es clara se lamentan de frío y de hambre, pero también los perturbados mentales gimen y suplican sin palabras que les den comida. Desde hace semanas solo hay sopa de nabos, a veces con dientes grises de ternera, pero ni siquiera eso es demasiado frecuente.

Se han producido las primeras muertes por inanición. Lo pongo por escrito y me detengo en las palabras, como si no procedieran de mi mano. ¿Cómo es posible que dejemos morir de hambre a quienes deberíamos proteger? Mueren en sus camas, descarnados hasta convertirse en un puñado de huesos. Por lo que dicen, eso afecta a todas las instituciones del país: los enfermos mueren de hambre en todas partes porque no se distribuye comida suficiente. También los niños y las niñas del pabellón infantil de Dalldorf pasan hambre, y también allí, según me han informado, ya han muerto algunos. ¿Qué clase de guerra es esta tan inmisericorde, que desangra en casa a su propia gente?

Hay aquí un soldado cuyo destino me conmueve en especial. Tiene la mente totalmente clara, pero sufre una neurosis de guerra. Padece los típicos espasmos y no muestra ninguna mejoría. A veces, si el tiempo lo permite, hablo un poco con él. Tiene esposa e hijos. Cuando llegó, tuve que afeitarle la cabeza, pues aquí los piojos devoran a los residentes si no se los combate sin tregua. Pero entretanto le han vuelto a crecer un poco los rizos rubios. Parece más joven de lo que es, a veces me resulta increíble que sus hijos ya vayan a Primaria. Una vez me enseñó una fotografía: una mujer

delgada con el rostro cansado y dos niños encantadores. El chico es su vivo retrato, la hermana ha heredado las pecas de su madre.

Al preguntarle cuándo había sido la última vez que los había visto, se echó a llorar. Eso fue hace más de dos años, desde entonces estuvo sin pausa en el frente, en Francia y en Bélgica, hasta que enfermó de los nervios y acabó aquí, con nosotros. A los hombres no siempre se les permite el contacto con el exterior porque obstaculiza el proceso de curación, según los médicos. Temen que los soldados puedan verse afectados por los lamentos histéricos de sus esposas y que sus síntomas empeoren con ello. Me suplicó que lo ayudara, quería enviar una postal de Navidad a su familia. No le prometí nada, pero ayer me dio una cartita y me rogó de nuevo que lo hiciera. Me dijo, quizá tan solo para ablandarme, que también le hablaba a su familia de mí, que yo era el ángel del hospital. ¡Qué piropo tan ridículo!

Pero acepté la carta y me la guardé en la bata. Cada vez que me inclinaba, notaba el papel. Pero estoy insegura. No quiero que peligre mi puesto aquí. Aunque, ¿cómo voy a negar a una persona el deseo de establecer contacto con su esposa y sus hijos? ¿En Navidad? Yo no soy tan cruel, así que después, de camino a casa, llevaré la carta a correos. No debemos perder la humanidad en estos tiempos tan inhumanos, de lo contrario, ¿qué sentido tiene todo?

26

Domingo, 11 de junio

HULDA HABÍA ESPERADO con la familia bajo la llovizna a que la ambulancia, un Daimler negro con la capota cerrada, llegara por la Motzstraße. Los sanitarios ayudaron a Hedwig a instalarse detrás y a tenderse en la camilla, aunque ella aseguraba que no era necesario. Gustav subió y se sentó junto a su mujer.

Hulda los había acompañado un momento y había acariciado a Hedwig en el brazo.

—Confíe en los médicos —le aconsejó.

—¿Viene con nosotros? —Hedwig la miró suplicante.

—Por desgracia, no debo —respondió con pesar Hulda. Los médicos de la clínica no permitían que las comadronas externas acompañaran a las pacientes e intervinieran en el tratamiento de las embarazadas—. Muchos cocineros estropean el caldo —declaró al tiempo que sentía una punzada ante la cara de decepción de Hedwig. Odiaba aquellos momentos en los que se sentía como una traidora. Pero era una profesional y debía hacer lo correcto. Y así ocurría en ese caso, tenía que depositar cuanto antes a Hedwig en manos de un médico, pues sus capacidades habían llegado al límite. Contra una toxemia en el embarazo, una comadrona no podía hacer nada. Así que presionó compasiva una vez más la mano hinchada de Hedwig y saltó del coche a la calle. Despidió con la mano al vehículo negro hasta que este hubo desaparecido por la esquina. Se sentía mal. ¿Cómo acabaría aquello?

Se giró hacia la tienda. Frente a la ventana estaban pegadas dos caras con trenzas. Katinka y su hermana Johanna habían presenciado la partida de sus padres en la ambulancia con los ojos abiertos como platos. Gertrud y la doncella estaban a su lado. Hulda hizo un gesto, y Katinka, la menor, levantó insegura la mano y le devolvió el saludo.

Inmersa en sus pensamientos, Hulda recorrió la calle y giró hacia la plaza. Encontró una cabina telefónica, pero la telefonista le informó de que el comisario North no estaba en su puesto de trabajo, y ella siguió paseando sin haber logrado nada. Era de suponer que Karl tendría ese domingo libre. Hulda se alegró por él.

AUNQUE ERA UN día gris, la plaza era tan bonita que resplandecía. Tenía

forma de estrella y, a diferencia del barrio de Bülow, repleto de viviendas obreras, carecía de esos profundos bloques con patios traseros. Allí, la distribución de las distintas construcciones se había planificado de forma sorprendentemente ligera, a ambos lados de los edificios y en la parte posterior había espacio y luz; las copas de los árboles susurraban con elegancia; en medio de la plaza borboteaba el agua de los surtidores de una fuente, y en una casa blanca y radiante se encontraba la Lette Verein, que formaba a gente joven en distintas disciplinas artísticas: fotografía, dibujo y diseño de moda, entre otras. Allí sobre todo se promocionaba a las estudiantes. Un gran cartel anunciaba una exposición que se celebraría ese fin de semana: los trabajos finales del último curso. Pese a la llovizna, un grupo de mujeres jóvenes charlaba delante del portal. Llevaban falda hasta las rodillas y unos gorros a la moda, y Hulda se sorprendió a sí misma al sentir cierta envidia por su despreocupada juventud. ¿No sería fantástico poder empezar desde el principio? Era una negada total en el ámbito artístico, y recordaba sobrecogida las clases de dibujo de la señorita Niethammer, a las que había asistido en el instituto femenino. Sin embargo, incluso en días oscuros como aquel, en que la despiadada fatalidad del sexo femenino se hacía patente ante sus ojos, no habría cambiado su profesión por ninguna otra.

—Qué honor, la señorita Hulda —dijo de pronto junto a ella una voz conocida.

Se dio media vuelta y vio un rostro amable con un imponente bigote.

—¡Bert! ¿Qué está haciendo usted aquí? ¿No está en su kiosco? —preguntó sin aspavientos.

Lo mismo pensó él, pues chasqueó desdeñoso la lengua.

—No sabe nada sobre mí. Para usted, yo solo soy el factótum detrás de una pila de diarios. —Su mirada se volvió más indulgente—. Pero una vez a la semana, el domingo por la tarde, me permito descansar de titulares y letra impresa. El chavalillo del carnicero, un muchacho que todavía está muy verde, se encarga de mi kiosco, y yo me voy a beber un café y a tomarme un trozo de *Sachertorte*. Todos los domingos. Y siempre aquí.

Hulda pensó que la levita y la pajarita color burdeos de los domingos le quedaban estupendamente para esa ocasión.

El hombre señaló una cafetería, al otro lado de la plaza, donde los clientes se habían cobijado bajo unas sombrillas grandes de rayas rojas y blancas que ofrecían protección contra la lluvia. Las cucharas tintineaban con suavidad sobre la porcelana.

—¿Me acompaña?

Hulda iba a rechazar la invitación, pero se lo pensó mejor.

—Será un placer —dijo y lo agarró del brazo.

Se dirigieron juntos hacia el local y encontraron una mesa libre bajo un castaño cuyo denso follaje aislaba lo suficiente de la lluvia. No hacía frío, pero Hulda disfrutó del aire fresco e inspiró hondo.

Un anciano camarero reconoció a Bert.

—Viejo amigo, ¿qué encantadora compañía nos traes hoy? —preguntó haciéndole un guiño.

—Es mi querida amiga Hulda. —Bert lanzó una mirada alegre a la joven—. Su visión acelera los latidos de todos los corazones masculinos que hay en torno a la Winterfeldtplatz, pero hoy ha sacrificado su tarde por mí, un pobre tontorrón.

Hulda le lanzó juguetona una servilleta. Al mismo tiempo, le pareció que ahuyentaba también con ese gesto sus sombríos pensamientos.

Pidieron café y tarta, y Bert le solicitó permiso para fumar en pipa.

—No sabía que fumase.

—Sabe muy poco de mí. —Sonrió con picardía.

La tarta sabía tan bien que Hulda no pude contenerse y pidió otro trozo.

Lamió pensativa el chocolate del tenedor mientras lo miraba.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué no tiene familia? ¿Nunca quiso casarse?

—¿Por qué quiere saberlo?

Hulda creyó ver una chispa de cautela en los ojos de Bert.

—Discúlpeme si es demasiado personal. Es que no me cabe en la cabeza que un caballero tan amable como usted viva solo.

—No siempre podemos elegir cómo vivir o a quién amar. Eso no debería sorprenderla a usted, precisamente. —Bebió su café y dejó la taza de forma ruidosa sobre el plato.

—Quería casarme, por supuesto. Pero ¿sabe?, no siempre fui el que soy ahora.

—Qué misterioso suena.

—Sí, por regla general suelo hacer un misterio de eso. Pero su pregunta es tan directa que se lo contaré, señorita Hulda. Y en realidad, a uno le gusta que le pregunten, ¿tengo razón? —Golpeó la pipa, que se había enfriado, para limpiarla—. Yo era un niño abandonado, mi madre se deshizo de mí cuando era pequeño. Era sumamente pobre y yo significaba para ella una boca inútil a la que dar de comer. Me dejó en la calle y se marchó. Pasé de un albergue a otro, pero no había nadie que quisiera quedarse conmigo porque era mudo.

Hulda se lo quedó mirando.

—¿Mudo? ¿No podía hablar?

Bert negó despacio con la cabeza.

De repente, con el cabello gris, adquirió el aspecto de un hombre envejecido, pensó sorprendida Hulda, que siempre lo había visto elegante y digno.

—No sé —prosiguió—. Cuando abría la boca, solo salían de ella unos sonidos extraños, ninguna palabra. Los demás niños del orfanato me tenían miedo. Yo quería decirles que no lo tuvieran, que era inofensivo, pero me resultaba imposible. A los catorce años me llevaron a una clínica psiquiátrica. Allí casi muero. —Se interrumpió y la miró. Tenía unos ojos tan tristes que a Hulda se le hizo un nudo en la garganta—. Los psiquiatras creían hacer lo correcto y es probable que ayudaran a muchos, pero yo caí en manos de un joven y ambicioso doctor que quería demostrar a toda costa que los métodos más duros eran los más eficaces. Para hacerme hablar, me tenía tanto tiempo sumergido en agua que casi me ahogaba. Pero yo solo gritaba sin conseguir articular palabra.

Hulda lo miraba sin dar crédito. De hecho, nunca había sospechado el triste destino que se escondía tras la ventana del kiosco.

—Fue entonces cuando sufrí tal neumonía que me tuvieron que sacar de allí. Las monjas me cuidaron en un hospital. Allí me sentía bien. En la cama de al lado había una chica, Rosa. —El rostro se le iluminó—. Era la criatura más bonita que yo había visto jamás, tenía quince años y… estaba mortalmente enferma. Para confesarle lo que sentía por ella, empecé a hablar. Era como si mi lengua se hubiese guardado durante años todas las palabras para regalárselas a ella.

Hulda se percató de que él estaba muy lejos mientras le contaba aquella historia. Parecía totalmente inmerso en el recuerdo de la época en el hospital.

Después de que Bert concluyera, ambos permanecieron un buen rato en silencio. Unas gruesas gotas de lluvia caían sonoras sobre las hojas por encima de sus cabezas, cada vez eran más los clientes de local que tomaban los cigarrillos encendidos y sus platos para buscar un sitio en el interior. Pero ni Hulda ni Bert parecían molestos por la lluvia.

—¿Qué tenía Rosa? —preguntó cautelosa cuando el silencio comenzó a pesarle demasiado.

—Tuberculosis —respondió Bert con voz velada—. Murió poco después de que me dejaran salir. Habíamos prometido que nos casaríamos cuando los dos estuviéramos curados. Por descontado era absurdo: yo era un joven huérfano y ella procedía de una familia burguesa. Su padre no habría permitido por nada del mundo esa unión. Pero yo no logré olvidarme nunca de esa promesa.

Carraspeó y volvió a coger la pipa. Intentó encenderla de nuevo con las manos temblorosas, pero no lo consiguió.

Hulda agarró con suavidad la caja de cerillas y lo ayudó. De repente sintió ganas de fumar. Cuando pasó un camarero, le pidió un paquete

de cuatro marcos y poco después ella también le daba una calada a un cigarrillo. El humo azulado ascendía como un espíritu hacia el techo de hojas.

Bert permanecía en su sitio con los ojos cerrados, fumando.

—Me dieron de alta porque había recuperado el habla y me había curado. Llegué a una familia de acogida que hacía poco había perdido a su hija. Los padres estaban muy afligidos, pero encontraron consuelo en mí. Mi padre adoptivo gestionaba el kiosco de periódicos que yo heredé de él. Era muy bondadoso conmigo e hizo de mí el hombre a quien usted hoy conoce. —En el rostro le apareció una leve sonrisa—. Podría decirse que le he sacado jugo a la vida. Aun así, nunca me he casado.

Un aro de humo de la pipa flotó en el aire y se perdió bajo las sombrillas de rayas rojas y blancas de la cafetería. Hulda lo siguió con la mirada.

—Niños abandonados por todas partes —susurró más bien para sí misma. Pero Bert la había oído.

—¿Cómo es que dice eso?

—Ay, es raro. Allí donde voy, escucho historias de huérfanos y niños abandonados. Algunos han hecho algo con su vida, como usted. Otros se han malogrado.

—¿Piensa en alguien determinado?

Hulda calló. Reflexionaba.

—¿Qué piensa usted de la Policía Criminal? —preguntó sin rodeos —. ¿Realiza bien su trabajo?

Bert la miró inquisitivo.

—No entiendo.

—Conozco a un joven agente de la Criminal. Trabaja en un caso en el edificio de mi paciente, Lilo Schmidt.

En los ojos de Bert surgió un brillo travieso.

—Vaya. Así que usted lo conoce.

Ella hizo un gesto de rechazo, pero no pudo evitar reírse.

—A usted no se le puede ocultar nada —dijo un poco airada.

—En eso tiene razón. Pero ¿qué ocurre con ese muchacho?

—Se llama Karl y trabaja en el Castillo Rojo. Se comporta de un modo… poco ortodoxo. Tengo la impresión de que ha destruido pruebas. —Hulda aplastó la colilla—. He investigado un poco, tratando de averiguar algo sobre esa muerte.

—¿Investigado? —preguntó Bert frunciendo el ceño—. Señorita Hulda, sea prudente. No sería usted la primera que desaparezca en Berlín porque se cruza en el camino de gente peligrosa.

—No se preocupe, sé cuidar de mí misma. —Sin pensarlo se llevó la mano a la cabeza y palpó discretamente el chichón—. Solo pensaba… ¿qué cantidad de conocimientos es bueno tener de un desconocido?

—¿Tan misterioso es? Al final va a resultar que el elegante señor comisario tiene sus trapos sucios.

—¿Cree usted?

—Bueno, es evidente. Dice usted que obstaculiza la investigación, que destruye pruebas. Todo encaja, ¿no?

—Sí y no —contestó Hulda—. Tiene sus razones, hágame caso.

Bert la miró interrogativo.

—Mi querida señorita, tengo la sensación de que no es usted del todo imparcial en este asunto.

Hulda se movió de un lado a otro de la silla.

—Lo sé —admitió con voz ronca—. Tengo que hablar con él. —Observó de nuevo que su interlocutor arqueaba las cejas.

Bert se inclinó hacia delante y puso su gran mano en el brazo de ella.

—No me gusta nada que se exponga usted a ningún peligro, pero entiendo que está muy metida en ese asunto. Tiene este caso entre sus bonitos dientes, y es probable que también al que supongo apuesto comisario, y no va a soltarlo. Pero su enigmático Karl podría ser un bellaco. Sabe, no todo agente de la Criminal tiene vocación para hacer el trabajo de policía. Muchos se vieron forzados a ejercer esa profesión porque sus padres no tenían dinero suficiente para pagarles una carrera de médico o de abogado.

—Karl es una persona difícil —dijo Hulda y recogió con el dedo índice las migas de pastel en el plato—, pero estoy segura de que no es un delincuente.

—Incluso si solo es una persona complicada —señaló—, manténgase alejada de él. La conozco. A la que puede jugar con fuego, lo hace encantada. Pero al final uno acaba quemándose siempre.

La observó largo tiempo. Ella se sentía incómoda expuesta a su penetrante mirada. A continuación, Bert movió la cabeza, afligido.

—Ya veo que mi consejo llega demasiado tarde. Y tal vez tenga razón no dejándolo en paz. Dios los cría y ellos se juntan, ¿tengo razón?

—¿Lo dice por mí? —preguntó Hulda dispuesta a protestar indignada. Pero entonces pensó que, aunque la observación de Bert no había sido especialmente delicada, contenía un fondo de verdad. Ella tendía a meterse en situaciones críticas, se sentía atraída por el riesgo. ¿Acaso no era justo eso lo que la ahuyentaba siempre de Felix? Él sabía quién era y qué quería. Ella era la inconstante, caprichosa, la que tenía un miedo horroroso a la visión de un futuro claro. ¿Era esa la razón de que se sintiera tan próxima a Karl North? ¿Porque detrás de los cristales sucios de las gafas estaban los ojos más tristes del mundo y también los más prometedores?

—Lo sabe usted todo —dijo Hulda al final—. Juro que soy prudente.

—¡Ja! Hasta un ciego vería que está usted mintiendo. —Bert se puso en pie, dejó un par de billetes sobre la mesa y se alisó el traje. Luego consultó el reloj de bolsillo—. Pero al menos la he avisado. Y ahora, venga, tengo que volver con los diarios. Es raro, pero después de una o dos horas sin ellos me siento como si no fuese yo. Me gusta tener a mi alrededor todas esas letras negras que nos explican el mundo. Y siempre me inquieta dejarlos en manos de ese granujilla. ¿Qué ocurriría si por descuido les prende fuego con un pitillo y toda mi vida se diluye en una lluvia de chispas?

Hulda rio y le tendió el brazo. Juntos se dirigieron bajo la llovizna rumbo a la Winterfeldtplatz mientras un gorrión se abalanzaba sobre las migas de los platos.

27

Lunes, 12 de junio

KARL TROPEZÓ CON un montón de grava del suelo. Recuperó el equilibrio y miró a su alrededor. Unos altos muros de ladrillo rodeaban el terreno de la antigua carpintería. Parecía que habían tenido mucho ajetreo en aquel lugar. Recordaba que, cuando iba a la escuela, deambulaba por allí y escuchaba el chirrido de la sierra. El olor a madera seca y cola había sido entonces turbador.

Pero en ese momento las ventanas del edificio miraban oscuras a la ciudad. El silencio flotaba sobre los tejados del entonces taller como unas nubes grises que ensombrecían el día. Como muchas medianas empresas, la carpintería no había superado la guerra y al final se había declarado en quiebra. Desde entonces, los edificios estaban vacíos.

«Casi vacíos», pensó Karl cuando oyó unas voces argénteas que salían de una de las ventanas sin cristal. Se detuvo indeciso. Oyó a sus espaldas los pasos de Paul Fabricius, que lo acompañaba aquel día. Habían acordado que él se encargaría del interrogatorio y que Karl se mantendría en un segundo plano, interviniendo solo cuando lo creyera conveniente. Contaba con el talento de su asistente para sonsacar a la gente. Por otra parte, tampoco esperaba averiguar gran cosa cuando interrogasen a esa niña de la calle que en teoría conocía a Rita. Sin embargo, como necesitaban su declaración para el acta, Karl había cedido ante la insistencia de su ansioso ayudante y había ido en coche con él a la vieja carpintería.

Hacía ya tiempo que Karl había leído el cuaderno de Rita. Primero vacilante, pero cada vez con mayor fascinación, como si la insegura caligrafía formara un remolino. Y había empezado a investigar. De los expedientes personales de la institución se concluía que los servicios de la cuidadora Rita Schönbrunn en los primeros años de su actividad habían sido modélicos, que su entrega y su voluntad de esfuerzo hacían de ella una de las mejores enfermeras del lugar.

Pero entonces se produjo un incidente. Un paciente murió. Eso desencadenó algo en Rita; una duda, una conmoción, de modo que su celo profesional se redujo hasta que solo quedó un lastimoso resto de él. ¿O acaso todo había ido cuesta abajo desde la muerte de su familia?

En ese punto Karl se quedaba atascado. Aunque una diminuta sospecha se había apoderado de él; una suposición vinculada con la tarea de cuidadora de Rita, con su asistencia a los enfermos. «¿Qué habría ocurrido —se preguntó— si su asistencia no hubiera bastado en una ocasión? ¿Si al fallar se hubiese considerado culpable? Entonces a lo mejor se habría ganado algún enemigo. ¿Había tenido al final que pagar por ello con la muerte?»

—¿A qué estamos esperando, jefe? —La voz impaciente de Fabricius resonó entre las dependencias en ruinas—. Vamos a sacar a esas pequeñas ratas de la ratonera.

Karl volvió a sentir que la rabia hacia su asistente se apoderaba de él. Ese crío no tenía ni veinticinco años y no podía quedarse quieto ni un segundo. «Sin embargo, la paciencia es una virtud en el quehacer policial», pensó Karl furioso. Era la capacidad de esperar en la red hasta que una mosca se enredaba en el hilo pegajoso. Hasta que alguien cantaba. Pero de eso no sabía nada ese Paul a presión, la Bala Inquieta. Para él nada era lo bastante rápido, como si el trabajo en la Policía Criminal fuera una carrera de medio fondo.

—No vamos a asustar de forma innecesaria a la niña, Fabricius —dijo Karl mirando al joven con severidad—. Aquí los chicos no son criminales, sino unas pobres criaturas. Tenga un poco más de compasión.

Fabricius se encogió de hombros con indiferencia y dio una patada a un ladrillo que estaba en el suelo.

—La chusma es la chusma —dijo—. No sabía que en usted se escondía un comunista, jefe.

Karl se dio media vuelta moviendo la cabeza y se acercó al edificio en el que se suponía que estaban los niños, cuyas voces se podían oír desde la calle.

Fabricius lo siguió a regañadientes.

Cuando se acercaron a la entrada, en la que una puerta colgaba suelta de una bisagra, el murmullo enmudeció y Karl oyó sonidos de pies que se arrastraban y golpeteaban el suelo, como si los inquilinos de la antigua carpintería se retiraran hacia el interior de la casa.

Se detuvo y gritó:

—¡Policía! No tengáis miedo, no os haremos nada. Solo queremos hablar con uno de vosotros.

Fabricius resopló detrás de él.

—Así no hay quien cace una rata, jefe. —Luego gritó—: ¡A quien hable con nosotros, le damos un *Heiermann*! Mirad, ¿lo veis? —Sacó una moneda de cinco marcos y la sostuvo en alto—. Esos miserables no se resisten a la pasta, cantarán de inmediato —susurró a su jefe.

Karl se tragó la indignación que le habían provocado las palabras despectivas de su asistente, ya que detrás del alféizar de la ventana

intuyó las sombras de unas cabezas hambrientas.

Durante un rato, todo permaneció en silencio. Entonces oyeron unos leves pasos y al final apareció por la puerta un niño menudo. Los pantalones cortos se tenían en pie de lo sucios que estaban. Tenía las rodillas cubiertas de heridas y costras.

Miró con desconfianza a los dos hombres, como si él fuese un animalito y ellos dos los cazadores. Luego los ojos se le deslizaron ansiosos hacia la moneda que Paul Fabricius seguía sosteniendo en lo alto como un cebo. En el rostro del niño luchaban el miedo y la codicia…, hasta que esta última venció.

—¡Yo lo haré! —dijo con su acento berlinés al tiempo que salía de su escondite. Enseguida voló hacia Fabricius con el fin de atrapar la moneda, pero el asistente la retiró a la velocidad de un rayo.

—No tan deprisa, renacuajo —advirtió, y a Karl le pareció que su voz se parecía a la de un jinete que tranquiliza a un potrillo joven y sin domar. Se maravilló ante la transformación del asistente: no quedaba nada de aquel desprecio suyo hacia los niños vagabundos. Ahora parecía más bien un pariente amable.

—Primero nos dices cómo te llamas.

—Kalle —contestó de mala gana el niño.

Karl se estremeció y sintió sobre él la mirada burlona de Fabricius. Pero no comentó nada. Habían utilizado aquel mismo nombre en el orfanato, y él lo había odiado aún más que el de Karl. Porque sonaba a pobre, a falta de educación y a suciedad.

—Y dime, Kalle, ¿vives aquí? —preguntó Fabricius.

—Si no tiene usted nada en contra. —El chico insinuó una reverencia.

—Por mí puedes vivir en Marte —respondió divertido, y de hecho hizo reír con eso a Kalle. El asistente le dio un amistoso pescozón y de repente el potrillo salvaje parecía dispuesto a comer de la mano de su domador. La desconfianza desapareció del rostro del chico.

Fabricius jugueteó con la moneda y preguntó, como con desgana:

—¿Conoces a una chica que se llama Lena?

—Claro —respondió Kalle con aquel acento cerrado y la mirada cautiva en el dinero.

—¿Está aquí?

—Ahí dentro. —El joven señaló con la barbilla hacia la entrada.

—Si la sacas de ahí, esto es tuyo —dijo Fabricius agarrando la moneda entre el índice y el pulgar.

Kalle pareció dudar un momento, luego se dio media vuelta y corrió de nuevo al interior. Karl estaba seguro de que no iba a volver a salir, pero unos minutos más tarde apareció de nuevo, desde la carpintería, su cabello enmarañado.

Y arrastraba a una niña detrás de sí.

Karl había visto pocas veces a una criatura más digna de lástima. Sus cabellos eran de un tono rubio rojizo, pero el color apenas se apreciaba debajo de la masa pegajosa de polvo de ladrillo y suciedad. En su rostro pálido las pecas resaltaban como lunares oscuros. Los brazos, que salían de la bata hecha jirones, no eran más que unos palos delgados con unas manos que colgaban en los extremos. Sin duda vivía desde hacía tiempo en la calle o en aquella casa en ruinas. Y seguro que hacía meses, o quizá años, que no había comido lo suficiente.

—¿Eres Lena?

La niña asintió.

Sin pensárselo dos veces, Karl metió la mano en el bolsillo abultado y sacó un bocadillo. Lo desenvolvió y le tendió una rebanada de pan. Ella no dudó más que un parpadeo, atrapó el pan y le hincó el diente. De forma automática se alejó un paso de Kalle, cuyos ojos enseguida se vieron atraídos por la rebanada. Karl le dio otra a él, después el papel del envoltorio quedó vacío salvo por un par de migas. Lo arrugó y le propinó una patada allí mismo.

Fabricius le metió al chico la moneda de cinco marcos por el cuello de la camisa.

—¡Humo!

No se lo hizo repetir dos veces. Se marchó con el tesoro y desapareció a la vuelta de la esquina, donde con toda seguridad engulliría tranquilamente aquel botín.

Lena se quedó allí masticando, como si alguien la hubiese colocado y olvidado en ese lugar. Tenía los hombros levantados y mecía el cuerpo hacia delante y hacia atrás poniéndose de puntillas, como tratando de tranquilizarse.

Justo en ese momento, Karl descubrió que tenía varias manchas moradas en el cuello, como si una mano grande la hubiese agarrado allí y apretado con fuerza.

Hizo una seña a su asistente y Fabricius le colocó protector una mano en el brazo.

—Somos de la Policía. No te preocupes, solo queremos hablar contigo. Ven, pequeña.

La niña se dejó llevar como un corderito. A esas alturas ya se había comido el pan y se pasaba la lengua por los labios como si evocara su sabor.

Los tres anduvieron por la gravilla crujiente del terreno hasta el portalón del muro de ladrillos. En el cielo todavía amenazaban unas nubes grises y solo de vez en cuando se extraviaba un rayo de sol, como un relámpago, a través de un orificio de aquella espesa cubierta. Los edificios destrozados del antiguo taller se alzaban espectrales como las raíces de una dentadura.

—Hay aquí una taberna que sirve desayunos —susurró Karl a Fabricius, que asintió. Llevaron a la silenciosa Lena a un pequeño local en cuya sala interior solo había sitio para tres mesas de madera.

El aire estaba cargado del humo frío de tabaco, y en las superficies de las mesas se había aposentado la suciedad de años. Karl pidió a la desagradable camarera café para todos y un panecillo y huevos fritos para Lena.

No tuvo que esperar mucho.

La pequeña se lo comió todo con el tenedor de forma mecánica sin levantar en ningún momento la vista del plato. Incluso parecía haberse olvidado de respirar. Solo cuando lo hubo vaciado dio la impresión de percatarse de dónde estaba, pues miró a su alrededor como si despertara de un sueño.

Por primera vez, Karl se preguntó si estaría bien de la cabeza.

Lena había encogido de nuevo el cuello entre los hombros puntiagudos, como si quisiera esconder los moratones de la piel, y asió la taza con las dos manos como un ancla en alta mar.

Todo en ella, la postura encorvada, los brazos enflaquecidos, el miedo, le recordaba de manera tan dolorosa a los niños con los que se había criado, que a Karl se le hizo un nudo en la garganta. También él había tenido durante un tiempo ese aspecto, apestando a miedo y desconfianza hacia el mundo. Se forzó a respirar hondo, intercambió una mirada con Fabricius y le hizo de nuevo una señal imperceptible.

El asistente dio comienzo al interrogatorio.

—¿Tu nombre es Lena? ¿Qué más?

—Schilling. —No era más que un susurro.

—¿Vives en la antigua carpintería?

—Hmm.

—¿Desde cuándo?

—No sé. Un par de semanas.

—¿Y antes?

—Aquí y allá.

El rostro de su compañero mostraba cierta impaciencia, pero Karl le comunicó con un gesto que no acelerase el ritmo.

—Conoces a una tal Rita Schönbrunn, ¿verdad? —preguntó Fabricius con marcada amabilidad.

Lena asintió.

Karl advirtió que en los ojos de la niña había aparecido ahora una alarma que antes no estaba.

—La señora Schönbrunn murió de una forma poco natural. Queremos saber la razón. ¿Tienes alguna idea de lo que ocurrió?

Lena apretó los labios y negó con la cabeza. Con las uñas se rascaba sin cesar una costra en el dorso de la mano hasta que esta empezó a sangrar.

Fabricius continuó.

—Algunos testigos han declarado que estuviste en casa de Rita. ¿Sobre qué hablasteis?

Karl pensó que «testigos» no se correspondía del todo con la verdad. Hulda le había dado esa información, pero había fingido frente a su asistente que era la vecina quien se la había facilitado.

Lena se removió en la silla.

—No sé. Hace mucho tiempo.

—Por favor, intenta acordarte.

—Pues de cosas, de cosas de mujeres. No tenía familia y me preparó algo de comer. Eso fue todo.

—¿Dónde estabas la noche del 24 de mayo, cuando desapareció Rita?

—¿Qué día era ese?

—Un miércoles.

Lena pareció aliviada.

—Los miércoles siempre estoy en Rieke ayudando a lavar los vasos.

—¿Qué es Rieke?

Karl intervino.

—Una taberna en la Bülowstraße —dijo—. Se hace llamar «Varieté».

Fabricius pasó por alto la explicación y se volvió de nuevo a la niña.

—¿También estabas allí el miércoles 24 de mayo?

—Yo paso ahí todos los miércoles. Pregunte a cualquiera si quiere.

Karl la creía. Además, ella no podía ser quien había empujado a Rita al agua. Contempló sus huesos afilados, el pecho plano como el de un polluelo desplumado. Lena era demasiado frágil. Y no tenía ningún motivo, al menos ninguno que él pudiera reconocer. Rita Schönbrunn parecía haberla tratado bien. No, estaba seguro de que ella no había sido.

Su asistente siguió haciendo preguntas, pero Karl divagaba. Percibía que, de seguir así, no iban a llegar a ningún sitio. Pero la relación con Rita Schönbrunn le interesaba a pesar de todo. Le interesaba vivamente, tal como debía admitir para sus adentros.

Tenían que personalizar más.

—¿Cómo te has hecho esas heridas? —interrumpió a Fabricius, que lo miró extrañado y un poco molesto.

Lena se llevó la mano al cuello.

—¿Cuáles? —Una pregunta absurda.

—Esos morados. ¿Quién te ha apretado el cuello?

Hizo un gesto de rechazo, como si fuera una tontería.

—Me peleé con Eddi. No es un drama.

—¿Eddi?

—Mi hermanito.

—¿Tu hermanito? Vaya, pues parece tener unas auténticas zarpas.

De nuevo se avivó esa llama de temor en el rostro de Lena que Karl ya había visto antes. Percibía que algo había oculto allí.

—¿Dónde está tu hermano?

—Está fuera.

—¿Dónde?

—Ni idea. Ahora tengo que marcharme.

Lena se levantó, pero Fabricius la agarró del brazo.

—Tú te quedas. Entonces, ¿cuál fue el motivo de vuestra pelea?

—A ti qué te importa. —De repente Lena parecía más segura que antes. Se soltó—. Yo no he hecho nada. Pueden preguntar en Rieke.

Fabricius miró a Karl en busca de ayuda. Este hizo un gesto negativo. Sospechaba que Lena no les diría nada de utilidad. Tampoco contaban con pruebas contra ella, estaba convencido de que su coartada era cierta.

Lena salió corriendo de la taberna bajo la llovizna, y Fabricius se recostó sobre la silla a la vez que resoplaba decepcionado.

—Esto no ha valido para nada, jefe. Somos igual de listos que antes.

—No del todo, Fabricius —respondió Karl mientras se encendía un cigarrillo. Inspiró el humo hasta hacerlo llegar a los pulmones—. Deberíamos encontrar a ese tal Eddi. Intuyo que Lena tiene miedo de algo. Y no solo de pelearse con su hermano.

—¡Usted siempre con las intuiciones! —exclamó Fabricius y chascó los dedos para llamar a la camarera mientas Karl sonreía en silencio. Luego añadió, como de paso—. ¿Le ha dicho también su intuición que hiciera desaparecer el cuaderno de la señora Schönbrunn?

Karl se sintió como si en una pelea sucia de boxeo le hubieran propinado un puñetazo en sus partes. Desconcertado, se quedó mirando a su asistente.

—En cualquier caso, no está en los expedientes —prosiguió Fabricius mientras se limpiaba sin prisa las uñas con un palillo. Solo el brillo de su calva desvelaba que él también estaba nervioso.

—¿Desde cuándo lo sabe? —preguntó Karl. Mentir no tenía ningún sentido.

—De hecho, desde que vi la expresión de su cara cuando dejamos la vivienda —dijo Fabricius—. Había algo que le resultaba muy lamentable. No se preocupe, su pequeño secreto está a salvo conmigo. Solo siento curiosidad. ¿Había hecho Rita la Rápida una lista de clientes y aparecía su nombre en ella?

El puño de Karl golpeó la superficie de la mesa. La camarera, que acababa de llegar para entregarles la cuenta, dio un chillido y volvió a dejar a los hombres a solas.

—¡Claro que no!

—Por preguntar que no quede —señaló Fabricius. Karl notó lo mucho que le divertía íntimamente esa conversación.

Él, por el contrario, se sentía fatal, como un impostor a quien se le ha descubierto el truco.

—Es algo… privado —respondió con una mirada suplicante. Al mismo tiempo, se repugnaba por ser tan débil. ¿Por qué no se limitaba a contarle a su asistente lo que pensaba? ¿Por qué se avergonzaba de sus orígenes como si fuera culpa suya que lo hubiesen abandonado de bebé para que se lo zampasen aquellas monjas crueles?

—¿Un asunto privado?

—De familia.

Fabricius rio.

—Qué raro, y yo que siempre había pensado que usted no tenía familia… Hasta sentía un poco de envidia: nada de padres a quienes tal vez decepcionar; nada de hermanas como la mía, que me obliga a rascarme el bolsillo sin cesar… En fin, todos nos podemos equivocar. —Se levantó—. Es cosa suya. Yo estaré callado como una tumba. Como la fosa común en la que esa pobre anciana ha ido a parar.

Karl se estremeció, pero se forzó a dibujar una sonrisa de agradecimiento y pagó. Abandonaron juntos la taberna.

Mientras se dirigían al furgón de policía en el que habían llegado hasta allí, Fabricius estuvo todo el tiempo silbando alegremente. Y Karl sospechó que acababa de firmar un pagaré con su asistente, cuya cantidad ignoraba a cuánto ascendía.

28

EL CUADERNO

Hospital militar psiquiátrico de Brandemburgo
18 de febrero de 1917

El frío ha apresado el país como un carcelero inmisericorde cuya gélida mano hace temblar. El frío nos llega hasta la médula y no hay suficiente carbón para calentar los barracones del hospital. También nos helamos en casa. Ayer por la noche llegamos a veinte grados bajo cero. Hildchen duerme en nuestra cama, nos calentamos mutuamente hasta la mañana siguiente.

¿Cómo les debe ir a los soldados que están allí fuera, en el frente?

Por desgracia, debo confesar que en lo que va de tiempo han muerto más pacientes de hambre. Este año ya hemos tenido diecisiete fallecidos, la mayoría por inanición.

Una de esas diecisiete muertes me ha afectado en especial. Me siento culpable y lloro por el fallecido cuando nadie me ve.

Es el soldado a cuya familia envié a escondidas una carta que él había escrito. El psiquiatra jefe decidió que los síntomas precisaban de una terapia por electrochoque, así que llevé al enfermo a la sala de tratamientos donde el doctor ya lo esperaba con el aparato de descargas eléctricas.

He oído decir a los médicos que las descargas son necesarias, incluso que se trata de un acto de clemencia para con los pacientes, pues solo un fuerte dolor logra penetrar entre la bruma de la neurosis y posibilita la curación. A las cuidadoras se nos ha inculcado que lo importante en esos casos es el factor sorpresa. Solo con un dolor inesperado puede eliminarse el temor.

Yo ya había estado presente en algunos tratamientos como ayudante y apenas podía soportar los gritos de dolor de los torturados, pero los médicos insisten en su necesidad. Es esencial no tener miramientos, así lo he aprendido: abandonar la terapia en medio de una sesión no es apropiado. Justo cuando parece que las corrientes ya no tienen efecto y el paciente nos suplica que paremos, hay que aumentar la intensidad de las descargas. Es frecuente que se apliquen hasta cinco minutos seguidos, sin interrupción.

Al entrar en la sala con el paciente, este ya se descompuso solo al ver el aparato eléctrico. Comenzó a temblar y a sudar, pero le atamos y le colocamos los electrodos en las sienes.

«Este es el doctor Friedberg, el médico. Le ayudará. Todo irá bien», le

dije.

Luego le enviamos la corriente eléctrica directa al cerebro.

Nunca me olvidaré de la expresión de su cara, la agonía que mostraba en ella. ¡El miedo! Cuando el doctor Friedberg por fin bajó la potencia del aparato vi que el indicador había estado por encima de los 90 voltios. Me volví asustada hacia el paciente, que yacía inerte en la camilla. Me susurró: «Siento que me estoy muriendo».

Yo quería tranquilizarlo porque no creía que fuera posible que dejara de vivir en ese momento. Pero entonces su rostro se hundió y el corazón le dejó de latir bajo mi mano. Estaba muerto.

También el médico sufrió un breve sobresalto, pero se recompuso enseguida y se limitó a decir: «Uno menos en estos condenados tiempos neuróticos».

Lavé al muerto y llamé al enterrador. No se realizó una autopsia y se comunicó por escrito a la familia que había muerto por debilidad.

No puedo olvidarlo. La palabra «debilidad» resuena sarcástica en mis oídos. Ese hombre no estaba débil, era fuerte de constitución, no había sufrido hambre durante tanto tiempo como otros y quería volver con su familia. La tristeza que siento me paraliza las manos y la mente; apenas puedo concentrarme en mi trabajo, porque no hago más que pensar en él.

Su vida tenía tan poco valor como un chelín.

29

Lunes, 12 de junio

La madre de Hulda está en el patio y sacude una alfombra que cuelga de un palo. Guste espera al lado con la cara turbada y las manos cruzadas mientras la señora Gold aporrea con el sacudidor una y otra vez la tela tejida e increpa a la doncella. Que mire bien, «¡así se hace, con fuerza, chica!». Hulda está arriba, detrás de la cortina del dormitorio, mirando hacia abajo. Se sorprende de que su madre tenga el cabello cano, ¿no es todavía una mujer joven? De repente, la madre se separa de la alfombra y empieza a golpear a Guste con el sacudidor, sin parar, con el rostro contraído por la cólera. Guste llora y dirige la cara inundada de lágrimas hacia arriba. La mira a ella, a Hulda, que está como paralizada en el marco de la ventana intentado respirar. La cara de Guste ya no es ese rostro ancho de campesina, algo ingenuo y con expresión cariñosa que ella recuerda, sino el suyo mismo. Guste es Hulda y su madre la golpea y golpea como una posesa, el ruido del sacudidor en la piel le retumba en los oídos.

Hulda abre con esfuerzo los ojos en la oscuridad y se sienta asustada cuando el sueño se desvanece. Se hace jirones ante ella, pero los martillazos continúan. Están ahí, los sigue oyendo.

Alguien golpeaba la puerta de su cuarto en la pensión.

En un primer momento, Hulda pensó aterrada que se había olvidado de una de sus pacientes y que estaba a punto de dar a luz. Pero luego recordó que no estaba atendiendo a ninguna mujer que fuera a alumbrar en breve. No podía ser eso. ¿Quién estaba entonces en plena noche en su casa, delante de la puerta de su habitación?

De nuevo la atenazó el miedo.

—¿Quién está ahí? —preguntó con voz ronca y carraspeó. Luego se acercó a la puerta descalza. Encendió la lámpara de gas y el cálido resplandor le ofreció enseguida cierto consuelo—. ¿Quién llama? —preguntó de nuevo, en esa ocasión con la voz más firme.

—Galina —susurraron desde fuera, y Hulda se quedó petrificada. ¿Qué quería de ella la recepcionista del Palacio de los Deseos?

—¿Está usted sola? —preguntó a media voz por la ranura de la puerta.

—Sí. Abra de una vez, llevo una eternidad esperando —contestó.

Hulda experimentó una mezcla de enfado y risa. ¿Cómo se le

ocurría a esa mujer quejarse? A fin de cuentas, era una visita nocturna que no se había anunciado.

Abrió un poco la puerta con precaución y vio los cabellos claros de la mujer del establecimiento de Pedro brillar en la oscuridad del pasillo. Comprobó por encima de la cabeza de Galina que no hubiera nadie más allí y solo entonces dejó entrar a la misteriosa visitante. A continuación, Hulda volvió a cerrar la puerta con el cerrojo y miró inquisitiva a la mujer.

—¿Qué quiere?

Cuando se percató de que solo llevaba el camisón, cruzó los brazos por delante del pecho. De repente sintió frío. Cogió deprisa un chal de lana y se envolvió con él, luego puso agua en un recipiente, encendió el hornillo, colocó la olla encima y buscó las provisiones de té.

«Qué extraño —pensó—, que la educación sea más fuerte que todo lo demás.» Incluso cuando en medio de la noche aparecía en la habitación la turbia recepcionista, cuyo compañero había estado a punto de violarla pocos días antes, Hulda preparaba un té para agasajarla. Pero una taza de té caliente era un mensaje de paz que todo el mundo entendía.

Galina se sentó al borde de la cama como si ambas fueran viejas conocidas. Calló mientras Hulda preparaba el té. Luego cogió la taza y la miró.

—¿Tiene también algo más fuerte? —preguntó.

Hulda la miró perpleja y reflexionó.

—En algún lugar tengo algo de coñac —contestó, y buscó debajo de la cama. Encontró una botella polvorienta y medio vacía. La abrió y vertió un generoso chorro en la taza con el té humeante que le tendía Galina. Tras vacilar un instante, ella misma se sirvió. Entonces se sentó frente a la cama, en la silla donde reposaba la ropa del día anterior.

—Hable —dijo asombrándose del tono enérgico de su voz. En el Palacio de los Deseos, Galina había sido la más fuerte, incluso había dominado al colérico Pedro con unas pocas palabras, pero allí, en su habitación, la mujer rubia de rasgos finos y pómulos altos daba la impresión de ser ella la sometida.

Galina sopló apocada la taza, sorbió haciendo ruido el líquido y cerró unos segundos los ojos.

—¿Cómo ha conseguido encontrarme? —preguntó Hulda cuando cayó en la cuenta de que Galina no podía saber su dirección.

Algo se movió en el rostro de la rusa. Dibujó una sonrisa burlona con sus bellos labios.

—Aquí es usted archiconocida, señorita Gold —dijo, con aquel suave acento que Hulda había advertido en su primer encuentro. Era como si en su casi perfecto alemán se escondiera una monodia, un

aliento de otros tiempos en los que esos labios hablaban otro idioma.

—He preguntado a un par de mujeres en el mercado si conocían a una tal señorita Gold, con el cabello negro como plumas de cuervo, y enseguida me han indicado el camino. La reacción de las mujeres, por otra parte, ha sido… comedida.

—¿Ah, sí?

—Sí, por lo visto no todo el mundo tiene tan buena opinión de usted como usted misma.

Hulda se enderezó.

—¿Cómo se le ocurre esa idea?

—Bueno, responde a una especie de megalomanía meterse en la boca del lobo y creer que se vuelve a salir ileso. Es usted realmente arrogante, señorita Hulda. ¿O debería decir que está usted loca?

Hulda se mordió el labio. Estaba furiosa. ¿Cómo se le ocurría a esa mujer presentarse allí, beberse su coñac y juzgarla? ¿Quiénes debían de ser esas mujeres que en el mercado habían hablado mal de ella? Hulda reflexionó. En realidad, no era algo nuevo. Las madres a quienes había ayudado a dar a luz la querían, los caballeros la respetaban; pero las chicas más jóvenes y solteras a menudo se comportaban de forma reservada con ella, incluso hostil. Por qué razón ocurría eso, Hulda nunca había tenido ganas de pensarlo.

—Bien, por suerte usted estaba allí para atar en corto a su perrito faldero Pedro —dijo—. ¿Interpretan ustedes esos papeles con frecuencia? ¿Él golpea a la gente y usted aparece como un ángel redentor?

Galina dibujó una sonrisa insondable.

—Ay, señorita Hulda, lo que hacemos o no hacemos no es asunto suyo, ¿entiende? Pedro y yo nos conocemos desde ya hace mucho tiempo, formamos un buen equipo. Ya puede venir una como usted y andar husmeando por allí todo lo que quiera, eso no cambia nada. Pero no debería volver a aparecer por nuestro territorio.

Hulda levantó la barbilla.

—¿O?

—O comprobará que no conoce las reglas de nuestro mundo. Y que la temeridad es una mala maestra: uno se muere antes de entender las reglas.

Tomó un buen sorbo, y Hulda siguió preguntándose qué demonios querría de ella esa mujer.

—Pues bien, ¿en qué puedo ayudarla, Galina? —preguntó poniéndose en pie.

—Una buena entrada —contestó la mujer—. «Ayudar.» Yo más bien preguntaría cómo puede usted compensar mi amabilidad, que la haya salvado hace unos días.

—Por mi parte, esto también es válido —replicó Hulda. Estaba

cansada. A ver si aquella rusa ponía precio a su acción de una vez en lugar de andarse por las ramas todo el rato. Se la quería quitar de encima lo antes posible—. Pero ya debe suponer —dijo señalando la habitación austeramente amueblada— que no tengo gran cosa que dar. Si no solicita mis servicios de comadrona, o si no va a obligarme a prometer que le entregaré el primer hijo al que dé luz, no sé qué más puede querer de mí.

Algo cambió en el rostro de Galina. Empalideció y apretó los labios. De repente se dibujaron desde la nariz hacia abajo dos marcadas arrugas que le dieron unas cuantos años más.

—No va usted mal encaminada, señorita Hulda —respondió—. No me interesa nada su primer hijo, lo que quiero es desprenderme del mío.

Hulda se quedó mirando a la mujer. Entonces comprendió y volvió a sentarse.

—Está usted embarazada —afirmó.

—Sí.

—Y quiere interrumpir el embarazo.

—Exacto.

—Por qué, si me permite preguntar.

—No se lo permito —contestó Galina—. Aun así, le diré que no es de Pedro.

Hulda no dijo nada, sino que esperó pacientemente por si seguía otra explicación.

—Tras el tratamiento… —Galina escupió la palabra— que le aplicaron, ambos sabemos que no puede engendrar hijos.

—Y criar al hijo de otro hombre no debe formar parte de los intereses de Pedro.

—Ha dado usted otra vez en el clavo, señorita Hulda. Es usted un hacha. Se dice así, ¿verdad?

—Sí, así se dice.

—Ustedes los alemanes y su extraña lengua tan brusca. Todo es tan bélico, todo suena a adiestramiento militar.

Hulda volvió a sentir fastidio. ¿Cuánto tiempo quería robarle aquella mujer?

—Está usted en el lugar equivocado para cumplir sus deseos —dijo levantándose y vertiendo por el desagüe el té con coñac. De repente le sabía amargo—. Yo ayudo a traer niños al mundo, no soy médica. Y lo que usted necesita precisa de una operación. Es arriesgado en cuanto a su salud, pero también porque el aborto se castiga si se descubre. Con la cárcel. ¿Entiende?

—No, es usted la que no entiende —dijo Galina con voz velada. Por primera vez desde que la mujer rubia había entrado en la habitación, Hulda vio llamear el miedo tras la petulancia en sus ojos—. Si Pedro

se entera —añadió—, me mata. —Vació su taza de un trago—. Y no puedo largarme. ¿Una mujer como yo, sola en la calle con un bastardo? Es una condena a muerte. En comparación, me imagino la cárcel como un lugar cálido y agradable.

Hulda la observó pensativa. A su enojo se unió la compasión. Por muy elegante y sugestiva que pudiera aparentar la vida de Galina, por muy resplandeciente que pareciera su existencia en la vida nocturna de Berlín, al final era una mujer dependiente, una mujer que no había aprendido a mantenerse por sí misma. Y que ahora quería salvar la vida porque había cometido un error que no se le iba a perdonar.

—¿Para qué me necesita en realidad? —preguntó—. En su ambiente debe de haber montones de mujeres que no pueden alumbrar a un hijo. Uno pensaría que debe de tener usted un par de contactos.

—No tiene ni idea del mundo del que procedo —señaló Galina con un tono desdeñoso—. Y sin embargo solo está a una manzana de su casa, señorita Hulda. Allí todo el mundo conoce a Galina. Todo el mundo sabría de inmediato lo ocurrido. Necesito una dirección que esté bien lejos de nuestro barrio de Bülow, muy lejos de todo este lío. —Suspiró—. A veces desearía poder salir volando del barrio. Renacer de las cenizas como el ave fénix e ir a vivir a otro lugar, ser otra. No ser más Galina, sino una sencilla Lise, una Lotte, una Margot. Pero es imposible. Siempre seré Galina.

Levantó la vista, como si despertara, y entonces dio muestras de percatarse de que había desvelado demasiado. Sus labios perdieron el color.

—¿Qué es lo que mira así, señorita Hulda? ¿Va a ayudarme?

—¿Se supone que el padre del niño no está en disposición de apoyarla?

Galina rio sarcástica, aunque más bien parecía emitir un sollozo.

—El padre es un criminal morfinómano al que no quiero volver a ver en toda mi vida.

Hulda asintió. Galina se le antojó de repente como la encarnación de esa capital de dos caras: Berlín era una sucesión única de placeres, champán y desenfreno, de todo el brillo fatuo, drogas y amor carnal que se anhelara. Pero al final siempre había alguien que acababa pagando por ello. Y normalmente era la mujer cuyo cuerpo, en cuanto estaba embarazada, ya no era deseable, sino vulnerable, víctima incluso de amenazas. Cuando ella intentaba protegerlo, recuperar su integridad, la ley la castigaba. Según el parágrafo 218, la juzgaban los ejecutores, los jueces varones que nunca se encontrarían en un apuro como ese.

—En cualquier caso, no acuda a ese matasanos —advirtió Hulda, que por un momento depositó la mano en el hombro de Galina. Se olvidó por un instante que la mujer se había presentado para cobrarle

una deuda. Pero si podía ayudarla, lo haría.

Galina asintió.

—¿Cómo los llamáis vosotros? ¿Hacedores de ángeles? —Soltó una risa histérica—. Qué forma más bonita de referirse a ellos, ¿no le parece?

—No especialmente —respondió Hulda—. Pero menos bonito es todavía que uno de esos hacedores de ángeles la lastime de tal modo que en la siguiente esquina usted se desangre mientras él está contando sus ganancias. Y eso pasa demasiado a menudo, usted bien lo sabe.

Galina empalideció todavía un poco más.

—Entonces, ¿qué he de hacer? —preguntó. De su voz había desaparecido todo rastro de sorna y malicia.

—Conozco a una persona —contestó Hulda—. Le daré la dirección de su consulta. Está en la Isla Roja, en el barrio de Schöneberg, lo suficientemente lejos de la Bülowstraße. Vaya allí directa y no entable ninguna conversación, ni siquiera en la sala de espera. Diga en recepción que se trata de un chequeo preventivo y finja que se alegra de su futura maternidad. Cuando esté dentro de la sala de la doctora Fischer, dígale que yo le he recomendado que vaya a verla. Ella sabrá lo que tiene que hacer.

—Eso lo hace a menudo para mujeres como yo… —concluyó Galina.

—Puede ser —dijo Hulda. En su memoria apareció una imagen borrosa y velada. La desechó—. En cualquier caso, la ayudará. ¿Sabe de cuántos días está?

—De diez semanas —señaló Galina—. No me olvidaré de esa noche mientas viva: nunca volveré a dejarme engañar de esa forma, eso sí lo he aprendido.

Hulda no siguió preguntando. ¿De qué le servían los amargos recuerdos de aquella desconocida? Bastante tenía con sus propias decepciones y agravios.

—Bien —finalizó esforzándose por adoptar un tono impersonal—. Entonces hay tiempo de sobra. Pero no espere mucho más, cada día que pasa lo complica todo.

Galina asintió. Se levantó y le tendió a Hulda la taza vacía. Por un momento pareció tambalearse, pero se repuso.

—¿Será doloroso? —preguntó a media voz.

—No mucho. —La mentira le brotó de los labios con toda facilidad, pero se avergonzó al ver el alivio en la cara de Galina. «Todas —pensó Hulda— estamos solas en estos asuntos.» Tenían que asumirlo—. Sé que la policía vigila la consulta de mi conocida —se apresuró a decir para volver a la anterior objetividad—. Ya han arrestado varias veces a la doctora Fischer, pero en todas ellas la han tenido que dejar en

libertad por falta de pruebas. Esa es otra razón para actuar deprisa, no vaya a ser que ocurra algo. Y no tengo un segundo contacto.

Galina asintió de nuevo y se dio media vuelta para marcharse. Poco antes de llegar a la puerta se volvió otra vez.

—Las mujeres del mercado son bobas —dijo, y Hulda creyó ver un ligero guiño en sus ojos. Momentos después, Galina ya había descorrido el cerrojo, presionado la manilla y salido por la puerta.

A través de la abertura se introdujo una ráfaga de aire en la habitación, olía a la frescura de la mañana y a la cocina de carbón de la señora Wunderlich. Hulda volvió a cerrar la puerta con determinación y se dejó caer sobre la cama con un suspiro para intentar conciliar el sueño al menos durante un rato.

30

Lunes, 12 de junio

EL FINO VELLO del brazo de Hulda se había erizado como si se enfrentara a una amenaza invisible. Esa angustiosa sensación tampoco la había abandonado cuando en aquella tarde gris recorrió la calle en dirección al canal, aunque se tratara de un entorno conocido para ella. Cada vez eran más las villas con jardín que, junto a los señoriales edificios de viviendas, dibujaban la imagen de la calle al norte de la Nollendorfplatz, con su cúpula, a través de la cual circulaba el tren elevado. Hulda sabía que aquella zona atraía a multitud de artistas y empresarios para poder experimentar la vida bohemia en el centro de la ciudad, pero en una zona verde, y permitirse algunos lujos con el dinero de sus negocios. Pensó un instante en Felix y en «la nueva», que tenía aspecto de pertenecer a ese lugar. ¿Se casarían los dos y construirían su nido con el dinero del padre de la novia en una pequeña y elegante villa urbana? ¿Formarían alineados durante la boda el padre de la rubia y sus compañeros de la «banda de matones», como Bert llamaba a ese nuevo partido nacionalista?

Hulda se apartó con rapidez aquel pensamiento de la cabeza y siguió su camino, aunque constantemente tenía que frenarse para no echar a correr.

Atravesó la Lützowplatz, de la que ya nadie diría que había servido de depósito de carbón durante el siglo anterior. Desde que la habían unido con un puente a Tiergarten, se había convertido en una joya artística del diseño. La rodeaban varios parques y en medio se alzaban las fuentes de Hércules. Más allá de la plaza transitaba el tranvía; Hulda oyó la campanilla cuando prosiguió en dirección al norte. Siguió el trazado de las vías y apareció bajo la densa cubierta de hojas que flanqueaba la Lutzowufer.

Había elegido ese camino de forma consciente, quería acercarse desde al otro lado al lugar donde la habían golpeado y arrojado al agua dos días antes. A lo mejor se le ocurría algo que pudiera darle alguna pista de por qué la habían agredido. Pero sobre todo quería cerciorarse, sin sentirse paralizada, de si todavía estaba allí la bicicleta. Si bien Felix le había dejado por escrito en la misiva que no la había visto, más valía confirmarlo.

Aun así, había dudado sobre si volver a ese lugar. ¿Y por qué?

¿Tenía ella, Hulda Gold, miedo? ¿Demasiado miedo a la hora de recoger las cosas que le pertenecían? Pensó afligida que, de cualquier modo, sería improbable encontrarla; seguro que otra persona pedaleaba en ella por las calles, dejaba insolente que el viento le diera en la cara y no sospechaba que aquella pérdida significaba la ruina para Hulda. Hasta que pudiera permitirse otra tendría que traer tantos niños al mundo y rellenar tantas facturas para el seguro que, solo de pensar en esa montaña de trabajo, la cabeza le daba vueltas.

Disgustada, se percató de que le temblaban las rodillas al llegar al lugar que buscaba. Por fortuna, ese día había otros transeúntes además de ella.

Inspiró hondo, se apartó de la calle y se dirigió hacia el agua entre los arbustos. Sus ojos exploraban la hierba hirsuta. Ni huella de la bicicleta. Recordaba con exactitud dónde la había dejado, aunque anduvo un poco arriba y abajo mientras buscaba detrás de los árboles por si acaso aparecía.

«Habría sido demasiado bonito para ser verdad», pensó Hulda, que suspiró frustrada. El que la había golpeado, fuera quien fuese, también le había robado la bicicleta. ¿Se trataba entonces de un robo? Para muchos, una bicicleta era un artículo de lujo inasequible. En el mercado negro seguro que se sacaría algo por ella.

De repente, la idea de que no había sido Pedro o uno de sus secuaces quien la había atacado, sino tal vez un pobre desgraciado que ahora deambulaba por la ciudad o que estaba la mar de satisfecho con el dinero que había obtenido por el botín, le quitó un enorme peso de encima.

Aun así, la pérdida le provocaba un intenso dolor. ¿Cómo iba a poder permitirse ahora una nueva, cuando los precios habían subido? Para llegar a todas las casas tendría que volver a desplazarse más mal que bien en el metro o el ómnibus. Gimió para sus adentros al pensar en el tiempo y el dinero que le supondría todo aquello. Además, los medios de transporte de Berlín no eran conocidos precisamente por su fiabilidad, y menos por ser puntuales.

El anochecer pendía sobre los tejados de la ciudad. Y el aire fresco, algo húmedo, insuflaba un soplo de paz en ese lugar tan difícil para Hulda. Los arbustos verdes se agarraban a la orilla; un sauce llorón inclinaba sus largas ramas en el agua, como haciendo una reverencia ante su majestad; los colirrojos reales y las alondras competían con su gorjeo, como si quisieran disfrutar de la canción antes de que el sol se pusiera y los enmudeciera.

Inmersa en aquellos pensamientos, Hulda recorrió la orilla. Dejó a su derecha el bonito mercado de la plaza y aspiró el aroma de la cafetería que, a pesar de lo avanzado de la hora, todavía flotaba en el aire.

Cuando llegó al cruce con la Potsdamer Straße tendría que haber girado y haberse dirigido hacia el sur rumbo a su casa, pero continuó caminando junto a la orilla de forma involuntaria. ¿O acaso intuía lo que la atraía hacia ese sitio, como si dos manos invisibles la empujaran hacia allí?

Cuando cruzó por debajo de las vías, las ventanas amarillas del tren elevado le pasaron por encima. Y allí, frente a ella, en el crepúsculo, el puente de Köthen surgió de repente como una promesa.

Hulda casi tuvo que reírse de sí misma. Al mismo tiempo, los latidos del corazón se le aceleraron. La última vez se había encontrado con Karl allí, y entonces había pensado que sus historias estaban vinculadas, de una forma extraña, con aquel lugar, el lugar donde había muerto una desconocida que los había unido. ¿Se sentiría él también atraído por aquel puente? ¿Ansiaría volverla ver?

«¡Qué ideas tan estúpidas!», se reprendió.

Todavía no habían hablado acerca de las averiguaciones de Hulda. La última llamada que había hecho a la jefatura tampoco había tenido éxito, y una pérfida vocecilla en su interior se había preguntado por qué lo perseguía. Que llamara él; al fin y al cabo, ella le había dejado un mensaje.

No había ni un alma paseando por la orilla. El anochecer mostraba su presencia con más determinación y en las calles, más allá de los árboles, los faroleros ya habían empezado a encender las primeras farolas aisladas. Al igual que había hecho con Karl en la última ocasión, sus ojos recorrieron el suelo y los arbustos de los alrededores. Recordó que aquella noche una gorra colgaba de uno de ellos. Había desaparecido.

Bajo los pies de Hulda rodaron los guijarros cuando se deslizó a la base del puente y colocó la mano sobre la barandilla de hierro. Los leones enseñaban los dientes, el ciervo pacía y se diría que el oso bailaba. Todo era de sobra conocido, y sin embargo se advertía extraño bajo la luz crepuscular que confería a las cosas una apariencia falsa.

—¿Y bien, señorita?

El corazón le dio un vuelco. Por un segundo pensó que, en efecto, era Karl quien se había acercado con sigilo para asustarla, pero la voz del comisario era profunda y fluida. Esa era distinta; quebrada y áspera, hacía gallos.

¿Habría vuelto sin querer a ponerse en peligro? Estaba furiosa consigo misma. «Qué estúpida soy», pensó mientras se daba lentamente la vuelta.

Frente a ella estaba una persona alta, con unas manos fuertes que se bamboleaban en unos brazos nervudos, como si su propietario no supiera qué hacer con ellas. Tuvo que entrecerrar los ojos para poder

distinguir algo, pues el sol por fin se ponía y le trazaba una línea cegadora en el campo visual. Vio el rostro del hombre borroso, pero entonces sintió que el alivio henchía su pecho como una ráfaga de aire amable: delante de ella estaba el chico al que hacía poco había prestado su bicicleta en casa de Lilo.

—Buenas noches —dijo Hulda, y ella misma percibió en su voz la alegría que había desencadenado la visión del joven. Qué ridícula se sentía por dejarse llevar por el pánico a causa del encuentro con un niño desconocido.

Iba a preguntarle qué estaba buscando allí cuando distinguió que algo brillaba a los pies del puente. Como un disco apagado la luna se había asomado durante breves instantes por detrás de una nube, había brillado en el agua negra e iluminado el metal de unos radios: ¡allí —distinguió Hulda incrédula— estaba su bicicleta! Era como si la hubiesen arrojado en aquel lugar sin cuidado y la rueda delantera todavía giraba lenta, cada vez más lentamente. Hasta que se detuvo.

Miró al joven desconcertada. Él la observaba impasible, como se mira a un insecto medianamente interesante que se arrastra por los cristales de la ventana. Hulda notó que el horror le ascendía despacio por la piel y se le extendía hasta la garganta.

—La había perdido aquí —dijo el chico con la voz oscilante y se sacó del bolsillo del pantalón una gorra amarilla. Luego se la colocó sobre los rizos rubios y le guiñó el ojo a Hulda.

—Usted también ha perdido algo, ¿verdad?

—Sí, es evidente que he perdido la razón. —Se maravilló de que, a pesar del miedo que sentía, aún fuera capaz de bromear—. Me has robado la bicicleta —dijo en voz alta.

—Pensaba que ya no la necesitaba —dijo el joven riéndose como si hubiera contado un chiste.

Hulda decidió que no quería insistir en el tema.

—¿Quién eres tú?

—Usted ya me conoce.

—Te he visto un par de veces, pero no sé tu nombre.

—Me llamo Eddi —respondió como si fuera algo evidente.

—¿Eddi? —En la mente de Hulda se agolpaban los pensamientos… y todos coincidieron a la vez en un lugar: Eddi, el hermano de Lena. Por alguna razón había supuesto que se trataba del hermano menor, pero era como mínimo una cabeza más alto que Lena.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Acabo de cumplir dieciséis —respondió hurgándose en la nariz. Encontró algo y arrojó el botín al aire con dos dedos.

El cerebro de Hulda trabajaba febril. El chico parecía al menos dos años mayor que su hermana. Volvió a oír la voz de la chica: «Eddi ayuda a descargar.»

«Por supuesto —pensó—, ya lo había visto una vez en la Bülowstraße mientras cargaba toneles de cerveza; un chico de la calle sin nombre como muchos otros más.» Le observó con disimulo los brazos. Bajo la camiseta hecha jirones se le arqueaban los músculos, pero su boca, con la que ahora hacía despreocupado burbujas de saliva, era la de un niño.

Hulda sintió que la lengua, seca como el papel de lija, se le pegaba al paladar. El chico era lo suficientemente fuerte como para volver a derribarla y con sus zarpas podía estrangularla sin más.

Tenía que tranquilizarse, pensó cuando el pánico la agarró con sus dedos fríos y le impidió respirar. Tenía que ganar tiempo y entender qué quería el chico de ella.

—Es usted guapa —dijo Eddi aproximándose un paso a ella.

Hulda quería retroceder, pero se lo impedía a su espalda la baranda de hierro del puente, y sus codos chocaron de nuevo contra el pasamanos. Por primera vez se dio cuenta de que el hierro estaba adornado de reptiles y conchas.

Él estaba ahora muy cerca de ella, llevó la mano hacia el cabello de Hulda y lo acarició con una prudencia sorprendente.

—¿No le ha dicho Lena que tuviese cuidado?

—Sí, me lo ha dicho —respondió Hulda en voz baja y lo miró fijamente, como si cualquier pestañeo pudiera llevarla a perder el control—. Pero ¿por qué?

—¿Todavía no lo entiende? —preguntó él, y Hulda creyó percibir cierta impaciencia en su deje berlinés—. No debe meterse en nuestros asuntos.

—No sabía que lo hubiese hecho.

—Claro que sí. Ya lleva semanas husmeando por aquí y por allá, y esto ya se pasa de la raya.

—Pero ¿por qué? ¿Qué tienes tú que ver con eso? —Había decidido fingir que no sabía nada. Si podía convencerlo de que ella no tenía la menor idea de la función del chico en aquel drama, todo iría bien.

Pero él enseguida le desbarató el plan.

—Rita —dijo, como si el nombre lo aclarase todo.

—¿Por qué tenía que morir? —preguntó Hulda y se estremeció. La pregunta era demasiado directa y pondría a Eddi entre la espada y la pared.

Pero el chico no perdió la calma. Sacó del bolsillo del pantalón una colilla que con toda seguridad había recogido de la calle y la prendió en un hábil gesto con un encendedor plateado que seguramente no le pertenecía. Exhaló el humo en la cara de Hulda.

Ella inspiró el olor y deseó con todas sus fuerzas fumarse también ella un pitillo. Entonces tal vez las manos, que cruzaba con desesperación detrás de la espalda, dejarían de temblarle y de

traicionarla.

—Era una mala persona —respondió el chico.

Hulda negó con la cabeza.

—No puede ser. Yo he oído todo lo contrario de ella. Se preocupaba por todo el mundo, incluso ayudó a tu hermana. Rita era una pobre desgraciada, nada más.

Él balanceó la cabeza de un lado a otro, despacio, sin pausa, hasta que ella creyó que le había dado un ataque. Pero de repente finalizó con brusquedad el movimiento. Se la quedó mirando y, casi rozándola, lanzó al agua la colilla por encima del pasamanos.

—No es verdad. Eso es lo que le hizo creer a todo el mundo. Pero lo sé, estoy completamente seguro: era mala. Una asesina.

—¿Una asesina? —Por un momento, Hulda se olvidó del miedo. La sorpresa la hizo estar alerta—. ¿Qué quieres decir?

—Mató a mi padre.

—¿Cómo? ¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy, señorita listilla. ¿Cree que soy tonto? —Le colocó ahora las manos sobre los hombros, agarrándola suavemente, pero Hulda sabía que eso podía cambiar de un momento a otro.

Sacudió la cabeza con rapidez. El contacto con el chico le produjo un escalofrío.

—Suéltame, Eddi —dijo con la esperanza de que su voz sonara con firmeza.

—No —respondió él sin agresividad, pero imperturbable.

En aquel momento Hulda tuvo claro que no le sería fácil escapar. Y también que ese muchacho no estaba del todo bien de la cabeza.

—¿Qué le ocurrió a tu padre? —preguntó para ganar tiempo—. Lena me contó que había muerto en la guerra.

—Eso también es cierto, pero no como usted lo cree. Mi padre no fue un héroe, no cayó en el campo de batalla. Los médicos lo mataron.

—¿Qué médicos?

—Los del manicomio. En el hospital militar. Dijeron que estaba loco y le metieron corrientes eléctricas en el cuerpo hasta que la palmó.

Hulda se asombró de la indiferencia que transmitían sus palabras. La historia le pareció sorprendentemente lógica, ella misma había oído hablar de casos en los que los pacientes morían por electrochoques o sufrían graves lesiones cerebrales graves por su causa. ¿Había tenido ese destino el padre de Eddi y Lena?

—¿Y qué tiene que ver Lena con eso? —preguntó, comprendiéndolo en el mismo instante: Dalldorf. ¡Por supuesto! Se habría dado de bofetadas por razonar con tanta lentitud.

—¿También llevaron soldados a Dalldorf? —preguntó ensimismada y olvidándose por un segundo del peligro que ella misma corría.

—¿Dalldorf? Qué va, mi padre murió en el hospital militar de

Brandemburgo.

—¿Y qué hacía allí Rita?

—Y yo qué sé. Lo que está claro es que estaba allí, ¡y ella tuvo la culpa!

—¿Cómo lo sabes?

Eddi la miró. Tenía los ojos redondos y grandes, como canicas brillantes. Hulda olió su sudor.

—Se lo dijo a Lena.

—¿A tu hermana? ¿Cuándo?

—Cuando fue a verla. Lena y yo conocíamos el nombre de Rita. Mi padre le había enviado una carta a mi madre por Navidad, yo tenía diez años. No volvimos a verlo, murió poco después.

—¿Qué ponía en la carta?

—Que en el manicomio lo torturaban, que tenía dolores y miedo de morirse. Pero que había una enfermera que lo ayudaba, que era amable con él. El buen ángel de Rita.

Eddi resopló y Hulda sintió que el peso sobre los hombros le crecía. Pensó con desesperación cómo protegerse, pero no había nada, solo el puente vacío, los árboles susurrantes y la luna, que, como un disco pálido, se balanceaba en el cielo negro y luego desaparecía de nuevo tras las nubes que se elevaban.

—Más tarde, cuando llegó la noticia de que había fallecido —prosiguió—, mi madre gritó. Gritó toda la noche hasta que vino el médico, el mismo que volvió tres meses después, cuando ella era ya un cadáver y estaba fría como el hielo. Y Lena y yo nos encontrábamos completamente solos.

Apartó la mirada de ella, como si mirase al pasado. También Hulda vio ante sus ojos a los dos niños, como si hubiera estado presente: dos huérfanos solos en una mísera casa. En la única cama, la madre muerta; delante de ellos un futuro vacío, lleno solo de hambre y odio. Tragó saliva.

—¿Y Rita le contó a tu hermana que se sentía culpable por la muerte de tu padre?

El chico asintió con torpeza. Se rascó por debajo de la gorra, y Hulda pensó que ahora parecía un muchacho normal que todavía no podía calibrar sus fuerzas recién adquiridas. Pero ella sabía a la perfección cómo eran.

—Conocíamos su nombre. Queríamos encontrarla para que nos contara qué había sucedido. Cada noche, Lena me decía que la iríamos a buscar porque ella sería también nuestro ángel bueno. Yo me inventaba historias en las que ella nos acogía y cuidaba de nosotros porque le tenía cariño a nuestro padre. —Se detuvo—. Entonces la encontramos, ¡pero todo era mentira! Rita lo había destruido todo. Sin ella, nuestro padre todavía estaría vivo y nosotros tendríamos un

hogar y algo que comer.

—¿Qué dijo Rita?

—Que fue ella quien lo sujetó cuando lo mataban con la corriente. Se lo contó a mi hermana mientras lloraba a moco tendido. Que no quería, pero que los médicos decían que era lo mejor para él. Que le sujetó los brazos cuando el doctor Friedberg subía la corriente. Ese charlatán se lo cargó; pero la que lo sujetó fue Rita. Dijo que lo había traicionado. Y yo pienso lo mismo. Se merecía un castigo.

Hulda calló. Se le amontonaba las ideas. Ese joven parecía creer que la muerte de Rita había sido justa. Inevitable como una ley de la naturaleza por la que irreflexivamente se pueden saltar las leyes de los hombres. Y ella hasta lo entendía un poco. ¿Qué había hecho la justicia, qué había hecho el Estado por aquellos niños? Eran como basura, como cantos rodados que quedan en la pendiente cuando el alud se precipita en el valle. La guerra los había escupido y les había destrozado la vida.

—Y Rita tenía que morir por eso, Lena tenía toda la razón.

Hulda inspiró.

—¿Fue idea suya?

Eddi la miró como si estuviera loca.

—Pues claro, Lena es la que manda. Yo hago todo lo que me dice. Y siempre tiene razón. Bueno… casi siempre. —La miró acechante—. Sobre usted, no estamos de acuerdo. Nos hemos peleado en serio por su culpa.

Hulda sabía que debía tener miedo del joven, de la amenaza que resonaba en su balbuceo. Eddi era impredecible y ella estaba en sus manos. Pero, a fin de cuentas, no era más que un niño abandonado. Recordó su conversación con Bert, hacía apenas un día, aunque ahora le parecía mucho más lejana. Ella y Eddi se encontraban en otro período de tiempo, en el período de la guerra, que había destrozado de una u otra manera tantas vidas.

—Entonces, ¿tú mataste a Rita?

—Usted qué cree —respondió Eddi sin pensar, como si ella le hubiese preguntado qué tiempo hacía.

En ese momento, por razones inconcebibles, le vinieron a la memoria unos versos guardados con toda nitidez en su mente.

—«A veces una lágrima me cae y el corazón con fuerza me late, y las piernas yo balanceo, y las piernas yo balanceo» —canturreó.

En medio de la noche, su voz tenía un sonido irreal.

—La conozco —advirtió Eddi—. Nuestra madre nos la cantaba. —No parecía asombrado de que ella recitase el poema mientras él la retenía en el solitario puente por la noche, e incluso le acabara de confesar un crimen. Y ella no pensaba decírselo.

—¿No habríais podido perdonarla? —preguntó.

—¿Perdonar? —La miró y volvió a dudar de que no estuviera chiflada—. El que lo perdona todo es un blandengue.

Había elegido casi la misma palabra que Felix hacía poco, recordó Hulda perpleja. Meditó durante un instante.

—Lo siento mucho por tus padres —dijo con prudencia—. Pero tienes que ir a la policía. Si se lo cuentas todo, seguro que serán más condescendientes.

En un primer momento pensó que el joven lloraba, pero luego se dio cuenta de que en realidad se reía. Se sacudía de la risa y, acto seguido, sus manos se cerraron alrededor de los brazos de ella.

—Qué tonta es usted —dijo cuando hubo recuperado la calma—. Aunque Lena cree que es una buena persona y que tengo que dejarla en paz. Pero hoy no pienso hacerle caso a mi hermana.

Dicho esto, le puso en un abrir y cerrar de ojos las manos en el cuello y apretó. Le hacía daño, y Hulda no podía respirar. La calma que poco antes la había invadido dejó paso a un miedo atroz que, como un hormigueo, le iba subiendo por los brazos. Lo había infravalorado: Eddi ya no era un niño, sino un joven perturbado para quien una vida humana no valía nada. Alguien que solo conocía el dolor.

Pero era difícil sentir pena por alguien que te está estrangulando. Hulda intentó liberarse de su sujeción e inhalar aire mientras él se empezaba a difuminar ante sus ojos. Con las últimas fuerzas que le quedaban tomó impulso y le propinó un rodillazo en la entrepierna.

Sintió que había dado en el blanco. El chico dio un grito con su voz cambiante y le soltó durante un instante el cuello. Antes de que se recobrase, Hulda ya se había agachado y se inclinaba por la barandilla del puente.

Por segunda vez en tan breve tiempo, volvió a caer al agua oscura del canal.

No se desprendió desde muy alto, tal vez unos tres o cuatro metros, pero a ella le pareció que tardaba una eternidad. Se sumergió con una fuerte zambullida y la temperatura del agua la dejó durante un par de segundos sin respiración. Pero enseguida subió a la superficie, escupió y volvió aterrada la cabeza para comprobar si Eddi la había seguido. Pero su alta y oscura silueta todavía se inclinaba, ligeramente encogida tras el golpe, en lo alto del puente.

La miró desde arriba y dijo a media voz:

—Hasta la vista, señorita.

Era absurdo, como si se hubieran despedido con un apretón de manos y ahora cada uno se fuese por su lado. Hulda no le podía distinguir la cara, no podía ver si sus palabras conllevaban una amenaza. Todo el cuerpo le temblaba, tosía, escupía y pataleaba en el agua, que en la oscuridad brillaba tan inescrutable como el alquitrán.

El vestido empapado le colgaba del cuerpo como si fuera plomo.

Hulda cerró los ojos e intentó no pensar en Rita, quien debía de haberse ahogado hacía unas semanas justo en ese sitio. Luchó contra las imágenes y el pánico que la asaltaban en el agua. No, no se ahogaría, no sería la siguiente víctima de aquel adolescente desquiciado.

Se alejó de él con determinación, se forzó a respirar con tranquilidad y, con un gran esfuerzo, se desprendió en el agua del calzado que le pesaba y que amenazaba con tirar de ella hacia abajo. En esa ocasión Felix no lo recuperaría tan fácilmente. Luego empezó a dar enérgicas brazadas para alejarse del puente. Para distanciarse del asesino de Rita.

«Algo bueno tenía que Eddi hubiese crecido sin padre», pensó afligida mientras le castañeaban de frío los dientes y el sonido le resonaba ensordecedor en la cabeza. No parecía que nadie se hubiera dedicado a enseñarle a nadar.

31

EL CUADERNO

Manicomio municipal de Berlín en Dalldorf
19 de marzo de 1921

No he apuntado nada desde hace mucho tiempo. Aquí estoy ahora, con la pluma de Konrad en la mano y sin saber qué voy a escribir. Las páginas del diario están tan vacías como la arena que todavía no ha pisado ningún ser humano. Sin huellas. Tan vacía como el papel está también mi vida, y yo ruedo por ella como un tonel en el mar.

Los he perdido. Se dice que el tiempo cura todas las heridas, pero las mías no se cerrarán nunca. Hilde. Konrad. Sus nombres todavía están aquí, a veces los grito en el aire, pero nunca más volveré a ver sus rostros. Se dice que tras la muerte hay un reencuentro, pero no puedo creérmelo. Pienso que después de morir está la negra nada que nos engulle a todos.

No puedo dejar de pensar que esto es un castigo justo. El castigo por todo el daño que provocamos en el hospital militar y que todavía hacemos a la gente de Dalldorf. Durante mucho tiempo pensé que se trataba de ayudarlos, de curar a los pacientes. Pero en los últimos años he visto demasiado y también he perdido la fe. En este país hay demasiadas mentes destrozadas, demasiados seres que han perdido la razón. No hay redención posible.

Hace tres años que trabajo de nuevo en Dalldorf. El hospital militar se disolvió después de la guerra, entonces se repartió a los neuróticos por los manicomios del Estado o se los dio por «curados». Las clínicas con fines de investigación de la ciudad, sobre todo Charité, tienen la suficiente capacidad para ofrecer a los enfermos mentales terapias de verdad. Allí se trata a los pacientes y con frecuencia salen en un mejor estado, pero a Dalldorf uno viene para quedarse.

Sin embargo, la ciudad no está en situación de responsabilizarse de todos los enfermos y menesterosos, y la asistencia a los pobres cada vez envía más gente a los manicomios de las afueras. Aunque desde la creación del Gran Berlín pertenezca a la ciudad, seguimos siendo el centro de acogida de todos los incurables, de los abandonados y de los más pobres entre los pobres, que nos envían de todos los distritos. Estación final: Wittenau. Nosotros custodiamos a las personas sin poderlas ayudar en realidad.

Pese a todo, el director Kortum se ha ocupado de modernizar en su totalidad el establecimiento. Ahora tenemos luz eléctrica, una cocina

amplia y moderna y una conexión con el alcantarillado. Se acabaron los hediondos campos de depuración. Pero la nueva cara de la institución, los generosamente remodelados pabellones, las máquinas brillantes, todo eso se me antoja como un sarcasmo a la vista de la frialdad que médicos y cuidadores mostramos ante los pacientes. Es como si el envoltorio de la renovación conllevara el cuidado mecánico de los enfermos, a cuya curación, o eso me parece a mí, se aspira menos que nunca. La vida humana en sí no vale nada, eso lo demuestran todas las víctimas de la hambruna de la última guerra. Oí decir a un médico que murieron porque carecían de valor y así concedían a los sanos la posibilidad de vivir. ¿A dónde nos lleva pensar de ese modo? Creo que es un punto de vista cínico y no me guardo para mí esta opinión, lo que, debo admitirlo, no ha aumentado mi popularidad en la institución.

Ayer mismo el director Kortum me llamó en un aparte. Yo lo veía venir, hace tiempo que los compañeros de trabajo me evitan. Hablan de mí y yo ni siquiera se lo puedo tomar a mal. Soy una persona triste, durante el trabajo sufro temblores a causa del alcohol, al que ya hace tiempo que recurro. Sola, sin una botella, no consigo superar el día.

El director no se anduvo con rodeos. Había llegado a sus oídos que no puedo cumplir mis tareas de forma satisfactoria, que constituyo un peligro para mí y para los demás, así que no le quedaba otro remedio que despedirme. ¿Podía entenderlo? Esperaba seriamente una especie de absolución por mi parte, aunque sabe que me he dejado años de mi vida en la institución y el hospital militar, y que con el despido me arroja a la nada. Pero me ha dado pena, también él ha envejecido y se ha encorvado, así que me he limitado a asentir y me he ido.

Tengo miedo. ¿Qué pasará ahora? Una parte de mí también se siente aliviada de no tener que tomar el tren por las mañanas para ir a trabajar a la institución. Ahora también esto ha terminado. Así no tendré que ser partícipe por más tiempo de este sufrimiento.

32

Lunes, 12 de junio

KARL ESTABA FUMANDO al anochecer delante del teatro con la vista puesta en los árboles sombríos. Un par de gotas de la pasada lluvia le cayeron sobre el sombrero. Detrás de la suntuosa fachada del edificio que estaba a sus espaldas se encontraba la Mozartsaal, una sala forrada de caoba que hacía las veces de cine.

Había asistido a la función nocturna para ver *Los estigmatizados*. Desde que Hanns Brodnitz llevaba las riendas del establecimiento, junto a las películas hollywoodenses se proyectaban también otras especiales. Karl había pasado las dos últimas horas en el decadente imperio zarista de Rusia, desgarrado entre la historia y la modernidad. Dos hermanos luchaban contra el antisemitismo y la pobreza en favor de la revolución. Las acomodadoras de la Mozartsaal iban vestidas como si acabaran de salir de una *Schtetl* rusa en la Edad Media, una especialidad del cine que tenía como propósito ofrecer a los visitantes una inmersión total en la película que se iba a proyectar.

Había sido un *film* impresionante, cuya música e impactantes imágenes todavía permanecían vivas en Karl cuando arrojó la colilla en un charco y emprendió la marcha en ese anochecer cada vez más oscuro.

Algo en el aspecto de la actriz de ojos negros que interpretaba el papel de Hanne-Liebe, la hermana, le había recordado a Hulda. Sin embargo, los ojos de Hulda eran mucho más claros, y su cabello corto. Pero el modo en que Hanne-Liebe miraba a su amado en la película le puso la carne de gallina en la butaca de la sala. Así que tampoco se extrañó demasiado cuando se repente se encontró en la Winterferldtplatz: sus pasos lo habían conducido hasta allí con toda naturalidad.

La inquietud que palpitaba en él como un reloj enloquecido, como un segundo pulso, había aumentado de un modo que ya era frecuente en los últimos tiempos, y aquello lo estimulaba. Había leído una y otra vez las palabras del cuaderno de Rita Schönbrunn; las había sacudido una y otra vez como una caja de magia de doble fondo, había indagado en ellas buscándoles un sentido oculto. El joven soldado muerto. Todo el dolor de la Gran Guerra que no quería pasar de largo. El padre de familia muerto; los dos niños que nunca lo habían vuelto a

ver, porque lo habían quemado como un pedazo de carne durante el experimento de un médico ambicioso. Rita. Rita Nightingale, el alma fiel de Dalldorf que había sujetado al paciente hasta que murió.

«¡A tomar por saco!», pensó Karl y se encendió otro cigarrillo con las manos temblorosas. Quería haber cerrado el caso enseguida, ¿por qué no se quitaba todo eso de encima? ¿Qué más le daba el pasado, si era evidente que nadie se había preocupado jamás por él?

Si tenía que ser sincero, sentía envidia por esos niños que al menos habían tenido a un padre al que llorar. Él, por el contrario, ni siquiera tenía el nombre de quien lo había engendrado y que, con toda probabilidad, ni siquiera sospechaba de su existencia.

Inspiró el aire frío de la noche y siguió su camino con la cabeza gacha y sin una meta determinada.

Como una mano invisible, el miedo le acarició la nuca. Había pasado algo por alto, estaba seguro. Se escondía en algún lugar entre las anotaciones de Rita. Luego volvió a pensar en Hulda, en sus ojos claros, en la mirada ofendida cuando él le había prohibido que siguiera investigando por su cuenta. Pero ella era una mujer orgullosa. ¿Cuántas posibilidades había entonces de que siguiera sus indicaciones? ¿Por qué lo habría llamado varias veces a la jefatura? La secretaria le había comunicado el mensaje de que la señorita Gold había telefoneado, pero no le había podido decir nada más. Hulda, sin embargo, no tenía teléfono y él ni siquiera sabía su dirección, solo que vivía por ahí cerca. Karl sintió que la preocupación por ella se le concentraba en el estómago.

Se detuvo indeciso y miró a su alrededor. Era lunes por la noche y las calles se iban vaciando con lentitud. La plaza del mercado ya casi estaba desierta, un par de palomas batallaban por unas migajas olvidadas ahí donde seguramente había estado el vehículo del panadero. Solo un pabellón circular, en el que se vendían periódicos, estaba todavía abierto. La cálida luz de una lámpara de gas iluminaba el escaparate.

—Buenas noches —dijo Karl cuando estuvo más cerca de él.

El hombre de edad avanzada que se hallaba detrás de los diarios se enderezó el cuidado bigote y mostró la sonrisa servil del vendedor experimentado.

—Muy buenas noches, caballero. ¿En qué puedo servirle?

Para ganar algo de tiempo, Karl observó con atención los titulares y las imágenes de las primeras planas. Al final se decidió por un ejemplar del *Vossischen Zeitung* y se hurgó en el bolsillo en busca de monedas.

Contó las monedas mientras las dejaba en la mano del vendedor y luego preguntó con una indiferencia forzada.

—¿Conoce por casualidad a una tal señorita Hulda?

—Depende —respondió el anciano abrochándose el chaleco. A Karl le pareció como si con ello hiciera el gesto de cerrar una puerta.

—¿Y de qué depende?

—De quién sea usted.

Karl lo miró perplejo. Debajo del bigote, la sonrisa había dejado lugar a una expresión seria y crítica.

—Me llamo Karl North. —Casi había añadido «comisario de la Policía Criminal», como era costumbre, pero le pareció poco sensato andar diciendo que era de la policía cuando su interés era de naturaleza privada. «Sumamente privada», pensó mientras cerraba un momento los ojos porque durante un segundo había creído percibir los labios de Hulda sobre los suyos.

Para su sorpresa, el rostro de su interlocutor recuperó la sonrisa, vacilante, pero que saltaba a la vista.

—Así que se trata de usted. —Miró inquisitivo a Karl, como si quisiera decirle: «Suéltalo ya, ¿qué es lo que quieres?».

Inspiró hondo. ¿Le había hablado de él al kiosquero? ¿Era aquella una buena o mala señal?

—¿Sabe usted dónde vive? —Se sintió como un colegial que pide permiso al padre de una chica para ir a recogerla y dar un paseo con ella. Suspiró para sus adentros. Ese tipo de cosas siempre le había resultado complicadas, y también ese día se sentía torpe y ridículo. Las muchachas de entonces y las mujeres en la actualidad solían reaccionar exaltadas ante su aspecto, pero después de la primera conversación se mantenían distantes, como si se hubieran dado cuenta de que olía mal.

Karl no se sorprendió ante la explicación del otro hombre.

—No se sienta ofendido, caballero; pero, si estuviera usted en mi lugar, ¿le daría la dirección de una mujer soltera a un desconocido?

Él negó compungido con la cabeza.

—Tiene usted razón. Es solo que… —Dudó y se miró las puntas de los zapatos—. Tengo que hablar urgentemente con ella. Es cuestión de vida o muerte.

El vendedor de diarios contuvo la risa, pero aun así North sintió cierta vergüenza.

—¡Qué dramáticos son los jóvenes de hoy en día! Todo es urgente. Siempre exigiendo para ahora mismo lo imposible. ¿Qué ha ocurrido con aquellos tiempos de antaño, cuando un hombre con paciencia y buenos modales cortejaba a una mujer?

Karl notó que se ponía rojo y esperó que la luz mortecina ocultara su rubor. Se separó con prudencia del foco luminoso de la lámpara de gas.

—Me ha malinterpretado, señor —dijo con frialdad y cuidándose de que no sonara a disculpa. Luego dio a su voz un tono casi ofendido—.

La señorita Hulda y yo estamos trabajando juntos, por decirlo de algún modo, en un caso.

—Ya me lo imagino —dijo el anciano y se atusó el bigote con una sonrisa—. Deje que adivine… ¿se encuentra esta señorita siempre un paso por delante de usted?

—¿Cómo lo sabe?

—Estimado señor, la conozco desde hace unos cuantos días más que usted. Y puedo asegurarle que nos supera a todos.

—¡Y a pesar de ello no tiene ni idea de lo que está haciendo! —exclamó Karl sorprendido de su propia vehemencia. Era como si en el momento en que lo pronunciaba tomara conciencia del peligro que con toda seguridad se cernía sobre Hulda. ¿Qué era lo que había dicho sobre Lena, la niña de la calle? «Suena raro, pero tengo la sensación de que me sigue.»

Karl se golpeó la frente. Dio un salto hacia delante y agarró por las solapas de la chaqueta al perplejo kiosquero.

—¡Tengo que verla, de inmediato! Por favor, me da igual que dude usted de mis intenciones o que solo pretenda tenerme en vilo, pero si de verdad le importa Hulda, dígame dónde puedo encontrarla.

Notó la mirada del hombre sobre él y tuvo la sensación de que lo estaba evaluando. Rezó para que no lo encontrase poco serio.

Al final el kiosquero respondió.

—Si mis ojos no me engañan, el pobre Felix ya puede ir haciendo las maletas…

—¿Qué quiere decir?

—Nada, nada, olvídese. Cosas de viejo. —Le mostró la calle que salía de la plaza—. Winterfeldtstraße, 34. Justo a la derecha, pasadas dos casas, ya habrá llegado. Hulda vive en la buhardilla. Pero tenga cuidado con la casera; tratándose de visitas masculinas, con la señora Wunderlich no se juega.

Le dio las gracias con timidez y se colocó el diario bajo el brazo. El propietario del kiosco lo observó de nuevo y frunció las pobladas cejas en señal de advertencia.

—Sea amable con nuestra señorita Hulda. Y cuide de ella, por favor.

El tono era amenazador, así que Karl asintió obediente. Luego se despidió con un toque en el sombrero y se encaminó en la dirección que le habían indicado.

Al llegar a casa de Hulda, sin embargo, se acobardó. Tras las ventanas no había luz. Echó un vistazo a la calle desierta, se acuclilló en la entrada y se encendió otro cigarrillo.

Mientras tomaba una profunda calada y contemplaba cómo ascendían los jirones de humo en el aire, pensó que no estaba seguro de si podría responder a lo que requería el vendedor de periódicos. ¿Qué significaba ser amable con alguien? ¿Qué esperaba Hulda de él?

Fuera como fuese, ese hombre sabía su nombre, sabía que había algo entre la comadrona y él. ¿Qué debía de haberle contado ella, después de haberse dado solo un beso?

Karl experimentó un pequeño rechazo. ¡Él no podía prometerle nada! Dio una calada tan fuerte que le provocó tos. Era un hombre inconstante, eso lo sabía, totalmente devastado por dentro. ¿Qué podía ofrecer él a una mujer como ella? Por Dios, ¿es que un hombre soltero no podía pasárselo un poco bien sin que medio vecindario le echara un sermón?

Resopló y al mismo tiempo pensó que se estaba engañando a sí mismo. Lo que él sentía por Hulda iba más allá de «pasar un buen rato». Y, sin embargo, ¿por qué quería marcharse corriendo, lanzarse de cabeza a un coche e irse a casa, bien lejos, donde ella no pudiera encontrarlo?

De repente montó en cólera, y esta lo agarró por el cuello con sus garras y lo dejó sin aire. Karl se levantó con prisa, decidido a huir. Se dio media vuelta y arrojó el Juno consumido a medias.

En la calle oscura, delante de él, estaba Hulda.

—¿Qué hace usted aquí?

El tono atónito de su voz no avivó precisamente sus esperanzas, y él se maldijo por no haber desaparecido cinco minutos antes. Por otra parte, sentía un deseo incontenible de tocarla. Extendió la mano y la agarró por el hombro, aunque la retiró de inmediato.

—Está usted empapada.

—Es posible.

—¿Es posible? ¿Qué respuesta es esa? ¿Por qué va usted por la ciudad con la ropa mojada? —Sintió que la inquietud volvía a apoderarse de él.

—¿A usted que más le da? —Ella lo miró desafiante, los ojos le brillaban a la luz de la farola.

Karl experimentó otra vez esa mezcla de furia y deseo que lo volvía loco. Sin pensar y, sobre todo, sin darle a ella la posibilidad de seguir hablando, tendió esa vez las dos manos hacia Hulda y la estrechó contra sí. Percibió una breve resistencia, pero entonces ella le echó los brazos alrededor del cuello y lo besó como si el último beso, dos días antes, hubiese sido una promesa que ahora se cumplía.

¡Por fin! Él ya no podía pensar más, ¡por fin!

La sostuvo con fuerza y notó que tenía el vestido mojado, y también el pelo, pero no le importó; tampoco que la humedad le fuera impregnando la camisa y su propia piel. Lo único que importaba era tenerla así de cerca, era de primera necesidad. Ella olía a verano, a piel caliente pese a la ropa empapada.

En algún lugar, lejos en la calle, resonó un cristal y Hulda se detuvo. Entonces se desprendió de él. Comprobó las ventanas que estaban por

encima de ellos y tiró de él en silencio a través de la puerta hacia la escalera.

—No abra la boca —susurró llevándose un dedo a los labios, y Karl obedeció. De repente se dio por hecho que ella tomaba el mando.

Le dio a entender que se quitara los zapatos y entonces él se percató de que iba descalza. Detrás de ella, subió en calcetines la oscura escalera. Hulda no encendió ninguna luz. Al llegar a un escalón le señaló que pasara por encima de él como hacía ella, con toda probabilidad las tablas crujían especialmente en aquel punto.

Ya arriba, sacó del escote la llave que le colgaba de una cinta fina alrededor del cuello. Abrió y empujó a Karl, que estaba sin aliento, al interior de la habitación. Entonces corrió el cerrojo tras ella y encendió la lámpara de gas de una cómoda baja.

Él miró a su alrededor. Era una habitación austera pero ordenada. Las paredes inclinadas le proporcionaban a aquel espacio la apariencia de una acogedora y protegida gruta. En ella se encontraba una cama, una estructura de latón con un colchón cubierta por una bonita colcha bordada; junto a la pared había un gran armario oscuro con un espejo alto en la puerta que le devolvió a Karl su propia imagen algo deformada, y automáticamente él se pasó la mano por las arrugas del pantalón en un intento inútil de alisarlas. Se apresuró a quitarse el sombrero y lo colgó de un gancho junto a la puerta.

—No hagamos ruido, por favor. La señora Wunderlich, mi casera, tiene los oídos muy finos. Y para ella, las visitas masculinas después de las ocho de la noche representan la decadencia de Occidente.

—Entiendo.

Hulda se acercó al armario, sacó una falda y un jersey y cogió una toalla que colgaba del lavadero.

—Dese media vuelta.

Karl se acercó a la ventana y fingió interesarse por la vista nocturna del barrio. Un gato negro se deslizaba con rapidez por la cubierta de la casa del vecino. Oyó que Hulda se quitaba el vestido y se ponía la ropa seca, y tragó saliva con dificultad.

—¿Puedo volver a mirar?

Tomó la suave risa como una afirmación y se giró hacia ella. Se frotaba con la toalla el cabello negro y corto y se sacudía el agua del oído izquierdo. Tenía las piernas desnudas y la piel de gallina. Sintió el deseo de volver a acariciarla, pero se recompuso y se acercó al pequeño hornillo junto a la otra pared, donde había un hervidor de cobre. Lo llenó de agua y encendió el gas.

—Mira tú por dónde —dijo Hulda divertida—. Un auténtico amo de casa.

La miró displicente y observó que, con un movimiento ágil, casi felino, se sentaba sobre la cama, subía las piernas y las rodeaba con

los brazos. Pese a su considerable altura, en aquel momento parecía una niña, pensó él.

—¿Dónde tiene las tazas y el café molido? —Intentó adoptar un tono digno.

—Arriba, en el armario de la pared.

Karl abrió la puerta y encontró lo que buscaba. Vertió sin prisa el agua hirviendo sobre el café y le acercó una taza a Hulda. La otra se la quedó él, y entonces no supo que más debía hacer. Se aferró con torpeza al asa de la taza y se quemó la lengua mientras bajaba la vista inseguro.

—Qué bien que esté usted aquí.

Hulda lo dijo sin pensar, en el silencio de la habitación. Las palabras se posaron con calidez en el interior de Karl y lo llenaron de una paz que lo sorprendió.

—¿Sí?

—Sí. Es que tenemos que hablar.

La miró desconcertado.

—Sé quién ha matado a Rita.

Él se sobresaltó, un par de gotas de café le salpicaron la mano y las lamió de inmediato. Eso no se lo esperaba. Su paz anterior se desvaneció. Miró incrédulo a Hulda.

Ella dio unos golpecitos sobre la cama.

—Siéntese a mi lado, me pone nerviosa verle dando vueltas como un paquete olvidado, haciendo tictac como si fuera una bomba.

«No podría haberlo descrito de forma más acertada», pensó Karl con un asomo de admiración. A Hulda no se le escapaba nada.

Dejó la taza sobre el alféizar de la ventana y le bastaron dos pasos para estar sentado al lado de la joven. Aun así, guardó una pequeña distancia de seguridad.

Ella bebió un par de tragos más y luego colocó la taza en el suelo. Él empezó a impacientarse.

—¿Y bien? ¿Qué sabe usted?

—Hoy he vuelto al puente de Köthen. Allí me he encontrado con un chico joven, casi un niño todavía.

—Eddi Schilling.

Hulda lo miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabe?

—A ver, soy agente de la Policía Criminal.

Ella soltó una risita.

—Es que es una novedad que en este caso demuestre que sus pesquisas son útiles. Hasta ahora más bien me parecía que las investigaciones avanzaban titubeantes hacia la nada.

Karl estaba a punto de contestar una insolencia, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Esta mañana he interrogado a la hermana de Eddi. Me advirtió que su hermano es violento. Ahora estoy impaciente por saber si ha encontrado usted alguna relación entre él y la fallecida.

—De eso puede usted estar seguro —dijo. Las manos se le deslizaban nerviosas por la falda, alisando la tela por distintas zonas. Le informó de todo lo que sabía: Dalldorf, el hospital militar, la muerte violenta del padre de Eddi y su confesión.

Karl la escuchaba con atención y asentía de vez en cuando. Coincidía con lo que él ya había sospechado. Al mismo tiempo intentaba que las noticias no le afectasen. Ya habría tiempo más tarde. Miraba a Hulda con admiración: ella había averiguado todo eso sin saber nada del diario de Rita.

—Rita Schönbrunn tuvo que trabajar en uno de esos hospitales militares donde acabaron, después de la guerra, soldados traumatizados en el frente —dijo él. Pero se guardó que sabía con exactitud en cual, porque había leído el cuaderno—. Se ignora cuántos de ellos han muerto a causa de los tratamientos o se han visto marcados para siempre. Viven en parte entre nosotros, pero ya no nos damos cuenta de lo que les ocurrió. —Luego Karl reflexionó—. Eddi Schilling está profundamente perturbado. ¿La ha amenazado?

Hulda dudó un segundo, pero negó con la cabeza. Él observó que el ojo izquierdo se deslizaba un poco más hacia el extremo, como si huyera de la verdad.

—¿Y por qué está empapada? —Insistió él.

—Un accidente —respondió Hulda cerrándose en sí misma.

Karl sospechó que no obtendría más información de ella, aunque podía jurar que mentía. Se levantó.

—Tengo que ir a buscarlo de inmediato y arrestarlo.

Hulda lo agarró del brazo y lo retuvo.

—Espere. Solo un momento.

Tiró de él para que volviera a sentarse en la cama y él no se resistió a pesar de que sabía que abandonaba sus obligaciones. Hulda lo miraba con insistencia. Su rostro se hallaba en la penumbra, solo a unos centímetros del suyo, así que Karl sentía su aliento en la mejilla. Cerró brevemente los ojos y disfrutó de su cercanía.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—¿Sí? —Karl la miró y percibió la calidez que irradiaba.

—¿Por qué cree que Rita es su madre?

Se enderezó a medias y, nervioso, se pasó la mano por el cabello, un gesto típico en él.

—Nací en una casa especializada en acoger a madres solteras y en conseguir que sus hijos desaparecieran de forma discreta. Hace años, cuando quise saber dónde había nacido, me dieron el nombre de la institución: la Casa de la Misericordia. —Resopló, pero incluso en sus

oídos sonó más como un gemido.

Hulda calló y él sintió su mano cálida sobre el brazo.

—Me alejaron de mi madre y me llevaron a un orfanato. Pero luego…

Se interrumpió. Ahora venía la parte en la que había ocultado material de prueba. ¿Por qué no le habría dado a Fabricius el cuaderno y se había quedado simplemente con la hoja de la Casa de la Misericordia y la fecha determinante? ¿De dónde procedía ese miedo a que sus compañeros de trabajo descubrieran algún detalle de su pasado? ¿De dónde procedía la vergüenza por un hecho del que él no era culpable?

Hulda lo miraba expectante.

—Entonces vi el comprobante de un pago —prosiguió—, confirmaba que Rita Schönbrunn había dado a luz un niño el día en que yo nací, en ese mismo lugar. Justo la mujer sobre cuya muerte debía investigar resultaba ser mi madre. Pero yo no quiero tener nada que ver con ella, ¿me entiende? Todo este caso me destroza, duermo mal y siempre he pensado que me abandonó. Un hombre adulto que llora por su infancia perdida es patético, simplemente.

Calló e inspiró hondo. Luego pronunció las frases cuya verdad nunca había querido admitir, ni siquiera ante sí mismo:

—A veces me alegro de que la mataran. Por fin alguien la castigó.

Sintió las manos de Hulda sobre el rostro, cómo ella acercaba su cabeza con suavidad. Karl la dejó hacer; apoyó la frente en la de ella, notó que las pestañas de la joven le rozaban las mejillas. Entonces susurró algo que él no entendió.

—¿Qué dices?

—No fue ella.

Karl la miró boquiabierto.

—No…, no entiendo.

—Karl… —Hulda le agarró la cara con las dos manos y lo miró a los ojos—. Rita Schönbrunn no puede haber sido tu madre.

De repente, ella también había empezado a tutearlo, pero él apenas se había dado cuenta.

—¿Cómo lo sabes?

—La madre de una paciente mía, se llama Gertrud Siegel, tenía información acerca de Rita. Sabía que siendo joven había llegado a ese hogar del que tú hablas, la Casa de la Misericordia.

—¡Sí, ahí está! —exclamó Karl retirando la cabeza.

Hulda se llevó un dedo a los labios.

—Vas a despertar a toda la casa —advirtió enojada—. Si la señora Wunderlich te descubre aquí, ya puedo hacer la maleta e irme.

—Perdón. —Se mordió el labio—. Pero no entiendo qué quieres decir. En el cuaderno de Rita había una hoja, una factura del asilo.

Allí estaba la fecha de mi nacimiento. —Se había delatado por los nervios, pero ya no le importaba.

—Puede ser —dijo a media voz Hulda. Parecía estar a punto de preguntar algo, pero volvió a cerrar la boca, como si se lo hubiese pensado mejor. Tampoco dijo nada sobre el cuaderno, aunque ahora sabía que él había mentido cuando Lilo le había preguntado por ello. En cambio, le tomó de la mano y se la apretó.

—El hijo que Rita dio a luz nació muerto.

Él tardó un rato en asimilar la noticia.

—¿Estás segura?

—Gertrud estaba segura. Rita sufrió una toxemia durante el embarazo, una enfermedad muy seria, más que ahora. Sobrevivió, pero el niño murió en el vientre materno: llegó al mundo sin vida. —Hulda le acarició la mano—. Tú debiste nacer el mismo día, una coincidencia. Pero Rita no era tu madre.

Karl miró por la ventana. *Una coincidencia*. Tras el cristal se hallaba la noche impenetrable, el cielo estaba cubierto de nubes de un tono gris oscuro que impedían el paso de la luz de las estrellas.

—Un niño muerto —dijo. No cabía duda, Rita Schönbrunn no tenía nada que ver con él. Su muerte no había sido un castigo justo, en cualquier caso, no por lo que le había hecho su desconocida madre.

«¡Ojalá lo hubiese investigado antes!», pensó, y de repente se sintió como un tonto. Desde que había encontrado la hoja de papel, su fantasía había echado a volar. Como un niño que tras sufrir una pesadilla ya no sabe si las imágenes vistas pertenecen o no a la realidad. Sin embargo, habría sido sencillo para él encontrar el nombre de la parturienta en los viejos archivos, pero la vergüenza de lo que creía saber se lo había impedido. Y ahora la supuesta certeza que lo había atormentado durante las pasadas semanas se había levantado como una sombra y se había disipado. Resurgió un vacío, casi más doloroso que la falsa verdad anterior.

Y sin embargo el agradecimiento que sentía hacia Hulda era enorme. Ella le seguía sosteniendo la mano de forma liviana y cálida. Vio que se le cerraban los ojos y le invadió una ternura que nunca antes había experimentado. Se tendió en la cama sin soltarle la mano y la atrajo hacia sí. Ella se volvió hacia él, sus rostros casi se tocaban. Estaban así tendidos, uno frente al otro, con las rodillas dobladas y respirando a un ritmo suave, como el del viento que acaricia las velas de una nave.

Karl se inclinó hacia delante y la besó con dulzura; la boca le sabía a café y a cansancio. Entonces ella se durmió; los párpados le cubrieron los bonitos ojos de mirada estrábica y se desvaneció, alejándose de él. Karl sintió un leve pesar, le habría gustado tenerla más tiempo a su lado, escuchar su voz, quizá acariciarla más… Pero su

imagen era tan serena y la habitación tan acogedora que de golpe se percató de que también él estaba fatigado.

Sintió una punzada de mala conciencia por postergar para el día después la detención de Eddi, pero la idea de dejar sola a Hulda y salir hacia la noche le pareció imposible.

Todo en él era cálido y pesado, y la certeza de haber llegado al lugar correcto le pareció dulce y seductora. Esa noche solo contaban Hulda y él.

Karl tiró de la manta sobre la que yacía, la extendió sobre la mujer dormida y sobre sí mismo y cerró los ojos.

Fuera ya no cantaba ningún ruiseñor, ese fue su último pensamiento claro. Después el sueño se apropió de él y se lo llevó en sus alas.

CUANDO KARL DESPERTÓ, la luz gris de la mañana se derramaba por la claraboya de la buhardilla. A su lado había un vacío en la cama. Hulda se encontraba junto al fregadero dándole la espalda y lavaba con gestos enérgicos las tazas de café. La porcelana tintineaba con suavidad contra las paredes del lavadero. Llevaba el cabello bien peinado, como si nunca le hubiese enmarcado revuelto el rostro como en la noche anterior, cuando se habían dormido juntos.

—Buenos días —dijo él enderezándose. La camisa todavía estaba más arrugada que el día anterior, al igual que los pantalones. Se llevó la mano hacia el cabello mientras bostezaba. Luego buscó las gafas, que debían de habérsele caído mientras dormía y las encontró sobre las tablas del suelo, junto a la cama.

—¿Dónde está el baño? —preguntó con timidez al sentir una urgencia.

—Media escalera abajo —respondió Hulda señalando la puerta con la barbilla y sin levantar la vista de lo que estaba haciendo—. Pero, por el amor de Dios, que no lo pille la señora Wunderlich.

Karl enseguida se dio cuenta de que había vuelto al tratamiento formal del usted. Notó un pinchazo sordo en el pecho.

—Su propietaria parece ser una auténtica bruja.

—No lo sabe usted bien… —Hulda había llenado el hervidor y lo había colocado sobre el hornillo. Poco después se extendió por la habitación un penetrante olor a gas.

Karl se levantó y alisó la colcha de la cama. Luego corrió el cerrojo de la puerta, descendió los siete escalones y entró en el baño.

«Joder —pensó—, ¿por qué tiene que ser todo tan difícil con esta mujer?» La noche anterior había tenido la impresión de haber intimado con ella, pero ahora, por la mañana, pendía entre los dos una frialdad similar a la de un trapo mojado.

Cuando volvió a entrar en la habitación, Hulda había abierto la

ventana. El vestido que había llevado la noche anterior, cuando había aparecido en la Winterfeldtstraße como un pato remojado, colgaba de una cuerda y se mecía de un lado a otro. Karl recordó que aún no sabía con exactitud qué le había sucedido, pero un vistazo a la expresión de cerrazón de ella le indicó que aquel no era el momento.

Se acercó con torpeza y la retuvo entre sus brazos. Ella se dejó hacer, pero no respondió a su abrazo. Pese a ello, lo besó en la mejilla y lo miró con su ojo correcto mientras el izquierdo tomaba otro camino.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó.

—Llamaré a mi asistente e iremos a la antigua carpintería.

—¿Lleva revólver?

Él asintió.

—Por supuesto.

—Otra cosa más —dijo en un tono profesional, como si ella fuera la comisaria y él su asistente, lo que volvió a enojarlo—. Eddi mencionó ayer el nombre del médico que en su día mató a su padre por error. No sé si es importante…

Karl la escuchó con atención.

—Posiblemente sí —dijo tragándose el enfado—. ¿Se refiere a Hubert Friedberg?

—El doctor Friedberg, exacto. ¿Cree que…?

—Ya veremos. Me pondré en contacto con él.

—Bien. —Por lo visto, el tema se daba por terminado—. Tengo que ir enseguida a ver a una parturienta. Y sería mejor que salga de la casa antes de que los demás inquilinos se despierten.

Karl sabía que tenía razón, pero aun así se sintió como si lo echara. Experimentó un deseo incontenible de fumar y buscó en el bolsillo el paquete de cigarrillos. Ahí estaba. Agarró el sombrero y se lo puso. Dudó por un segundo, pero no sucedió nada, así que se dio media vuelta y volvió a abrir la puerta.

—Buenos días —dijo al salir, y él mismo notó la rigidez de su voz.

—¿Karl?

Se giró de nuevo.

—¿Sí?

—Tenga cuidado.

Hulda sonreía de manera casi imperceptible. Entonces la puerta se cerró tras él y Karl descendió mientras se preguntaba quién de los dos era más raro.

33

Miércoles, 14 de junio

El doctor Hubert Friedberg estaba sentado en su consultorio detrás de la mesa de roble que había mandado construir como escritorio, un año antes, cuando había abierto su consulta de psiquiatra. Siempre que pensaba en los estrechos escritorios del hospital militar durante la guerra, donde él y sus colegas habían tenido que encogerse a duras penas en unas sillitas destartaladas para escribir los partes, se alegraba de la decisión que había tomado. Le había dado la espalda al apestoso día a día en la clínica y ahora se permitía el lujo de tratar a selectos pacientes privados. La mayor parte de ellos sufrían temores y alucinaciones y se dejaban hipnotizar por él para descubrir las razones de sus males.

Les hacía de buen grado el favor y acto seguido les extendía una letra de cambio imponente. La investigación, que tanto preocupaba a los colegas de profesión y a la que tanto se dedicaban, no interesaba, sin embargo, al doctor Friedberg. Sus terapias daban buenos resultados y, cuando no era así, tanto mejor, pues los pacientes volvían. En lo más profundo de su ser despreciaba a esos débiles individuos, sus llantinas y la histeria a la que se entregaban como una muchachita a su esposo en la noche de bodas: con muchas lágrimas, falsas y auténticas, temblores y convulsiones, y al final, el gemido de la lujuria.

Encontraba escandaloso el modo en que se habían extendido los comportamientos psicóticos y habían infectado a todo un país igual que una epidemia contagiosa. A su entender, en la actualidad, cualquiera que se preciara estaba histérico. Esa enfermedad nacional ni siquiera se detenía ante los soldados, los que habían sido el puntal del imperio, y el doctor Friedberg pensaba cada vez con mayor frecuencia que era necesario un fuego purificador que acabara con la debilidad del cuerpo nacional para que volviera a implantarse el orden. Él, al menos, había hecho su pequeña contribución mientras había ejercido en el hospital militar. Allí habían curado por la fuerza algunos casos, o bien habían resuelto el problema a través de una selección natural.

Asqueado, dejó a un lado el diario que estaba leyendo mientras se tomaba el café. Solo chusma de la izquierda radical, blandas peroratas

sobre la democracia y los traidores, además de delitos de todo tipo que florecían en una ciudad embrutecida porque, desde que gobernaba esa gentuza, la disciplina y el orden ya no se escribían con mayúsculas.

El teléfono sonó en la antesala. Oyó que lo atendía Minna, la estenotipista, quien a continuación llamó a su puerta.

—¿Doctor? —Minna asomó la cabeza por la rendija de la puerta introduciendo su cuerpo curvilíneo cuando él asintió benévolo. El doctor Friedberg contempló aprobatorio la agradable imagen: era rubia teñida, pero los ojos grandes y azules eran auténticos, y estaba lo suficiente entrada en carnes como para gustarle.

—¿Qué sucede?

—Tiene una llamada.

El doctor Friedberg gruñó malhumorado. Era sumamente escéptico con respecto a aquella nueva técnica. De acuerdo, una consulta moderna debía tener línea telefónica, pero, a ser posible, él prefería hablar con la gente cara a cara. Minna se debía encargar de las llamadas y anotar el mensaje en su bloc, ¿acaso no se lo había indicado muchas veces?

—¿Quién es? —preguntó impaciente.

—Un… un policía —respondió Minna— Un comisario, se llama algo así como Norte… o Sur, o Este…

—¿Un policía? —Aquel asunto cada vez lo desagradaba más. Resultaba casi tan molesto como que llamara alguien de la prensa amarilla. Hizo un gesto de rechazo—. Que pruebe mañana. Estoy haciendo visitas externas.

—Como usted diga —contestó Minna y le dirigió una sonrisa cómplice—. Y algo más, doctor.

—¿De qué se trata?

—Fuera todavía esperan dos pacientes.

—¿Sí? ¿Tienen hora?

Minna negó disculpándose.

—Dicen que tienen que hablar con usted con urgencia. Un chico y una chica. Hermanos. Van vestidos de forma un tanto extraña —añadió.

—¿Cómo de extraña?

—Bueno —Minna no fue directa al grano—, a mí me parece que llevan ropa prestada que no les queda del todo bien. ¡Pero muy elegante!

El doctor Friedberg se lo pensó un poco. Aquel día el último paciente había cancelado la visita, y echaría de menos los honorarios al pasar la contabilidad del día, así que, ¿por qué no?, pensó. Si eran dos, podría hacer dos facturas y no habría perdido el tiempo que quedaba para cerrar la consulta.

—Que entren —dijo mientras miraba el trasero de la empleada cuando esta salía—. Y Minna… —Ella volvió la vista atrás—. Ya puede marcharse. Yo mismo cerraré.

—Gracias, doctor.

La puerta se cerró de nuevo y el doctor Friedberg oyó unas voces en el pasillo. Dobló el periódico y colocó sobre el papel la taza de café medio vacía para que quedara sujeto. Un borde marrón se dibujó encima. Justo en ese momento sus ojos se detuvieron en el titular que antes había pasado por alto: «La pareja asesina del Landwehrkanal — Se leía, y un poco más abajo—: Los hermanos asesinos todavía a la fuga. Se requiere máxima precaución. ¡No actuar por cuenta propia!»

El doctor Friedberg movió la cabeza indignado y chasqueó la lengua. No se explicaba lo que hacía con sus impuestos ese payaso de la Policía Criminal. Menos mal que no había perdido su valioso tiempo hablando con uno de los agentes por teléfono.

Se enderezó la bata, se ajustó el monóculo al ojo y abrió con ímpetu la puerta.

Los últimos dos pacientes por ese día, pensó cuando dejó entrar al joven y a su acompañante, ella pelirroja y él alto y con el cabello claro y ondulado. En efecto, el vestido de la muchacha se arrastraba un poco por el suelo, y el cuello del chico estaba algo gastado. Encogiéndose de hombros señaló las sillas para las visitas, y en ese momento anheló haber terminado, pues después del trabajo pensaba ir a pasar el tiempo libre yendo a un local donde ofrecieran baile por la tarde y viendo una comedia en uno de los templos del ocio de Friedrichstadt.

34

Sábado, 24 de junio

HULDA CREYÓ POR un momento que estaba nevando. Sabía, por supuesto, que en junio aquello era imposible, pero las florecillas que revoloteaban por el aire se podían confundir por su aspecto con copos de nieve, y se parecían también a ellos en esa lenta danza con la que caían al suelo en amplios círculos. Los espinos albares que bordeaban la Kirchplatz estaban en flor y el viento los agitaba y desprendía las inflorescencias de su anclaje con las hojas y las ramas, haciéndolas revolotear. Se mezclaban con las flores de los castaños rojos y esparcían su perfume por las calles del barrio.

Hulda miró a su alrededor. La plaza del mercado estaba repleta de gente, las paradas y los carros estaban pegados; los pepinillos en vinagre pasaban directos del tonel al comprador para que se los comieran en el acto, y las patatas se apilaban formando montañitas. Las comerciantes propagaban a gritos la mercancía y movían las manos para atraer nueva clientela. Los precios no habían dejado de subir por su escalera hacia la nada, donde el aire cada vez era más liviano. Pero si los berlineses tenían un par de marcos en el bolsillo los destinaban a comprarse los sábados sus bocados favoritos. Aun así, Hulda también vio que en los bordes había, más que nunca, mendigos andrajosos y niños de la calle que se marchaban con las manos vacías. Sus ojos enseguida buscaron la melena pelirroja de Lena y la figura alta de su hermano, pero no había rastro de Eddi ni de su hermana. Hulda suspiró aliviada.

Durante las últimas dos semanas le había parecido que Eddi surgía inesperadamente ante ella. En cada una de esas ocasiones se le había cortado la respiración y el pánico que había sentido en el puente la había invadido y sacudido una vez más. Pero siempre se había tratado de una confusión.

Recordó la conversación telefónica que había mantenido con Karl hacía pocos días. Ella había vuelto a llamarlo a la jefatura de policía y en aquella ocasión había conseguido contactar con él: oír su voz a través del cable había sido más emocionante aún que la primera vez. Había percibido su timidez y ella misma no había sabido qué decir, pero al final solo le había preguntado si había detenido a Eddi y a Lena. En el otro extremo, Karl se había quedado tanto rato callado que

ella temió que algo hubiera salido mal.

—Han desaparecido —anunció él compungido—. Los dos, como si se los hubiese tragado la tierra.

—¿Y nadie los ha visto?

—No, ni rastro. Se han disuelto en el aire.

Después ninguno de los dos había dicho nada. Callaron un rato más y Hulda esperó, con el auricular dolorosamente apretado contra la oreja, la frase redentora. Pero entonces Karl tuvo que despedirse porque su asistente lo estaba llamando. Ella colgó el auricular y movió la cabeza cuando el teléfono empezó a sonar de repente. Lo descolgó vacilante.

—Aquí Karl North. ¿Señorita Hulda?

—¿Sí?

—He olvidado preguntarle algo. ¿Le gustaría ir conmigo al Wannsee el domingo?

El alivio que sintió expandirse en su pecho casi le resultó penoso.

—Sí, encantada —respondió con la mayor indiferencia posible.

Después de que ambos colgaran de nuevo, pensó que los dos se comportaban como críos que, sin embargo, ya llevaban a su espalda un lastre desde hacía tiempo. ¿Era esa forma vaga de añorarse el uno al otro suficiente para que la relación diera sus frutos? No tendrían más remedio que averiguarlo.

Al otro lado de la plaza vio el cochecito de Konrad. Lilo charlaba con Bert y había dejado el niño al sol.

Hulda se aproximó a ellos.

—Lilo, ¿qué tal está?

—Qué gusto verla, señorita Hulda. ¿Qué dice usted de mi cielito?

Lilo resplandecía. Hulda podía ver que había recuperado su antigua vitalidad. Se inclinó enseguida sobre el cochecito; el pequeño Konrad también estaba bien. Había aumentado de peso como era debido, tenía las mejillas redondas y balbuceaba como una palomita porque los rayos de sol le hacían cosquillas en la barbilla.

Verlo era una auténtica alegría, pero debía admitir para sus adentros que su interés por el niño había disminuido. Siempre le sucedía lo mismo. Sentía que su función en la vida del bebé había concluido; él recorrería sin ella el resto del camino. Una comadrona debía retirarse cuando el alumbramiento y el posparto habían acabado, dejar que el niño siguiera su camino. Ya no tenía mucho más que enseñarle. A partir de entonces, se encargarían los padres.

—Está precioso —confirmó y se alegró del orgullo que reflejaba el joven rostro de Lilo. Al mismo tiempo advirtió que la mirada reflexiva de Bert se posaba en ella y sintió que el anciano ahondaba en su mente. Lo miró inquisitiva.

—¿Bert? ¿Va bien el negocio?

—No va mal, querida señorita Hulda.

Hizo ademán de querer añadir algo, pero Lilo lo interrumpió.

—Qué historia más tremenda la de la mujer de la lechería, ¿verdad? —Dijo volviéndose hacia Hulda y sin la anterior alegría en el rostro.

—Sí, es muy triste —dijo Hulda.

Pocos días después de su visita a los Herrmann, Hedwig había muerto en el hospital, aunque los médicos habían conseguido salvar al bebé, una niñita. Hulda se había contenido para no ir a ver a la familia, quería dejarles tiempo para llorar la pérdida. Y también quería darse tiempo a sí misma. Pero se propuso visitarlos al día siguiente.

—La suegra se hará cargo —señaló Lilo con un suspiro de aprobación—. Se ha mudado a la casa de Gustav Herrmann y lo ayuda con el bebé y las dos pobres niñas. Aun en la desgracia han tenido suerte, digo yo. E imagínese… —Los ojos de Lilo resplandecieron de repente—. Le han puesto a la pequeña el nombre de Rita. Gertrud Siegel conocía de antes a Rita, ¿lo sabía? Qué bonito… Como en una película, cuando uno muere, pero todos lo recuerdan y pueden llorarlo de verdad.

«Sí, era realmente conmovedor», pensó Hulda asintiendo.

—¿Y qué opina usted de esto? —preguntó Lilo poniéndole debajo de la nariz un diario abierto.

Ella todavía estaba pensando en los Herrmann y tardó en percatarse de lo que decían las letras que tenía ante los ojos. Entonces leyó el titular: «Muerte violenta. La policía sigue sin resolver quién degolló al famoso médico.»

—Qué brutalidad —dijo, pensando sobre todo en la presión que se ejercía sobre Karl y sus compañeros.

—¿Cómo dice? —Lilo la miraba sin comprender, volvió a acercarse el diario y leyó para sí moviendo los labios—. Oh, no, esto no. —Giró el periódico hacia ella—. ¡Esto!

Las letras volvieron a juguetear bajo la mirada de Hulda. Luego se reunieron de repente y le clavaron una afilada aguja en las costillas.

Volvió a mirar con el rabillo del ojo a Bert, quien parecía esperar pacientemente a que se desencadenara la tormenta. Pero ella no le hizo ese favor. Se obligó a volver a leer la noticia escrita.

> El matrimonio Johannes y Wilhelmine Winter se complace en anunciar que su hijo Felix Theodor Winter contraerá nupcias en agosto de 1922 con la señorita Helene Maria Stolz, hija de Maximilian y Dorothee Stolz. Nuestros mejores deseos a la pareja. Dios bendiga esta unión.

Lilo se había inclinado sobre el pequeño Konrad, que lloraba en el

cochecito.

Hulda inspiró hondo y levantó la vista. El cielo estaba tan azul sobre la Winterfeldtplatz como el vestido de seda de una señora que en aquel momento compraba en el vecino puesto de quesos media libra de Appenzeller. La marquesina roja y blanca del Café Winter ondeaba como una bandera alentada por suaves ráfagas de viento. Muy cerca de ella pasó un anciano harapiento y escupió delante de sus pies, dibujando un alto arco, el jugo del tabaco de mascar.

«Se acabó», pensó Hulda. ¿O lo dijo en voz alta?

Bert estaba serio, pero había en sus ojos un brillo de picardía.

—«¡Acabó! ¡Qué estúpida palabra! ¿Por qué se acabó? ¡Eso y la pura nada son para mí lo mismo!»

Recitó esas frases con tanto vigor que Hulda no pudo evitar sonreír, aunque tenía una lágrima en la comisura del ojo que se secó con rapidez. Las conocía, ella también había tenido que aprendérselas de memoria en la escuela.

—«¿Qué significa la eterna creación, si todo lo creado ha de desaparecer para siempre?» —intervino ella.

Bert rio con aprobación y acabaron juntos la frase:

—«¡Se acabó! ¿Qué de bueno allí se lee? Tanto como si nunca hubiera sido.»

Lilo se enderezó, había sacado a Konrad del cochecito y le enseñaba la plaza soleada y las palomas, que él observaba con la impasibilidad de un bebé satisfecho. Miraba sorprendido a Hulda y a Bert alternativamente.

—Mefistófeles —dijo el kiosquero como si aquello explicase algo—. Nuestra señorita Hulda remienda su corazón roto con el gran poeta alemán Goethe.

Lilo señaló el Café Winter, al otro lado.

—En cualquier caso, encuentro que forman una muy buena pareja —opinó—. Ayer vi a la novia, es como un ángel. Y al joven señor Winter se lo veía muy contento.

Justo entonces pareció comprender. Se tapó asustada la boca con la mano, mientras que Konrad balbuceaba y babeaba colgado de su hombro.

—Disculpe, señorita Hulda. No sabía que usted y el joven señor Winter… —Se interrumpió y la cara se le sonrojó.

Hulda hizo un gesto de rechazo.

—Ya hace tiempo que está olvidado. —La mentira alzó el vuelo como un pájaro y se perdió por encima de la plaza. Pero pensar en el rostro de Karl le dulcificó la amargura como una cucharada de azúcar endulza un medicamento. Dobló resuelta el periódico con el anuncio de la boda y se lo tendió a Lilo, que se lo dio a su vez a Bert, pues por lo visto solo había tomado el ejemplar prestado.

Con cara de mal humor, él lo agarró y lo volvió a colocar con cuidado sobre la pila.

—Esto no es una biblioteca, señoritas —dijo con severidad, pero Hulda percibió una delicada sonrisa por debajo de la reprimenda.

Sacó un marco del bolsillo de la falda y se lo tendió.

—Tome, para que no piense que soy una gorrona —dijo haciéndole cosquillas a Konrad en la barbilla. Los ojos azules del niño no la miraban directos a la cara, como si no pudiese apreciar su rostro en su totalidad. Pero ella sabía que a partir de aquel momento el pequeño evolucionaría con rapidez y pronto mostraría las primeras sonrisas.

Bert dio las gracias con una discreta inclinación.

—¿Qué tal un poco de música para levantar esos ánimos, señorita Hulda? —Colocó el gramófono sobre el pequeño mostrador del kiosco y puso un disco negro. Era un aparato viejo y tuvo que darle fuerte a la manivela, como en un picador de carne, para que brotara de él una melodía bien entonada. Instrumentos de viento, violines y percusión. Luego la agradable voz del cantante. «Bésame y olvídame mañana» surgió del disco, y Hulda se echó a reír sin querer.

Amenazó juguetona al vendedor con el dedo, pero él sonrió distante y chasqueó los dedos a uno de los jóvenes que acababan de cargar unas macetas en la tienda contigua de Grünmeier. El chico levantó la vista, sonrió y agarró a Hulda de las manos antes de que ella pudiera protestar. Luego la tomó por la cintura y la hizo girar un par de veces por la plaza del mercado, de modo que las palomas alzaron el vuelo y los clientes que estaban alrededor aplaudieron.

—«¡Bésame y olvídame mañana! ¡Pues mañana vendrá otro a quien pertenezca tu corazón!», canturreó él sobre los adoquines.

Hulda volvió al kiosco algo jadeante, el joven hizo una reverencia y, en cuanto vio la cara de la señora Grünmeier, se puso de nuevo a trabajar.

La comadrona se arregló la gorra y recuperó el aliento. Lilo había proseguido sin prisa su camino con el cochecito para que el pequeño Konrad pudiera dormirse.

—¿De dónde ha sacado el disco, Bert? —preguntó Hulda.

—Del barrio de Scheunen, por supuesto. —Se atusó el bigote—. Editorial de discos Lewin, ¡la mejor tienda de la ciudad para música de todo tipo! También vende libros y talares para los rabinos cuando necesitan uno. Y si hay que dar crédito al viejo Lewin, lo que yo desaconsejo, encuentras allí el mejor polvo de afeitado.

—¿Todo en una tienda?

—¿Nunca ha estado usted allí?

Ella negó con la cabeza.

—Un auténtico batiburrillo —prosiguió Bert—. Judíos de Galitzia, tiendas exóticas, artistas, granujas, campeonatos de boxeo, salas de

baile cochambrosas y chicas bonitas: todo bien apretado en una calle. En comparación, nosotros vivimos aquí en un convento.

—¿Nuestra manzana un convento? —A Hulda se le escapó la risa—. Entonces tengo que ir sin falta, Bert. Aunque, en realidad, por ahora ya estoy harta de granujas, asesinatos y homicidios.

El kiosquero iba a decir algo más, pero un fuerte grito lo interrumpió.

—¡Extra, extra! —sonaba en la plaza la voz ronca de un joven vendedor de periódicos.

—¿Qué hace ese mocoso por aquí? —preguntó Bert frunciendo el ceño. Levantó la aguja del disco y la música enmudeció.

Hulda sabía que no le gustaba que nadie entrara en su terreno, pero en el caso de acontecimientos especiales, cuya cobertura no podía esperar al diario de la tarde, se imprimían ediciones extraordinarias que se repartían por las plazas públicas para que la población estuviera al corriente de lo ocurrido.

Hulda pensó que con toda probabilidad se trataría de un acontecimiento deportivo y se acordó de que necesitaría un nuevo bañador si quería ir con Karl al Wannsee. El viejo ya estaba deshilachado y no dejaba ver las piernas lo suficiente. «Y también zapatos nuevos», pensó. Miró con desagrado los viejos, calzado gastado de invierno que no se había cambiado desde que había perdido en el canal el otro par. Pero entonces se percató de que cada vez más gente se acercaba al repartidor, y que unos y otros se quitaban de las manos las hojas impresas. En la plaza comenzó a extenderse un murmullo, como si se hubiera espantado a un enjambre. Una mujer gritó en el puesto de los pepinillos, otra se llevó las manos a la cara y se echó a llorar.

—Aquí ha pasado algo gordo —murmuró Bert y salió a la carrera del kiosco hacia el chico.

Hulda vio que su rostro se volvía blanco como una sábana al leer el titular de la edición extraordinaria del *B.Z. am Mittag*. Regresó despacio y con los hombros caídos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hulda. El corazón le latía como un pájaro cautivo en su pecho que golpeara en las paredes de una jaula.

—Rathenau —respondió tan solo, tendiéndole el diario y sentándose en la silla plegable del kiosco. Se presionó las sienes con los dedos mientras respiraba con dificultad.

Hulda se quedó con la vista fija en las letras impresas:

Matan a tiros al ministro Rathenau.
Revólver – Atentado en la Koenigsallee – Alcanzado por seis balas – Los autores huidos – Enorme agitación en el Reichstag.

—Lo sabía —afirmó Bert, que había recuperado la respiración—. El ministro corría peligro de muerte desde hacía semanas. No, meses. Y esta mañana se va al trabajo con su coche y lo acribillan a tiros un par de auténticos hijos de perra. ¿Qué país es este, en el que la gente aniquila con total impunidad a sus molestos opositores como quien aplasta un insecto con un matamoscas?

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Hulda.

—La gente saldrá a la calle —respondió sombrío—. Rathenau era la democracia personificada y se la han cargado hoy en la Koenigsallee. Estallará una guerra civil.

Hulda calló y contempló la plaza. La gente había formado pequeños grupos, se abrazaban y se consolaban unos a otros. Un par de hombres gesticulaban agitados y levantaban los puños al aire como si pudieran alcanzar a los asesinos desconocidos, quienes ya hacía tiempo que habían puesto pies en polvorosa.

Y seguían lloviendo flores, el viento cálido seguía transportando los pétalos rosados y blancos sobre la Winterfeldtplatz, y estos se posaban en los cabellos de las muchachas y en los manteles de las mesas del Café Winter, propagando su dulce olor. La música de un organillero resonó a través del aire como si tocara en contra del cuento terrorífico de la edición extraordinaria.

«Todo cambiará ahora», pensó Hulda. Y, a pesar de ello, no. Pues en la Winterfeldtplatz, del barrio de Schöneberg, todo permanecería igual, incluso si se desmoronaba el mundo a su alrededor.

Epílogo

Domingo, 25 de junio

ERA EL PRIMER día de ese verano en que se sentía libre, pensó Hulda con la mirada fija en el lago. Hundió con placer los dedos de los pies desnudos en la arena caliente y reclinó la cabeza hacia atrás sobre la toalla. Se colocó un brazo sobre los ojos, que tenía entreabiertos. Bajo la sombra que este reflectaba contempló con un parpadeo el sol a través de una fina rendija. Al igual que en los últimos días, seguía escondiéndose tras unas nubes grisáceas que se deslizaban veloces sobre la ciudad, como si tuvieran prisa por salir de ella. De vez en cuando permitía que su luz se proyectara sobre los bañistas de la playa. Entonces se volvía cegadora, y la frente se le cubría de sudor.

En las últimas semanas, pensó Hulda, la vida en la ciudad, en todo el país, había sido tan cambiante y caprichosa como el tiempo. Y también ella, pese a ese sentimiento de libertad, notaba una presión indeterminada en el vientre, como si temiera la llegada de una desgracia cuyo nombre nadie conocía aún.

Pero allí, en el Wannsee, ese tiempo mediocre no le quitaba a nadie el buen humor. Las familias al completo habían salido aquel domingo al lago llevándose un mantel a cuadros, la cesta de pícnic y las raquetas de bádminton, dispuestas a pasar el resto del día en la playa. No todos los habitantes de Berlín podían permitirse veranear en una playa del Báltico, pero desde que se habían abierto los baños públicos en las puertas de la ciudad, cabía al menos la posibilidad de escapar de vez en cuando de la gris vida urbana y permitirse el lujo de estar en la naturaleza.

Hulda miró con disimulo a un lado, donde Karl, con un pantalón claro de verano y un sombrero de paja sobre la cara, estaba tendido sobre la arena y parecía dormir. Tenía las gafas sobre el pectoral; uno de los cristales estaba rayado, ahora se daba cuenta. La montura subía y bajaba al ritmo de su calmada respiración.

En un arrebato de ternura, Hulda tendió la mano hacia el brazo, ligeramente bronceado, de él, pero en el último segundo retiró los dedos. No estaba segura de si podía tocarlo así, sin más.

Se habían encontrado al mediodía en el tren abarrotado que se dirigía al Wannsee. Hulda seguía sin tener una bicicleta nueva. El saludo había sido bastante tenso, entre los cuerpos sudorosos que los

empujaban, y ambos habían sentido de golpe una gran timidez. Se habían bajado en la estación Nikolassee y se habían dirigido en pelotón junto con otros bañistas, familias y jóvenes parejitas que iban de la mano hacia los baños. A Hulda se le había antojado que, entre los demás, ellos parecían unos extraños que se preguntaban cuál era su papel en esa obra, mientras era evidente que los demás sabían a la perfección cuál era su función. Sus manos se habían tocado por azar varias veces y ella siempre se había estremecido, como si fuera un contacto indebido. Como si todo el mundo viera que, en realidad, Karl y Hulda no encajaban.

En la entrada a los baños había una hilera de vendedores que ofrecían todas las exquisiteces posibles; un cocinero con una gorra blanca vendía salchichas calientes sacadas de un pote de metal, un indio con sombrero de ala ancha a rayas ofrecía pepinillos en vinagre en un cubo. También se podían adquirir cigarrillos y leche. Un poco más lejos, un hombre con una camiseta con el anuncio de «fotógrafo de playa» esperaba a la clientela; había desplegado delante de él, a modo de publicidad, fotografías de bañistas felices, familias numerosas en el agua y muchachas jóvenes que hacían gimnasia.

Cuando Karl y Hulda pasaron junto a él dijo en un tono chirriante:

—¿Una fotografía de la feliz pareja como recuerdo para sus queridos nietos?

Hulda había apretado los labios y hecho un gesto de rechazo. La idea de que Karl y ella posaran delante de aquel hombre como dos enamorados era ridícula.

«¿Por qué pensaba que no encajaban?», se preguntó de nuevo Hulda al tiempo que se sentaba. Sin embargo, no hacía más que pensar en el comisario en cuanto tenía un segundo libre.

Meditabunda y con los ojos entreabiertos contempló el agua azul grisácea. Un grupo de jóvenes con bañadores a rayas jugaba a la pelota mientras se salpicaban y gritaban alegres. La arena de la orilla se fundía suavemente con el agua; la playa poco profunda y larga era ideal para personas que no sabían nadar. Dos niños pequeños jugaban desnudos en la arena y vertían barro en un castillo de arena ladeado. Sus risas flotaban cristalinas por encima del lago.

En la orilla opuesta resplandecían las villas de los ingenieros y los artistas de éxito, señoriales y elevadas, como si los residentes ricos con sus embarcaderos privados mirasen despectivos a la ruidosa masa de la «bañera de Berlín».

En todo espacio libre había alguien tendido en la arena que tomaba el sol. En pro de la decencia había unas carpas en las que cambiarse para que no quedara ningún pedazo de carne expuesto en demasía a los ojos circundantes. El Club de los Alegres Hermanos del Sol, que supervisaba los baños, se había ocupado de la colocación de las

carpas, aunque quería instalar pronto unas cabinas sólidas. Pero en los últimos años la moda se había vuelto mucho más atrevida; las mujeres mostraban ahora más escote, y también los bañadores masculinos dejaban más carne al descubierto.

El olor a albóndigas penetró en la nariz de Hulda y ella se dio cuenta de que tenía hambre. No muy lejos, una familia había desplegado su comida campestre. El niño con el cabello rubio peinado hacia un lado con crema Nivea tendía ansioso las manos hacia una de las bolitas de carne, pero la madre, una matrona de caderas anchas y bañador grande, le había dado un cachete en los dedos.

—Tranquilito. Primero papá.

El padre llevaba pantalones largos, con una de las perneras atada justo sobre la rodilla, por encima de un muñón. En ese momento, Hulda distinguió las muletas de madera que yacían a su lado en la arena. También se percató de que le temblaban las manos al coger la comida.

—Pero, mami, a mí me gustan.

Solo cuando el cabeza de familia hubo empezado a comer, la madre repartió las albóndigas entre sus hijos. Con la mano libre, el hombre tiró juguetón de la trenza a su hija.

Hulda no sabía por qué no podía dejar de mirar a la familia, que comía armoniosamente en su silenciosa autosatisfacción. Algo en la escena la conmovía. Inspiró hondo y al final apartó la vista, como si hubiera estado contemplado algo no autorizado para sus ojos.

—¿En qué está pensando? —Karl se había sentado y había colocado la mano junto a Hulda en la arena, con la palma hacia arriba, como si también ella planteara una pregunta.

Dudó un instante, luego colocó allí su mano y él cerró la suya. De repente encontró ridículo que siguieran hablándose de usted.

—Acabemos de una vez con estos miserables formalismos. Cielos, estoy en bañador, no llevo un traje de salón y te he agarrado de la mano.

—Siempre protestando —replicó Karl, aunque ella notó que lo decía de broma—. Hulda Gold, ¿cuándo te quitarás de una vez esa dura coraza y me enseñarás tu auténtico yo?

Ella suspiró.

—Tanto si te gusta como si no, Karl North, este es mi auténtico yo. Esa encantadora persona que está a tu lado soy yo, en carne y hueso.

—Preciosa. Y con muchas rayas rojas y blancas —advirtió al fijarse en su bañador.

Le dio una palmada, pero se miró satisfecha y observó la elegantísima prenda que había comprado sin pensárselo demasiado en Wertheim. El audaz traje de baño tenía perneras muy breves, un corte oblicuo en los muslos, y era en general demasiado ceñido para que la

señora Wunderlich lo aprobase.

—¿Tú también eres de los que piden que los bañadores femeninos lleven más tela para que al estar todos juntos no despierten ideas obscenas? —preguntó.

—En absoluto. —Levantó las manos en fingido asombro, como si se rindiera—. Por mí las perneras podrían ser incluso más cortas si es mi novia con sus bonitas piernas quien las lleva.

Hulda rio con timidez.

—¿Lo soy?

—¿El qué? —preguntó divertido al colocarse ceremonioso las gafas.

—¿Tu novia? —Hulda notó un aleteo debajo del diafragma, como si un enjambre se hubiese perdido por allí.

Él tardó un rato en responder.

—Si me dejas… —Karl la miraba fijamente mientras le acariciaba la mano.

—Todavía no lo sé —dijo con franqueza—. Han pasado tantas cosas… Aún tengo muchas cuestiones que resolver, sobre todo en torno a mí misma.

—No suena bien —advirtió Karl mostrando de golpe inseguridad. La melancolía que ella ya conocía en él asomó en sus ojos claros, confiriéndoles el aspecto del agua verdosa del Wannsee por la mañana, cuando las nubes se deslizaban por encima de la superficie plana.

—No tengas miedo —dijo ella al sentir, para su sorpresa, que la inquietud se había calmado, como si se hubiera consolado a sí misma y no a él.

—Eres una mujer extraña, Hulda Gold.

Karl parecía tan confuso y turbado que a ella se le escapó la risa. Le colocó con suavidad las manos en las mejillas y le dio un beso.

Desde el rincón de al lado, una mujer mayor con un anticuado traje de baño y una cofia inmensa sobre el cabello encanecido les lanzó una mirada ofendida. Hulda la miró de reojo y sonrió.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó Karl, quien de repente parecía radiante.

—De ninguna de las maneras, cariño. —Hulda volvió a besarlo, esta vez durante más tiempo y sin preocuparse del vecino carraspeo de indignación.

«No —pensó mientras escondía el rostro en el cuello cálido de Karl y percibía su olor a agua del lago y gomina—, nadie podía saber qué pasaría con el comisario y la comadrona. Cómo se desenvolverían en las tablas de aquel escenario llamado vida. Pero al menos —pensó al cerrar los ojos—, tenían que salir de detrás del telón, superar los temores, deshacerse del miedo escénico y empezar a actuar. Para interpretar su vida, pues para eso estaban en este planeta, ¿o no?»

Postfacio

La historia de Hulda Gold, la comadrona de la Winterfeldtplatz, se me ocurrió un día de primavera cuando paseaba por mi barrio en Schöneberg. En la calle donde trabajaba florecían los cerezos con un atrevido color rosa, el aire olía al inminente verano y todo parecía estar maravillosamente tranquilo.

Y, sin embargo, los viejos edificios con los patios traseros daban testimonio del aspecto que debía de tener cien años antes. Por aquel entonces no era elegante vivir en esa zona; para gran parte de la gente era duro, cansado y estaba lleno de privaciones. También ese día vi, camino del metro que me llevaría al trabajo, a algunas personas que dormían sobre restos de cartones en el Kleistpark. Y deseé que alguien los cuidara, entonces al igual que hoy, que se acercase a ellos. Y creí ver desaparecer una gorra de fieltro roja por la esquina del Shisha Bar…

Los años veinte que ahora nos internan en un nuevo siglo no se alejan tanto de la década de 1920. El barrio de Schöneberg también está dividido a día de hoy entre pobres y ricos. Hay cafés *hippies* y *boutiques* bonitas, así como proyectos vecinales para jóvenes que lo han tenido difícil; hay centros de acogida para mujeres, escuelas de idiomas para migrantes, *cabaret* y servicios de asistencia para ancianos. Muchas personas que viven hoy en la Winterfeldtplatz, donde está el edificio Sozialpalast, son pobres, están solos o son marginados. Es algo que no ha cambiado en los últimos cien años.

Hace aproximadamente un siglo se fundó la República de Weimar, el primer intento de democracia en Alemania. Y hoy en día, al volver la vista atrás, los pocos años que separan las dos guerras mundiales representan para muchos una oportunidad perdida. Por un breve período de tiempo pareció como si las personas, pese a la terrible hipoteca de la Primera Guerra Mundial, fueran a hacer algo nuevo que nunca antes había existido: que el pueblo participase en la política, la justicia social, la libertad del arte y de opinión y la protección a los más débiles.

Como es natural, todo eso nunca se consiguió del todo, pero el esfuerzo por lograrlo fue único. Y, sin embargo, aquella joven, fresca y tierna democracia pronto desembocó en una dictadura. Pero ¿somos hoy, cien años después, más sensatos?

Desde 1945 los europeos han aprendido mucho, han seguido

inmersos en las ideas de Weimar, han seguido soñando sus sueños y han realizado muchas cosas impensables en el año 1919. La Historiología nos enseña que la Historia no se repite tan fácilmente y que nuestros problemas, nuestras constelaciones sociales son hoy distintas de las de entonces. Pero no deberíamos estar tan seguros de que la democracia sea mucho más sólida en la actualidad, más firme que antes, incluso aunque yo crea en ello.

Deberíamos de estar alerta; deberíamos ir por nuestro barrio, por nuestra ciudad, por nuestro país con los ojos bien abiertos, como Hulda Gold o el vendedor de periódicos, Bert. Deberíamos de hablar con la gente y escucharnos los unos a los otros, ser políticos, cada uno de nosotros, pues la política no es más que interesarse por los asuntos de la ciudad: la *polis*.

La ciudad somos nosotros. Y Hulda Gold es una de las nuestras.

Agradecimientos

ESTOY SUMAMENTE AGRADECIDA a las muchas personas que han contribuido en la elaboración de este libro. A algunas de ellas me gustaría mencionarlas aquí. En primer lugar, le doy las gracias a mi inspiradora agente literaria y amiga Julia Eichhorn, cuya inquebrantable fe en este texto lo ha hecho todo posible. Gracias también a Maria Freitag por su maravillosa mediación y a Zoë Martin por su apoyo en la lectura. Agradezco a mi anterior editora, Ursula Hahnenberg, los ánimos que me dio para que creyera en mi escritura, y también que me haya enseñado tanto.

De todo corazón le quiero dar las gracias a mi madre, Dorothea, quien es siempre mi primera lectora, y a mi marido y mis hijos.

Por último, gracias de todo corazón a la editorial Rowohlt. A la directora editorial de Rowohlt Polaris, Katharina Dornhöfer, le doy las gracias por su entusiasmo, y quiero mostrar un especial agradecimiento a mi editora Ditta Friedrich, con cuya colaboración tanto he disfrutado.

MAEVA

Título original: *Fräulein gold: schatten und licht*
© Anne Stern, 2020
© Rowohlt Taschenbuch Verlag, GmbH Hamburgo, 2020
© de la traducción: Susana de Andrés, 2021
© MAEVA EDICIONES, 2021
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

Este libro ha recibido una ayuda a la traducción del:

Diseño e imagen de cubierta: Elsa Suárez sobre imagen de © Richard Jenkins

MAEVA defiende el *copyright* ©.
El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.
Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-18184-75-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:
www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales

[image]